FELIZ AÑO NUEVO

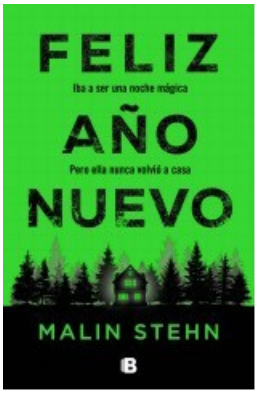
Iba a ser una noche mágica

Pero ella nunca volvió a casa



MALIN STEHN

Iba a ser una noche mágica.
Pero ella nunca volvió a casa.
¿Cuánto conocemos en realidad a quienes más queremos?



Malmö (Suecia), víspera de Año Nuevo. Nina y Fredrik se preparan para celebrar la Nochevieja en casa de sus amigos Lollo y Max. Este año por primera vez, su hija Smilla, de diecisiete años, tiene permiso para dar su propia fiesta en casa, y su mejor amiga Jennifer, única hija de Lollo y Max, se quedará a dormir allí. Nina está preocupada por dejar a los jóvenes solos, pero se da cuenta de que es hora de darles un poco de independencia.

En casa de Lollo y Max se han reunido los viejos amigos de siempre con muchas ganas de pasar un buen rato. La fiesta se prolonga hasta la madrugada y todos parecen haber bebido de más salvo Fredrik, que debe conducir de vuelta a casa una vez acabada la fiesta; justo antes de la medianoche recibe una llamada de teléfono y se ausenta de la casa durante un rato.

Cuando al día siguiente se descubre que Jennifer no está ni en la casa de Smilla ni en su propia casa, sus padres no parecen preocuparse demasiado porque no es la primera vez que desaparece sin avisar. Cuando las horas pasan sin que Jennifer dé señales de vida y la policía interviene, Lollo se da cuenta de lo poco que sabe de la vida de su hija.

«*Feliz Año Nuevo es una historia sobre gente común que comete errores fatales. Es un thriller psicológico escalofriante pero además es una historia sobre la paternidad. Ese pánico de descubrir que en realidad ni siquiera conoces a tu propio hijo adolescente. Y también es una historia sobre viejos amigos que se distancian*».

MALIN STHEN

Feliz año nuevo

Malin Stehn

Traducción de Martin Simonson

Para mis padres

Nochevieja de 2018

Lunes

1
Fredrik

Cuando Nina entra en la habitación, estoy delante del armario.

—¿Me hace gorda este vestido? —me pregunta.

Echo un rápido vistazo a mi esposa.

—Estás muy guapa.

Vuelvo la mirada al armario y a las tres corbatas que cuelgan allí. Queda descartada la de color verde menta, que llevé en la graduación del Bachillerato. La corbata para funerales hace juego con mi humor, pero no con la camisa. Suspiro y saco la azul claro con rayas plateadas. Fue un regalo de mi suegra y parecía pasada de moda ya cuando me la dio hace cinco o seis años.

—Si apenas me has mirado.

Nina ha ido a mirarse en el espejo grande. Gira el torso, contemplándose con el ceño fruncido.

—Te está perfecto —le digo.

Nina tira de la tela verde del vestido. Me acerco a ella y noto la habitual fragancia. Mi esposa lleva muchos años con el mismo perfume, tantos que incluso yo me acuerdo de su nombre: Acqua di Giò. Vuelve a tirar de la tela, bufa un poco y masculla algo inaudible. Trato de hacerme el nudo de la corbata adecuadamente, pero no me sale demasiado bien.

—¿Te vas a poner otra vez esa?

Nina sigue frente al espejo, pero en lugar de concentrarse en su vestido ya está mirando mi corbata.

—No tengo otra.

Da un paso largo hasta el armario, pero deja sus planes al ver lo que queda en la percha.

—Tendrías que comprarte una nueva para el año que viene.

Asiento con la cabeza y oigo el timbre de la puerta.

—Será Jennifer. —Nina se gira hacia la puerta abierta—. ¡Smilla! ¿Abres?

Se oye un golpe sordo desde la planta de arriba. Los pies de Smilla martillean los peldaños de la escalera y poco después se pueden oír dos voces en la entrada. Nina me mira.

—¿Qué hora es?

—Las cinco y veinte.

—¿Y veinte? —Se acerca apresuradamente al armario y comienza a hurgar entre las medias.

Un par tras otro aterrizan en el suelo junto a sus pies—. Joder. ¿Por qué siempre me olvido de comprar medias?

Un minuto más tarde, Nina sale de la habitación con algo negro en una mano.

—¿Cómo van los chicos? —me pregunta, camino de la entrada—. ¿Ya están vestidos?

—Voy a echar un vistazo.

—¡Que Vilgot se ponga la camisa! —grita Nina desde el baño—. Está colgada sobre la silla.

Me abotono los pantalones, me pongo la americana y me miro en el espejo. La corbata me hace parecer un payaso. Solo falta la nariz roja.

Vilgot y ropa de vestir no casan bien. Nuestro hijo de seis años podría pasarse la vida entera en pantalones de chándal y a veces me pregunto para qué insistimos en ponerle ropa formal. Anton, en cambio, se ha vuelto menos intransigente en cuanto a eso. Le gusta ponerse ropa chula y últimamente se queda delante del espejo por la mañana, arreglándose el pelo. El efecto de la Secundaria.

—Guapa, la camisa —le digo mientras bajamos por las escaleras.

Anton se encoge de hombros, pero esboza una de sus escasas sonrisas.

Me paro a la altura de la cocina y miro a las dos chicas que están junto a la encimera. Trato de calmar los violentos latidos del corazón. Jennifer no es un monstruo. Es una chica adolescente perfectamente normal, la amiga de mi hija. Tengo que aclararme la voz varias veces antes de poder hablar.

—Adiós.

Jennifer no responde, parece que ha tomado la decisión de no escuchar. Sigue cortando lechuga, dándome la espalda. El ajustado vestido corto no deja mucho para la imaginación y hago lo imposible por no quedarme mirando donde no debo. Aun así tengo la sensación de haber sido pillado cuando Smilla se da la vuelta. Se le ilumina la cara, baja el volumen del altavoz portátil y se acerca a mí.

—Adiós. —Me da un abrazo fuerte—. Gracias por ayudarme a convencer a mamá.

Como si tuviera elección.

Con mi hija de diecisiete años entre los brazos, se me ocurre una idea chiflada pero recurrente, la de buscar una manera de mantener a los hijos siempre con nueve años de edad. Las criaturas de nueve años son perfectas. Son listas y razonables, pero siguen conservando una fe inquebrantable en que sus padres son capaces de arreglarlo todo. Una tarde en el parque de juegos de Leo es suficiente para saciar la sed de entretenimiento.

—Ya sabes lo que hemos acordado. —Doy un paso hacia atrás y busco la mirada de mi hija—. No dejes entrar a nadie que no esté invitado, no puede...

Smilla se tapa los oídos.

—¡Lo sé! —Deja caer las manos—. Lleváis dos semanas diciendo lo mismo.

La suelto.

—Es que nos preocupamos por ti.

2
Nina

El coche está aparcado junto a la puerta de entrada. El habitáculo está iluminado por la luz azul de tres pantallas. Abro la puerta, entro en el asiento del copiloto y coloco la bolsa con el postre entre los pies para que no se vuelque el bol que hay dentro.

—Uf. —Miro a mi marido—. Creo que me voy a arrepentir de esto.

Fredrik pulsa el botón y el coche arranca.

—¿Arrepentirte de qué?

—La fiesta. ¿Cómo podemos ser tan inocentes como para dejar que veinte adolescentes celebren la Nochevieja en casa?

Fredrik suspira.

—Todo irá bien. Smilla y Jennifer sabrán manejarlo.

Entramos en la calle Agnesfridsvägen, pasamos por delante del instituto y de la plaza de Videdals. Al otro lado de la rotonda se atisba el edificio de Vita Höja, de nueve plantas. Las ventanas iluminadas crean un mosaico amarillo detrás de la señal del supermercado Coop, de un color verde chillón.

Noto una punzada en la tripa. No quiero estropear la velada preocupándome por las chicas, pero la inquietud crece a medida que nos alejamos de la casa.

Hace un momento me he quedado de pie fuera de la puerta de entrada de la casa. De repente tenía que decirle tantas cosas a mi hija. De lo traicionero que es el licor, de la necesidad de nunca hacer nada que no quieres, de lo guapa que es ella y que todos, en un mundo perfecto, deberían poder vestirse como les da la gana, pero que un top transparente puede enviar señales no deseadas. Y otras cosas. Pero, claro, ya es tarde para soltar todos esos consejos. Además, las chicas conocen perfectamente las reglas: un máximo de veinte personas, nada de drogas (pero nada de nada), solo sidra o cerveza. El armario de los licores está cerrado y tengo la llave en mi cartera.

Me giro hacia Fredrik.

—Puede que Smilla y Jennifer estén a la altura. Pero no conocemos ni a la mitad de la gente que han invitado. Smilla dice que solo han invitado a compañeros de clase, pero podrían ser cualquiera.

—Tenemos que atrevernos a confiar en ella.

—Creo que podemos fiarnos de Smilla, pero Jennifer... —Trato de encontrar las palabras adecuadas—. A Jennifer nunca le ha importado dónde están los... límites. Sabes de sobra lo pesada que era de pequeña, toda la mierda que se le ocurría. Y Smilla siempre se ha limitado a seguirla.

—Ya tienen diecisiete años —señala Fredrik—. No once.

Me quedo sin energía. Esta conversación no va a ir a ninguna parte, sobre todo a estas alturas, cuando las decisiones ya están tomadas.

Hay muchas razones por las que no se debería permitir que los adolescentes monten fiestas en solitario antes de cumplir los dieciocho. Pero mis dudas en torno a la fiesta de las chicas se fundamentan sobre todo en un hecho muy concreto: Jennifer no me cae bien. No me fío de ella y no me cae bien.

Me cuesta reconocerlo. Trabajo con niños y normalmente consigo dar con la llave que abre todos los pequeños corazones. Y, si no, con el tiempo los consigo abrir con una ganzúa.

El corazón de Jennifer siempre ha estado cerrado para mí. Cuando era pequeña montaba mucho jaleo, era ruidosa y necesitaba ser el centro de atención. Siempre estaba preocupada cuando Smilla jugaba con Jennifer, por si pasaba algo. Más tarde, cuando ya eran adolescentes, la preocupación se convirtió en terror. Impuse reglas muy claras para Smilla y le informé de cuáles iban a ser las consecuencias en caso de quebrarlas.

La amistad entre las chicas ha sido difícil de manejar. Nunca he querido compartir con Smilla lo que pienso, Jennifer ha sido como una hermana para ella. Y Fredrik siempre ha pensado que exagero. Siempre se ha puesto del lado de Jennifer.

Personalmente, me alegro de que las chicas ya no queden tan a menudo. Esta idea de organizar una fiesta de Nochevieja juntas llegó como una sorpresa. Una sorpresa desagradable.

—La libertad y la responsabilidad van de la mano —dice mi marido, como si hubiera leído mi mente.

La libertad genera responsabilidad. Fredrik repite el mantra de las discusiones de las últimas semanas. Me muerdo la lengua para no repetir las objeciones que he planteado en las mismas ocasiones.

En realidad, él tampoco se ha mostrado totalmente conforme con la idea de la fiesta. Pero siempre ha insistido en que es mucho mejor que se queden en casa, en la urbanización de adosados, que «en la calle».

Ese argumento me convence. El problema es que aun así no tendremos ningún tipo de control sobre ellas. Estaremos en otra fiesta, en otra parte de la ciudad. Y ahora, ya en medio del peligro, se me ocurren mil cosas que podrían salir mal en una fiesta de Nochevieja en compañía de Jennifer Wiksell. Aun cuando se celebre en una urbanización de adosados.

Giro la cabeza y miro por encima del hombro. Encuentro dos pares de ojos clavados en unas

pantallas iluminadas; dos pares de oídos armados con auriculares blancos. Abandono mi intento de establecer contacto y vuelvo a girarme hacia delante.

Hay mucho tráfico en la circunvalación de Inre Ringvägen, la mayoría de la gente estará camino de alguna celebración de Nochevieja. Trato de no pensar en la fiesta de las chicas, me obligo a concentrarme en nuestra propia celebración y en la cena a la que estamos a punto de llegar.

Espero que la mousse me haya salido bien. Hay que servirla con fruta de la pasión y galletas de avena. Al principio pensé, presa de un impulso inocente, que podría comprar las galletas en el supermercado. Pero en el último momento cambié de idea y preparé mis propias galletas caseras. Aparecer en casa de Lollo y Max con galletas compradas en el supermercado sería un suicidio social.

Miro de reojo a mi marido. Hace no mucho tiempo, habría compartido mis ideas con él. Habríamos bromeado sobre el hogar perfecto de nuestros amigos y sobre nuestro propio caos doméstico, y Fredrik me habría consolado. Habría dicho que, para empezar, Lollo y Max solo tienen a Jennifer, y, además, la decoración de interiores y la gastronomía son los intereses más importantes de Lollo.

Antes nos encantaba hablar de las ventajas y las desventajas de nuestros amigos, y me doy cuenta de que en la mayoría de los casos lo hacíamos para ensalzar nuestras propias virtudes. Porque siempre llegábamos a la conclusión de que nuestro estilo de vida era el mejor.

Últimamente ya no hablamos. Nunca hablamos de nuestros amigos, ni de nosotros, ni de ninguna otra cosa, en realidad. Los únicos asuntos que tratamos versan sobre la logística familiar, cosas que tienen que ver con los niños. Echo en falta nuestras conversaciones, echo en falta a nosotros mismos.

Podría culpar a los años en los que teníamos niños pequeños de los que ocuparnos. Pero hace unos meses Vilgot empezó el curso preparatorio para la Educación Primaria y ya es bastante independiente. Anton está en sexto y Smilla cumple dieciocho en breve. Se podría decir que los años de niños pequeños ya han terminado.

—¿Cuándo llegamos?

Un pequeño dedo rasca mi abrigo y me doy la vuelta.

—Enseguida. ¿No sabes dónde estamos?

—No. —Los rizos dorados de Vilgot se agitan cuando niega con la cabeza—. Si está completamente oscuro fuera.

—¿Ves las luces allá a lo lejos? —Señalo con el dedo—. Son del barrio de Klagshamn.

Parece que Vilgot se contenta con esta información y vuelve a su iPad.

Miro a través de la ventanilla, viendo el paisaje llano pasar al otro lado. Los campos de cultivo están bordeados de sauces desnudos que se inclinan en el sentido opuesto al mar. Unos velos de

niebla cubren la tierra embarrada, es difícil ver dónde empieza y dónde termina el cielo. Un típico invierno de Escania.

—Qué tiempo de mierda. —Fredrik activa los faros antiniebla pero los vuelve a apagar, ya que no surten efecto—. Está claro que no veremos los fuegos artificiales esta noche.

—¿Tienes que ser tan negativo? —le pregunto.

—¿Negativo? Es lo que hay.

—¿No han prohibido los fuegos artificiales? —se oye una voz, quebrada por un gallo, desde al asiento trasero.

—Los cohetes que se colocan en el suelo están prohibidos —contesta Fredrik y toma la salida hacia el barrio—. Pero las tartas, no. —Me mira—. Supongo que Max ha traído la tarta más bestial que se puede encontrar.

A Max le gusta dar la nota y a Fredrik eso siempre lo ha molestado. Mi marido piensa que el propósito principal de todo lo que Max hace reside en mostrar al resto del mundo que tiene dinero. Y tal vez sea parte de la verdad. Pero también creo que a Max le gusta hacer locuras. Quiere ser el amigo bromista que siempre hace cosas divertidas.

Max posee una inmobiliaria exitosa en el centro de Malmö, una empresa fundada por su padre. Max Wiksell no habrá leído un libro en toda su vida, pero tiene buen olfato para los negocios y es un hombre extremadamente disciplinado. Según Lollo, no hace más que trabajar, y parece que le está saliendo bien.

A Max le gustan los coches nuevos, el whisky antiguo y los relojes caros. Y aunque Fredrik me diga que le da igual este tipo de símbolos de riqueza, se nota claramente que tiene una necesidad de estar a la altura de Max. Normalmente lo expresa posicionándose en contra de lo que dice. A veces mediante afirmaciones eruditas acerca de temas en los que Max quiere parecer una autoridad (whisky), pero de los que en realidad sabe poco.

En cuanto a mí, a diferencia de Fredrik soy capaz de reírme de Max cuando comienza a jactarse de algo, o cuando se convierte en el señor Sabelotodo. Puesto que Fredrik, a diferencia de mí, es capaz de reírse del pan casero de Lollo, hecho con masa madre, supongo que estamos empatados. Siempre me he comparado con mi guapa y delgada amiga, tan ama de su casa. Y eso que soy consciente de que la comparación me pone de mal humor.

Aparcamos a un trecho de la casa. El parque móvil de la familia Wiksell ocupa todo el espacio delante de la entrada, aunque hayan dispuesto una zona amplia para ese propósito. Un mar de velas para el exterior ilumina el jardín delante del gran chalet blanco, y tras la ventana panorámica del salón veo las siluetas de varias personas con copas de champán en las manos. Veo a Malena echar la cabeza hacia atrás en una de sus famosas carcajadas, y por primera vez en mucho tiempo me entran ganas de fiesta.

A saber, puede que la noche no salga tan mal a pesar de todo. Vamos a celebrar la llegada del

nuevo año con buenos amigos. Los chicos están con nosotros y Smilla..., bueno, ya casi es mayor de edad. Hay que cortar el cordón umbilical.

—Lo siento.

Pongo una mano sobre la pierna de Fredrik.

Me mira.

—¿Por qué lo dices?

—Bueno, no ha sido justo tacharte de negativo. Tienes razón. Hace un tiempo de mierda.

Fredrik sonríe, pero la sonrisa no termina de alcanzar los ojos.

—Ya se me había olvidado.

3
Fredrik

En seis horas, todo habrá terminado. Bueno, siete horas. No vamos a volver a casa a las doce en punto. Pero en un máximo de siete horas volveré a caminar por este jardín... en sentido opuesto. Y siete horas, pensándolo bien, pasan bastante rápido. Es menos de un día de trabajo. Lo puedo hacer.

En siete horas, todas estas velas se habrán apagado. Llevaré a Vilgot, dormido, en brazos, y el taxi estará esperando.

Un momento. Aprieto el paso.

—¿Has reservado un taxi?

Nina se para y se da la vuelta. Se ha arreglado el pelo, lleva purpurina en los párpados.

—Lo ibas a hacer tú.

¡Mierda! ¿Cómo he podido olvidarme, cuando lo único que quiero es largarme de aquí?

Me mira.

—¿Me dices en serio que se te ha olvidado hacer la reserva?

—No te preocupes. Yo me ocupo.

—¿Y cómo te vas a ocupar? —Nina levanta las cejas—. Normalmente hay que reservar con una semana de antelación. Por lo menos.

—Me ocuparé. Ya te lo he dicho.

Algo grave debe de ocurrir con mi cabeza. He empezado a olvidar cosas. Cosas importantes. No es normal en mí y me acojona. ¿Estaré sufriendo los efectos de un alzhéimer incipiente? Nina suspira.

—Bueno, yo por lo menos no pienso arrastrar a dos críos muertos de sueño a algún autobús en medio de la noche. Que lo sepas.

Sella los labios y Anton nos mira.

—¿Ahora qué ocurre?, ¿vamos a pasar la noche aquí?

—No —responde Nina con firmeza—. Iremos a casa. —Me lanza una mirada dura—. Papá se ocupará.

Se abre la puerta de entrada de par en par y Lollo sale con una amplia sonrisa. Entre los brazos sujeta a Chanel, el caniche de la familia, que lleva un enorme lazo brillante sujetándole un mechón de pelo en la cabeza para la ocasión.

—¡Hola! ¡Bienvenidos! —El vestido negro de Lollo recuerda al de Jennifer, es ajustado y corto—. Vamos, entrad. —La anfitriona da unos pasos hacia atrás y la seguimos—. Cómo habéis crecido, chicos. Anton, ya casi alcanzas a tu padre. ¡Y Vilgot! Vaya un chico guapo.

Lollo deja a Chanel en el suelo y nos abraza, uno tras otro. Nina, que primero entrega un sofisticado ramo de flores envuelto en celofán, recibe un abrazo más sentido.

—Por fin nos vemos. —Lollo la suelta, pero mantiene una mano sobre el hombro de Nina—. Es increíble cómo pasa el tiempo. ¿Cuándo fue la última vez que nos vimos? ¿En serio que no nos hemos visto desde la fiesta del solsticio de verano?

Sé que es así, pero me niego a pronunciarme sobre el asunto. Nina enseguida lo cuestiona, dice que seguro que nos hemos visto después, y mientras le dan vueltas cuelgo la cazadora de Vilgot. El niño se ha quedado junto al zapatero; de repente parece tímido ante todas las caras nuevas y medio nuevas.

Me limpio los zapatos en el felpudo.

—¿Puedo entrar con zapatos?

—Por supuesto. —Lollo sonríe—. ¡Sin zapatos no hay fiesta!

Me pregunto si es algo que se le acaba de ocurrir, o si es un dicho comúnmente aceptado. Sea como sea, me resulta estúpido.

Nina se cambia las botas por zapatos de tacón y después empuja a Vilgot y Anton hacia el salón.

—Vamos —dice, tratando de convencer a Vilgot al ver que titubea—. Seguro que Lollo os ha puesto unos refrescos y patatas fritas.

Funciona. Se activa el radar de chuches de nuestro hijo pequeño.

Admiro a mi mujer por su capacidad de manejar a niños pequeños. En cuanto a eso, tiene una paciencia impresionante. Ha nacido para ser profesora de guardería y sé que la aprecian tanto los niños como los padres y sus colegas.

—¡Fredde! —Max me da unas fuertes palmadas en la espalda—. ¿Qué tal?

Max es el único que me llama Fredde.

—Todo bien. ¿Y tú?

—Muy bien. De puta madre. ¿No te han puesto una copa? Por aquí está el champán. —Max estira su largo brazo y agarra una copa—. Toma.

Dom Perignon, naturalmente. Hay que mantener un estándar elevado; si no, la gente puede pensar que los negocios van mal.

—Gracias. —Levanto la copa—. Nochevieja otra vez, ¿eh?

—Y nosotros cada vez más jóvenes. —Max se inclina hacia delante y baja la voz—. ¿Has visto al nuevo novio de Malena?

Repaso la sala con la mirada, pero no veo ni a Malena ni a nadie que pueda ser su novio. Nina

ayuda a Vilgot a llenar un vaso pequeño de Coca-Cola, y delante de ellos hay dos parejas que también estuvieron presentes la última vez que celebramos Nochevieja aquí. Ambas son vecinos de Max y Lollo y recuerdo que tenía a una de las mujeres a mi lado en la cena del año pasado, pero no recuerdo quién de ellas era. Este año también parecen casi idénticas: largas melenas rubias, vestidos negros, zapatos de tacón negros.

En cuanto a sus maridos, sí soy capaz de diferenciarlos. Jens Stenman es casi tan ancho como largo, Magnus Göransson tirando a flaco. Juntos me recuerdan al Gordo y el Flaco.

—El chico de Malena es musulmán —susurra Max, mirándome con expectación.

Conozco a Max Wiksell, sé de sobra qué clase de reacción espera de mí. Y, a decir verdad, ya tengo cierta curiosidad por conocer al novio de Malena. Ahora bien, airear este tipo de pensamientos no haría más que fortalecer la manera de ver el mundo de Max, que ya de por sí es bastante miope.

—¿Y? —le digo—. La mitad de mis alumnos son musulmanes.

—Vale, sí. Quiero decir, tenerlo aquí, en casa, junto a Malena. Nunca había pensado que iba a celebrar Nochevieja con un...

—¿Es religioso? —lo interrumpo.

Max frunce el ceño.

—¿Qué quieres decir? Es musulmán.

—Sí, pero ¿es musulmán practicante? ¿Va a la mezquita? ¿Reza a diario? ¿Bebe alcohol?

—Ni idea —responde Max, encogiéndose de hombros—. Tendrás que preguntárselo.

En el mismo momento entra Malena en el salón junto con un hombre de pelo moreno. No sé qué me había esperado, pero parece un tipo de mediana edad completamente normal en una fiesta de Nochevieja. Traje, camisa y corbata.

—¡Fredrik! —Malena dirige sus pasos hacia nosotros—. Me alegro de verte. —Me da un abrazo largo y después se gira hacia su nuevo amor—. Te presento a Adem.

Le doy la mano y Max aprovecha para marcharse a otro lado.

—Malena se empeña en presentarme como Adem —observa el moreno con un acento marcado de Malmö—. Pero llámame Adde si quieres. Todos lo hacen.

—Soy Fredrik —le digo—. Encantado. Mi mujer es Nina, la que está ahí con un vestido verde.

Mi esposa se ha desplazado desde la mesa de picoteo hasta las dos parejas de vecinos. Se ríe y chocan las copas en un brindis.

Cuando dirigimos nuestras miradas al pequeño grupo, es como si no los conociera. Tengo la sensación de ver a Nina por primera vez y me llama la atención lo bella que es. Los ojos color ámbar, las cejas marcadas de manera natural, los rizos castaños. La amo —la idea casi me sorprende— y me encanta esa risa alegre. ¿Cuándo la oí por última vez?

—Bien, Nina y Lollo son mis viejas amigas del Bachillerato —explica Malena a Adde.

Sonríe.

—Tus cómplices de travesuras, por lo que me han contado.

—Exactamente. —Malena le lanza una mirada enamorada—. La adolescencia fue una época peligrosa. —Se gira hacia mí—. Me dicen que Jennifer y Smilla ya han tomado el relevo. ¿Habéis cerrado el armario de licores con llave?

—¿Qué edad tienen? —pregunta Adde.

—Diecisiete —contesto—. Smilla cumple dieciocho en febrero.

—La mejor época de la vida —comenta Adde con una sonrisa.

—¿Qué quieres decir? —Malena finge estar ofendida—. Pensaba que tu mejor época es ahora, que me has conocido.

Adde le planta un beso en la mejilla.

—Claro. La mejor época es ahora.

4
Lollo

Nina está en la puerta de la cocina. Sujeta una copa de champán con una mano y en la otra tiene unos cacahuetes grasientos. El vestido de color verde manzana le sienta bien; esta noche transmite frescura, por una vez. Frescura, pero también gordura. A Nina siempre le ha faltado carácter. Es raro que no sea capaz de contenerse. Habría sido realmente guapa con diez kilos menos.

—¿Necesitas ayuda?

—No, gracias, ya puedo —respondo—. Malena ha traído el primer plato, ya está sobre la mesa. Lo tengo todo bajo control.

Nina se mete un cacahuete en la boca, se acerca a mí y baja la voz.

—¿Has hablado con esa nueva estrella? Se llama Adde, ¿no?

—Solo nos hemos saludado. Pero parece majo.

—Y guapo —señala Nina con una sonrisa.

Abro el grifo y empapo la bayeta con agua caliente.

—Suelen serlo. Guapos, quiero decir.

—Esperemos que funcione esta vez. —Mi amiga suspira levemente—. Por Theo, al menos.

—Ya, la verdad. —Escurro la bayeta y comienzo a frotar unas manchas marrones que parecen haber sido absorbidas por la encimera de mármol blanco—. Por cierto, ¿están Theo y Anton ahí arriba? Confío en que cuiden de Vilgot.

—Acabo de subir. —Nina mira hacia el techo—. Theo y Anton están con un videojuego y Vilgot los está mirando. De momento parece contentarse con eso. —Toma un sorbito del champán y mira a su alrededor—. Qué bonitos, los azulejos decorados. Dan vida a la cocina.

—¡Ya, me encantan! Hechos a mano, importados directamente de Marruecos.

Nina sigue los dibujos de los azulejos con el dedo índice.

—Habrán sido muy caros.

—Los hemos comprado a través de la empresa, así que nos hemos ahorrado el IVA —contesto, al mismo tiempo que me enfado conmigo misma.

¿Por qué trato de defenderme? No me apetece hablar de dinero. Siempre terminamos ahí y no sé si es curiosidad o envidia por parte de Nina. Fredrik y ella no lo tendrán fácil con dos sueldos de profesor y tres hijos. Pero ellos lo han querido así. Nadie los ha obligado a escoger

profesiones de sueldos bajos. Fredrik incluso dejó su trabajo de ingeniero cuando Smilla era pequeña. Para hacer algo que tuviera «más sentido». Es incomprensible, narices. ¿Por qué tomar la decisión de prescindir de la mitad de tu sueldo? Nina debería haberlo impedido.

La miro y añado:

—A Max le parecía que todo el proyecto era innecesario. Los azulejos anteriores solo llevaban aquí tres años. Pero conseguí convencerlo.

Nina sonríe.

—Se te da bien, eso.

—Cada uno tenemos nuestros talentos.

Paso un plato bajo el agua y lo coloco en el escurreplatos. No estoy dispuesta a revelar que tuve que echar unas lágrimas de cocodrilo para conseguir esos azulejos. No por el precio, eso no suele ser un problema para Max. Era más bien una cuestión de que no entendía el motivo. Pero fue más fácil soltar unas lagrimillas que tratar de explicar que los azulejos viejos ya estaban muy pasados de moda y que tengo que estar al día, ya que me muevo en el mundo de la decoración de interiores.

—Y tú tienes muchos talentos. —Nina se toma otro sorbo de champán y se apoya en la encimera—. ¿Cómo te va el blog?

Parece que nadie entiende cuánto cuesta pensar en temas, sacar fotos, subirlas, redactar textos y editar todo. Dedicaré unas quince horas semanales a ese puñetero blog; y eso que todavía apenas tiene lectores. Pero sé que mi blog será un escaparate fantástico tanto para la tienda física como la virtual, el asunto es divulgarlo un poco mejor.

Nina no me da tiempo a contestar.

—Sacas fotos muy profesionales —continúa—. Me he metido un par de veces a echar un vistazo.

—Si quieres, puedes compartir mis actualizaciones en Facebook —le digo—. Los clientes son sobre todo mujeres a partir de nuestra edad, y todavía usamos esa plataforma a veces. A diferencia de los críos.

—Hablando de críos... —Nina frunce el ceño—. ¿Sabes algo de Jennifer?

—No. Pero eso suele ser buena señal.

Nina asiente con la cabeza, pero no parece convencida. Comienza a dar vueltas por la cocina.

—Fredrik y yo no estábamos completamente de acuerdo.

—¿En cuanto a qué?

Me seco las manos y vuelvo a colgar el trapo en su sitio.

—De si debíamos dejar que veinte adolescentes entrasen a ocupar nuestra casa. Entre otras cosas.

A buenas horas saca el tema. Habremos dado vueltas a la fiesta de las chicas al menos tres

veces por teléfono en el último mes, pero solo hemos hablado de alcohol y drogas. Nina nunca ha dicho que el lugar de la celebración iba a suponer un problema.

—Bueno, en fin. —Sonríe y hace un gesto rendido—. Ya le he dado el visto bueno, así que no hay nada que hacer... Pero ya sabes. Estoy un poco preocupada.

Intento no suspirar en alto. Nina es una experta a la hora de preocuparse. Ve problemas por todas partes, a menudo antes de que surjan. Smilla casi siempre es el objeto de su preocupación. Que si Smilla esto, que si Smilla lo otro. Pobre chica. No debe de ser fácil tener a una madre tan sobreprotectora como Nina todo el día encima.

Hay que aprender a fiarse de los hijos, sobre todo cuando ya tienen la edad de las chicas. Además, necesitan cometer sus propios errores. Si siempre andas allanándoles el camino, ¿cómo van a hacer frente a la vida solos luego?

—Ah, conque estáis aquí, cotilleando.

Malena entra bailando en la cocina, con la música de fondo de *Happy New Year* de Abba. Ese vestido de lentejuelas quizá sea un poco exagerado, pero le queda bien.

—¿No puedo participar? —pregunta.

—Claro que puedes. —Hago un gesto con la cabeza hacia Nina—. Para empezar, puedes intentar que esta amiga tuya le deje de dar tantas vueltas a todo.

Malena pone una mano debajo de la barbilla y finge estudiar a Nina de pies a cabeza.

—Veamos... —Suelta la barbilla y levanta un dedo índice—. Un análisis concienzudo me dice que te preocupan todas las cosas divertidas que se les pueden ocurrir a Smilla y Jennifer esta noche. ¿Tengo razón o tengo razón?

Me cuesta reprimir la risa. Siempre hemos sido iguales en este sentido, Malena y yo. Ambas pensamos que no hay que preocuparse antes de tiempo. Es tan innecesario. Y aburrido. Sin nosotras, a estas alturas de la tarde Nina ya estaría fuera de sí de preocupación. Bueno, o por lo menos habría tenido una vida mucho más sosa.

—¿Cómo? —Nina me lanza una mirada oscura—. Es normal preocuparse un poco, creo. Vale que no es la primera vez que Smilla va a una fiesta, pero es la primera vez que la organizan en nuestra casa, y...

—Bah. —Malena pone una mano sobre el brazo de Nina—. Todo irá perfectamente. Ya casi son mayores de edad. Además, piensa en lo que hacíamos nosotras con esa edad.

Nina hace una mueca.

—Precisamente.

Malena suelta una carcajada y yo la acompaño. Incluso Nina se ve obligada a reírse un poco. Pero luego se pone seria otra vez.

—Por cierto, ¿cómo está Theo?

Malena pone cara de no entender.

— ¿T he o?

—Sí. —Nina se ruboriza—. Bueno, Anton me dijo algo de que Theo lo estaba pasando mal. No entendí muy bien a qué se refería, pero...

—Ah, eso. —Malena agita la mano—. Bueno, ha sido un otoño exigente, con la mudanza y todo eso. Cole nuevo, gente nueva. Ya conocéis a Theo —dice con una amplia sonrisa—. En fin, no podemos andar deprimiéndonos con estas cosas. Vayamos a brindar con los demás.

El champán de Nina rebasa el borde de la copa cuando Malena nos coge a las dos del brazo y nos lleva hacia el salón.

—¡Tienes que dejar de preocuparte por las chicas, Nina! —grita Malena para hacerse oír por encima de la música y la cada vez más ruidosa conversación de los invitados—. Confía en ellas. La falta de noticias es una buena noticia.

5
Fredrik

—¿Y sabes lo que le dije? —gruñe Stenman—. Le dije que por ese dinero ni siquiera podrá comprar un bote.

El tipo ya está muy borracho. Tiene la cara roja y se ríe tanto que la camisa se le ha abierto por la presión de la barriga hinchada. Lleva diez minutos contando la anécdota de lo que pasó cuando intentó vender su velero hace dos veranos, y me duelen las mandíbulas de tanto apretarlas.

No tengo nada en contra de los barcos, mi padre tenía un velero con motor, que estaba atracado en Gottskär, y solíamos sacarlo a menudo en verano. El problema reside en Jens Stenman. Es, igual que la mayoría de los amigos de Max, un fanfarrón enamorado de sí mismo. Sé que la única razón por la que Jens está aquí parloteando sobre su velero es que quiere contarnos por cuánto lo vendió. Y no podría importarme menos.

—Sí, joder —dice Magnus Göransson—. La gente no tiene ni idea. Piensa que se puede regatear en cualquier circunstancia.

Stenman asiente con la cabeza.

—Cuando vendo algo... —Se tambalea, pero consigue agarrar el borde de la mesa—. Si la persona que me llama no sabe hablar sueco, cuelgo. Quiero decir, esa gente viene de culturas más primitivas. Sitios donde andan por los mercadillos regateando todo el día.

—Exactamente. —Magnus se interesa cada vez más por el tema y se inclina hacia delante—. Un consejo. Cuando vendí mi Arcona 465 contraté a un agente comercial. Fue un puñetero alivio no tener que ocuparme de todo eso. Los agentes serios cuentan con contactos por toda Europa y además son capaces de hinchar los precios, así que merece la pena.

Enseño mi copa.

—Voy a rellenar esta copa.

Camino sobre un parquet de roble pintado de negro, navegando entre alfombras peludas y alejándome del club de la admiración mutua. Hay algo de los hombres en grupo que me irrita profundamente. Nada más saludar, se les hincha el pecho y comienza la rivalidad. Y luego hay que hablar sobre trabajo, coches, barcos y dinero.

En un rincón están Nina, Malena y las dos rubias que están casadas con Jens y Magnus. Las

risas se suceden y doy un rodeo alrededor del grupo, tengo la sensación de que mi presencia arruinaría el buen ambiente.

Lollo corre de un lado a otro entre las habitaciones.

—¿Necesitas algo?

—No, nada.

Sonríe, pero no se para.

—Sírvete otra copa de champán y relájate, Fredrik.

No puedo relajarme. Me pica el cuello bajo la camisa, se me habrá olvidado quitar alguna etiqueta. Me dirijo a la entrada, abro la puerta de la calle y salgo a las escaleras. El aire fresco de diciembre me recuerda que nos iremos en breve, que no quedan más que unas pocas horas.

Respira, Fredrik. Respira.

Vuelvo a entrar, dejo la copa sobre el aparador junto al espejo y me escurro por las escaleras, hasta la planta de arriba.

Theo y Anton están sentados en el sofá, cada uno manejando un mando con soltura. Vilgot está a unos veinte centímetros de la pantalla, viviendo cada giro en la carretera serpentina. En medio de la ovalada mesa de centro de cristal hay un bol con patatas fritas, que nadie ha tocado.

—¿Qué tal, chicos? —Me siento junto a Anton—. ¿Todo bien?

—De puta madre. —Anton no aparta la mirada de la pantalla ni un momento—. Estoy a punto de ganar.

—En tus sueños —gruñe Theo.

El ruido de la fiesta sube desde la planta baja, pero me acomodo en el sofá para seguir el progreso de los fórmula 1, deseando poder quedarme aquí el resto de la noche. Sin embargo, al levantar la mirada, veo la habitación de Jennifer a través de la puerta abierta y me arrepiento rápidamente.

Theo maldice entre dientes cuando su coche cae por un precipicio. Banderas blancas y negras aparecen delante del coche de Anton.

—¡Se ha hecho justicia! —exclama.

Me giro hacia Theo.

—Tendrás que ganarle la próxima vez. Si no, se vuelve insoportable.

Theo me dirige una breve sonrisa a la vez que Vilgot agarra el mando de Anton. Anton no está dispuesto a soltarlo, pero Theo enseguida le entrega el suyo.

—Una vuelta —le gruñe Anton a su hermano pequeño—. Una sola, ¿te has enterado?

Theo siempre ha tratado bien a Vilgot, ha dejado que juegue con ellos a pesar de las protestas de Anton. En parte, seguramente se debe a que Theo no se ve obligado a lidiar con hermanos propios. Pero también porque es buena gente. Parece que ha tenido algún problemilla a la hora de hacer amigos y puede que sea por eso por lo que pasa la Nochevieja con dos chiquillos. Es cierto

que solo le saca dos años a Anton, pero entre los trece y los quince puede haber una brecha importante.

Theo enseña a Vilgot cómo debe manejar el mando. Tiene una voz suave, los ojos están parcialmente ocultos bajo el flequillo castaño.

Y de repente no es Theo el que está allí. Es Simon. Parpadeo un par de veces para recobrar a Theo, a la vez que me doy cuenta de que tiene la misma edad que Simon cuando falleció.

Mi hermano pequeño también era un chico tímido y callado.

—¿Qué tal por lo demás?

Tengo que hacer un esfuerzo para que no se me note la emoción al hablar.

—¿A qué te refieres?

Theo estira el brazo sobre la mesa y se sirve unas patatas fritas.

—Has cambiado de cole, ¿no? ¿Estás a gusto en Tygelsjö?

Se encoge de hombros.

—Vamos, papá. —Anton me da un empujón en el costado—. Es Nochevieja. Estamos jugando. ¿Tienes que estar aquí?

—Tranquilo. —Me levanto—. Ya me voy.

La puerta abierta es como un imán, mi mirada la busca.

No puedo reprimirme.

Sobre el cabecero de la cama cuelga un sujetador de encaje blanco. Parece fruto de la casualidad, que ha acabado allí cuando su dueña se dirigía a la ducha. Pero también podría tratarse de una disposición muy consciente.

Trago saliva y bajo las escaleras rápidamente.

6
Nina

—¡Bien, ya ha llegado la hora de un brindis!

Ivanka se levanta de la silla, agitando una copa de vino.

Yo tampoco estoy sobria, pero no he alcanzado a Ivanka Stenman. Tiene los párpados medio colgados y el pintalabios, de un rojo intenso, se le ha pegado a los dientes.

—Excelente propuesta. —Max también se pone en pie—. Por cierto, habrá que cantar un poco, ¿no?

—Por supuesto. —Magnus Göransson habla tan alto que el oído derecho se me queda sordo por un momento—. Vamos, Ankan. Canta la canción más verde que sepas.

Ivanka suelta una risita y se pasa una mano sobre el vestido corto.

—No me sé ninguna de esas.

—¡Vamos, Ankan! ¡Vamos! —insiste Magnus.

Jens Stenman se une a Magnus, acompañando las palabras con golpes sobre el tablero de la mesa.

—Oye. —Una voz tensa se abre paso por entre el ruido generalizado—. Hay niños aquí.

Por un momento se hace un silencio sepulcral en la habitación y todo el mundo se gira hacia la voz.

Es de mi marido. Intento captar su mirada, pero está mirando fijamente a Max e Ivanka, como si quisiera matarlos. ¿Qué le estará pasando?

—¿Qué os parece lo siguiente? —El hombre que está sentado a mi lado rompe el silencio—. Yo os canto una canción realmente verde. En árabe.

—Nada de eso. —Le meto un dedo en el costado a Adde—. Eso es hacer trampa. ¿Cómo vamos a saber que es una canción verde de verdad?

Esboza una amplia sonrisa y se levanta de la silla.

—Vais a tener que fiaros de mí.

Sujetando la copa de vino en una mano y usando la otra como batuta, Adde comienza a cantar. Doy palmas, Lisen también se une e Ivanka se retuerce en algo que seguramente pretende ser una exhibición de danza del vientre. Poco después, todo el mundo ya está de pie, practicando versiones caseras de danza del vientre o dando palmas. Todos menos Anton, Theo y Vilgot, que

han abandonado el videojuego a regañadientes para cenar. Naturalmente, Fredrik tampoco participa.

—¡Estas fotos van a ser míticas! —exclama Lollo, móvil en mano.

Ivanka, que está ansiosa por figurar en la foto, baila con tanta intensidad que se cae de culo.

—¡Salud! —dice Max, ayudándola a ponerse de pie. Me siento, secándome las lágrimas de la risa con la servilleta, y me tomo un sorbo del vino blanco. El sabor es maravilloso. No es ni demasiado agrio ni demasiado dulce, y además está fresco.

—Mamá. —Vilgot se mete entre Magnus y yo—. ¿Ya puedo irme?

Cuando me giro para decirle que sí, noto cómo todo se tambalea. Vaya. ¿Cuántas copas de champán me habré tomado antes de cenar? He perdido la cuenta. Tendré que comer un poco más.

—Sí, claro.

Trato de acariciarle la mejilla, pero se escabulle y me giro hacia Adde otra vez.

—Un vino superbueno. Y un primer plato muy bueno también. —Engullo otra quiche pequeña y acerco la silla a la de mi vecino—. ¿De qué iba la canción, entonces? ¿Qué es lo que nos has cantado?

—No te lo puedo decir. —Los ojos oscuros de Adde centellean—. Ofendería a tus inocentes oídos.

—¿Inocentes? —De repente me entra hipo—. Lo siento. Siempre me pasa cuando bebo.

—Era una nana —contesta.

—¿Cómo? —La risa me sube por la garganta—. ¿En serio?

Adde asiente con la cabeza y pilla unas aceitunas de su plato.

—Ahora tendrás que contarme algo sobre Malena. —Se mete una aceituna en la boca, echándose hacia atrás en la silla—. Algo realmente bochornoso.

—Hay unas cuantas cosas para elegir. —Me giro hacia el otro lado de la mesa—. ¡Malena! Tu chico quiere que le revele todas tus penosas experiencias de juventud.

Malena interrumpe su conversación con Lisen.

—¿Qué quieres decir? Tengo un pasado inmaculado.

Todos se ríen a carcajadas, a la vez que la habitación se llena de la estruendosa voz de Jens Stenman.

—¡Un brindis! —Stenman se ha puesto en pie y repasa la mesa con la mano un par de veces antes de dar con su copa de vino—. Por nuestra bella anfitriona y por una cojonuda *fiesshta* de Nochevieja.

7
Fredrik

Me fascina el hecho de que la gente sea capaz de mantenerse en la misma silla durante tanto tiempo, hablar de la nada y aparentemente pasarlo bien. Miro alrededor de la larga mesa del comedor y no veo a una sola persona, aparte de mí mismo, que parezca estar aburrida.

Aprovechando la presencia de una persona nueva en la cena, Max cuenta todas sus viejas anécdotas de juventud. Los relatos se vuelven cada vez más dramáticos a medida que va pasando el tiempo, y, teniendo en cuenta que conozco a Max Wiksell desde hace veinte años, comienzan a parecer auténticas epopeyas.

Nadie revela que las historias ya han sido contadas mil y una veces. En lugar de ello, le siguen el juego y se ríen en alto en los momentos adecuados. Adde también se ríe por compromiso. O, quizá, las historias le parecen realmente buenas.

El nuevo amor de Malena está sentado junto a Nina y parece que se lo están pasando bien. Cuando Max se toma un respiro entre anécdota y anécdota, juntan sus cabezas para mantener conversaciones cómplices. Se nota que Nina ha bebido un poco. Sus gestos son más amplios, la risa más estruendosa.

Estoy fuera de lugar. Y soy más que consciente de la razón: todos están bebiendo. Todos salvo yo.

He tomado la decisión después del aperitivo. Me he dado cuenta de que Nina tenía razón, será completamente imposible conseguir un taxi.

Dormir aquí no es viable, siete horas son suficientes y he sido yo el que se ha olvidado de reservar el taxi. Así que, en lugar de dedicar la noche a descargar las aplicaciones de todas las empresas de taxi de la ciudad, he decidido no beber. Una pequeña copa de champán antes de cenar, una copa de vino durante la cena, y un trago de champán a las doce. Así no debería haber problemas para conducir después.

—Eres profesor, ¿verdad?

La mujer que está sentada a mi lado se ha girado hacia mí. Hemos intercambiado algunos lugares comunes a lo largo de la noche y sigo sin saber si es la misma vecina de Max que estuvo sentada a mi lado hace dos años. Por cómo habla, parecería que sí.

—Eso es. Educación física y matemáticas. Secundaria.

—¿Y te gusta? —Ladea la cabeza—. Últimamente se oyen tantas historias de miedo sobre el

mundo de la educación. Críos que no saben comportarse, profesores con demasiadas tareas... Nuestro hijo más pequeño se graduó del Bachillerato hace cinco años, así que he perdido el contacto con ese mundo. ¿La cosa está tan mal como parece?

—Personalmente, no me quejo. Depende de dónde uno trabaje, claro, pero en mi instituto tenemos un buen rector, que se ocupa de los problemas cuando surgen. Siempre hay algún que otro contratiempo cuando se juntan doscientos adolescentes bajo un mismo techo. Pero los compañeros de trabajo me caen bien.

—¿Y ha cambiado algo? ¿Te parece que los adolescentes no saben respetar a los profesores?

Me encojo de hombros.

—También hay que saber ganarse ese respeto. Eso sí, claro que se nota la diferencia con respecto a cómo estaba la cosa hace diez años.

Trato intensamente de dar con algún otro tema. Ya no me entretiene hablar de mi trabajo. Se me da bien la enseñanza y siempre me ha resultado divertido y estimulante trabajar con gente joven. Pero todo se ha trastocado, no quiero pensar en ello.

Además, la conversación me recuerda dolorosamente la fiesta que está teniendo lugar en mi casa ahora mismo. Miro de reojo a Nina y me doy cuenta de que el alcohol parece tener efectos calmantes. En cuanto a mí, me entran ganas de salir corriendo, coger el coche e ir directo a casa para poner fin al asunto. Todo el mundo que ha tenido diecisiete años sabe que las fiestas de esa época eran las peores. O las mejores. Depende de cómo se mire.

La mujer que tengo a mi lado abre la boca para decir algo más, pero Lollo me salva de la siguiente ronda de preguntas.

—¡Atención todo el mundo!

Se ha puesto en pie y golpea la copa de vino con una cucharita.

—¿Vas a dar un discurso? —Max balbucea—. Joder, qué rollo. Que sea uno cortito.

Todo el mundo se ríe. Quizá para apaciguar los ánimos tras las palabras. Vuelvo a mirar a mi alrededor. ¿Siempre nos emborrachamos tanto en estas cenas? ¿La razón por la que la gente me irrita tanto se debe a que yo no estoy bebiendo o es que han servido más alcohol de la cuenta hoy?

—Bueno, ya sabéis que se acerca... —Lollo echa un vistazo a su reloj de pulsera y muestra una amplia sonrisa—. ¡Falta una hora para el nuevo año! —Los invitados rompen en aplausos y exclamaciones, y la anfitriona tiene que hacer una pausa hasta que se calman un poco—. Y he pensado que deberíamos contar algo sobre el año que ha pasado. ¿Lo mejor que os ha ocurrido, tal vez? Y luego podemos decir algo sobre nuestras expectativas del año que viene. ¿No os parecería divertido? Muy brevemente. —Se gira hacia su marido—. ¿Me oyes, Max? ¿Serías capaz de decir algo breve y conciso?

Todos vuelven a reírse.

Todo mi ser protesta ante la propuesta. Me duele la cabeza, las palmas de las manos se me empapan de sudor, veo borroso. Quiero huir, pero me encuentro pegado al asiento acolchado de la silla.

—¡Qué buena idea! —exclama la mujer sentada a mi lado—. Empiezo yo.

—Perfecto. —Lollo sonríe—. Arranca, Lisen.

Lisen. Así se llamaba.

Y Lisen comienza a hablar. Suelta un largo y enrevesado discurso sobre un trabajo nuevo y uno o más nietos. Continúa expresando sus esperanzas de poder realizar algún que otro viaje, y un larguísimo etcétera.

Me sirvo otro vaso de agua de la jarra que tengo delante y rezo a los poderes superiores para que el turno pase a la derecha y no lleguemos a completar la vuelta entera.

Pero, cuando Lisen termina, Lollo me señala a mí, naturalmente.

—Te toca, Fredrik.

El corazón me late con fuerza e intento sonreír, pero noto cómo la boca me lo impide activamente y la sonrisa se convierte en una mueca rígida.

—Vamos, profe —vocifera Max desde el otro lado de la mesa—. ¿Muchos muertos en el armario o qué?

—Disculpad. —Me levanto de la silla—. Voy a echar un vistazo a los chicos. Me ha parecido que Vilgot estaba llamando. Podéis ir en el sentido opuesto.

—¡No te librarás! —grita Max.

Quiero estrangularlo lentamente, pero me limito a decir algo sobre que volveré en breve, y me apresuro a abandonar la habitación.

8
Nina

—Te toca, cariño. —Lollo me mira—. Cuéntanos. ¿Qué ha sido lo mejor que te ha pasado este año? ¿Qué esperas del próximo?

Me tomo un sorbo del vino de postre para ganar tiempo. Cuando ha comenzado la ronda de preguntas, lo veía como algo divertido, una típica ocurrencia de Lollo, pero ahora, de repente, me siento obligada a decir algo que tenga sentido.

Dentro de unos minutos será un nuevo año, una ocasión perfecta para deshacerse de todo lo viejo y plantar algo nuevo. Ahora, no sé si es una buena metáfora. ¿Por qué estoy pensando en flores? He bebido demasiado, la cabeza todavía me da vueltas.

Adde me da un codazo en el costado.

—Hola, compañera. ¿Tienes miedo escénico?

No quiero reírme, pero aun así la risa se me escapa, una prolongación de los ataques de risa que me han acompañado a lo largo de la noche. Hacía tiempo que no me lo pasaba tan bien en una cena. Adde es realmente simpático, y además divertido. Espero que Malena lo cuide, parece el hombre perfecto para ella. Una persona estable, pero con sentido del humor.

—Sí, pero... —Sonrío a Lollo y trato de recomponerme—. Ha sido un buen año, pero no sé si se me ocurre algún momentazo en especial.

Lollo ladea la cabeza.

—Algo sí que se te ocurre, ¿no?

Cuanto más reflexiono sobre ello, más me cuesta. Ahora que lo pienso, el último año no ha sido especialmente bueno. La relación con Fredrik ha sido bastante fría; cuando no hemos discutido, no nos hemos hablado. Vilgot ha tenido cuatro episodios de otitis, Smilla y yo nos hemos peleado sobre prácticamente todo lo habido y por haber, y tuvimos que interrumpir las vacaciones por una avería del agua en la cocina.

—Vale —digo al final—. Lo mejor es que toda la familia esté bien y que tengamos unos amigos tan buenos. —Se oye un silbido, probablemente ha sido Max quien rápidamente se ha atribuido el cumplido—. Y, de cara al año que viene, espero... —Recorro la mesa con la mirada y me detengo en la silla vacía de Fredrik—. Espero que sigamos todos bien.

Madre mía. ¿Es posible ser más aburrida? ¿El bienestar de la familia es mi única ambición

para el futuro? Resulta patético. Todos los demás han hablado de nuevos retos profesionales, viajes interesantes y carreras de maratón.

¿Me he convertido en una vieja? Probablemente. ¿Es por eso por lo que Fredrik ya no quiere hablar conmigo? ¿Porque piensa que me he vuelto una vieja aburrida? ¿Y fea?

Últimamente no tenemos relaciones sexuales. Hasta ahora apenas he reflexionado sobre la ausencia de sexo en nuestra relación, pero ahora de repente me doy cuenta: no tenemos vida sexual.

Hemos convivido tantos años con niños que el deseo se ha visto más o menos relegado a un segundo plano. Y, para ser sincera, no es que lo eche mucho en falta, el sexo. Tengo tantas otras cosas en la cabeza: el trabajo, la logística familiar y un montón de historias más. En esta ecuación apenas hay sitio para relajarse y dejarse llevar.

¿Cuándo fue la última vez que nos acostamos? ¿Hace medio año, quizá? Si es así, debe de ser una plusmarca de abstinencia. Ni siquiera tras los partos mantuvimos un celibato tan prolongado.

Mi marido todavía está en buena forma física, sus canas resultan atractivas y viste de sport, con un estilo bastante juvenil. En cuanto a mí, tengo unos cuantos kilos más que cuando nos conocimos y mis canas no resultan para nada tan atractivas como las suyas.

De repente se me ocurre una cosa: ¿Fredrik me está poniendo los cuernos? ¿Tiene una relación con otra mujer? ¿Alguien más joven, más delgada y más divertida?

Levanto una de mis copas medio llenas y me tomo un sorbo grande. Me sigue gustando el vino. Bajo la mirada y me ajusto el vestido, estirando los pliegues en torno a la cintura. Compruebo que tengo unos bonitos pechos. Y tampoco estoy exageradamente gorda.

—¡Vale! —grita Lollo—. Fredrik se ha escondido, así que Max tendrá que terminar. —Mira a su marido—. Dispones de tres minutos, ni un segundo más. Hay que acabar antes de las campanadas.

Nadie se he levantado para pronunciar su pequeño discurso, pero Max sí lo hace, claro está, y comienza aclarándose la garganta de manera teatral.

—Queridos amigos. —Mira alrededor de la mesa como si fuera un cura y nosotros, su piadosa congregación—. ¡Ha sido un año formidable! Los negocios van viento en popa y estoy a mil cosas. Y eso a mí me gusta, ya lo sabéis. —Da con su copa de vino, se toma un sorbo y la vuelve a depositar sobre la mesa—. Además, ha sido un buen año de golf. Ya estoy en 6,2. —Alguien aplaude, y Max continúa—. De cara al año que viene, espero que nuestro patético gobierno cierre las fronteras completamente. Hoy por hoy es imposible darse una vuelta por el centro sin que...

Lollo le da un codazo.

—No hables de aburridos asuntos políticos, cariño.

Max pasa del comentario.

—Y no hace falta ser un genio para darse cuenta de que Suecia tiene un problema. Las calles

están llenas de mendigos y otra chusma que no aporta un duro a la sociedad.

—Ya vale.

La voz de Lollo es un poco más firme en esta ocasión. Max hace un gesto de rendición y la mira con ojos vidriosos.

—Pero si es verdad.

Qué bochorno.

—No le hagas caso —le susurro al oído a Adde—. Max ha bebido un poco. No suele...

—Mi padre ya lo veía venir hace veinte años. —Max, que ha entrado en calor, hace aspavientos—. Se daba cuenta de que Suecia estaba siendo destrozada. Y no es que la cosa haya mejorado. Joder, supongo que en breve habrá que celebrar el año nuevo de los musulmanes en lugar del nuestro.

Malena se levanta.

—Perdona, pero da la casualidad de que hay un musulmán entre nosotros esta noche. Si quieres, puedes dirigir tu odio directamente a él. ¡Adelante!

Por un momento, Max parece un poco compungido, pero no tarda en recomponerse.

—Por favor, Malena. —Se gira hacia Adde con una enorme sonrisa—. Evidentemente, no hablo de ti. Tú hablas sueco, trabajas y pagas tus impuestos. Hablo de los otros, los que viven de ayudas y...

—¡Basta! —Fredrik aparece en la puerta—. Estás borracho, Max. Y no haces más que decir chorradas. Ya vale de estas bobadas.

—Vamos, Fredde. —Max lo mira con una sonrisa torcida—. No seas tan políticamente correcto. Abre los ojos, reconoce que Suecia tiene problemas. Grandes problemas.

Fredrik da un paso hacia la mesa y clava la mirada en Max.

—El mayor problema de este país es que gente como tú...

—¡Atención! —Lollo golpea desesperadamente su copa de vino con una cucharita—. Ya solo quedan diez minutos para las campanadas, propongo que salgamos a la terraza. Enseguida se servirá el champán.

Nos levantamos rápidamente, todo el mundo sale más o menos corriendo. Adde y Malena hablan en voz baja, pero la conversación es intensa.

Fredrik se acerca a mí a grandes zancadas.

—Ven —dice—. Vámonos.

—¿Ahora?

—Sí. —Su voz está hirviendo de rabia—. Ahora. No aguanto un puto minuto más en esta casa.

Le pongo una mano sobre el brazo, en parte porque el suelo se tambalea bajo mis pies.

—Tranquilo, cariño. No podemos salir de aquí corriendo, sin más. Lollo ha preparado un

montón de cosas para las campanadas, no es culpa suya que Max se comporte como un imbécil cuando bebe.

—Siempre se comporta como un imbécil —murmura Fredrik—. Pero normalmente no pregona sus rancias ideas a los cuatro vientos.

—Brindemos primero. Luego nos vamos a casa.

Le doy un beso en la mejilla a mi marido y lo arrastro a la entrada. Allí están Anton y Theo, abrigados ya de cara a la inminente exhibición de los fuegos artificiales.

—¿Vilgot está dormido? —pregunta Fredrik, y Anton asiente con la cabeza.

Unos minutos más tarde, nos encontramos en la terraza que Lollo ha convertido en algo parecido a un mundo de cuento de hadas con la ayuda de hilos luminosos y lámparas. Las lamparitas están colocadas en pequeños grupos sobre la tarima de madera, repartidas con gusto junto con plantas de invierno metidas en macetas que están forradas con tela de yute. La propia Lollo, que lleva algún tipo de abrigo de piel, está en plena faena, llenando de champán unas copas altas. Me fijo en una fabulosa lámpara de hielo, con rosas de color blanco hueso incrustadas, que se derrite poco a poco en la mesa junto a las copas.

¿De dónde saca las fuerzas?

Las dos parejas de vecinos se han reunido delante de la puerta de la terraza, Adde y Malena están un poco apartados. Malena gesticula impetuosamente mientras Adde coloca una mano en su brazo; parece que está tratando de calmarla. Max está en medio del jardín, junto con su kit de fuegos artificiales. La figura encorvada apenas se ve al otro lado de la piscina cubierta.

—¡No os acerquéis demasiado! —Fredrik trata de comunicarse con los chicos, y después se gira hacia mí—. No debería dedicarse a estas cosas en su estado.

Miro a Max. Se le han desprendido unos mechones del pelo repeinado y cuelgan sobre uno de sus ojos. Toquetea una caja de cerillas y suelta unas largas retahílas de tacos, parece que le está costando encender las cerillas con el ambiente tan húmedo.

—Creo que todo irá bien —digo, pasándole una copa a mi marido—. Menos mal que han prohibido los cohetes más peligrosos.

El frío me ha serenado un poco. A partir de ahora tendré que intercalar las copas con agua.

Justo en este momento, Lollo exclama «¡Feliz año nuevo!» y los invitados irrumpen en un júbilo controlado. Fredrik y yo nos mezclamos con el resto de la gente. Brindamos, nos abrazamos y nos deseamos un buen inicio del nuevo año.

Por fin, Max consigue encender una cerilla y estrellas de diferentes colores se elevan hacia el grisáceo cielo negro. Aplaudimos y proferimos exclamaciones exageradamente entusiastas cada vez que una nueva cascada de estrellas se proyecta sobre nuestras cabezas.

Sujeto la copa de diseño de Lollo entre mis dedos helados, me inclino hacia atrás, hacia

Fredrik, y me dejo envolver por sus brazos. Estudiamos en silencio el resultado de los fuegos artificiales del vecino, para nada tan magníficos, que crepitan encima del seto.

Giro el torso un poco y busco la mirada de Fredrik.

—Feliz año nuevo.

Sonríe.

—Feliz año nuevo, Nina.

Chocamos las copas. Estoy a punto de decir algo sobre lo repugnantito que ha sido el último año, pero me reprimo en el último momento. Parece casi de mal augurio iniciar los primerísimos minutos del nuevo año con un comentario amargo, como si la amargura fuera a adherirse y marcar la pauta para todos los minutos que quedan. Puede que sea ahora, en este preciso instante, cuando se nos presenta la posibilidad de dar la espalda a todo lo viejo y volver a empezar.

Sé que el calendario es un invento humano y que el nuevo día no es diferente del que acabamos de dejar atrás, pero el simbolismo —el de las nuevas posibilidades que trae un nuevo año— podría servir de ayuda por una vez. Quizá logremos aprovecharlo para dar con un camino de vuelta y reencontrarnos.

Me pongo de puntillas y le doy un beso a Fredrik. Volvemos a brindar y una voz interior me dice que todo irá bien, que a partir de ahora todo solo puede ir a mejor.

9
Fredrik

Dejo la terraza con la excusa de ir al baño. En realidad, no soporto la mirada amorosa de Nina. No me la merezco.

Detrás de la puerta cerrada me siento sobre la tapa del váter, me inclino hacia delante y apoyo la cabeza en las manos. ¿Cómo he podido llegar a esto? A esta situación. Ojalá no hubiera... Suspiro profundamente. ¿Cuántas veces lo he pensado? Ojalá no hubiera... No tiene ningún puto sentido.

Mis pensamientos se interrumpen abruptamente cuando suena mi canción favorita en el móvil que llevo en el bolsillo interior de la chaqueta. Siento un revoloteo en la tripa. ¿Ha pasado algo en la fiesta de las chicas?

Saco el teléfono, veo un número desconocido en la pantalla y respiro con alivio. Pero el alivio se esfuma tan rápido como ha llegado. Un número desconocido podría significar que me está llamando una amiga de Smilla; tal vez porque Smilla está borracha perdida. O puede ser un vecino que quiere decirme que han llamado a la policía debido a que la música está demasiado alta, o han oído el ruido de disparos.

Def Leppard sigue sonando. Miro la larga fila de cifras, como si fuera un código. Un mensaje secreto que yo, como profesor de mates, debería ser capaz de descifrar. Pero las cifras no me dicen nada y al final acerco el móvil al oído.

Al principio no oigo más que un sonido áspero, pero firme. Puede que sean pasos.

Después se oye el ruido que se produce cuando un golpe de viento pasa por el micrófono.

—¿Hola?

Mi voz desaparece en un crepitar del otro lado.

—Hola, Fredrik.

Me quedo de piedra.

—¿Jennifer?

Suelta una risotada.

—La misma.

—¿Ha pasado algo? ¿Dónde estás?

—En breve llego a casa.

—¿A casa? —Trato de entender lo que dice—. ¿Aquí? ¿A tu casa?

Parece que se tropieza y desaparece del radar por un segundo. Al momento vuelvo a oír su respiración.

—Eso es.

—Pero ¿por qué no sigues en la fiesta? —Trago saliva—. Con Smilla.

—Bah, la fiesta es un coñazo... He pensado que podríamos hablar un poco.

—Eh..., ¿hablar?

Me cuesta pronunciar la palabra.

—Eso es. Hablar.

¡Mierda! Miro a mi alrededor, en el gran baño. Como si estuviera buscando una puerta secreta que lleve a un refugio que le permita a uno esconderse por un tiempo indefinido. Naturalmente, no la hay. Tengo que asumir el control.

—Jennifer, ¿dónde estás exactamente?

—En la parada del autobús.

—¿Cuál?

Jennifer suspira.

—Ya te he dicho que...

—¿Estás en Klagshamn? —Doy vueltas entre la puerta y el jacuzzi—. ¿En la última parada?

—Sí, pero por qué...

¡Mierda!

—Jennifer, escúchame bien. —Trato de imprimir un tono firme a mis palabras—. Quédate donde estás ahora mismo, ya voy yo.

—¿Qué? Pero...

—Quédate allí —mascullo entre dientes—. ¿Me oyes? No des ni un paso más. Llego en un par de minutos.

Los otros siguen en la terraza, así que puedo recoger el abrigo y escurrirme por la puerta. La única que me ve es Chanel. Está en su cesto, temblando y con los ojos abiertos de par en par. Alguien debería haber estado junto a la pobre perra cuando estallaban los fuegos artificiales más potentes.

En la calle no hay nadie. En la distancia se ven cascadas de estrellas, pero la espesa niebla limita la vista. Parece que los vecinos de al lado se han metido en casa tras las campanadas. Me alejo apresuradamente de la fiesta y, conforme voy avanzando por la acera, las voces se van desvaneciendo poco a poco hasta que al final desaparecen por completo.

En mi fuero interno, siempre he sabido que iba a llegar este día. Llevo todo el otoño esperando que estalle la bomba. Y no entiendo por qué no la desactivé nada más armarla.

Debería haber hablado, explicado y aclarado. En lugar de ello, he metido la cabeza bajo tierra, pensando que el tiempo curaría todas las eventuales heridas. O al menos que las haría palidecer.

Parece que no ha sido el caso.

No he ido muy lejos cuando la veo. Sale de la espesura con sus tacones altos; naturalmente no se ha quedado en la parada.

—Te he dicho que no te movieras.

Sonríe. Bajo los párpados, medio cerrados, se ven unas pupilas enormes.

¿Está colocada?

—Pareces nervioso, Fred... rik.

Tiene la voz espesa.

—No estoy nervioso. Simplemente pienso que has elegido un mal momento para hablar. Y parece innecesario que montes una escena cuando tenéis invitados en casa. Si es eso lo que pretendes hacer.

—No voy a montar nada. —Jennifer suelta una risita, como si acabase de decir algo muy divertido—. Quiero hablar. Solo. Hablar.

—Si tiene que ver con lo que sucedió el verano pasado...

—Exactamente. —Deja de reírse y da un paso hacia mí—. Jugaste conmigo, Fredrik. Me pisoteaste.

—Por favor, Jennifer...

Joder. Está borracha, parece que drogada también. ¿Qué le digo? ¿Cómo puedo hacerle entender?

—Jennifer —comienzo de nuevo—. Entiendo si estás decepcionada. Y ya te he explicado lo que hay: me caes bien. Siempre me has caído bien. Pero estás mezclando las cosas.

Me mira fijamente.

—¿Qué?

—Olvídalo. Lo que trato de decir es que uno tiene el derecho de ser amable sin que la otra persona piense que está buscando un amor físico necesariamente. Joder, Jennifer, tendría que haber hablado contigo sobre esto mucho antes.

—¿Amor físico? —La sonrisa de Jennifer es fría—. A veces hablas como un catedrático. Pero no te vas a librar. Porque, que yo recuerde, fuiste físico como un cabrón.

—Si fuiste tú la que... —Vuelvo a empezar—. Habíamos bebido. Habíamos fumado. Fue un error y me arrepiento de él todos los días.

Me empuja hacia un lado para abrirse camino rumbo a su casa. Estiro una mano, no quiero acercarme un metro más al chalet de los Wiksell, pero solo consigo agarrar la fina chaqueta desabrochada.

—Suéltame.

Se libera de mí y sigue caminando.

—¡Para!

Esta vez consigo agarrarla del brazo. Jennifer se resiste, pero al final la vuelvo a meter entre los árboles.

Estamos uno frente al otro en uno de los muchos senderos que atraviesan el bosquecillo. Una farola cercana arroja una débil luz sobre su cara. El rímel se ha corrido por sus mejillas, se tambalea, parece que podría caerse en cualquier momento.

—Jennifer. —Hago un esfuerzo por imprimir un tono tranquilo a mis palabras, bajo la voz—. Si quieres hablar de ello, yo encantado. Además, tienes que desembriagarte un poco. Podemos dar un paseo y después te llevo de vuelta con Smilla. ¿Sabe que te has marchado?

Jennifer no parece escuchar. Trata de apartar mi mano y las afiladas uñas me arañan.

—¡Suéltame! —Ahora Jennifer grita. Aúlla—. Puto viejo asqueroso. ¡A mí no me tocas! ¿Te has enterado?

—Para, Jennifer. —Quiero agarrarle los brazos, pero no puedo, los mueve como las aspas de un molino—. ¿Quieres que tus vecinos salgan y te vean en este estado? ¿Es eso lo que quieres?

Bufa.

—Me importan una mierda.

Jennifer se tira hacia atrás con tanta vehemencia que se me escapa de las manos. Liberada de toda resistencia, cae hacia atrás entre el matorral. Todo ocurre en menos de un par de segundos, pero veo el proceso a cámara lenta. La sorpresa en los ojos azules, la chaqueta negra como una vela sacudida por el viento alrededor del cuerpo.

El silencio envuelve la escena, parece que el mundo entero está aguantando la respiración.

En realidad, soy yo el que ha dejado de respirar, y, cuando la voz de Jennifer rompe el silencio, siento un enorme alivio.

—Joder, qué daño me he hecho.

Se incorpora, tocándose la cabeza.

—¿Cómo estás? —Me pongo en cuclillas—. Déjame que lo mire.

Jennifer aparta mi mano con la suya.

—¡Te he dicho que no me toques!

—Vamos. —Mantengo la mano para ayudarla a levantarse—. No seas infantil. No puedes quedarte aquí toda la noche.

Gira la cara hacia mí lentamente. Tiene la mirada oscura.

Y llena de repugnancia.

—Vete de aquí, Fredrik. Déjame en paz.

—Joder, Jennifer. —Estoy a punto de levantarme, pero la chaqueta se me engancha con algo y pierdo el equilibrio, casi caigo redondo sobre ella—. Perdón.

—¡Hijo de puta enfermo! ¡Llamo a la policía!

La voz de Jennifer atraviesa la silenciosa urbanización como un cuchillo.

Desprendo la chaqueta de la maleza y me pongo en pie. El corazón se me desboca contra la caja torácica y por un momento tengo la sensación de que alguien nos mira, parece que hay sombras deslizándose entre los árboles.

—Déjalo ya —le digo—. No ha sido...

—Te van a enchironar, Fredrik. —Jennifer consigue enderezarse con un movimiento sorprendentemente rápido. Da un paso hacia mí, se inclina hacia delante y se acerca tanto que noto el olor a alcohol que sale de su boca—. Esto lo sabes, ¿no?

10
Lollo

—¿Me echas un poco más?

Lisen me acerca su copa como si fuera una especie de mayordomo.

—Por supuesto. —Lleno las copas de las dos y bajo la voz—. Perdón por lo de Max, siempre...

—Bah, no lo menciones. —Lisen sonríe con una mirada cómplice—. En realidad, seguro que todos pensamos más o menos como él, pero nadie se atreve a decir la verdad. Basta con mencionar el problema de la integración en esta ciudad para que la gente te tilde de racista.

Lisen se aleja como una nave en el mar y miro a mi alrededor. ¿Dónde han ido Malena y su novio? ¿No se habrán ido a casa?

Max sigue en el jardín, recogiendo los restos de los fuegos artificiales. No entiendo por qué tenía que pregonar sus opiniones a los cuatro vientos justo hoy, delante del nuevo chico de Malena. Malena parecía dispuesta a matarlo. Y Fredrik seguramente la habría ayudado. La ejemplaridad de ese hombre puede llegar a ser muy cansina. No es capaz de oír un chiste sobre los noruegos sin decir: «Pero no todos los noruegos son así». ¡Por Dios! A veces hay que permitirse alguna broma.

Por otra parte, es cierto que Max se ha pasado. Lo que ha dicho ha sido exagerado; siempre exagera, sobre todo cuando está borracho. Además, el novio de Malena parece un tipo completamente normal. Incluso ha tomado vino con la cena y ha sido encantador, no ha dado la nota de ningún modo.

—Gracias, querida Lollo, por una velada fabulosa.

Nina se planta delante de mí, con las mejillas encendidas. La ligera lluvia ha rizado las puntas de sus cabellos, y sus ojos revelan que ha tomado unas cuantas copas de esto y de lo otro.

—Gracias a ti, cariño —le respondo—. El postre estaba riquísimo.

No es verdad, pero ¿para qué comentárselo? Nunca me ha gustado eso de que siempre hay que decir la verdad, aunque ofendas a la gente haciéndolo.

Nina repasa la terraza con la mirada.

—¿Dónde están Adde y Malena?

Niego con la cabeza y Nina suelta una risita.

—El discurso de Max no ha sido muy estratégico...

—Lo sé —contesto—. Es realmente estúpido hablar de política cuando uno ha bebido demasiado.

—Para mí es siempre estúpido hablar de política. —Nina se inclina hacia mí y coloca la boca junto a mi oído—. ¿Te he dicho que la política me aburre hasta decir basta?

Nina puede resultar hasta divertida cuando ha bebido.

—No, nunca. Pensaba que Fredrik y tú no hacíais otra cosa que solucionar los problemas del mundo.

De repente parece muy seria.

—Ya no hablamos apenas.

—¿Cómo? ¿Ha pasado algo? ¿Os habéis peleado?

—No, no, nada de eso. Es simplemente que llevamos muchos años casados y, ya sabes, tres hijos... En fin, lo de siempre. —Nina sonríe de pronto—. Pero no quiero ser una aguafiestas. Nuevo año, nuevos tiempos, ¿sí o no?

Vuelvo a llenar nuestras copas, las chocamos y me hago un selfi, procurando que se vea la lámpara de hielo al fondo. El icono rojo junto al símbolo de los mensajes muestra que he recibido dos SMS nuevos. Son de Agneta y Jennifer que me han felicitado el nuevo año justo antes de las campanadas.

«Espero que lo estéis pasando bien!», escribe mi madrastra, transmitiendo también los saludos de mi padre. Jennifer ha enviado un corazón rojo y el texto: «Feliz año nuevo!». Contesto con más corazones rojos.

—Ya puedes dejar de preocuparte. —Enseño el móvil a Nina—. Jennifer acaba de escribir. Están bien en tu casa.

Nina parece tan aliviada que me entra cargo de conciencia. Jennifer no ha dicho nada de cómo están. Pero tampoco miento. Una persona capaz de mandar un SMS y escribir las palabras correctamente no puede estar borracha perdida.

Entramos al calor. Max ha asumido el papel de disc-jockey, Lisen e Ivanka se mueven torpemente por el suelo del salón. Jens se ha echado en el sofá, parece un pordiosero.

Cuelgo rápidamente el selfi en Instagram y Facebook junto con un texto breve: «¡Feliz año nuevo, gente maravillosa!». Procuro añadir los hashtags de #lollosdesign y #decoracíondeinterioresenlared, pero también #happynewyear, #friends y #love. Las actualizaciones personales suelen recibir muchos likes. A la gente le gusta verme a mí, la persona detrás de la marca; quiere ver algo más que marcos para cuadros o fundas de cojines.

—Que dos tías buenas. —Nina se asoma sobre mi hombro—. Se hace raro pensar que tendremos cincuenta dentro de un par de años.

—¿Verdad? —Le doy un empujoncito—. No me lo recuerdes, haz el favor.

—Bah. —La sonrisa de Nina se ensancha—. La edad no es más que un número. Lo que

realmente cuenta es lo que llevas... —se señala la cabeza— aquí dentro.

Estoy totalmente de acuerdo. La sonrisa de Nina es contagiosa y me veo inesperadamente abrumada de gratitud por todo lo que tengo: mi familia, mis amigos, mi hermoso hogar.

—Ven, vamos a buscar a Malena.

11
Fredrik

Cae una lluvia fina que apenas se siente, pero que se ve a la luz de las farolas. Los invitados de la fiesta han debido de volver a entrar en la casa, pero aun así se oye el ruido del enorme equipo de música de Max desde lejos. La mera idea de reunirme de nuevo con los ebrios participantes de la fiesta me agota.

La puerta de la calle se cierra con un clic. Chanel me sigue con la mirada, desde los ganchos de los abrigos hasta el baño. Cuando cierro la puerta tras de mí, se me doblan las piernas. Me hundo en el suelo, inclino la cabeza hacia atrás y cierro los ojos, sintiendo los frescos azulejos a través de la tela de la camisa. Unas voces contradictorias luchan en mi cabeza. Respiro hondo e intento callarlas.

Es imposible.

«Vuelve —susurra una de las voces—. Muéstrales que eres un hombre, agarra el toro por los cuernos».

«Vuelve a casa —ruge la otra voz—. Vuelve a casa y verás que todo saldrá bien».

No tengo ni idea de cuánto tiempo me he quedado sentado ahí, pero al final consigo incorporarme.

Me acerco al lavabo con piernas inseguras, abro el grifo y dejo que el agua caliente fluya hasta que echa vapor. El jabón es de color lila y huele a lavanda, las cerdas ásperas del cepillo de uñas devuelven la vida a mis dedos congelados. Miro mientras la suciedad desaparece poco a poco a través del desagüe. Me sobresalto al ver unas repentinas hileras de color rojo rosado buscar su camino sobre la porcelana blanca.

Con el corazón en un puño miro fijamente al lavabo. Ahora el agua fluye clara otra vez, pero estoy seguro de que no ha sido un producto de mi imaginación. Noto cómo un escalofrío me recorre la espalda.

Tenía sangre en las manos.

Más jabón. Saco unos cincuenta mililitros de jabón del bote de Lollo, que es una cursilada, empapo el cepillo de uñas y me froto las manos hasta que escuece la piel. Más o menos al mismo tiempo, me doy cuenta de lo que tengo que hacer.

La música del salón es atronadora y una vez más puedo salir de la casa sin que nadie me vea.

Chanel ni siquiera levanta la cabeza cuando cojo la chaqueta y me escurro por la puerta de la calle.

12
Nina

—Hola, Nina. ¿Puedo tentar a esta dama con algo exquisito?

Max me pasa una copa. Una rodaja de limón cuelga del borde.

—¿Qué es? —Cojo la copa y me tomo un sorbo—. Por Dios, qué bueno está. Se te da fenomenal preparar cócteles.

—Lo sé. —Max sonríe—. Llevo practicando muchos años.

—Mmm. —Me tomo otro sorbo—. Fabuloso. ¿Cómo dices que se llama?

—*Gin sour*.

De los altavoces sale *I Wanna Dance with Somebody*, de Whitney Houston. Doy unos pasos por el suelo del salón, cierro los ojos y dejo que la música me atraviese el cuerpo. La cabeza se me llena de la voz de la cantante, siento la vibración de los bajos en la tripa. Todavía no he olvidado mis antiguas destrezas. Siempre se me ha dado bien bailar.

Deberíamos organizar este tipo de fiestas más a menudo. Si te quedas todo el día en casa sin hacer nada, es fácil olvidarse de lo hermosa que puede ser la vida.

Abro los ojos, veo a Lollo e Ivanka junto a la ventana, y me acerco a ellas.

—¿Sabes dónde está mi marido? —le pregunto a Lollo en el oído en voz alta. Ella niega con la cabeza.

—Hace tiempo que no lo veo.

—No pasa nada —le digo—. Narices, Fredrik es más agrio que este cóctel. Qué tío más aburrido.

Lollo se ríe y mira a su alrededor.

—Estará por ahí en algún sitio —comenta después—. Pero Malena y Adde ya no están. Se han marchado con Theo. Supongo que habían reservado un taxi.

—Parecía que estaban discutiendo —señalo.

—¿Adde y Malena? —Lollo levanta las cejas—. ¿Cuándo?

Tengo que reflexionar un momento.

—En la terraza. Pero seguro que no ha sido nada serio. Tendrá que cuidarlo. Un chico supersimpático ese Adde.

—Sí, la verdad. —Lollo sonríe—. Uno de los más simpáticos hasta la fecha.

Me tomo otro sorbito del cóctel, dejo la copa sobre la mesa y me dejo deslizar por el suelo

acompañada de los tonos de *Moonlight Shadow*. ¿Por qué toda la música buena es de la época de nuestra juventud?

13
Fredrik

Cuando vuelvo, Max ha puesto una lista de éxitos de los ochenta y todos están bailando como locos. «Todos», en este caso, significa Lollo, algunos componentes de los dos matrimonios de los vecinos y Nina. Parece que Adde y Malena han abandonado el barco a tiempo.

Doy unos golpecitos en el hombro de Nina.

—Tenemos que irnos.

—¡Anda, si estás aquí! —A mi mujer se le ilumina la cara—. Ven a bailar.

Me agarra y me planta un beso mojado en la mejilla.

—Es casi la una y media. —Me giro para liberarme de sus brazos—. Es hora de acostar a los chicos.

—Vamos, Fredrik. —Hace pucheros como una niña de tres años—. No seas tan rollo. Solo una canción más. Por favor.

Únicamente con un gran esfuerzo consigo no gritar y llevármela del salón por la fuerza. Le digo, luchando por controlar la voz, que voy a ir a por los chicos ahora, y que después tendrá que venir.

En el mismo momento se oyen los primeros tonos de *La Isla Bonita* de Madonna, y Nina se sobresalta. Con un chillido de alegría corre donde Lollo y le da un golpe de cadera a su amiga. Se abrazan, riéndose histéricamente, y comienzan a bailar. Dejo la discoteca y subo por las escaleras hasta la planta de arriba. La habitación está oscura, parece que la pantalla del televisor se ha quedado en un modo de reproducción continua de créditos. Encuentro un interruptor y enciendo la lámpara que cuelga del techo sobre la mesa de centro.

No veo a Theo, pero mis hijos están en el sofá, uno al lado del otro. La pequeña y blanda mano de Vilgot está en la de Anton, más grande y nervuda. Tienen las caras relajadas y sin previo aviso siento una punzada en el pecho, como un repentino nudo en el corazón.

Despierto a Anton. Asiente con la cabeza, aturdido por el sueño, cuando le pido que recoja el móvil, el iPad de Vilgot y los correspondientes cargadores.

Conseguir que Nina abandone el salón no es tarea fácil, tiene que abrazar a y despedirse de todo el mundo por partida doble. Yo me quedo en la puerta, sintiendo cómo se aprieta el nudo en el corazón. Lisen choca conmigo mientras baila y casi me tumba. Max sonríe y levanta la copa con un gesto hacia Jens Stenman, que se ha quedado echado en el sofá con la boca medio abierta.

Cuando finalmente logro llevar a Nina al coche, la lluvia fina se ha convertido en un chubasco. Mi mujer no para de reírse y aterriza pesadamente en el asiento del copiloto. La lluvia helada me azota las mejillas.

Cinco minutos más tarde he conseguido atar a Vilgot. Nina ya duerme profundamente, un hilo de saliva centellea en una de las comisuras de los labios. Anton apoya la cabeza contra la ventanilla, roncando con decisión. Doy la vuelta en el callejón sin salida de la urbanización y después pongo rumbo al este. Estoy tremendamente agradecido de no tener que hablar.

El coche se desliza por la silenciosa calle de la urbanización de chalets como un barco fantasma. Parece que la mayoría de los vecinos se ha acostado hace tiempo. En unas pocas ventanas se ven unos solitarios candelabros eléctricos.

Cuando llego al cruce miro a la izquierda y me sobresalto cuando veo una figura que me resulta familiar caminando en la estrecha carretera. Al momento ha desaparecido, solo se ve la niebla bailar justo por encima del suelo.

No nos cruzamos con ningún coche y enseguida entramos en la autovía. Una vez dentro de la Circunvalación Interior vemos algún que otro taxi abriéndose paso a través de la lluvia. Agarro el volante con fuerza, como si fuera un salvavidas, algo a que aferrarme para no quebrar.

Miro por la ventanilla, trato de no pensar en nada más que lo que tengo delante de mis ojos: el oscuro asfalto, las líneas blancas, las farolas, las luminosas señales amarillas de los taxis.

«No has hecho nada, Fredrik.

»No has hecho más que hablar con Jennifer.

»Y después has cogido el coche para volver a casa».

1 de enero de 2019

Martes

14
Nina

De rodillas delante de la taza del váter, me maldigo a mí misma. ¡Nunca más! No volveré a beber. Ni una gota. No merece la pena. El recuerdo de todo el champán que me tragué anoche me revuelve las tripas y me entran más arcadas.

Después de apoyar la espalda en los azulejos de la pared un buen rato, tomo la decisión de levantarme. Me lavo la cara con agua fría, me cepillo los dientes, me tomo una pastilla de ibuprofeno y salgo del baño sobre piernas temblorosas.

Solo cuando llego a la puerta de la habitación me doy cuenta de que la cama está vacía. Miro fijamente la parte de la cama donde debería estar Fredrik. Parpadeo un par de veces, solo para asegurarme de que no se trata de una ilusión óptica. No lo es, Fredrik no está allí. ¿Qué hora es? ¿Acaso he dormido hasta la hora de comer?

No tengo fuerzas para hacer más pesquisas. A la espera de que el analgésico haga efecto, me quedo inmóvil, tratando de captar algún sonido que me dé una pista sobre la hora que es y el estado de los demás miembros de la familia. Parece que he perdido el móvil, o al menos no está en su lugar habitual sobre la mesilla de noche. El móvil de Fredrik tampoco está en la habitación. Sin duda, deberíamos hacernos con un tradicional reloj despertador de toda la vida.

Agudizo el oído, pero lo único que se oye son los típicos ruiditos de los radiadores. Solo hay dos explicaciones para el silencio. O bien Vilgot sigue dormido o bien Fredrik se lo ha llevado a la calle. Espero que sea lo segundo. Y espero que se queden fuera un buen rato.

En el mismo instante me acuerdo de Smilla. ¿Hablé con ella y Jennifer al llegar a casa? No me acuerdo. Lo cual lleva a más preguntas: ¿cómo llegamos a casa? ¿Y a qué hora? Ahora que lo pienso, me doy cuenta de que apenas recuerdo nada de lo que sucedió después de las campanadas. Todo lo que recuerdo son unas imágenes borrosas de gente bailando en el salón y una mesa llena de cócteles a base de ginebra.

Por Dios. Se me encienden las mejillas. Espero no haber dicho o hecho nada estúpido. Se me ocurre la idea de subir a echar un vistazo a la habitación de Smilla, pero se queda en solo eso, una idea. En breve iré, pero primero tengo que descansar un ratito más.

La siguiente vez que me despierto es por un timbre familiar. El móvil. Me doy la vuelta en la cama con el cuerpo pesado, saco la cabeza por el borde del colchón y descubro que el bolso está bajo la cama.

El timbre resulta ser una de las irritantes notificaciones que no he conseguido bloquear, y el teléfono me dice que no son más que las diez y pico de la mañana. Eso quiere decir que cuando me he levantado antes para ir al baño no podían ser más que las ocho o las nueve. No me extraña que la casa estuviera tan silenciosa a esas horas. Más me extraña que Fredrik se hubiera levantado. Puede que esté vomitando en el baño de la planta de arriba.

Poco a poco me incorporo, introduzco los pies en mis desgastadas zapatillas forradas de piel de oveja y me dirijo a la puerta de la habitación. El dolor de cabeza ya ha remitido, ahora se reduce a un vago recordatorio de que no debería realizar movimientos abruptos.

Paso por delante de la cocina, veo que la encimera está atestada de botellas y vasos, pero aun así estoy agradecida de que todo se encuentre concentrado en un mismo lugar. Un repentino tufo a vino rancio alcanza mis narices y me veo obligada a tragar un par de veces cuando noto cómo algo de un sabor parecido me sube por la garganta.

O sea que las chicas sí tomaron vino, a pesar de todo. Repaso el salón con la mirada. Parece que todo está más o menos limpio y aparentemente no hay destrozos. Quizá pueda perdonarlas.

Cuando al final llego a la puerta del baño de la planta de arriba, el corazón me late rápido y con fuerza. No sé si se debe a los muchos peldaños y mi estado de salud general, o si en realidad me preocupa lo que pueda encontrar dentro. Quizá ambas cosas.

Doy un empujoncito a la puerta, que se abre sin ruido. Fredrik no está dentro. Si está vomitando, al menos lo está haciendo en otra parte. Pero ¿por qué iba a estar en otra parte si no se encuentra bien?

Una ola de calor me atraviesa el cuerpo. ¿Llegamos a casa juntos? ¿O volví a casa sin Fredrik y los niños? ¿Siguen en casa de Lollo y Max? Unas imágenes fragmentarias se proyectan sobre la retina. Veo a Anton dormido en un asiento trasero y a Fredrik subiendo por las escaleras con Vilgot en brazos, pero no estoy segura de que estas imágenes sean de ayer.

La puerta que da a la habitación de Vilgot está entreabierta y me adentro en la penumbra. Menos mal. Allí está con el pelo como un halo alrededor de la cabeza, y veo cómo el nórdico se mueve al ritmo de su respiración. Sin duda se nos hizo muy tarde ayer; normalmente Vilgot nunca duerme tanto. Salgo de la habitación, caminando hacia atrás, agradecida por cada minuto de tranquilidad que se me ofrece.

La cabeza me funciona a cámara lenta. Si Vilgot está en casa, ¿por qué Fredrik no? ¿No se le habrá ocurrido bajar a la gasolinera para comprar bollos para desayunar? Hará diez años que eso no sucede. Pero puede que quiera darme una sorpresa. Tal vez unos bollos para desayunar sean la manera de Fredrik para señalar un nuevo inicio.

Antes de regresar a la planta baja compruebo que Anton y Smilla también están en sus camas. Anton se remueve cuando abro la puerta, pero no se despierta. Smilla duerme como un tronco.

Justo cuando estoy a punto de cerrar la puerta me acuerdo de Jennifer. ¿No iba a dormir aquí?

Vuelvo a abrir la puerta un poco, deslizo la mirada por el suelo, pero no veo a ninguna Jennifer entre los muchos montones de ropa. Tampoco está en la cama, así que supongo que optaría por irse a casa. Puede que incluso la viera antes de salir de casa de los Wiksell. Los lapsos de memoria resultan tremendamente bochornosos.

Tras echar un vistazo en la habitación de invitados y en el garaje y no encontrar a Fredrik, comienzo a sentir una creciente preocupación en mi interior. ¿Y si ha pasado algo? ¿Y si al final sí ha ido a comprar bollos para desayunar, pero le ha dado un infarto y está inconsciente en algún punto junto a la carretera? La gasolinera no está lejos. Si es allí adonde ha ido, debería haber vuelto ya.

Entro en la habitación en busca del móvil, pero la pantalla está negra; no hay mensajes nuevos. La preocupación se mezcla con el enfado. Si salimos de casa, normalmente se lo hacemos saber al otro. ¿Está jugando al escondite o qué? ¿Está cabreado porque me tomé una copa de más ayer o qué pasa?

Después de una ducha rápida, echo el camisón en la cesta de la ropa sucia y me pongo un chándal. El móvil sigue sin sonar sobre la encimera mientras pongo en marcha la cafetera y despejo los últimos restos de la fiesta de Smilla: saco las cosas del lavavajillas, introduzco los pegajosos vasos y cierro la tapa para librarme del olor. Las botellas de vino acaban en una bolsa de papel que no llega más allá de la puerta de la calle.

Estoy a punto de regresar a la cocina cuando algo hace que me pare. Los zapatos de Fredrik. Tanto los de vestir como las zapatillas de deporte están colocados pulcramente en la balda del zapatero. Miro los ganchos de los abrigos y veo que la cazadora también está en su sitio habitual. Sobresale un largo hilo de la tela, parece que una de las costuras se ha roto.

La idea de la noche anterior me vuelve a la cabeza, la que me limité a tocar levemente antes de dejarla pasar. Ahora regresa a toda velocidad y activa de nuevo mi corazón. ¿Fredrik me está poniendo los cuernos?

Sin zapatos. Y sin cazadora.

Claro que no. Me avergüenzo de mis sospechas. Tiene que haber otra explicación. «Relájate, Nina —me digo a mí misma—. Tómate una taza de café, come un poco, respira».

Me siento a la mesa de la cocina con un café y una rebanada de pan con mermelada, toqueteando el móvil sin buscar nada en particular. Los dedos me llevan automáticamente a Facebook y lo primero que veo es una foto de la noche de ayer. En la foto estoy con Lollo en la terraza, brindando y sonriendo a la cámara. Hay que felicitar a Lollo: incluso ha conseguido que Nina Andersson tenga un aspecto más o menos atractivo. Habrá aplicado algún filtro.

Me sobresalto cuando el móvil anuncia la llegada de un nuevo SMS.

Feliz año! Nos vemos el sábado! Un abrazo C

Mi hermana adjunta una foto de ella y de su esposa belga junto con mi sobrina de cuatro años, las tres con bonitos vestidos. No hacen falta filtros para que parezca que una foto de Claudia ha sido sacada de una revista de moda. Mi hermana, tres años menor que yo, tiene el cabello negro de papá y los ojos azules de mamá. Está como un palo y parece que nunca suda. Pauline, su hija, es como una copia pequeña de Claudia. Al menos físicamente.

Monique, a quien Claudia conoció cuando trabajaba para la UE en Bruselas, parece bastante aburrida, pero, según Claudia, es una esposa y una madre inmejorable. No tengo datos suficientes para juzgar eso, apenas nos vemos y es difícil conocer a alguien de cerca cuando no se habla la misma lengua. Al menos es lo que suelo decir cuando alguien me pregunta cómo es mi cuñada. Quizá sea porque no me he esforzado lo suficiente. Supongo que Monique no me interesa gran cosa.

Igualmente. Buen viaje y saludos a la familia. Tengo MUCHAS ganas de veros! Abrazo

Envío el mensaje y vuelvo a Facebook para ver la fotografía en la que salgo con Lollo.

Parece mentira que nos conozcamos desde hace casi treinta años. Y aun así casi somos como dos extrañas. Entiendo que es normal que acabe distanciada de las amigas del Bachillerato. Pero por alguna razón, tal vez la resaca, me resulta inmensamente triste.

La primera vez que vi a Lollo fue un caluroso día de agosto a finales de los años ochenta. Era el primer día de clase del instituto Borgarskolan, nadie conocía a nadie en la nueva clase y acabamos sentadas juntas por casualidad. Al otro lado de Lollo estaba Malena. También parecía perdida en el gran instituto y se unió a nosotras en el comedor cuando se servía el almuerzo.

Después de un par de patios quedó claro que a las tres nos encantaba Madonna, y eso fue suficiente para crear una alianza indivisible a lo largo de los años de Bachillerato.

Por aquel entonces, todas sabíamos todo de nosotras. Lollo y Malena me conocían mejor que mis propios padres.

Estudio el pelo rubio teñido de Lollo y la cara bien maquillada. ¿Aún nos tratamos porque nos caemos bien? ¿O para poder etiquetarnos mutuamente en Facebook? ¿Es simplemente un viejo hábito?

Seguimos viéndonos después del Bachillerato, pero con mucha menos frecuencia. Las noches de conversaciones en confianza entre chicas fueron sustituidas por cenas y fiestas con los maridos. Sería en algún punto de ese proceso cuando comenzaron a agrietarse los cimientos.

Algo tendrá que ver también con el hecho de que nuestros maridos sean tan diferentes entre sí. Los novios de Malena han venido y desaparecido, pero Max y Fredrik han estado ahí a lo largo de los años y han encontrado un terreno común donde relacionarse. Quizá incluso hayan podido apreciar la compañía del otro en algún que otro momento.

Apenas ayer por la noche, Fredrik estaba dispuesto a decir adiós a Max para siempre, pero supongo que el lapsus le será perdonado, como es habitual. Siempre hemos sido conscientes de las opiniones de Max, pero no les hemos prestado mayor atención. Max pertenece a esa especie rara que consigue salirse con la suya la mayoría de las veces. Es generoso y sabe entretener a sus invitados. Y nadie quiere ser el aguafiestas que rompa la armonía en una cena.

Supongo que he aguantado a Max por Lollo, pensando que en realidad mi verdadera amiga es ella. Max es alguien que ha venido como parte del pack, y he intentado mantenerlo a cierta distancia. Naturalmente, hacer eso le ha costado más a Fredrik.

Lollo, Malena y yo ya no nos vemos muy a menudo. Durante un breve periodo, cuando Smilla, Jennifer y Theo eran pequeños, coincidíamos bastante, sobre todo por los críos.

Hoy en día, nos vemos en las cenas del solsticio de verano y en Nochevieja. La vieja guardia, así nos llamamos.

No soy capaz de separar la tradición de la voluntad. ¿De verdad quiero ver a esa gente? ¿Me hace feliz? ¿Me cargan de energía?

Se oye un ruido de llaves en la puerta de la calle.

15
Lollo

Chanel está al pie de la cama, gimiendo. Agarro el móvil. Las diez y media. Vale, de acuerdo.

—Muy bien, pequeñita.

Me levanto y abro la puerta de cristal. Chanel se lanza al hirsuto césped de invierno con evidente necesidad. Hace lo que tiene que hacer, y después pone el morro contra el suelo y desaparece entre los arbustos junto al cobertizo.

Es un alivio tener un terreno vallado. Y también es un alivio que Chanel no necesite paseos de decenas de kilómetros todos los días. Dejo que se desahogue unos minutos más en el jardín antes de ponerle el desayuno de pienso en la cocina.

De camino de vuelta a la cama, entro un momento en el baño. Para variar, me gusta lo que veo en el espejo. En mi cara no hay muchas señales visibles de la fiesta de ayer. Tengo la mirada despierta, la piel tersa. Dejar de tomar alcohol después de las doce es un viejo pero subestimado truco. No tengo tiempo para estar resacosa. Pero hoy me voy a permitir un rato más bajo el cálido nórdico.

Me meto en la cama junto a Max. Ronca levemente, tumbado boca arriba con los brazos extendidos en noventa grados. Incluso en esa pose tan poco favorecedora se ve que es guapo: la nariz recta, el pelo espeso y los hombros anchos. Tomé una buena decisión al casarme con Max. Me ha dado la vida que siempre quise tener.

Con un movimiento rápido ahueco las almohadas tras la espalda, saco el móvil y me echo hacia atrás. Primero abro Instagram y después Facebook. La actualización de ayer ha recibido muchos likes y varias personas han expresado su admiración por la lámpara de hielo. Bien. Procuro agradecer a todos con un corazón o un saludo personal. «Gracias, preciosa! Que tengas un feliz día de Año Nuevo! Te veré en la tienda, mañana abrimos como siempre!».

Lisen ha colgado una foto borrosa de gente bailando en el salón, con el texto: «Fiesta en casa de mis maravillosos vecinos! Gracias Lollo y Max por una noche fantástica!». Contesto: «Sin los invitados no hay fiesta!». Y añado varios corazones.

Aparecen en la pantalla un pulgar hacia arriba y la foto de perfil de Nina. Parece que también está despierta y atenta a Facebook. Me pregunto cómo se encuentra. La preciosa Nina. Es una pena que tenga que beber tanto para olvidarse de esa ansiedad que solo parece agravarse con el paso de los años.

Es cierto que Nina siempre ha sido la más recatada de nuestro grupo. Nuestra madre. En los años del Bachillerato, siempre nos frenaba a Malena y a mí cuando nos dirigíamos de cabeza a cometer alguna locura. Puede que fuera para bien, no sé qué habría podido pasar si no.

Madrugada en el puente Amiralsbron. Habíamos ido a una fiesta en Lund, nos bajamos del autobús en la calle Drottninggatan y caminamos descalzas con los zapatos de tacón colgando de las manos. Estaba amaneciendo, no parábamos de reír y de decir tonterías. Todavía recuerdo la sensación de libertad total. Quedaba poco para la graduación y teníamos toda la vida por delante. En medio del puente, se nos ocurrió a Malena y a mí que teníamos que darnos un chapuzón en el canal. Ya estábamos trepando por la barandilla cuando Nina se echó a llorar, desconsolada.

—¡Os vais a matar! ¡O como poco os quedaréis en silla de ruedas de por vida! ¿Queréis estar en la fiesta de graduación o no?

Lo último hizo efecto. Nos bajamos de la barandilla y seguimos caminando como si no hubiera pasado nada. El recuerdo vuelve de vez en cuando, y siempre que me acuerdo de ello pienso con gratitud en mi recatada amiga. Tenía toda la razón. Zambullirnos en el canal no era una buena idea. Ni entonces ni ahora.

Apago la pantalla y me estiro en la cama. Me crujen las articulaciones en varios puntos del cuerpo, será por haberme pasado bailando. Una ya no tiene edad.

Los ronquidos de Max se vuelven más ruidosos, pero se interrumpen abruptamente cuando se da la vuelta. Un recuerdo difuso me viene a la mente. Un recuerdo de haber despertado en medio de la noche, haber buscado su mano y no encontrarla. Puede haber sido un sueño, claro.

Es hora de levantarse. Camino de la cocina, miro el móvil para ver si Jennifer me ha escrito. No lo ha hecho. Supongo que tanto Smilla como ella están profundamente dormidas. Seguramente no tendrá sentido tratar de dar con Jennifer antes de las tres de la tarde. Los adolescentes pueden quedarse en la cama durmiendo horas y horas.

Los fines de semana, cuando Jennifer se queda en la cama hasta la hora de comer o incluso más tarde, a menudo me dan ganas de entrar en su habitación y sacudirla. Quiero agarrarla de los hombros y decirle a la cría que la vida es demasiado breve para malgastarla echada en la cama. Aunque supongo que yo también dormía bastante con esa edad. Y es fácil adivinar cómo reaccionaría. Me miraría como si fuera imbécil, se daría la vuelta hacia la pared y seguiría durmiendo.

Esa mirada, que me dice que soy idiota perdida y no me entero de nada, me saca de mis casillas. A fin de cuentas, he vivido dos veces más que ella y podría contarle alguna que otra cosa sobre la vida..., siempre que estuviera dispuesta a escuchar. Sin embargo, una conversación con Jennifer normalmente es como hablar con una pared.

Ahora que lo pienso, nunca hablamos. Suelo gritarle a la puerta cerrada que es la hora de comer. Me contesta que ya va, y después se queda callada en la mesa, masticando con la mirada

clavada en el plato, sin apenas contestar cuando nos dirigimos a ella. A veces me pregunto si merece la pena.

Si mi madre viviera, se lo preguntaría. Le preguntaría cómo me aguantó cuando era adolescente. Porque supongo que, si hubiera vivido para verlo, me habría aguantado a pesar de todo.

Tras la muerte de mamá, me quedaba a menudo despierta por la noche, hablando largo y tendido con ella. Le planteaba preguntas y me imaginaba respuestas que encajaran con mis expectativas. Allí, en medio de la oscuridad bajo mi suave nórdico, siempre estaba de mi lado.

Introduzco una cápsula de capuchino en la máquina de café, saco un par de cruasanes del congelador y los meto en el horno. Ya que estoy, saco también el exprimidor. A Max le gusta el zumo de naranja recién exprimido.

El cielo del otro lado de la ventana de la cocina es de un deprimente color gris. Parece que la lluvia está a punto de caer y el viento sacude las copas desnudas de los árboles. En la acera veo a tres niñas pasar, con gorros muy chic sobre las cabezas. Caminan muy juntas, los pompones de lana se bambolean al ritmo de sus pasos. La niña del medio sujeta un móvil y enseña algo a las otras dos, que se inclinan sobre él.

Una de las niñas me recuerda a Jennifer cuando era pequeña. Es más alta que las otras dos y por debajo del gorro sobresalen sus cabellos largos, de color miel.

Cómo pasa el tiempo. Y sé que no es fácil ser adolescente. Pero tampoco es un puto paseo ser madre de una cría adolescente. No se te tiene en cuenta, no aciertas en nada de lo que dices.

Menos mal que de vez en cuando aparecen algunos corazones por SMS. Algo significará, digo yo.

16
Fredrik

Cierro la puerta con cuidado y me inclino hacia delante, apoyando las manos sobre las rodillas. Pequeñas gotas de sudor impactan en el suelo.

—¿Dónde has estado?

Nina se encuentra en las escaleras de la entrada y maldigo mi suerte en silencio; había esperado que siguiera en la cama.

—¿Tú qué crees?

Mi mujer me mira de arriba abajo y la expresión de su cara cambia, de reproche a sorpresa.

—¿Has salido a correr?

Me agacho para desatar las zapatillas.

—Sí.

—¿El día de Año Nuevo?

—Sí.

—¿Estás loco? —La voz de Nina sube una nota—. ¡Puede ser peligroso!

—¿Peligroso? —Estiro la espalda y comienzo a quitarme la ropa de deporte—. Peligroso ¿en qué sentido?

—No te hagas el tonto. Tú que eres profesor de educación física tendrías que saber que es malo para el corazón hacer esfuerzos con alcohol en el cuerpo.

—Pero no tengo alcohol en el cuerpo.

Recojo la ropa del suelo, me abro paso por las escaleras y me dirijo al baño.

—¿Cómo que no...? —Nina me sigue—. Oye, ¿puedes quedarte quieto mientras te hablo?

Me doy la vuelta.

—Ayer apenas tomé nada. Te traje a casa en coche. ¿Pero quizá no recuerdes mucho de ese viaje?

La pregunta la desequilibra un poco, y, cuando me vuelve a hablar, su tono es menos agresivo.

—¿Condujiste a casa?

—Fui yo el que se olvidó de reservar un taxi. —Hago un esfuerzo para no parecer irritado—. Me di cuenta de que iba a ser imposible encontrar uno, así que tomé la decisión de conducir.

—Ah...

—¿Ya puedo irme a la ducha? —Mi mano descansa sobre la manija—. Tengo frío.

Cierro la puerta de golpe y el silencio que sigue es insoportable. Mientras corría, la adrenalina y la música alta consiguieron distraerme, pero ahora los recuerdos vuelven con plena fuerza.

La sangre en el lavabo.

Cuando levanto la tapa de la cesta de la ropa sucia, veo brevemente mi cara en el espejo. Me sobresalto. Es la cara de una piltrafa humana.

La noche ha sido espantosa. No he parado de dar vueltas en la cama, pasando frío y calor. Ha sido imposible relajarme. Completamente imposible. No sé cuántas veces he estado a punto de despertar a Nina para contárselo todo. O al menos algunas partes.

Pero ¿cómo podría hacer eso sin hundirme aún más profundamente en la mierda?

17
Nina

La película *Ivanhoe* ha comenzado hace tiempo cuando Smilla baja por las escaleras. Está pálida como un fantasma.

—Buenos días, cariño. —Estoy medio reclinada en el sofá con una manta sobre las piernas—. O quizá debería decir buenas tardes.

—Tardes. —Bosteza—. No sé si buenas o no.

—¿Qué tal ayer?

Doy unas palmaditas en el sofá junto a mí para que venga a sentarse, pero Smilla niega con la cabeza.

—Voy a darme una ducha —dice, arrastrándose hacia el baño.

No entiendo por qué me decepciona tanto cada vez que pasa.

Porque sé que la estrategia de las preguntas no funciona. Smilla nunca cuenta nada si se lo preguntas, ella quiere elegir el momento y el lugar para ofrecer a sus padres alguno de los raros atisbos de su vida. Pero tengo mucha curiosidad por averiguar qué tal se lo pasaron ayer. Y me parece que debería contárnoslo. Teniendo en cuenta que nosotros pusimos el local.

Me dejo caer entre los cojines y veo la cara inocente de Anthony Andrew en un primer plano en la pantalla. Es extraño que siga la tradición nacional de ver esta aburrida película año tras año. Aunque supongo que la cabeza no aguanta otra cosa después de una noche loca de fiesta. Recuerdo de memoria cada diálogo, por lo que no pasa nada si pierdo la concentración de vez en cuando.

Vilgot está sentado en la esquina del sofá, jugando a un juego infantil en su iPad. Anton está en la planta de arriba, seguramente con los cascos puestos y metido en cuerpo y alma en algún juego muy distinto. Hoy es un día sin límites de horarios de pantallas.

No tengo ni idea de lo que Fredrik está haciendo. Parece que se ha levantado con el pie izquierdo. Dice que ha dormido mal y contesta con monosílabos disuasorios cuando trato de hablar con él. Vuelvo a pensar que estará molesto porque yo me lo pasé bien ayer, mientras que él tuvo que limitarse a tomar agua y Coca-Cola. Pero no es mi culpa que él se olvidase de reservar un taxi.

Incluso cuando saqué uno de los temas favoritos de Fredrik —los vaticinios de Max sobre el inminente colapso de Suecia como país— se limitó a contestar de forma lacónica. Normalmente,

el tema suele ser una apuesta segura cuando quiero arrancar una conversación con mi marido. Y, después de la cena de ayer, está claro que dispone de más combustible para avivar la vieja hoguera.

La película es especialmente aburrida este año. Saco el teléfono para echar un vistazo aletargado en Facebook. No tardo mucho en atisbar un patrón claro. Todo el mundo parece haber ido a fiestas maravillosas con grandes amigos, deleitándose con la comida. Ahora están resacosos, están viendo *Ivanhoe* y quieren pedir una pizza.

Podría haber escrito exactamente lo mismo, pero no me interesa exponer mi vida en las redes sociales. No como Lollo. Diseña su vida entera para que luzca preciosa en Instagram, y parece estar convencida de que las actualizaciones de la gente muestran la realidad. Aparentemente, Lollo no se ha enterado de que la gente se abstiene de contar las broncas familiares, los problemas del alcohol, las enfermedades mentales y el hastío vital general.

Durante un tiempo quise montar un perfil de protesta donde solo iba a subir cosas desagradables, pero descarté el proyecto ante el temor de que nadie comprendiera la ironía.

Suena el móvil y aparece un mensaje en la pantalla. Hablando del rey de Roma...

> Hola Nina! Cómo estás hoy? Regulín, igual ;-) Las chicas ya están despiertas? Jennifer no contesta a mis mensajes. Le dices que me llame? Un beso, Lollo

Noto una punzada en el estómago, que se expande por el resto del cuerpo. Me levanto del sofá y me dirijo a la cocina, donde Smilla está desayunando.

—Oye..., Lollo pregunta por Jennifer. ¿No iba a dormir aquí?

Smilla no levanta la mirada de la pantalla del móvil.

—Se fue a casa.

Otra punzada.

—Ya, pero... —Vuelvo a mirar la pantalla—. No está en su casa. Lollo pensaba que seguía aquí.

Smilla se encoge de hombros, no parece estar muy interesada.

—No sé dónde está. Dijo que se iba a casa.

La falta de interés me provoca.

—Smilla, mírame cuando te hablo. —Me lanza una mirada oscura, pero sigo—. ¿A qué hora se marchó Jennifer de aquí, exactamente?

Smilla suspira y levanta las manos en un gesto de rendición.

—¡Si te estoy diciendo que no lo sé!

Increíble. Me esfuerzo por no poner los ojos en blanco.

—Tendrás que saber más o menos cuándo.

—Yo qué sé, las once y media quizá.

—¿Tan temprano? ¿Estás segura de que se iba a casa?

Otro suspiro.

—Me dijo que se iba a casa. A saber, puede que fuera a casa de Ali.

No quiero que esta conversación se convierta en un interrogatorio, pero tengo que seguir preguntando, ya que, últimamente, las respuestas de mi hija no dan más de sí.

—¿Y quién es Ali?

—Un chico de su clase —murmura Smilla.

Vuelve a mirar la pantalla de su móvil y el pelo húmedo se le cae sobre los ojos.

—¿Es el novio de Jennifer?

—Puede. No lo sé.

—Vamos, Smilla. —Me acerco a la mesa—. ¿Sabes algo o no? ¿Estuvo en la fiesta? ¿Discutiste con ella?

Smilla apaga su móvil con un gesto frustrado y lo deja sobre la mesa, dándole un pequeño impulso para que se deslice sobre el tablero. Me mira.

—En cuanto a la primera pregunta la respuesta es: «Poca cosa». La segunda: «Sí». La tercera: «No sabe/no contesta».

Ahora sí que pongo los ojos en blanco.

—¿No sabes si discutisteis?

—No tengo ganas de hablar del tema. —Smilla recoge el móvil de la mesa y se levanta bruscamente de la silla—. Jennifer iba a su casa, es todo lo que sé.

El vaso de zumo vacío aterriza en el fregadero y, un momento más tarde, Smilla ya está subiendo las escaleras.

Me quedo en medio de la cocina, con la mirada clavada en una amarilis marchita. Las flores, que eran tan bellas, cuelgan tristemente y además han espolvoreado su polen de color amarillo chillón sobre el alféizar. Es hora de recoger la decoración navideña. ¿Puede haber algo en el mundo que parezca tan irrelevante como gnomitos decorativos una vez pasada Nochevieja?

—¿Fredrik?

Lo único que se oye es el sonido de trompetas que proviene de las justas de la película. Echo un vistazo a nuestra habitación. Fredrik no está. Tampoco está en la habitación de los invitados, ni en el baño. ¿Ha vuelto a salir? La preocupación por Jennifer se mezcla con la irritación por el extraño comportamiento de mi marido.

—¡Fredrik!

Una voz débil se abre paso por entre el ruido de la tele. Salgo a la zona de la lavadora y abro la puerta del garaje.

Está sentado en la vieja silla de oficina junto al banco de trabajo, pero no parece estar ocupado

con nada en particular. Tiene pinta de estar fuera de sí y me paro en la puerta al verlo.

—¿Cómo estás? ¿Ha ocurrido algo?

Se pasa los dedos por el pelo y se le queda de punta.

—No. —Tiene los ojos llenos de venas rojas—. No, nada. Estoy... muy cansado, nada más.

—Pero ¿por qué estás aquí?

Hay algo en la mirada de Fredrik que me asusta y se me retuercen las tripas con más intensidad. ¿Quiere dejarme? ¿Está aquí, pensando en cómo planteármelo? No me atrevo a preguntar, me doy cuenta de que la posible respuesta me aterra.

—Ahora voy —dice sin mirarme—. Enseguida voy.

Me doy la vuelta para volver a casa, pero me paro.

—Por cierto. Lollo acaba de escribir, preguntando por Jennifer. Iba a dormir aquí. Pero Smilla me dice que Jennifer se marchó a las once y media. Tengo una mala sensación. Quiero decir..., ¿y si ha pasado algo?

Fredrik me lanza una mirada furtiva.

—Bah, ya sabes cómo son las adolescentes. Se habrá ido a casa de algún chico.

—Dijo que iba a casa. A la suya.

—Puede que no quiera contarle a Smilla quién es.

Dejo vagar la mirada desde las herramientas que cuelgan de la pared sobre el banco de trabajo hasta la balda atestada de cajas, macetas viejas, patines y cascos de diferentes tamaños. Y, a bote pronto, se me ocurre una idea rara. La idea de que toda mi vida está expuesta allí. Como objetos de una exposición en un museo, ordenados cronológicamente por épocas. La infancia, la adolescencia, los años de estudiante, la época de madre de niños pequeños...

Un ruido de Fredrik me devuelve al presente.

—Smilla me ha dado a entender que discutieron —le comento—. Smilla y Jennifer, quiero decir.

—Pues ahí está. —Fredrik se levanta—. Otra razón por la que Jennifer no quiso contar dónde iba. Aparecerá esta tarde.

El argumento de Fredrik suena razonable. Y es tan típico de mí ponerme siempre en lo peor. Lo mejor será rebajar la preocupación de Lollo.

Entro en el salón y me siento en el sofá nuevamente.

> Hola Lollo! Muchas gracias por la cena de ayer. Fue fantástica! Esta mañana cuando me he levantado no estaba en muy buena forma, pero ya estoy mejor. Jennifer no ha dormido aquí, igual le surgieron otros planes ;-) Enseguida te escribirá, ya lo verás. Que tengas un buen día de Año Nuevo! Un abrazo Nina (F manda recuerdos, claro)

18
Lollo

Leo el mensaje de Nina, pero me cuesta entender lo que escribe. Las palabras dan saltos, se escurren y me obligan a volver a empezar. Es como si mi cerebro lo complicase adrede, como si quisiera protegerme de la información. Pero, cuando por fin consigo juntar las palabras para que formen una frase coherente, el mensaje es muy claro.

«Jennifer no ha dormido aquí».

Miro fijamente a la pantalla. ¿Qué quiere decir? Si Jennifer no ha dormido con ellos... Me levanto de la silla de la cocina y subo las escaleras corriendo.

—¡Jennifer no ha dormido en casa de Smilla!

Max está echado en el sofá de la habitación de la tele. En la pantalla se ve la escena final de *Ivanhoe* y sobre la mesa hay un vaso de Coca-Cola.

—¿Qué? —Tiene los ojos pequeños y cansados—. ¿Quién no ha dormido?

—¡Jennifer no está allí! —Señalo el móvil—. No ha dormido en casa de Smilla, tal y como quedamos.

—Tranquila, Lollo. —Max se incorpora en el sofá—. Mierda, qué dolor de cabeza.

Se frota las sienes y me mira.

—¿Cómo que no está allí? ¿Has intentado llamarla?

Le lanzo una mirada envenenada.

—¿A ti qué te parece? Llevo varias horas llamando y mandando mensajes.

Max recoge su propio móvil, que está sobre la mesa.

—Puede que me haya enviado un mensaje a mí.

Sé que Jennifer no ha enviado ningún mensaje a Max. Yo soy la centralita en esta familia y Jennifer siempre se pone en contacto conmigo primero, probablemente porque a Max se le da fatal contestar. No entiendo por qué le cuesta tanto enviar un triste SMS cuando se le pregunta algo sencillo. Suele echar la culpa a que está enseñando alguna casa a clientes o a la mala cobertura en el campo de golf.

Max niega con la cabeza.

—No, no tengo nada.

—Pero... —Trato de mantener a raya el pánico—. ¿Qué vamos a hacer?

Max se toma un sorbo de Coca-Cola y vuelve a colocar el vaso sobre la mesa.

—Esperar, supongo.

—¿Esperar? —Lo miro fijamente—. ¿No ves que puede haber pasado algo? Jennifer suele contestar a mis mensajes.

—Estás exagerando, Lollo. Siempre te quejas de que no te contesta.

—Sí, pero... —Vuelvo a levantar el móvil—. Esto no es lo mismo. Hay una gran diferencia entre no dar señales de vida antes de cenar y no dormir donde has dicho que vas a dormir, sin avisar. Además, siempre acaba contestando. Ahora no sé nada de ella desde antes de la medianoche.

—Llama a Smilla —sugiere Max—. Jennifer le habrá contado adónde iba.

Vuelvo a la cocina y comienzo a buscar entre mis contactos. El móvil de Smilla no aparece entre mis números guardados, así que me veo obligada a llamar a Nina. Repiqueteo con las uñas de la mano izquierda contra la encimera mientras suenan los tonos.

—Hola, Lollo. —La voz de Nina se oye cerca—. ¿Has dado con Jennifer?

—No, por eso estoy llamando... ¿Está en casa? ¿Smilla?

Mi voz es aguda, las palabras salen desordenadas y de repente me siento estúpida. No suelo estresarme de esta manera. Eso de preocuparse es cosa de Nina. Y hace menos de veinticuatro horas, ¿quién trataba de convencer a Nina de que las chicas ya tenían edad para cuidarse solas?

Respiro hondo y vuelvo a empezar.

—Me gustaría hablar un poco con Smilla. Quiero decir, igual se ha enterado de los planes de Jennifer.

Nina tarda un poco en contestar. Y, cuando vuelve a abrir la boca, la voz le sale forzada, exageradamente animada.

—¡Claro! Claro, ahora mismo te pongo con ella. Un momento.

Oigo un crujido cuando Nina se mueve por la casa. Después oigo la voz de Smilla. Es imposible captar lo que dicen, pero se nota claramente que hay tensión entre madre e hija.

Después de lo que parece una eternidad se oye un repentino chisporroteo en el móvil.

—Hola, Smilla. ¿Cómo estás?

—Bien.

Espero a que diga algo más, pero es evidente que las respuestas de Smilla son tan escuetas como las de Jennifer.

—Oye, quería preguntarte... Jennifer iba a dormir en tu casa, pero, según tengo entendido, no lo hizo. ¿Te dijo dónde iba?

Contesta después de unos segundos de silencio.

—Dijo que iría a casa.

—¿A casa? —El pánico estalla. Sale bombeado por todas las venas, sigue infiltrando todas las arterias, se extiende por todo el cuerpo—. ¿A casa?

—Sí. —Smilla continúa—. Eso dijo, pero puede haber cambiado de idea. Ya se lo he comentado a mamá.

Cierro los ojos y respiro por la nariz, tratando de no gritarle a la cría. Esta conversación es como una puñetera farsa.

—¿Y cuándo se marchó? —consigo decir al final—. Me refiero a Jennifer.

—A las once y media. —Se oye un leve suspiro en el otro lado—. Creo. Podría haber sido a menos cuarto.

—¿Iba a coger el autobús?

—Supongo que sí.

—Vale. —Se me está agotando la paciencia. ¿Cómo puede Smilla mostrarse tan indiferente cuando ha desaparecido su mejor amiga?—. Gracias, Smilla. Entonces me queda más claro. Que te vaya bien.

—Igualmente...

Algo en su tono de voz indica que no ha dicho todo lo que quiere decir, así que no cuelgo. En efecto, sigue hablando.

—Yo también he intentado dar con Jennifer —añade Smilla—. Pero... En fin, tampoco me contesta.

Me siento en una silla, tratando de aterrizar en mi interior. Una vez más enciendo la pantalla en busca de señales de vida de Jennifer. El último mensaje es la felicitación de año nuevo que llegó a las 23.56. No hay más SMS, nada en el WhatsApp ni tampoco actualizaciones nuevas en Instagram.

¿Por qué dejó la fiesta y todos sus amigos a las once y media? ¡Antes de las campanadas!

Algo tuvo que haber pasado. Y Smilla seguramente sabe qué. Ella estaba allí. ¿No parecía un poco nerviosa?

¿Puede ser que Jennifer se marchara al centro para ir a alguna discoteca y obligó a Smilla a no decir nada? Si Smilla miente para proteger a Jennifer... Si esas dos señoritas se han inventado una historia para ocultar la verdad, se van a enterar. ¡Esto no se hace! Y punto.

A las 23.56. Ya ha pasado mucho tiempo. Unas cuantas horas. ¿Y si Jennifer ha sido atacada por un violador? O varios violadores. Han podido llevársela a algún sitio donde la tienen encerrada y drogada...

El corazón me late con violencia. Imágenes horribles aparecen en mi mente. No sé de dónde vienen, pero el flujo es imparable, las imágenes me inundan la cabeza como si siempre hubiesen estado allí, aguardando el momento de ser liberadas. Extremidades magulladas, sangre, lágrimas. Una voz débil en mi cabeza llama a mamá.

Trago saliva, tengo que agarrarme al borde de la mesa para no caerme. Y por primera vez en mi vida entiendo por qué Nina tiene a Smilla atada corto.

19
Fredrik

—Te avisamos cuando las pizzas estén preparadas.

Asiento con la cabeza y me siento en una silla junto a la pared, frotando el papelito amarillo con el número entre mis sudorosos dedos. Una y otra vez. Y vuelvo a empezar.

En los últimos años, nuestra pizzería local ha tomado una medida pragmática para lidiar con las aglomeraciones del día de Año Nuevo. Solo se puede elegir entre tres tipos de pizza diferentes y no se pueden hacer pedidos por teléfono, hay que realizar todos los pedidos en el restaurante.

El sistema me viene muy bien este año. Tenía que salir de casa, me costaba respirar ahí dentro. Y, puesto que nadie sabe exactamente cuánto tiempo tardan en preparar la pizza, he dado un rodeo para llegar, paseando sin rumbo fijo por la urbanización.

He estado esperando una llamada de la policía, con unas pulsaciones cada vez más rápidas, desde que Lollo telefoneó a Nina esta tarde. O por lo menos me he preparado mentalmente para una actualización de noticias en el móvil, sobre la desaparición de una chica de diecisiete años.

Agarro una revista de cotilleos y me dejo hundir en la silla, fingiendo un profundo interés por dos actores de un reality, para mí completamente desconocidos, y su inminente boda. La revista me sirve para prevenir todo tipo de contacto con la gente, así elimino el riesgo de tener que dar conversación a las cotorras locales.

Los ojerosos vecinos de Husie, vestidos de chándal, se suceden en la caja. Compran pizzas y botellas de Coca-Cola de dos litros, que se llevan fuera, al fresco y húmedo ambiente de la tarde. Los sigo con la mirada por encima de la revista de cotilleos y casi me siento tranquilo. La silla de madera de la pizzería parece un refugio.

Podría quedarme aquí indefinidamente. Leer sobre cotilleos y no tener que comunicarme con nadie. No tener que ir a casa para enfrentarme a la preocupación e irritación de Nina. No tener que ser un padre alegre y creativo. No soy un padre alegre y creativo. Soy una mala persona.

—¡Cincuenta y tres!

Me levanto de la silla a regañadientes, recojo mis pizzas y pago. Al salir me encuentro con Jonas, uno de nuestros vecinos más habladores. Consigo evitar la conversación señalando las cajas con una sonrisa y murmurando algo sobre el hambre que todos tienen en casa.

—Que aproveche —dice Jonas con voz alegre—. ¡Y feliz año nuevo!

Lo primero que veo es el coche. El SUV negro de Max está aparcado junto a la puerta, haciendo que nuestro coche familiar, que no es especialmente pequeño, parezca un juguete a su lado.

El corazón me late tan fuerte que parece que quiere salirse de su lugar dentro de la caja torácica. En cuanto a mí, quiero soltar las cajas de las pizzas sobre la acera y largarme corriendo. Pero quedaría muy mal. Tengo que comportarme de un modo normal. Es necesario. Si no lo hago, ya podría ir directo a una comisaría a entregarme.

Respiro hondo, trato de relajar los músculos de la cara y abro la puerta.

—Cuánto has tardado.

Nina me mira a través de la celosía que separa la entrada de la cocina. Me quito los zapatos sin usar las manos, subo los tres escalones hasta la cocina con la cazadora puesta y dejo los cartones de pizza sobre la mesa. Repaso las tres caras con la mirada.

—Si llego a saber que ibais a venir, habría comprado más.

—No te preocupes —contesta Max quitándole importancia con un gesto de la mano—. Nos vamos enseguida.

—Gracias por la cena de ayer, por cierto —le digo.

Dirijo mis agradecimientos a Lollo. Debajo de las gruesas capas de maquillaje tiene pinta de estar rota, y los ojos están vidriosos. Enfrentarme al miedo de Lollo me produce náuseas. Me quito la cazadora y vuelvo apresuradamente a la entrada. Con la cara vuelta hacia la pared con los ganchos, digo lo que hay que decir.

—Ya me he enterado de lo de Jennifer. ¿Todavía no habéis hablado con ella?

—No —responde Max desde el otro lado de la celosía—. Lollo está preocupada, quería venir a hablar con Smilla. Yo me niego a pensar lo peor. Todos sabemos cómo son los adolescentes. Ha podido quedarse sin batería en el móvil. Puede que haya ido a casa de alguna amiga y... En fin, qué sé yo.

Vuelvo a la cocina, esquivo la mirada vidriosa de Lollo y miro a Max.

—Estoy de acuerdo. No hay que alarmarse innecesariamente. Puede que Jennifer haya dormido hasta hace poco y después simplemente se le ha olvidado llamar.

Max esboza una sonrisa agradecida y da una palmadita en el brazo a Lollo.

—¿Ves, cariño?

Lollo no sonríe.

—Aun así me gustaría volver a hablar con Smilla —dice.

—Por supuesto. —Nina me lanza una mirada difícil de interpretar—. Voy a por ella.

Mientras mi mujer sube a la planta de arriba, me entretengo excesivamente con los platos y los vasos. Al mismo tiempo, mi cerebro trabaja a destajo para encontrar un tema de conversación. Algo normal, algo que no tenga que ver con Jennifer.

—¿Estáis seguros de que no queréis comer algo?

Señalo las cajas de las pizzas con el dedo.

—No, gracias. —Max se rasca la cabeza, no parece que esté tan bien como quiere dar a entender—. Comeremos algo en casa.

Nina ya ha vuelto con Smilla detrás. Mi hija se queda en la puerta de la cocina, dubitativa.

—Como puedes comprender, estoy muy preocupada por Jennifer —comienza Lollo sin perder el tiempo con cortesías—. Quería preguntarte..., ¿cómo estaba cuando se marchó?

Smilla levanta las cejas.

—¿Qué quieres decir?

Veo que Lollo tiene que contenerse para no mostrar su irritación.

—Nada más y nada menos que lo que te digo. ¿Cómo estaba? ¿Contenta? ¿Triste? ¿Enfadada?

—Estaba..., eh... —Smilla baja la mirada—. Estaba como siempre, supongo.

—¿Como siempre?

Smilla asiente con la cabeza.

—Escúchame bien. —La voz de Lollo es áspera—. Esto es importante. Nina me ha dicho que discutisteis anoche, Jennifer y tú. ¿Es verdad?

De repente, Smilla coge aire. Coloca las manos sobre la cara y solloza. Al momento suelta un aullido y comienza a llorar.

Mis piernas no funcionan, pero Nina se acerca rápidamente a ella.

—¿Qué te pasa, cariño? ¿Pasó algo ayer? Si es así tienes que contarlo, ¿entiendes? Estamos todos preocupados por Jennifer.

Smilla se quita las manos de la cara y mira a Lollo antes de hundirse entre los brazos de su madre.

—¡Perdón! —Los hombros se sacuden—. ¡Ha sido por mi culpa! ¡Todo ha sido por mi culpa!

—Pequeña. —Nina pasa una mano por el pelo de Smilla—. ¿Qué es lo que has hecho?

Lollo tiene la cara blanca, pero no dice nada; se limita a mirar a Smilla fijamente.

—¿Qué has hecho? —repite Nina, mirándome con una expresión que indica claramente que debería ayudar, asumir mi responsabilidad y ocuparme de la situación.

Doy un paso hacia mi hija, pero no consigo tocarla; tengo la sensación de que todo lo que toco está condenado a la destrucción.

—Smilla, sabes que puedes contarnos todo —dice una voz que es la mía, pero no suena como tal—. Da igual lo que nos vayas a contar, con tal de que nos digas la verdad. La verdad termina saliendo de todas formas.

El mundo se me vuelve borroso. Lo único que oigo son mis propios latidos, que resuenan difusos en mis oídos, y me giro rápidamente hacia Nina.

—¿Voy a buscar las pizzas antes de que se queden frías?

Mi mujer me mira fijamente.

—¿No crees que eso puede esperar unos minutos?

Me obligo a quedarme donde estoy, frotando las húmedas palmas de las manos contra los vaqueros.

Lollo da un golpe en la mesa. Se levanta de la silla y se acerca a Smilla dando zancadas.

—¡Cuéntanos qué ha pasado! Jennifer ha desaparecido y tienes que contarnos todo lo que sabes. ¡Todo! ¿Lo entiendes?

Max pone una mano sobre el brazo de Lollo.

—Tranquilízate.

—¿Que me tranquilice? —Se quita la mano de Max de encima—. ¿Cómo voy a tranquilizarme cuando ha desaparecido mi hija? —Se le quiebra la voz—. ¡Dime tú cómo voy a tranquilizarme!

Max abraza a su mujer. A mis ojos, parece más una llave que un abrazo, pero funciona.

—Perdón —susurra, con la cabeza apoyada en el pecho de Max—. Perdona. Simplemente es que...

—No pasa nada, Lollo. Lo entendemos —dice Nina. Lleva a Smilla hasta una silla, se pone en cuclillas junto a ella y vuelve a pasar una mano por su pelo—. Cariño, ahora tienes que contar todo lo que sabes. Te sentirás mucho mejor después.

Smilla se seca los ojos con la manga del jersey y nos mira con una expresión desesperada en los ojos. Se me revuelven las tripas. ¿Cuánto puede saber?

«Smilla no sabe nada —me digo a mí mismo—. Nada».

—Le eché la bronca —dice Smilla al final—. Estaba cabreada porque había bebido demasiado y porque no quería ayudarme a recoger.

Mis hombros se relajan y Smilla comienza a contarnos cosas sobre la caótica fiesta con gente desconocida y borracheras.

—Perdón, papá. —Se limpia con la lengua los mocos que le han quedado colgando sobre el labio superior—. Forzaron la cerradura del armario de licores y se tomaron casi todo. Lo voy a pagar, os lo prometo.

—No pasa nada. —Trato de sonreír, pero tengo los labios entumecidos, resulta imposible moverlos—. Eso tiene arreglo.

Nina se ha levantado con una mano sobre el hombro de Smilla, pero mirándome a mí.

—¿Qué fue lo que te dije? Sabía que iba a pasar esto.

—Estabas conforme —contesto.

—¡Sí, porque me sentía obligada! —replica furiosa Nina—. Tenía a Smilla encima todo el día como una sanguijuela y tú apoyaste la idea desde el principio hasta el fin. Yo no pintaba nada ante vosotros dos. «La libertad genera responsabilidad». Qué gran idea.

—Perdona. —La voz de Lollo ha recuperado su aspereza—. ¿Os importa discutir sobre eso

después?

Nina se ruboriza.

—Perdona, Lollo. Por supuesto...

—Bueno, veamos. —Max suelta a Lollo—. Aclaremos este asunto de una vez por todas. —Repasa la habitación con la mirada y para en Smilla—. Dices que discutisteis. ¿Y la razón fue que querías que te ayudara a recoger?

Smilla asiente con la cabeza.

—Pero esto fue antes de las campanadas —interviene Lollo—. ¿Por qué ibais a recoger a esa hora?

—Porque yo... —Smilla se calla y vuelve a empezar—. Parecía una batalla campal, todo. La gente vomitaba y solo quería que todo el mundo se fuera de casa. A Jennifer le daba igual, pretendía que siguiéramos con la fiesta.

Max se peina el pelo hacia atrás con los dedos, pero los mechones vuelven a su sitio inmediatamente. Se le habrá olvidado echarse esa grasa aceitosa que normalmente consigue que sus rizos se queden repeinados, relucientes y planos.

—¿Jennifer se marchó de aquí justo después de la discusión? —pregunta.

Smilla vuelve a asentir con la cabeza.

—Se fue corriendo. Dijo que se iba a casa.

—¿Y no intentaste pararla?

Hay un tono acusador en la pregunta de Lollo.

—Sí. Le pedí perdón. Le dije que se quedara. Pero no la seguí. Había tantas cosas que hacer aquí. —Smilla solloza, mira a su madre—. Tenía..., tenía miedo de que no me diera tiempo a recoger; había prometido que...

La mano de Nina aprieta el hombro de Smilla.

—Debiste de darte una paliza, cariño. Esta mañana no parecía que hubiera pasado nada.

No puedo evitar ver cómo Lollo frunce la boca. Max se aclara la garganta, mirando a Smilla.

—Has dicho que te parecía que Jennifer había bebido demasiado. ¿Estaba borracha cuando salió de aquí?

Smilla mira primero a la mesa, pero después levanta la mirada.

—Bebió algo, pero no sé cómo estaba cuando se marchó.

—¿Llevaba el móvil? —pregunta Lollo.

—Supongo que sí.

—Pero si no estaba sobria... —Lollo mira a Max—. ¡Por Dios! Puede haberse caído, igual está en alguna cuneta. Alguien ha podido engañarla para... —Agarra el brazo de Max—. Tenemos que llamar a la policía. Ya.

—Espera un poco. —Nina frunce el ceño—. Smilla, ese chico que mencionaste... ¿No puede

ser que Jennifer se marchara a su casa?

Lollo mira a Nina y después a Smilla.

—¿Qué chico?

—Bah. —Smilla desvía la mirada—. Uno de la clase de Jennifer, nada más. No sé si están saliendo, pero... Bueno, vi cómo... En fin, se besaron, en todo caso.

—¡Por Dios! —exclama Lollo—. ¿Y lo dices ahora?

—No..., no pensaba que...

Los ojos de Nina llamean.

—¿Cómo va a saber Smilla en qué orden debe contar las cosas? No hace más que contestar a vuestras...

—¿Cómo se llama? —interrumpe Max, sacando el móvil del bolsillo inmediatamente.

—Ali —murmura Smilla.

—¿Ali? —Algo cambia en la mirada de Max, se ve cómo aprieta las mandíbulas bajo la piel bronceada—. ¿Ali, qué?

—Ni idea —dice Smilla rápidamente—. Pero va a clase de Jennifer. Si tenéis un anuario o algo...

—Vale, muy bien. Lo miramos en casa. —Parece que las venas de la frente de Max están a punto de estallar, unas manchas rojas se extienden por encima del cuello de la camisa—. Venga, Lollo. Nos vamos.

Prácticamente arranca a su mujer de la cocina. Lollo se da la vuelta mientras sale, mira a Smilla.

—Perdón. No tenía ni idea de que salía con alguien y...

—No pasa nada.

—Y gracias por contarnos todo —continúa Lollo—. Es triste que discutierais, pero... Seguro que os podéis reconciliar, ¿no crees?

Smilla no parece del todo convencida.

20
Nina

—¿Por qué Lollo quiere llamar a la policía?

Anton me mira mientras dobla un gran trozo de pizza por la mitad y se lo mete entero en la boca.

—¿Quién te ha contado eso? Quiero decir, que iba a llamar a la policía.

—Vilgot. —Anton mastica y traga—. ¿Es verdad?

Asiento con la cabeza, no sé muy bien qué contestar. ¿Cuánto debemos contar a los chicos? Seguro que Jennifer vuelve a casa enseguida y no merece la pena hacer un mundo de esto.

—¿Lo va a hacer?

Anton no deja el tema y me giro hacia Fredrik, con la esperanza de que se le ocurra una respuesta adecuadamente vaga. Pero parece que Fredrik ni siquiera ha oído la pregunta. Está sentado con la mirada perdida, da la impresión de que está en otro mundo.

¿Qué le estará pasando? Durante toda la cena de ayer estaba cabreado y, la verdad sea dicha, hoy tampoco está mucho mejor. ¿Estará pensando en nuestro matrimonio?

Conozco a Fredrik desde hace media vida y puedo leerlo como un libro abierto. Si cree que no me doy cuenta, se equivoca. No puedes tener secretos con una persona con la que has vivido más de veinte años. Debo preguntárselo. Pero no delante de los niños.

—Oye, ¿lo va a hacer o no?

—Quizá —contesto cautelosamente—. Lollo está un poco preocupada, porque Jennifer no ha dado señales de vida. Pero todo se arreglará. ¿Qué tal os lo pasasteis ayer? ¿Theo y tú?

Anton se encoge de hombros.

—¿Ya está mejor?

Sí, estoy tratando de sonsacar información personal. Y sí, me doy cuenta de que no hay que usar a los hijos para ese propósito. Pero trato de convencerme a mí misma de que lo hago porque me preocupo por Theo.

Malena nunca ha querido hablar de su estado de ánimo y creo que ve en los problemas de su hijo un fracaso personal. Aun así, no es ningún secreto que en algunos periodos Theo ha estado socialmente aislado o incluso ha sido víctima de acoso.

La solución por defecto de Malena ha sido moverlo a otra clase u otra escuela. Quizá funcionara cuando era más joven, pero cambiar de clase entre tercero y cuarto de secundaria no

es una solución óptima para nadie, y menos para un chico como Theo. Solo puedo esperar que estuviera conforme y que hubiera una buena razón para hacerlo.

Tengo una teoría de psicología casera, según la cual una de las razones de la inseguridad de Theo reside en los incesantes cambios de novio de Malena. Debe de afectar a un niño cuando una persona con la que ha empezado a entablar una relación, de repente, desaparece de su vida. Sobre todo, si ocurre una y otra vez. Además, tengo la sensación de que en ocasiones Malena se olvida un poco de Theo. Malena tiende a concentrarse en su propia vida amorosa, no tanto en su papel de madre.

—¿Mejor en qué sentido? —pregunta Anton.

—Me dijiste que lo estaba pasando mal en su clase, o algo así... —Recojo un trozo del borde de la pizza que ha acabado sobre la mesa y lo dejo en el plato de Vilgot—. Eso sí, fue hace algún tiempo, así que ya estará solucionado.

—Ni idea —responde Anton—. No hablamos, jugamos.

Smilla se levanta.

—Gracias por la pizza.

—¿Ya has terminado? —La miro—. ¿No quieres un poco más?

—No. —Acerca la silla a la mesa, se encamina a la encimera y abre la puerta del lavavajillas —. Por eso me levanto.

—¿No puedes quedarte un rato hablando con nosotros? Así nos cuentas qué tal lo pasasteis ayer.

Smilla cierra la puerta de golpe y deja la cocina sin mediar palabra. Vilgot se da la vuelta y sigue a su hermana con la mirada.

—¿Por qué está enfadada Smilla?

—Smilla siempre está enfadada —contesta Anton, estirando el brazo hacia una de las cajas.

Miro por la ventana, y veo cómo las luces de las farolas que bordean el paseo crean una hilera de perlas compuesta de borrosos puntos amarillos en la noche cerrada. Se me escapa un suspiro hondo. Parece que Fredrik no es el único que se ha levantado con el pie izquierdo hoy. Y, en el caso de Smilla, es evidente que tiene que ver con Jennifer.

Espero de verdad que no mienta cuando dice que no sabe dónde está Jennifer. Los adolescentes tienen que guardar secretos ante sus padres, es parte del proceso de liberación. Pero sería muy fuerte mentirles a la cara a Lollo y Max. Ella misma pudo ver lo preocupados que estaban.

Esa puta fiesta. Cuanto más pienso en ella, más me cabreo. ¿Acaso salió una sola cosa buena de ese evento? No desde mi punto de vista. Smilla había camuflado el saqueo del minibar muy bien, había cerrado la puerta concienzudamente. Parece ser que una simple cerradura no es ningún obstáculo para adolescentes sedientos.

Anton y Vilgot se levantan de la mesa, Fredrik y yo nos quedamos sentados. Hay dos grandes trozos de pizza sobre su plato. Los dos están prácticamente sin tocar.

—No comes mucho.

—No tengo mucha hambre.

Fredrik siempre tiene hambre. Escudriño su pálida cara.

—¿Estás seguro de que no estás resacoso?

—Completamente seguro. —Fredrik se levanta—. ¿Ya has terminado?

Sin esperar una respuesta, recoge los platos de los dos y los lleva hasta la encimera. Sigo a mi marido con la mirada. Los movimientos apresurados y decididos me recuerdan a Leif, el padre de Fredrik. La semejanza me pone de mal humor. ¿Nos estamos convirtiendo en Leif y Pirjo?

Mis suegros nunca han sido la alegría de la huerta, pero, después de lo que pasó con Simon, andan arrastrando los pies por las habitaciones de su enorme chalet como si fueran dos muertos vivientes. El dolor y la amargura se les ha grabado en la cara, cavando profundos surcos en los lugares equivocados. Les habría convenido separarse.

—¿Estás viendo a otra?

Formulo la pregunta a la espalda de Fredrik y él se da la vuelta lentamente.

—¿Qué has dicho?

Me quema la piel de las mejillas. Tengo un presentimiento de que acabo de poner en marcho algo gordo, algo que podría desembocar en una catástrofe total. ¿Estoy dispuesta a hacer eso?

Tal vez no. Pero Fredrik me ha oído, solo quiere ganar tiempo, y ahora es tarde para retirar lo dicho. Nunca habrá un buen momento para las catástrofes.

—Te he preguntado si estás viendo a otra.

—Por favor, Nina. —Fredrik deja el lavavajillas y se acerca a mí—. ¿Cómo...? ¿Por qué? ¿De dónde has sacado eso?

—¿Sí o no?

No estoy dispuesta a dar el brazo a torcer.

—Por supuesto que no. —Saca la silla junto a la mía y me coge las manos—. ¿Cómo puedes pensar algo así? Si yo te quiero.

Cuando lo miro a los ojos aprecio una sinceridad en su mirada, una sinceridad que llevo mucho tiempo sin ver en él. Nuevamente, me avergüenzo de mis sospechas.

—Perdón. —Sin previo aviso, comienzo a llorar a moco tendido—. Oh, Dios, perdóname. No sé por qué se me ha ocurrido esto, pero... En fin, me parece que has estado un poco... ausente últimamente y... hoy te has comportado de una manera tan extraña, y...

—Chis. —Fredrik se inclina hacia mí y me besa las mejillas para secar las lágrimas—. El que tiene que pedir perdón soy yo —murmura—. He estado... muy estresado en el trabajo... Se han juntado tantas cosas y ayer... —Se le quiebra la voz—. Ayer me di cuenta de lo mucho que te

quiero a ti y a los niños, y lo difícil que ha debido de ser convivir conmigo últimamente. —Tiene los ojos vidriosos—. Perdón.

Mi marido, con todo lo grande y fuerte que es, parece frágil. Mi querido Fredrik.

Al momento nos fundimos en un abrazo, sacudidos por los sollozos. Es un abrazo torpe, la barba corta de Fredrik me raspa la mejilla y su aliento me hace cosquillas en el oído.

—¿Puedes perdonarme? —me dice.

—Claro que puedo. —Me inclino levemente hacia atrás para mirarlo a los ojos otra vez—. Pero ¿por qué no has dicho nada sobre tu estrés en el trabajo? Estas cosas tienen solución, ¿no?

Asiente con la cabeza, se sorbe los mocos y lloramos un poco más. Me siento rara, pero también liberada. Fredrik me ama. No miente. Lo conozco suficientemente bien como para saberlo.

Cuando nos hemos tranquilizado, nos secamos las lágrimas y nos recolocamos la ropa. Recogemos lo que queda en la mesa en silencio, pero aun así tengo la sensación de haber restablecido el contacto con él, de que hace mucho tiempo que no estamos tan cerca el uno del otro.

Miro a Fredrik mientras dobla las cajas de pizza vacías, y de repente siento algo parecido al deseo. Es una sensación poco habitual.

—Te quiero —susurro y me acerco a él sigilosamente por detrás, apretándome contra su espalda.

Noche del solsticio de verano de 2007
Fredrik

Estoy saliendo a la terraza de madera con una cesta de pan, pero me paro al oír la irritada voz de Max.

—Suéltame, Jennifer.

Lleva en las manos una bandeja cargada de vasos de chupito y se ve obligado a dar un paso lateral para esquivar el ataque de su hija.

—¡Quiero que vengas ya!

Jennifer tira de la manga de la camisa de Max, quien maldice, pero consigue dejar la bandeja sobre la mesa sin volcar los chupitos. Después se da la vuelta con ímpetu.

—No puedo ir ahora. Tienes que aprender a esperar.

—¡YA! —aúlla Jennifer y da un golpe tan fuerte en la mesa que los vasitos saltan—. ¡Ya, ya, ya!

—Estás en medio, cariño. —De repente aparece Nina detrás de mí con una fuente con arenque en cada mano. Baja la voz—. ¿Por qué no podemos servir el arenque directamente de los tarros de cristal? Es tan típico de Lollo. Todo el mundo está muerto de hambre y al borde de un ataque de nervios, pero la mesa tiene que parecerse a las fotos de una revista de decoración.

—¡YA!

La cara pecosa de Jennifer ya es de un color rojo intenso.

—Estoy de vacaciones —me susurra Nina al oído—. Hoy no me apetece hacer de señorita de guardería.

Al momento, Lollo se abre paso entre nosotros. Las sandalias de tacón alto golpetean las tablas del suelo y su boca es como una línea fina. Agarra a Jennifer de uno de los brazos y la atrae hacia sí.

—Ya está bien —sisea—. Si no te portas bien, no habrá baile alrededor del árbol de mayo ni chuches esta tarde. ¿Te has enterado?

—¡Suelta! —Las lágrimas inundan los ojos de Jennifer—. Duele.

Lollo la suelta y se gira hacia nosotros con una sonrisa forzada.

—Siempre exagera. No le he hecho daño.

Jennifer patea sobre las tablas de la terraza y las lágrimas le salen a chorros.

—Sí que me has hecho daño.

Da una patada a una pata de la mesa.

—¡Jennifer! —Lollo tiene la voz estridente—. ¿No has oído lo que acabo de decir?

Me acerco a la mesa, dejo la cesta de pan y me pongo en cuclillas delante de la niña.

—¿Necesitas que te ayude con algo?

Jennifer cambia de objetivo inmediatamente y me agarra de la mano.

—Vamos a jugar al cróquet, pero no sabemos cómo colocar los palos blancos. —Tira de mí hacia las escaleras—. Smilla dice que tienen que estar cruzados, ¡pero no la creo! No hay palos suficientes.

—Solo la puerta del medio tiene que estar cruzada —le digo—. Ven, os enseño.

Jennifer parece contenta. Me suelta la mano, se seca los ojos y se me adelanta, dando la vuelta a la esquina de la casa.

En el patio trasero están Smilla y Theo. Theo ha encontrado un mazo de cróquet y está practicando la puntería. Aúlla encantado cada vez que la bola choca contra alguno de los pinos, doblados por el viento del mar, que marcan la linde del terreno.

Malena y su nuevo novio, cuyo nombre he olvidado, están sentados, fuertemente agarrados, en el salón exterior de la terraza de madera. Solo tienen ojos el uno para el otro y parece que se han perdido por completo el drama del cróquet.

Jennifer va corriendo directamente a Smilla, que está en medio del césped frunciendo el ceño con una expresión de preocupación en la cara.

—Estabas equivocada. —Jennifer se ha plantado delante de ella, con las manos apoyadas en las caderas—. Sabía que estabas equivocada.

Smilla mira fijamente a su amiga.

—¡Sé que hay que cruzar las puertas!

—Sí, pero tu padre dice que...

—He visto cómo se hace —la interrumpe Smilla—. La última vez las cruzamos.

—Vamos, chicas. —Me coloco entre ellas para que no lleguen a las manos—. Dejad de discutir. Las dos tenéis razón.

Recojo las puertas y las reparto equitativamente entre las dos niñas. Después montamos el juego, adaptado a un tamaño para niños, entre todos.

—Perfecto —les digo—. Lo habéis hecho genial.

Jennifer irradia felicidad.

21
Lollo

—Ali, ¿eh? —Max golpea el volante con la mano—. Hay que joderse.

—Pero si está con él es una buena noticia —le digo—. Siempre será mejor que esté con un chico a que le haya pasado algo.

La noticia de Ali me ha dado un rayo de esperanza. Puede que el silencio de Jennifer tenga que ver con la idea de mantener en secreto a su nuevo novio. Conoce a su padre, ha podido pensar que no iba a aprobar a Ali.

Max bufa.

—¿Así que no crees que podría pasar nada en casa del Ali ese?

—Sí... Sí, entiendo que sí, pero si es su novio...

—Solo te digo una cosa. —Max se gira hacia mí—. Si ese hijo de puta ha hecho daño a Jennifer, si le ha puesto las manos encima... Entonces lo tiene muy crudo.

Max lleva así desde que hemos salido de casa de los Andersson. Hago oídos sordos y miro a través del parabrisas, veo los yermos campos de cultivo extenderse a ambos lados de la carretera. Siento una puñalada en el pecho cuando me doy cuenta de que Jennifer podría estar por ahí, en medio de la oscuridad. Sola, fría, tal vez herida...

Pero también puede que no esté herida para nada. Que simplemente acaba de enamorarse y pasa del resto del mundo.

Será eso.

Me agarro a esa esperanza. En el fondo de mi ser soy consciente de que puede ocurrir justo lo contrario, pero tengo que seguir a flote, mantener la nariz por encima de la superficie.

Hay que llamar a la policía. Por si acaso. Seguramente pueden ayudarnos a rastrear el móvil o... bueno, qué sé yo. Algo podrán aportar, ¿no?

Es posible que digan que nos estamos preocupando sin necesidad. La policía de la ciudad de Malmö tiene unos cuantos temas sobre la mesa, por decirlo de una manera suave. Y mi marido no quiere parecer histérico. Al mismo tiempo sería terrible que esperásemos demasiado tiempo si luego resulta que deberíamos haber llamado nada más enterarnos.

Eso sí, primero tenemos que ver si podemos localizar a Ali en el anuario del instituto. Si preguntan, resultaría un poco bochornoso que no fuéramos capaces de darles el nombre completo del posible novio de nuestra hija.

Justo antes de salir, Nina me ha preguntado si había hablado con alguna otra amiga de Jennifer. Entonces me he dado cuenta de que no sé quiénes son. Ya nunca trae a amigas a casa, siempre dice que nadie tiene ganas de ir tan lejos. Y, en cuanto a ella, es raro que vuelva al centro una vez ha llegado a casa por la tarde.

He pensado que es por el instituto, que ya no tiene tiempo para quedar con gente ahora que está estudiando en el Bachillerato. Pero, al pensar en ello, me doy cuenta de que sobre todo se encierra en su habitación, también los fines de semana. ¿No tiene amigas? ¿Está sufriendo acoso escolar? ¿Por qué no se lo he preguntado?

Max aparca el coche delante de nuestra casa y apaga el motor. Lo miro.

—¿Tienes alguna idea de cómo se llaman las amigas de Jennifer?

Parece confuso. Como si hubiese olvidado quién soy.

—Eh, no... ¿Qué quieres decir?

Estoy a punto de repetir lo que le he contestado a Smilla hace un momento —que quiero decir justo lo que le estoy diciendo—, pero me doy cuenta de que no merece la pena provocarlo. Ahora tenemos que estar unidos.

—Bueno, solo estaba pensando... No sé con quién queda. Me siento... estúpida.

Max se encoge de hombros.

—Ni idea. Creo que hay... —Se queda callado un rato—. Hay una que se llama Emma, ¿no?

—Sí, creo que hay una Emma en la clase de Jennifer. —Abro la puerta del coche y saco una pierna—. Pero no sé si quedan después de clase.

—Si encontramos a Emma en el anuario podemos llamarla —dice Max y sale del coche.

Asiento con la cabeza y aprieto el móvil con fuerza.

Camino de la puerta, Max saca su teléfono, pero enseguida lo vuelve a meter en el bolsillo. No es difícil interpretar la decepción y la frustración en sus movimientos.

Me siento como una intrusa en la habitación de Jennifer. No parece que Max tenga la misma sensación. Pone todo patas arriba. Saca los cajones del escritorio, hurga entre la ropa del armario, mete sus manos en bolsos y cestos. Tiene el pelo revuelto y los ojos encendidos. Es difícil decir si se debe a la ira, al terror o a la decisión.

—¿Dónde cojones ha metido el anuario?

Dejo caer la mirada sobre la estantería y los pocos libros que hay allí. En uno de los lomos pone BACHILLERATOS DE MALMÖ en mayúsculas blancas. El anuario de los Bachilleratos de Malmö es más que un catálogo, es grueso como una biblia y tiene tapa dura.

—Allí. —Lo señalo con el dedo—. Está en la estantería.

Max saca el libro y, unos minutos más tarde, treinta caras jóvenes nos miran desde el

escritorio. Solo veo a Jennifer, es como si se elevase del papel y se hiciera real. El pelo largo con el mismo corte que todas las demás chicas de esa edad.

La nariz recta, las pecas del verano que seguían en su cara cuando le sacaron la foto a finales de agosto, la sonrisa. De repente, una leve ráfaga de su perfume flota en el aire de la habitación y tengo que morderme el labio para no echarme a llorar.

Debo mantener la compostura. Jennifer ni siquiera lleva veinticuatro horas desaparecida. A los adolescentes se les ocurren cosas espontáneamente, es la edad. ¿Por qué pienso que esto va a terminar en desastre?

El dedo índice de Max se desliza sobre la brillante hoja, se mueve entre los nombres y finalmente se para en «Ali Hassan». No hay más que un Ali en la clase y enseguida saca el móvil. Comienza a teclear y gruñe.

—¡Hay que joderse! Hay ciento cuarenta y cinco Ali Hassan en esta ciudad.

—Mira por la edad —le sugiero.

Max sigue tocando la pantalla con los dedos un rato antes de murmurar algo de que seguramente hace falta tener dieciocho años para figurar en la aplicación de búsqueda de datos. Me pide que llame a Smilla.

—No tengo su número —le digo—. Y no tengo fuerzas para volver a hablar con Nina. La policía seguramente podrá encontrar a Ali si fuera necesario.

Tras unos minutos de discusión, por casualidad doy la vuelta a una hoja que está sobre el escritorio de Jennifer. Resulta ser una lista de nombres, escrita a mano, con el título «Nochevieja 18/19». Hay una decena de nombres clasificados en dos categorías: «De clase» y «Otros». El primer nombre de la categoría «De clase» es Emma Lundberg, y dos líneas más abajo encontramos a Ali Hassan. Ali es uno de los tres invitados cuyo número de teléfono aparece anotado en el margen.

Max se lleva el móvil al oído.

—¿Lo vas a llamar tú? —Miro fijamente a mi marido—. ¿No será mejor que lo haga la policía?

Max me hace un gesto para que me calle y, cuando alguien contesta en el otro lado, sale al salón. No quiero seguirlo hasta dentro, pero me quedo en la puerta para poder oír lo que dice.

Al principio la conversación resulta muy confusa. Al principio el chico, que al parecer es el Ali que estamos buscando, no termina de entender quién es Max. Después tengo la impresión de que Ali niega rotundamente todo lo que Max trata de hacerle reconocer.

—Vamos a ponernos en contacto con la policía —prosigue Max—. Así que, si sabes algo, ya puedes soltarlo.

El tono de la otra voz sube, pero no distingo palabra alguna.

—Sé dónde vives —termina Max. Corta la llamada y da una patada al sofá—. Puto payaso. —

Max me mira y continúa en un sueco con acento de inmigrante—. Te juro, tío. Te juro por mi madre. —Cambia a su acento normal—. ¿Cómo cojones se puede hablar así? ¿Eh? «Te juro por mi madre». Chorradas. ¿Acaso no estamos en Suecia?

—Bien, pero ¿qué ha dicho? ¿Sabía algo sobre Jennifer?

—Nada. —Max suspira—. El pequeño Ali Babá estaba en la fiesta, pero dice que Jennifer se marchó antes que él. Y que se fue sola. Sea como fuere, no le creo nada a ese tipo. Voy a procurar que la policía vaya al barrio de Lindängen y lo acojone un rato.

—Puedo llamar a Emma —le digo para evitar más conversaciones del mismo estilo.

Max da vueltas por la habitación mientras escribo un mensaje a Nina pidiendo ayuda de Smilla.

Poco después aparece el número de móvil de Emma Lundberg en la pantalla. Tecleo el número y, por cada señal que pasa, mi corazón late con más fuerza.

«Que Jennifer esté allí. Por favor, que esté».

Pero igual que Ali y Smilla, Emma dice que Jennifer dejó la fiesta en algún momento antes de las doce y que no la ha vuelto a ver desde entonces.

—¿No te ha escrito ningún mensaje? —le pregunto—. ¿Por Snapchat o lo que sea?

No sé muy bien cómo va Snapchat; he bajado la aplicación, pero nunca la uso. Jennifer, por el contrario, la usa mucho. Hace unos años estaba obsesionada con algunos filtros para fotos que había allí. Puede que todavía lo esté.

—No —contesta Emma—. ¿Creéis que le ha pasado algo?

Cuando Max, unos minutos después, llama a la policía, me veo abrumada por una sensación de irrealidad. No puedo entender que esto esté pasando; que mi marido llame a la policía para decirles que nuestra hija ha desaparecido.

22
Fredrik

La respiración de Vilgot es cada vez más pesada y podría salir de la habitación sin que se despierte. Pero no quiero irme, no aguanto estar cerca de Nina y Smilla. Me recuerdan demasiado a cosas que no quiero recordar bajo ningún concepto.

Tengo la sensación de que me estoy desintegrando por dentro, como si todo lo que era estuviera pudriéndose. Será una cuestión de tiempo el que mi cuerpo sufra un colapso. ¿Qué órgano dejará de funcionar primero? ¿El corazón? ¿El cerebro? ¿Los pulmones?

Vilgot se gira inquieto en la cama, aunque sigue dormido. Paso una mano sobre el pelo desgreñado, siento el calor de su aliento sobre mi cuello. Mi cuerpo se vuelve pesado y de repente estoy de vuelta en la oscuridad. Noto la humedad y oigo el golpe seco contra el frío suelo. El corazón me late más deprisa.

«Santo Dios, ayúdame».

Es una oración absurda. Antes de 2001 creía en Dios. O, más bien, tenía la esperanza de que existiera algo más grande, algo a lo que los humanos pudiéramos aferrarnos en momentos difíciles. Pero esa esperanza se murió de golpe en el mismo momento en que Simon se quitó la vida. A estas alturas, tratar de encontrar un camino de vuelta a la fe resulta patético.

Nadie puede ayudarme ahora. Y menos un dios.

Quiero llorar otra vez. Podría llorar y llorar sin parar. Ha sido agradable estar con Nina en la cocina. Hemos llorado por diferentes motivos, pero la presión interior se ha rebajado por un momento. Nina parecía aliviada después y yo me sentí aliviado al poder contestar con sinceridad a una pregunta por una vez: no hay otra en mi vida.

Me sobresalto al oír voces desde la planta de abajo. Mi corazón da otro vuelco más y comienza a latir a un ritmo frenético. ¿Han vuelto Lollo y Max? ¿Las amigas de Smilla? ¿La policía?

Aguanto la respiración, escuchando. Son un hombre y una mujer. No parecen adolescentes, no parece que sean de la edad de Smilla. Debe de ser la policía.

Mierda.

Una parte de mí quiere bajar corriendo por las escaleras y contarlo todo, desembarazarme de toda la historia de principio a fin, quitarme la carga. La otra parte quiere esconderse en el armario de Vilgot, permanecer invisible al resto del mundo en la oscuridad.

Todas las partes de mí se quedan en la cama. No se trata de una decisión activa; estoy más o menos paralizado. Permanecer quieto será lo mejor que puedo hacer. Nadie puede echarme en cara que me quede con mi hijo.

Las pulsaciones retumban en mis oídos. Aun así, oigo los pasos que suben por las escaleras, pasos rápidos, y después se abre la puerta.

—¿Fredrik? —susurra Nina—. ¿Estás dormido?

Cierro los ojos.

—Fredrik. —Me toca con un dedo—. Ha venido la policía.

Trato de que parezca que estoy aturdido por el sueño.

—Hay dos policías en la entrada. —La voz de Nina suena forzada—. Desean hacer unas preguntas a Smilla. Quiero que estés presente.

Miro de reojo a Vilgot.

—Y qué pasa con Vilgot...

—Está dormido. —Me mira con irritación—. Ven. Están esperando.

No puedo ponerme cara a cara con dos policías. Es imposible. Pero, claro, no me queda otra.

Mientras bajo por las escaleras, el terror se transforma en ira. ¡Puta Jennifer! Cierro el puño derecho, me entran ganas de golpear la pared con fuerza. Eres una hija de puta, Jennifer. ¡Todo esto ha sido por tu culpa!

Una voz en mi cabeza me recuerda:

«No has hecho nada, Fredrik.

»No hiciste más que hablar con Jennifer.

»Y después cogiste el coche para volver a casa».

Las palabras se convierten en un casco protector, un escudo tras el que puedo esconderme. Cuando bajo por las escaleras, hay dos policías vestidos de paisano, sentados junto con mi mujer y mi hija alrededor de la mesa de la cocina. El aire de la habitación resulta pesado y desprovisto de oxígeno, como si la preocupación y la gravedad de la situación estuvieran afectando a las moléculas, haciendo que se muevan más lentamente.

Smilla está hundida sobre su silla, con una expresión abatida en la cara. Nina, vestida con un pantalón de chándal y el pelo recogido en un moño apresurado, ha puesto un brazo alrededor de los hombros de Smilla.

Tiendo la mano hacia el policía que está más cerca, procuro que el apretón sea firme.

—Soy Fredrik. Es decir..., el padre de Smilla. Les pido disculpas, me he quedado dormido... Estaba acostando a nuestro hijo pequeño.

—Marko Stojkovic —dice el policía.

Sus ojos marrones se encuentran con los míos y tengo la sensación de que es capaz de atravesarme con la mirada. Se me extiende un vacío en la zona del plexo solar y vuelve el mareo,

que ha estado yendo y viniendo a lo largo del día. No sé cómo, pero consigo desplazarme hasta el otro lado de la mesa para saludar a la otra policía.

—Helena Svärdh. —Tiene el pelo rubio, recogido en una coleta, y ojos de color azul claro. Señala la silla vacía junto a Nina—. Siéntese.

Tomo asiento torpemente, agradecido de no tener que seguir de pie, ya que me tiemblan las piernas.

—Hemos venido para hablar sobre Jennifer Wiksell —continúa Helena Svärdh—. Acabamos de estar con sus padres y, por lo que hemos entendido, fue aquí, en su casa, donde Jennifer fue vista por última vez.

Asiento con la cabeza, incapaz de pronunciar palabra.

Marko Stojkovic fija su atención en Smilla.

—¿Sigue conforme? ¿Podemos hacerle unas preguntas?

Smilla contesta afirmativamente con un hilo de voz, apenas audible.

—Perdone, pero... —Nina mira a los dos policías—. ¿Es esto un interrogatorio?

Helena Svärdh sonríe y señala su cuaderno de apuntes.

—Sí —dice—. Pero eso solo significa que tomaremos notas de esta conversación—. Y Smilla no es sospechosa de nada. Simplemente queremos que nos informe de lo que pasó.

Nina parece contentarse con la respuesta.

—Muy bien, Smilla. —Marko Stojkovic vuelve a empezar—. Entonces, Jennifer Wiksell y usted dieron aquí una fiesta ayer. ¿Puede hablarnos un poco sobre esa fiesta?

Smilla parece incómoda en la silla.

—¿Qué quieren que les cuente?

—Quiénes estuvieron, por ejemplo —dice el policía—. Si pasó algo especial a lo largo de la noche. A qué hora se fue Jennifer, por qué se marchó, etcétera.

Smilla comienza a hablar. Esta vez relata los hechos con un poco más de atención a los detalles que cuando Lollo se encontraba en el otro lado de la mesa.

Quiero escuchar, pero me cuesta concentrarme. Dedico todas mis fuerzas a permanecer sobre la silla con una expresión de preocupación en la cara, pero no de pánico. No puedo ver la cara de Nina, pero noto en el ambiente que cada vez está más indignada.

Desde luego, los hechos han demostrado que mi mujer tenía razón en cuanto a la fiesta de Nochevieja de las chicas, y sé que tendré que pagar por animarlas a hacerlo. De muchas maneras.

Nina siempre se ha mostrado firme en sus opiniones. Fue una de las cosas que hicieron que me fijara en ella. Antaño solíamos debatir durante horas, dando vueltas y más vueltas a diferentes cuestiones hasta el infinito. Últimamente, el asunto a debatir se ha reducido prácticamente a la educación de los hijos. En el fondo pensamos lo mismo, así que nuestras discusiones han girado en torno al número de horas permitidas delante de la pantalla y en qué medida los niños deben

ayudar con las tareas domésticas. Aun así, las conversaciones a menudo se han vuelto un poco tensas, y han terminado en discusiones acaloradas. A la luz de lo que está pasando ahora mismo, esas discusiones parecen completamente irrelevantes. Sin embargo, como es sabido, todo es relativo.

Nina me da un codazo en el costado y me doy cuenta de que todo el mundo me está mirando.

—Fredrik, ¿estás prestando atención?

Nina parece asustada.

—Perdón. —Tengo la cara caliente—. Estaba pensando en otra cosa. ¿Qué es lo que...?

—Simplemente quería saber a qué hora llegaron a casa ayer. —Marko Stojkovic me escruta la cara—. Su mujer no estaba segura, así que...

—Eh... —Trato de sonreír, noto un espasmo en una de las comisuras de los labios—. Bueno, sé que comenzamos a prepararnos para salir sobre las dos, pero no creo que saliéramos antes de las dos y media. Por tanto, debimos de llegar a casa un poco antes de las tres. —Miro a Nina—. Entiendo que más o menos sobre esa hora, ¿no?

—Exactamente. —Me esquiva la mirada—. Serían las tres.

—¿Llevó usted el coche, entonces?

El agente Stojkovic no parece convencido de que pudiera haberme mantenido sobrio para llevar de vuelta a la familia en mi propio coche tras una fiesta de Nochevieja.

—Sí, se me había olvidado reservar un taxi, así que me tocó hacerlo.

—Comprendo.

—No solemos quedarnos tanto tiempo, pero nos lo estábamos pasando bien y... Bueno, solo se celebra la Nochevieja una vez al año. —No sé por qué sigo parloteando, parece que la boca va sola—. Los chicos ya estaban dormidos, claro. Vilgot se quedó frito ya antes de las doce. Hay un autobús que va casi hasta la puerta de casa, pero no parecía justo despertar a los niños y obligarlos a subirse a un autobús en medio de la...

—¿Querían saber algo más? —interrumpe Nina, mirando a los dos policías.

—Solo una cosa. —Marko Stojkovic mira a Smilla—. ¿Cómo se encontraba Jennifer?

—Ya he dicho que había bebido. —La voz de Smilla parece irritada—. No sé cómo estaba cuando salió de aquí, pero probablemente se fue bastante borracha.

—Perdón. —El policía sonríe—. No me he expresado con claridad. Estaba pensando más en el estado psicológico de Jennifer. Si se encontraba como siempre. Ustedes se conocen bastante bien, ¿no es así?

—Nos conocemos desde que somos pequeñas —dice Smilla. Sus ojos se vuelven vidriosos y baja la mirada—. Pero no nos hemos visto mucho desde que empezamos el Bachillerato.

—¿No van al mismo instituto?

Smilla niega con la cabeza, todavía con la mirada clavada en el tablero de la mesa.

—Ella va a Petri. Yo a Latin.

—¿Le pareció que se comportaba de una manera normal?

—Nunca la había visto beber tanto... —Smilla levanta la mirada—. Pero, como digo, no nos vemos muy a menudo últimamente.

—¿Y eso se debe a algo en particular? —Stojkovic se inclina un poco hacia delante—. El que no se vean tanto.

—No. No lo sé... —Smilla se remueve en la silla—. Lo he intentado, pero creo que Jennifer ha estado muy ocupada con las cosas de clase y eso.

El policía asiente con la cabeza.

—Gracias, Smilla. Ha sido de gran ayuda. —Se levanta y junta la silla a la mesa—. Puede que volvamos a llamar si hiciera falta.

Helena Svärdh cierra su cuaderno y sigue el ejemplo de su colega. Smilla los mira y de repente las lágrimas corren por sus mejillas.

—Creen... —Se sorbe los mocos—. La encontrarán, ¿no?

Marko Stojkovic habla con firmeza.

—Haremos todo lo que esté en nuestras manos.

2 de enero de 2019
Miércoles

23
Nina

El amanecer busca su camino a través de la ventana de la habitación, las motas de polvo bailan en la luz filtrada por la persiana. Parece que Fredrik duerme profundamente. Está vuelto hacia la ventana y solo veo el desordenado pelo castaño contra la almohada, el contorno de su cuerpo debajo del nórdico.

No he pegado ojo. En una ocasión, en medio de la noche, pensé en la posibilidad de levantarme y tomar una de esas pastillas para dormir que un médico me recetó después del verano. Pero me dio miedo quedarme tan dormida como para no despertarme si alguno de los niños me llamaba.

Todos están angustiados por lo de Jennifer. Gracias a Dios, Vilgot ya se había quedado dormido cuando llegaron los policías, pero antes había estado haciendo muchas preguntas, estaba triste y quería saber si Smilla también iba a desaparecer.

Anton no ha dicho nada sobre el asunto, pero puedo ver que está tocado. Los chicos no tienen una relación muy cercana con Jennifer, pero siempre ha estado presente en sus vidas, a través de nuestras relaciones con los Wiksell.

Smilla lloró hasta quedarse dormida mientras le acariciaba el pelo y le repetía que ella no tenía la menor culpa. Le dije que hizo lo correcto cuando le echó la bronca a Jennifer, que cualquiera habría hecho lo mismo. Smilla tiene la sensación de que tanto Lollo como Max y los policías la acusan de la desaparición de Jennifer.

—Lollo me odia, mamá —sollozó.

Estoy de acuerdo en que el tono de Lollo era demasiado duro, pero al mismo tiempo comprendo que estaba preocupada. No debe de ser fácil controlar las emociones en la situación en la que ella y Max se encuentran. Se lo expliqué a Smilla y también le dije que los agentes de policía solo cumplen con su trabajo, deben hacer preguntas a todos los que estuvieron con Jennifer en Nochevieja.

No parece que Fredrik quiera hablar de Jennifer y no deseo presionarlo, ahora que no se encuentra bien. Necesita centrarse en sí mismo.

Fue una experiencia extraña llorar juntos ayer, pero estoy contenta de que por fin se abriera a mí. Porque lo que me contó explica todas las cosas que he estado debatiendo conmigo misma

últimamente: por qué se ha apartado de mí, por qué ha estado tan irritable y me ha hablado con impaciencia.

Es una pena que su confesión coincidiese con la repentina desaparición de Jennifer. Habría deseado concentrar todos mis esfuerzos en la situación de Fredrik ahora, antes de que comience el nuevo semestre. Siempre hay soluciones para los temas de la sobrecarga de trabajo.

El problema de Jennifer es peor.

Me cuesta desembarazarme de la sensación de que todo es culpa nuestra, que nuestra familia es responsable en gran parte de lo que le haya pasado. Y es esa sensación lo que me ha mantenido en vilo toda la noche. Por supuesto que no le dije nada a Smilla, pero, por muchas vueltas que le dé al asunto, no consigo librarme de la conclusión de que somos culpables. Al menos en parte.

Porque, si no hubiéramos permitido que las chicas montaran esa fiesta en nuestra casa, nunca habría pasado esto. Podrían haber ocurrido otras cosas, pero justo eso no. Y aparte del hecho de que la fiesta tuviera lugar en nuestra casa, Smilla y Jennifer discutieron. Da igual que la bronca estuviera justificada; nuestra hija está involucrada. Nosotros estamos involucrados.

No soy supersticiosa, pero en varias ocasiones a lo largo de la noche se me ha ocurrido que yo podría tener algo que ver con la desaparición de Jennifer. Que esto es un castigo por haber puesto palabras a mis sentimientos hacia ella, y que ahora debo superar una prueba, obligarme a replantearme las cosas.

Pero la desaparición de Jennifer no ayuda. No me cae mejor porque esté desaparecida. Aun así, naturalmente espero que la encuentren. Sí, naturalmente espero que ya la hayan encontrado sana y salva. No le deseo ningún mal.

En la madrugada, las cavilaciones de Vilgot me volvieron a la mente.

¿Smilla también va a desaparecer?

Traté de imaginarme que había sido Smilla la que había salido borracha de casa a las once y media de la noche para no volver. Fue imposible. No pude sostener la idea en la cabeza, dolía demasiado.

Tengo que llamar a Lollo. Es una persona pesada en muchos sentidos, pero también es una de mis amigas más antiguas. Si necesita mi apoyo, se lo daré.

El móvil parpadea desde la mesilla de noche. Lo cojo, esperando ver un mensaje que diga que todo está bien, que Jennifer ha vuelto a casa y que no ha sido más que un acto rebelde de adolescente que se le ha ido de las manos. En lugar de ello, veo una noticia de última hora del periódico *Sydsvenskan* en la pantalla.

«Chica de diecisiete años desaparecida tras una fiesta de Nochevieja».

24
Lollo

No es hasta que estoy con la llave del coche en una mano, el bolso colgando de uno de los brazos y Chanel bajo el otro, cuando me doy cuenta de que no va a ser posible. Hoy no puedo ir a la tienda. No puedo estar tras el mostrador, sonreír a los clientes, hablar de colores de mantas para el salón y el precio de las macetas. Es imposible.

Pensé que sería bueno seguir como siempre. Imaginé que las rutinas diarias me ayudarían a dispersar los pensamientos. Que evitarían que me volviera loca. Así que, después de una noche sin dormir, me he levantado, me he duchado y me he puesto la ropa. Me he tomado un café y he sacado a Chanel. Me he lavado los dientes. He hecho las cosas que siempre hago por las mañanas en los días entre semana.

Pero ya no puedo más. Me duele la cabeza y tengo la espalda empapada de un sudor frío.

Me echo sobre la chaise longue de la entrada. Chanel se libera de mis brazos y sale corriendo hasta el salón. Cuando llega al centro de la estancia, se gira sobre el parqué y me mira, todavía corriendo. ¡Vamos!, parece decir. Ven a atraparme si puedes.

Me inclino sobre la pared, me entra una arcada con un sabor nítido a café y miro fijamente a mi perra sin verla en realidad. El bolso se me desliza por el brazo, aterriza boca abajo. Oigo cómo monedas y pintalabios ruedan sobre las baldosas del suelo, pero ¿a quién le importa?

Nada importa si Jennifer no vuelve a casa.

Hace años que no hablamos. No conozco a mi hija, ya no sé quién es. Conocía bien a la Jennifer de diez o doce años. Pero la Jennifer de diecisiete es como una extraña en muchos sentidos. No tengo ni idea de quiénes son sus amigos, ni qué planes de futuro tiene; ni siquiera sé cómo se encuentra.

Me daba vergüenza estar delante de esos dos policías y apenas ser capaz de contestar a la mitad de sus preguntas. «¿Le va bien en el instituto? ¿Con quién está en su tiempo libre? ¿Les ha parecido que estaba triste o deprimida últimamente?».

Han debido de preguntarse para qué quisimos tener hijos en primer lugar.

Ha sido difícil conectar con Jennifer últimamente. Se ha dedicado más que nada a estar cabreada y a cerrar puertas de golpe. La hemos dejado, pensando que se le pasaría. Seguramente no somos los únicos que pensamos así. Porque, seamos sinceros: ¿cuántos padres tienen fuerzas para animar a un adolescente malhumorado después de un largo día de trabajo?

Estoy segura de que las cosas mejorarán si conseguimos superar este periodo. A veces fantaseo sobre una relación bonita entre madre e hija, de las que se ven en las películas. En la pantalla, la hija medio adulta y su madre suelen irse de fin de semana de spa, y viajan al extranjero juntas. Toman champán, se ríen y comparten todo como amigas.

Yo tampoco era especialmente locuaz en la adolescencia. Pobre Agneta. Tenía doce años cuando ella llegó, y me pareció que había robado a mi padre. Y, hasta cierto punto, era verdad. Pero la postura de Agneta fue inteligente. No se metió en mi vida, sino que me dio espacio. Entendía que una adolescente necesita tiempo para estar sola y pensar.

Ahora bien, la actitud negativa de Jennifer quizá se deba a algo más que una rebeldía de adolescente y las hormonas. Puede que le haya ocurrido algo. Quizá no se encuentre bien. Hoy en día, muchas personas jóvenes lo pasan mal. ¿Quién dice que Jennifer no puede ser una de ellas? Me abrazo a mí misma, noto que tengo las mejillas empapadas.

—Jennifer, ¿dónde estás? —susurro y cierro las manos como si eso pudiera ayudarme a establecer contacto con ella.

«Con tal de que llegues a casa, te demostraré lo mucho que me importas».

Max ha pasado casi toda la noche fuera, buscando. Quería acompañarlo, pero me ordenó que me quedara en casa.

—Alguien tiene que estar aquí si Jennifer llega a casa —dijo y desapareció en la oscuridad.

Volvió cuando se acercaba el amanecer, me contó cómo había ido en el coche a cero por hora, siguiendo la ruta del autobús desde Husie y Klagshamn; no solamente una vez, sino varias. Había buscado en el centro, había dado vueltas por el extrarradio y además había peinado el barrio de Klagshamn. Todo en vano.

Por lo demás, parece que Max dedica toda su energía a ese Ali. Que si Ali ha hecho esto, que si ha hecho lo otro. No quiero oír ni una sola palabra más sobre musulmanes y de si son de fiar o no. En cuanto a mí, no estoy para nada segura de que Ali esté involucrado. Además, me parece que es la policía quien tiene que averiguar eso.

Chanel viene y se tumba a mis pies. Probablemente se pregunta por qué me he quedado en la entrada. Le acaricio la cabeza y me planteo si tendré fuerzas para volver a levantarme.

Jennifer ha desaparecido y la policía la está buscando.

Esto no es una pesadilla.

Estoy despierta.

Jennifer ha desaparecido.

Los policías que vinieron anoche parecen competentes. Pero todo va tan terriblemente despacio. Tengo la sensación de que creen que Jennifer se ha ido de casa voluntariamente. Quizá no deberíamos haber dicho nada sobre la discusión con Smilla, parece que esa bronca no hizo más que fortalecer esa teoría.

En cuanto a mí, esa explicación no me convence. Jennifer está enfadada con Smilla, no con nosotros. Puedo entender por qué se marchó de la fiesta, pero no entiendo por qué no ha vuelto a casa.

Justo antes de acostarnos, llamó una inspectora de la policía, Lina Torres o algo parecido. Nos informó de la situación, dijo que habían intentado localizar el móvil de Jennifer, pero que estaba apagado o sin batería. Y eso quiere decir que no lo pueden rastrear. Esto me suena totalmente absurdo. Sabemos cómo trasplantar corazones y riñones, pero no somos capaces de localizar un móvil apagado. ¡No tiene ningún puto sentido!

Además, les había dado tiempo a interrogar a Smilla, Ali Hassan y Emma Lundberg. Según Max, quien contestó, ninguno de los chicos había cambiado su historia: Jennifer dejó el adosado de los Andersson sobre las once y media, y después no han visto ni han sabido nada. Al parecer, Ali había mantenido que él y Jennifer no son pareja, que el beso que Smilla había visto no era más que un desliz. Max no parece contentarse con esa respuesta, ha insistido en que la policía debería presionar más a Ali.

Los policías que vinieron pidieron una foto reciente de Jennifer. Con las prisas, lo único que encontré fue el retrato que le hicieron en el instituto el año pasado, la que he tenido en mi cartera desde entonces.

Durante año y medio he visto la misma sonrisa cada vez que he sacado la cartera: siempre estaba ahí, la sonrisa del primer año de Bachillerato, llena de esperanzas de futuro.

Ahora, el lugar donde la llevaba está vacío.

Chanel me empuja la pierna con el morro, gime y me mira con sus grandes ojos oscuros. En el mismo momento llaman a la puerta.

¿Jennifer?

«Jennifer».

—Por Dios —murmuro y me levanto—. Por Dios, que sea Jennifer.

Tropiezo con el bolso, estoy a punto de darme de bruces con la puerta, pero consigo recuperar el equilibrio y me mantengo en pie. Justo cuando estoy a punto de abrir, caigo en la cuenta de que la policía suele notificar la muerte de un allegado de esta manera. La notifican personalmente, no a través del teléfono. Me quedo helada y suelto la manija, como si estuviera electrificada.

Otro timbrazo resuena por la entrada. Es evidente que la persona que se encuentra al otro lado de la puerta no piensa marcharse. Sopeso la posibilidad de encerrarme en el baño y taparme los oídos hasta que la casa esté en silencio de nuevo. Pero luego me recuerdo a mí misma que pueden ser buenas noticias.

«Jennifer».

Respiro hondo. Abro. El alivio de no encontrarme cara a cara con un policía es tan grande

como la decepción de no ver a mi hija allí.

Nina.

Joder, hoy no puedo con Nina, de verdad. La Nina tan buena y engreída, cuya hija tan buena y engreída siempre se controla perfectamente a la hora de tomar alcohol y nunca se comporta de manera irresponsable.

Fue evidente que Nina piensa que Jennifer tuvo la culpa de lo que ha ocurrido. Si bebes demasiado y dejas tirada a tu amiga para que recoja las cosas tras una fiesta, es normal que te pase algo malo. Parecía que Nina estaba más preocupada por Smilla, que tuvo que recoger sin ayuda, que por Jennifer, que..., que no está aquí.

Mi amiga se tira a mis brazos. Me abraza con tanta fuerza que por poco me quedo sin aliento.

—Oh, Lollo. He visto algo sobre Jennifer en la red. —Me suelta, da un paso hacia atrás y me mira—. ¿Entiendo que todavía no ha llegado a casa?

No me da tiempo a contestar antes de que me suelte la siguiente frase.

—Es tan... Tan horrible... —Se le quiebra la voz, parece que está a punto de echarse a llorar—. Estoy segura de que no puedo imaginarme del todo cómo te sientes ahora mismo, pero he pensado que... He pensado que igual necesitabas algo... O simplemente compañía, o...

—Gracias, pero no hace falta. —Tengo que cortar ese flujo incesante de palabras. Está claro que Nina no hace más que hablar, que ha venido aquí porque se siente obligada—. Papá también me ha llamado. Lleva toda la mañana enviándome mensajes, dice que quiere venir. Pero prefiero estar sola ahora mismo. Y además tengo a Max.

Nina repasa la entrada con la mirada.

—¿Y cómo está él? Quiero decir... —Baja la voz—. ¿Cómo lo lleva?

—Se ha ido a la oficina antes de que yo me levantara, así que...

Nina abre los ojos de par en par.

—¿Ha ido a trabajar? ¿Hoy?

Me doy cuenta de que no suena muy bien, pero yo misma estaba camino de la tienda hace un momento.

—Supongo que es una manera de hacer que pase el tiempo. ¿De qué serviría quedarnos aquí quietos? No ayudaría en nada a que Jennifer vuelva antes.

—No, claro... —Nina se ajusta la bufanda y se aclara la garganta—. ¿Estás segura de que no quieres que me quede un rato? —dice después—. Ahora estoy de vacaciones y no tenemos ningún plan especial.

Asiento con la cabeza e intento estirar los labios para formar una sonrisa.

—Lo siento, pero hoy no tengo fuerzas para estar con gente. Estoy completamente agotada.

—No pasa nada, Lollo. Debería haber llamado antes, pero... —Los ojos de Nina están llenos de lágrimas—. ¿No habéis sabido nada más de la policía? —¿Por qué tengo la sensación de que

está cotilleando, y que sus preguntas no se deben a una auténtica preocupación?—. Quiero decir —continúa—, estuvieron en nuestra casa ayer por la noche, pero entonces no pudieron contarnos gran cosa. Y he visto una unidad canina en nuestra calle cuando he salido de casa antes.

—No, no tenemos noticias —contesto—. Desgraciadamente.

No quiero dejar traslucir mi preocupación, de algún modo lo vería como un fracaso reconocerla, especialmente ante Nina. En lugar de ello, repito las palabras del policía acerca de los muchos avisos de adolescentes perdidos que les llegan todos los días y que en la mayoría de los casos terminan con un final feliz.

—Sí, también yo he oído eso. —La voz de Nina parece más positiva—. Es fácil olvidarlo cuando te pasa. Jennifer seguramente tiene una buena explicación. Esos puñeteros críos no entienden la preocupación que pueden llegar a causar. Será una cuestión de falta de madurez, eso de que no son capaces de imaginarse la situación de otros.

Me limito a asentir con la cabeza, no se me ocurre nada más que pueda decir.

—Entonces... —Nina duda por un momento antes de abrazarme otra vez—. Estamos en contacto, Lollo. Cuídate. Y avísame, por favor, en cuanto sepas algo.

No ha terminado de bajar las escaleras cuando se da la vuelta.

—Espero de verdad que Jennifer regrese a casa pronto. Pensamos en vosotros constantemente.

Cierro la puerta con rapidez y me hundo sobre la alfombra de la entrada.

25
Fredrik

Está sentada a la mesa de la cocina, revolviendo con una cucharilla el contenido de uno de nuestros grandes tazones azules de cerámica. El pelo le cae sobre los hombros, brilla a la tenue luz del sol. Cada vez que la cucharilla toca el interior del tazón se oye un tintineo.

Tin, tin. Tin, tin.

Un escalofrío me recorre la espalda. ¿Qué hace Jennifer aquí?

Un momento después, es Smilla la que levanta la mirada y me observa.

—¿Estás enfermo o qué? Pareces hecho polvo.

Suelto el aire.

—Nada, solo me duele la cabeza un poco.

Es mentira. Tengo un dolor de cabeza terrible, rozando la migraña. Aparte de eso, es evidente que sufro de alucinaciones.

Smilla vuelve a su móvil, que está sobre la mesa de la cocina delante de ella. Me giro hacia los armarios y trato de recomponerme. Después, esforzándome por caminar de la manera más relajada posible, me dirijo a la cafetera y comienzo a buscar filtros y cucharas dosificadoras.

—Y tú, ¿qué tal estás? —Me doy la vuelta—. ¿Has podido dormir algo esta noche?

La voz me sale rara otra vez. Eso sí, puede que solo suene diferente dentro de mi cabeza.

Smilla suspira y deja de nuevo el móvil.

—Poca cosa. —Tiene los ojos brillantes—. Joder, papá, esto es lo peor que me ha pasado nunca. —Se sorbe los mocos—. En serio. No sé qué hacer. La veo en mi cabeza cada vez que cierro los ojos. Y, si me meto en la red, no veo más que fotos y cotilleos sobre ella. Ya hay un hilo en Flashback, y...

—¿Flashback? —Pongo en marcha la cafetera y me siento a la mesa, sacando una rebanada de pan de la cesta—. ¿Y qué dicen allí?

Como si no hubiera peinado la web en busca de cualquier cosa sobre la desaparición de Jennifer Wiksell.

—De todo. Que es una puta, que es fea y que esperan que la hayan violado, que... —Las lágrimas corren por las mejillas de Smilla—. ¿Cómo puede ser la gente tan mala? No saben nada sobre Jennifer. ¡Nada!

—No leas esa mierda, Smilla. Es lo que dices, no son más que cotilleos.

—Pero quiero saber. —Me mira—. Estoy pensando que tiene que haber alguien por ahí que sepa dónde está y...

Arranco un trozo de papel de cocina del soporte de la mesa. Mi mano tiembla tanto que todo el brazo se agita. En cuanto Smilla coge el trozo, retiro la mano y me siento encima de ella.

—Olvídate de la red hoy —le digo—. Puedes ver una buena película. Llamar a una amiga. Buscar alguna distracción. Seguro que encuentran a Jennifer, habrá hecho alguna burrada y tiene miedo de que le echen la bronca.

Smilla se seca los ojos, sonríe entre lágrimas.

—Anda que no le voy a echar la bronca cuando la vea.

Se oye un ruido en la entrada. Nina se quita el abrigo, sube los peldaños de la escalera de un par de zancadas y entra en la cocina.

Smilla levanta la mirada.

—¿Dónde has estado?

—En casa de Lollo —responde Nina, pasando por delante de la mesa de la cocina.

— ¿Y?

Se ve un atisbo de esperanza en los ojos rojos de Smilla.

—Nada. —Nina saca una taza del armario, la llena de café y apoya la espalda en la encimera —. Jennifer no ha dado señales de vida.

—¿A qué has ido?

Mi mirada se desplaza constantemente de Smilla a Nina. Cada movimiento de los ojos es acompañado de un dolor punzante que me incita a cerrarlos.

Nina se acerca a la mesa de la cocina y se echa un poco de leche en la taza antes de volver a su sitio junto a la encimera.

—Me he pasado por su casa para ver si necesitaba algo. O para hacerle compañía. Pero no parecía que tuviera muchas ganas...

—¿Y cómo ibas a ayudar a Lollo? —Smilla parece escéptica—. Jennifer ha desaparecido.

Nina se encoge de hombros.

—No sé. —Se toma un sorbo ruidoso de café—. Simplemente he pensado que..., que Lollo podría necesitar un poco de apoyo. Alguien que la acompañe, le prepare el café o algo de comer. Tiene que ser muy difícil, me acuerdo de todo lo que sufrieron tus abuelos cuando...

Smilla se levanta apresuradamente de la silla.

—¡Hablas como si Jennifer estuviera muerta!

Sale airadamente de la cocina, deja la taza azul sobre la mesa.

—Vaya. —Nina sigue a Smilla con la mirada, después se gira hacia mí y extiende los brazos —. Parece que he vuelto a meter la pata.

—No ha sido una buena idea referirse a Simon —le digo.

Nina me mira fijamente.

—¿Tú también vas a empezar a quejarte? Solo quería explicar... —Suspira—. Al parecer, es mejor no abrir la boca.

—Smilla está preocupada —explico, a la vez que descubro que la rebanada de pan sigue sobre la mesa delante de mí.

—Todos estamos preocupados. —Nina se sienta sobre una silla—. Lo que no entiendo es...

No termina la frase. Libero la mano derecha. Está medio entumecida, pero consigo cortar un par de lonchas de queso que al final acaban sobre el pan.

Nina mira la rebanada y después me mira a mí.

—¿No tomas mantequilla? —Frunce el ceño—. ¿No estarás de régimen?

—Claro que no.

Nos quedamos callados. Mastico, pero no noto el sabor.

—Lo que no entiendo es por qué no son capaces de localizar el móvil de Jennifer —dice Nina después de un rato.

El pan me crece en la boca y me veo obligado a tragarlo con la ayuda de un poco de café antes de contestar.

—¿Te ha dicho Lollo que no pueden localizar el móvil?

—No, pero si hubieran podido hacerlo... —Nina coloca la taza sobre la mesa—. Si hubieran podido localizar el móvil, entiendo que ya habrían encontrado a Jennifer.

—El móvil probablemente se ha quedado sin batería —le digo—. O está apagado. No creo que se pueda localizar si pasa eso. Creo que tiene que enviar señales para que sea posible encontrarlo.

Intento que parezca que nunca antes he pensado en el asunto. Pero sé que no se puede localizar un móvil sin señal.

—Ya, claro. —Nina asiente con la cabeza—. Eso sí, la policía sabrá averiguar dónde estaba antes de que el móvil se apagase.

Me aclaro la garganta.

—Sí, supongo que sí.

Y entonces puede que descubran que Jennifer estaba en Klagshamn pasada la medianoche. Y al final averiguarán que una de sus últimas llamadas fue a mí. Pero eso no dice nada de lo que sucedió, sino que refuerza lo que Smilla contó a la policía, que Jennifer iba a coger el autobús a casa. Puedo inventarme una explicación creíble para la llamada a mi móvil. Si a alguien se le ocurre hacerme esa pregunta.

—Jennifer tendrá una copia de su teléfono en algún servidor —continúa Nina, pensativa—. iCloud o algo por el estilo. La policía seguramente puede meterse allí y leer sus mensajes y esas cosas...

De repente se le anima la voz y habla más rápido.

—Si Jennifer tiene un Mac y un iPhone pueden comunicarse entre sí. A veces veo mis SMS en el ordenador. No me preguntes cómo, pero pasa. Y, si esto es así, Lollo podría mirar el ordenador de Jennifer. Seguirá en su casa. Debería llamar a Lollo. Por si no se le ha ocurrido.

Mi esposa no es tonta. Nunca he dicho lo contrario, pero ella misma suele afirmar entre risas que es una inútil para la tecnología. Yo no uso cosas de Apple y la información de Nina me molesta. Un ordenador en la habitación de Jennifer que puede haber captado sus últimos mensajes...

Por otro lado, no intercambiamos mensajes. Ella me llamó a mí. Pero quién sabe lo que pudo haber hecho Jennifer en el autobús a Klagshamn. Estaba cabreada, colocadísima y además tenía una hora de viaje. Pudo haber enviado mensajes a cualquiera para decirle a quién iba a ver. Pudo haber soltado cualquier burrada, por cualquier canal.

—Lollo probablemente ya ha pensado en ello —le digo.

—Crees que... —Nina me mira, y una sombra de preocupación hace que se oscurezcan sus ojos de color miel—. ¿Crees que Jennifer se ha marchado de casa? ¿Voluntariamente, quiero decir?

Me encojo de hombros.

—No lleva tanto tiempo desaparecida. Los adolescentes desaparecen cada dos por tres. Y la mayoría vuelve.

—Lollo dijo algo parecido.

Tengo la cabeza como un bombo. Me levanto de la silla.

—No has terminado de desayunar. —Nina me lanza una mirada inquisitiva—. ¿No estás bien, Fredrik? ¿Es el estrés lo que...?

—Por Dios, relájate un poco. —Mi voz es áspera y trato de volver a encontrar un tono más liviano—. Tengo que mirar una cosa, ahora vuelvo.

Isla Mauricio, invierno de 2013
Lollo

—¿Puedo tomar un helado?

Es increíble, joder. Levanto la mirada de la revista y miro a Jennifer a través de las gafas de sol tintadas de marrón.

—Ya te has tomado un helado después de comer. Un helado al día es suficiente.

—¿Un helado al día? —Jennifer pasa las piernas por encima del borde de la hamaca y me mira airada—. ¡Estamos de vacaciones! Y vosotros habéis tomado por lo menos tres cócteles hoy. Yo debería tener derecho a tomar tantos helados como vosotros cócteles.

—No es sano tomar tanto azúcar. —Hojeo la revista y vuelvo a la primera página del reportaje —. Tómate mejor un trozo de melón.

Max, que está echado a mi derecha, levanta la mirada del móvil.

—Escucha a tu madre, Jennifer. Te pondrás gordita si estás todo el día tomando helados.

Jennifer hace pucheros.

—El alcohol tampoco es bueno para la salud —gruñe.

—Déjalo, Jennifer. —La vuelvo a mirar—. Nosotros somos mayores y tú eres una niña. Sabemos lo que nos conviene y sabemos lo que te conviene a ti. No pienso discutir más sobre este tema.

Jennifer se echa hacia atrás en la hamaca con gesto melodramático.

—Estoy aburrida.

Ha cruzado los brazos y las comisuras de los labios apuntan hacia abajo. Aprieto las mandíbulas. Habrá pocos niños en el mundo tan ingratos como Jennifer. Nos la llevamos de vacaciones dos semanas, nos alojamos en un hotel de lujo con una zona de piscinas increíble, y la cría tiene el cuajo de lloriquear. En realidad, no ha hecho más que lloriquear desde que llegamos.

Solo llevamos cuatro días. ¿Cómo vamos a sobrevivir a esto? Cuento hasta diez, trato de sacar mi voz más suave y le propongo un chapuzón en la piscina.

Jennifer se pone de pie, con las manos sobre las caderas.

—Pero no hay más que bebés por aquí. ¡No quiero bañarme con bebés! —Es cierto que el hotel está lleno de familias con niños, y que la mayoría de ellos son más pequeños que Jennifer, pero a veces hay que saber entretenerse solo. Además, Max ya ha ido con ella a bañarse antes.

Dejo la revista sobre las rodillas.

—Siéntate, Jennifer.

—¡Me quedo de pie si quiero!

—Siéntate —repito tajante—. Te estás portando como un bebé y si no bajas la voz todo el mundo te va a oír.

Jennifer se encoge de hombros.

—Qué me importa.

Me giro hacia mi marido.

—Dile algo. —Max, como aturdido por el sueño, levanta la mirada de las actualizaciones de la bolsa y pongo los ojos en blanco—. Dile a tu hija que espabile. No puedo más con ella.

Saca un billete de su cartera y lo sostiene en la mano.

—Puedes comprar un helado. Si prometes que luego vas a dejar de dar la brasa.

Jennifer rodea mi hamaca y arranca el billete de la mano de su padre. Sin decir una palabra se pone sus chanclas y se encamina a la cafetería, que comparte espacio con el bar bajo el tejado de juncos.

Miro a Max.

—¿Qué hacemos? —Se encoge de hombros—. ¿Qué hicimos para aguantar en Tailandia? —le pregunto.

—El Club Infantil del oso Bamse —contesta Max, oteando el mar de color turquesa que se extiende más allá de la piscina infinita.

26
Nina

No hace tanto frío, incluso puede que estemos a un par de grados sobre cero, pero el viento hace que la humedad penetre cada prenda. Me enfundo mejor el gorro, haciendo eses entre los montículos de mierda de perro en el paseo de grava. Debajo de los arbustos que flanquean la acera hay trozos de papel y colillas. Bolsitas de plástico, enganchadas entre las ramas por aquí y por allá, ondean ansiosamente al viento.

Enero no es el mes más bonito en Malmö, pero su fealdad se multiplica por dos debido a la basura. ¿Cómo puede la gente ver su entorno como un basurero? Me gustaría ir a casa de los que tiran estas cosas y volcar mi basura en el suelo de su salón.

Al principio de nuestra relación, Fredrik me decía a menudo que me quería por mi compromiso con la sociedad. Podía hablar de cualquier cosa, desde la contaminación en las calles hasta la evasión de impuestos, con la misma energía.

Esos tiempos parecen lejanos. Mi compromiso ya no es lo que era y hoy en día nuestras conversaciones versan casi sin excepción sobre los hijos. Discutimos sobre cómo educarlos, las reglas que deben prevalecer y cuánto dinero debemos darles cada mes. Pero ayer, sin ir más lejos, Fredrik me dijo que todavía me quiere.

¿Quiero yo a Fredrik? Supongo que sí. Al menos al Fredrik de antes, cuando todavía me hablaba. A lo largo de los últimos meses no ha hecho más que suspirar. No importaba lo que yo le dijera, su respuesta era siempre un suspiro irritado o unas cejas levantadas. A veces tengo la sensación de que ya no estamos de acuerdo en nada, incluso que Fredrik adopta una postura contraria a la mía por chinchar.

Hoy por hoy no lo reconozco, su cambiante humor me está sacando de quicio. Tan pronto estamos cerca, casi bajo la piel del otro, y al momento cada uno está en una balsa diferente a la deriva en mar abierto, en sentidos opuestos.

Y en lugar de sentir compasión, me irrita su patética figura. Es como si, en el curso de veinticuatro horas, se hubiera hundido por completo en su propia miseria.

Lo cierto es que no sé cuánto tiempo lleva Fredrik sintiéndose así. Con el estrés no se juega, he visto muchos ejemplos de ello. Cecilia, de mi trabajo, estuvo de baja varios años y todavía no puede trabajar a jornada completa, aunque quiera. Debo tratar de pensar que el humor de Fredrik no tiene que ver conmigo.

Nos conocimos en un local de Lund. Fredrik estaba disfrazado de artista de glam con una peluca negra larga, pantalones dorados ajustados y una brillante camisa de flores desabotonada hasta la barriga. Yo iba de algo parecido a una hippie. Había encontrado mi disfraz en una tienda de segunda mano y me sentía guay con mi vaquero campana y la túnica batik.

Fue Malena la que me sacó de estudiar para los exámenes por una noche.

—No puedes estar empollando todo el día —dijo—. El cerebro necesita tomarse un respiro de vez en cuando. Confía en mí. Casi soy enfermera.

Vicky, una de las amigas de clase de Malena, celebraba su cumpleaños con una fiesta de temática de los setenta y la mayoría de las invitadas eran estudiantes de enfermería. Para compensar el superávit de mujeres, también había invitado a un gran número de estudiantes de LTH, la politécnica de Lund.

Fredrik estaba entre ellos.

En la cena se sentó a mi lado y conectamos inmediatamente. Llevar un disfraz nos desinhibía y las primeras horas asumimos por completo nuestros papeles de estrella de rock y chica hippie, haciendo el tonto e inventándonos largas historias sobre el pasado de nuestros personajes ficticios.

No fue hasta el final de la noche cuando se quitó la peluca. Y no me decepcionó. Fredrik Andersson no solo era divertido. Era guapo, estaba en forma y parecía ser bastante más profundo que los chicos que había conocido antes. Fredrik era una persona que miraba el mundo más allá de su propio ombligo.

El día que nos casamos tuve la sensación de que me había tocado el premio gordo de la lotería. No me creía la buena suerte que había tenido. Pero en su discurso, justo antes de que claváramos el cuchillo en la tarta de tres pisos, Malena nos recordó que no se trataba para nada de suerte.

—Nunca olvidéis a quién debéis esto —dijo, cosechando largos aplausos.

Deseo fervientemente que el último medio año no sea más que un bache en nuestro matrimonio. En un futuro no muy lejano, quiero poder echar la mirada hacia atrás con una sonrisa y decir que fue un periodo difícil e innecesario. Después nos felicitaremos mutuamente por haber sido capaces de lidiar con los problemas de Fredrik y solucionarlos.

A la altura del instituto Videdalsskolan, se me ocurre una idea y saco el móvil. Con la manopla derecha entre los dientes, marco un número y después meto la manopla en el bolsillo. Los tonos se suceden, uno tras otro, y estoy a punto de colgar cuando de repente oigo una voz débil al otro lado.

—¿Eres tú, Malena? ¿Te he despertado?

—Soy yo. —Se aclara la garganta—. Y no me has despertado. Tengo la voz ronca, nada más.

Le pregunto si se ha enterado de que Jennifer ha desaparecido. Está al tanto, y coincidimos en que es terrible. Le hablo de la visita de la policía de anoche, de la fiesta de las chicas y de la

discusión que tuvieron. Malena formula mil preguntas y contesto como buenamente puedo. Es un alivio poder hablar claramente con alguien que reacciona de un modo normal, sin enfado ni apatía.

—El caso es que es tan terrible todo esto —me interrumpe Malena mientras hablo—. No termino de reunir el valor para llamar a Lollo, no sé qué decirle. ¿Qué le puedo decir?

Le resumo mi intento fallido de ayudar.

—No te lo tomes como algo personal, Nina. Lollo estará fuera de sí de preocupación. A veces no apetece estar con gente si lo estás pasando mal.

—Lo sé. —Ya casi he llegado a la calle Amiralsgatan y decido cruzar la calzada hasta la acera de enfrente—. Pero cuando estás realmente mal, a menudo ni eres consciente de lo que te conviene. Ella estaría mejor si tuviera a alguien con quien hablar.

—Tendré que llamarla —dice Malena—. Parecería raro no mostrar algún tipo de empatía. Pero, si te digo la verdad, me cuesta después de lo de Max. —Suspira—. Me refiero a sus opiniones sobre los musulmanes. Y de que Suecia está perdiendo los estribos, no recuerdo cómo lo dijo.

—Fue difícil no oírlo. —Me veo obligada a parar en medio de la calzada para que no me atropellen—. ¿Cuánto tiempo os quedasteis?

—Nos fuimos sobre las dos. Adde no estaba tan cabreado como yo, parece que está acostumbrado a oír ese tipo de mierda. Pero estaba tan avergonzada de habérmelo llevado a esa cena. De que uno de mis mejores amigos dijera cosas así...

—Lo entiendo. —Entro en el paseo peatonal junto al centro de salud—. Fredrik quería marcharse después de la cena, pero Lollo me daba un poco de pena. No quería que estuviera sola cuando sonasen las campanas.

—Me sentí igual que Fredrik. —Malena tose un poco—. Yo me habría largado enseguida. Pero Adde me convenció de que debía quedarme para brindar y, en fin..., el tiempo fue pasando. Las opiniones de Max no es que sean novedad. Y hasta ahora ha sido capaz de cerrar el pico en sociedad, pero el otro día fue como si lo hubiesen rajado y saliera toda la mierda a chorros.

—Estaba borracho perdido —señalo—. Aunque no es una excusa, en absoluto... Si te digo la verdad, yo misma estaba bastante borracha. Si hubiese estado sobria, seguro que me habría enfadado más. Habría que hacerle frente, no solo pasar de él.

—Ya, pero... —Malena vuelve a suspirar—. Ahora mismo todo eso parece menos importante. Con lo de Jennifer.

Sigo hacia delante, oigo a Malena beber y tragar varias veces. Supongo que está tomando café. Es muy cafetera.

—¿Qué crees que ha pasado? —pregunta.

—No lo sé, no tengo ni idea. No quiero pensar lo peor y, al mismo tiempo...

Dudo un momento, no sé si debo expresarme con sinceridad.

—Al mismo tiempo, ¿qué?

Mi amiga contesta con un tono de por favor.

—Bueno, ya sabes cómo es Jennifer.

—Hum, sé a qué te refieres. —Malena toma un sorbo—. Jennifer no es que sea una persona muy de fiar, precisamente. Y, si te digo la verdad, me resulta bastante pesada.

Relajo los hombros.

—Por Dios, es un alivio que lo digas. Siempre he pensado que soy la única que piensa así. Me he sentido como una mala persona, incapaz de hacerme a ella. A fin de cuentas, es la hija de Lollo.

Malena tose; parece tapar el micrófono con la mano, pero no tarda en volver.

—Puñetera tos.

Vuelve a aclararse la garganta.

—¿Sabes? —Ahora me cuesta pararme—. A veces he pensado que algo le ocurre a Jennifer, que tiene algún tipo de dolencia. Pero nadie quiere criticar a los críos de otros. Es como lo peor que se puede hacer.

Paso por delante del polideportivo de Husiegård. Dos niños pequeños con ropa demasiado fina juegan al fútbol en la cancha de gravilla junto al aparcamiento. La iglesia encalada me mira desde su colina.

—Es como maldecir en la iglesia —añado y de repente recuerdo una vez cuando Jennifer obligó a Anton a comer bayas que ella sabía que eran venenosas. Anton estaba destrozado y recuerdo que le dije a Lollo, en el calor del momento, que quizá deberían ir a que mirasen a su hija. Creo que nunca me ha perdonado del todo por ello—. Es tan difícil —prosigo. Tengo la mano derecha congelada y trato de ponerme la manopla sin éxito—. Además, nuestras visiones de cómo hay que educar a los hijos no pueden ser más distintas. Según Lollo, Jennifer nunca es culpable de nada. Es simplemente imaginativa, espontánea o despistada...

—¿Imaginativa? —Malena bufa—. Qué disparate.

—Lollo siempre se ha quejado de mi... —Tengo que parar para apartar un par de cabellos que el viento me ha llevado a la boca—. Siempre me ha recriminado que tengo a Smilla demasiado controlada. A partir de esto, es posible que no se queje tanto.

—Es probable que no —murmura Malena, y se oye el estruendo de platos de fondo.

—Nunca hay que decir «te lo advertí». —Suelto una risita—. Aunque es lo que acabo de hacer. En fin, que no le quiero mal a Jennifer. Para nada. Pero Lollo y Max no son lo suficientemente coherentes con su educación. Primero gritan a Jennifer por cualquier tontería, y luego la defienden con uñas y dientes, cuando en realidad deberían cantarle las cuarenta.

Es maravilloso que te confirmen tus opiniones. Al mismo tiempo me deja mal sabor de boca.

No todos los niños difíciles tienen una enfermedad diagnosticable. Y los niños que sí la tienen no responden bien cuando les cantas las cuarenta, hacen falta otras herramientas. Además, estamos hablando de una persona desaparecida. ¿Y si en realidad esto no es un asunto de rebeldía adolescente? ¿Y si de verdad ha pasado algo?

—Bueno, en fin—dice Malena—. Jennifer seguro que aparecerá. Es una chica espabilada, no se deja engañar por nadie.

Cuando terminamos la conversación, se encienden las farolas que bordean la calle Ellenborgsvägen. Guardo el móvil y encuentro un Mentos pegajoso en el fondo del bolsillo de la cazadora. Tras unos segundos de duda, me lo meto en la boca y me pongo la manopla.

En la acera no hay nadie. Durante todo el paseo solo he visto a tres personas, aparte de los chicos que jugaban al fútbol. En total, cinco personas y dos perros. Supongo que la gente no se atreve a salir con este viento, preferirán quedarse en el sofá viendo la televisión.

En cuanto a mí, no me apetece volver a casa. Tanto Smilla como Fredrik están muy irascibles, a punto de estallar. Es imposible no dejarse afectar por ese ambiente.

Voy a hablar seriamente con Fredrik esta noche. Tenemos que ser capaces de hablar sin que la otra persona se marche a otra habitación. No somos Leif y Pirjo. Todavía no.

Y estoy convencida de que hallaremos una solución, con tal de que Fredrik se tranquilice y encuentre las palabras para describir qué es lo que le estresa tanto. Podría ayudarle a formular un programa de propuestas, algo concreto que pueda entregar al rector el primer día del semestre.

Vamos a tener que aparcar todo el tema de Jennifer durante unas horas para centrarnos en nuestros propios problemas.

Lo primero es la familia.

27
Lollo

Echo un vistazo al reloj de pared. Las cuatro menos cuarto. Eso quiere decir que faltan por lo menos dos horas para que Max llegue a casa. Otras dos horas largas por matar. No entiendo cómo lo voy a hacer.

Hasta ahora he estado caminando de una habitación a otra. He ido a la cocina para después olvidarme de qué tenía que hacer allí; me he sentado en el sofá, pero me he levantado con la misma prontitud. He intentado comer algo, pero me entran náuseas solo con abrir la puerta del frigorífico. Los restos de la cena de Nochevieja están sin tocar en grandes boles, huelen a rancio por el ajo pasado.

La tienda está cerrada. Los horarios de apertura durante las vacaciones de Navidad y Año Nuevo están fijados con celo en la puerta de la tienda, pero supongo que no ha habido grandes aglomeraciones para acudir a Lollo's Design hoy. Puede que alguien quisiera cambiar algún regalo de Navidad. Otra persona quizá haya querido comprar un regalo para la anfitriona de la cena de Reyes, y ha tenido que dar media vuelta. Me da igual.

Me pica todo el cuerpo. Parte de la razón seguramente es que no he podido dormir nada esta noche. Normalmente, las noches en vela me producen hormigueo en las piernas, y ahora tengo hormigueos en todo el cuerpo. Hormiguea y pica tanto que tengo ganas de darle media vuelta a la piel, rascar y arañar.

No paro de ver la cara de Jennifer en mi cabeza. Es como si se me hubiera quedado grabada en la retina para recordarme su ausencia.

Tengo que hacer algo. No puedo caminar por aquí como un alma en pena. Pero ¿qué puedo hacer cuando mi hija ha desaparecido? ¿Qué puedo hacer?

Quizá debería ir a buscarla. El problema es dónde. Los amigos dicen que Jennifer se marchaba a casa, pero Max ya ha buscado por aquí. Es como si al salir de la puerta de los Andersson la oscuridad se la hubiera tragado.

¿Y si pasó alguna otra cosa en la fiesta? Algo que Smilla no nos ha querido contar. Por ejemplo, que aquella discusión se convirtiera en una pelea. Alguien —¿Smilla?— pudo haberle dado un golpe en la cabeza a Jennifer con una botella. La botella podría haberla matado accidentalmente y Smilla podría haber convencido a algunos de los chicos para enterrar el cuerpo.

Cojo aire como si acabara de salir a la superficie después de tragar agua y me llevo la mano instintivamente a la boca. ¿Qué me pasa? ¿Cómo puedo pensar eso? Smilla y Jennifer se conocen desde que nacieron. Smilla nunca podría hacer daño a Jennifer. Nunca.

Será verdad lo que todo el mundo cuenta, que Jennifer dejó la fiesta antes de las doce. Y eso quiere decir que podría estar en cualquier lugar. Podría haber tomado el tren a Copenhague. Podría estar en un piso en Lindängen, o camino de Estocolmo o Haparanda. Salir a buscarla sería como tratar de encontrar una aguja en un pajar, como reza el dicho.

¿Qué hace la policía? Si es que está haciendo algo, para empezar. ¿Creen que Jennifer está escondiéndose por voluntad propia en algún lugar? ¿Siguen pensando que Jennifer no quiere volver a casa porque discutió con Smilla?

Alguien o algo me está royendo por dentro. Mastica y roe. Cojo el móvil, encuentro el número de la policía de Malmö y llamo. Me contesta la voz automática de la centralita. Después de elegir unas cuantas opciones me ponen en espera. Sigo caminando de habitación en habitación mientras escucho a la monótona voz que me comunica la cuenta atrás con suma lentitud, un número tras otro.

—Policía de Malmö.

—Mi hija. Ha desaparecido. ¡Tienen que hacer algo!

—Perdón, pero...

La persona al otro lado trata de interrumpirme, pero ahora nada me puede parar.

—¡Tienen que hablar con todos los conductores de autobús que trabajaron en Nochevieja! —grito—. Tienen que interrogar a todos los que estuvieron en la fiesta. ¡A todos! No pueden esperar más. ¿Me oye? Quizá muera antes de que se levanten de sus poltronas. ¡Puede que Jennifer se muera!

Me hundo en el suelo entre sollozos, agotada tras haber dado rienda suelta a mi angustia.

—Por favor —susurro—. Tienen que encontrarla.

—¿Cómo se llama? —pregunta el hombre de la centralita con voz tranquila—. No me he quedado con su nombre.

—Soy Lollo —le digo, pero al momento me corrijo—. Me llamo Louise. Louise Wiksell.

—Ha dicho que su hija ha desaparecido. ¿Ha formalizado una denuncia?

Cierro los ojos, tratando de recuperar el control tanto sobre mí como sobre mi voz.

—Sí. Formalizamos una denuncia ayer. Me gustaría hablar con Lina Torres.

—Lina Torrero. —Se oye el ruido de dedos que se mueven sobre un teclado, y después vuelve el hombre—. Voy a tratar de ponerle con ella.

El buzón de voz salta después de tres tonos. «La extensión 754 no contesta. Deje un mensaje tras el tono o espere...».

Apago la voz de mujer grabada y me apoyo en la puerta del frigorífico. El corazón me late con

fuerza en el pecho. Cierro los ojos, pero los vuelvo a abrir rápidamente; no quiero estar en la oscuridad.

No puedo dejar de esperar.

No debo dejar de esperar.

Me tiemblan los dedos mientras busco los contactos recientes y pulso el número de Max. Allí también llego a una voz mecánica que dice que el número al que intento llamar está ocupado o apagado.

¡Mierda! ¿Cómo puede dejar de contestar un día como hoy? ¿Cómo puede haber ido al trabajo?

Echo un vistazo al móvil y me sobresalto. El círculo rojo en la esquina derecha del icono de Facebook delata una tremenda actividad en mi cuenta, la cantidad de notificaciones está batiendo récords. Era de esperar. Había una foto de Jennifer en el periódico esta mañana y ahora se abre la veda. Puedo imaginarme cómo mi muro está inundado de corazones y emojis que lloran.

Pero no me interesa la falsa empatía de conocidos superficiales.

Quiero encontrar a Jennifer.

Al momento se me ocurre que podría colgar una foto de ella en Facebook, una mejor que la que ha salido en el periódico. Podría alertar a mis clientes y viejos compañeros de clase, pedirles que mantengan los ojos abiertos, divulgar y compartir. La gente suele mostrarse muy solícita cuando se trata de niños y animales.

Eso sí, no sé si tengo fuerzas para ver esos emojis que lloran. No sé si aguantaría leer lo que escribe la gente. No quiero ser la madre que todo el mundo tiene por idiota porque no sabe ocuparse de su propia cría.

Aunque puede que sea una idiota y una madre fracasada. Además, quiero que Jennifer vuelva a casa. Es lo único que quiero. Y puede haber alguien en Facebook que disponga de información importante. Tengo que mirar, no puedo evitarlo.

Mi dedo índice rebota sobre el icono azul y blanco y parece que se para el tiempo mientras se carga la nueva información. Mis ojos recorren inquietos las palabras. Como si el texto me fuera a doler menos si lo leo rápido.

Tal y como sospechaba, el flujo de mensajes está repleto de nuevas notas de amigos, conocidos, y conocidos de conocidos. Pero no veo acusaciones. Nadie escribe que me lo he buscado. La mayoría parece estar sinceramente preocupada, y toda esa empatía hace que la sensación de irrealidad se transforme en algo real, me ablanda hasta convertirme en un flan.

El llanto reprimido me sacude el cuerpo mientras navego por los corazones y los abrazos de ánimo. También en WhatsApp, Instagram y Messenger encuentro palabras amables y comentarios compasivos. Pero en ningún sitio encuentro señales de vida de Jennifer. Y nadie dice nada sobre dónde está.

Un siete blanco brilla en el círculo rojo junto a Mensajes. Es papá, que quiere hablar. También me ha llamado, cuatro veces. Pero no tengo fuerzas para hablar con papá ahora, no puedo cargar con su preocupación además de la mía.

Vuelvo a Facebook. Alguien habla de Missing People, una organización dedicada a encontrar a personas desaparecidas. ¿Deberíamos ponernos en contacto con ellos? Voy a la entrada a por el portátil, me siento en el sofá del salón y busco la página web de Missing People. Hay demasiado texto. Leo por encima lo que pone, saltando de párrafo en párrafo.

Para que puedan ayudar hace falta una denuncia en la policía. Y hay una. Continúo rápidamente, haciendo clic en «Avisar de una persona desaparecida» y comienzo a rellenar los campos. Pero después de un rato se me ocurre que debería hablar primero con Max. Y también con la policía. Para que sepan.

Dejo el portátil y comienzo a buscar entre las imágenes del móvil. Si voy a colgar algo en Facebook necesito una foto reciente de Jennifer. A poder ser alguna en la que no ponga cara seductora.

Va a ser difícil. Últimamente Jennifer no ha querido que le saquen fotos. Las pocas veces que he podido captar una imagen suya, saca el pecho y pone esos morritos raros, como hacen casi todas las chicas jóvenes al sacarse fotos.

Para ser sincera, yo misma he intentado poner esos morritos en alguna ocasión. Los labios carnosos son bonitos. Pero, a diferencia de las chavalas, yo parezco ridícula. Muy ridícula.

Tras repasar todas las fotos, me quedo con dos alternativas. Una es del día de San Juan, sacada durante la comida en Falsterbo. Jennifer no estaba avisada y parece sorprendida. Al mismo tiempo tiene un aspecto natural y mira directamente a la cámara. Está bronceada, no se ha pasado con el maquillaje y lleva una flor en el pelo.

Mi bella Jennifer. Se parece tanto a mi madre. Durante varios años tras la muerte de mamá, papá guardaba una foto enmarcada de su primera esposa en la mesilla. Era un primer plano, el viento removía su pelo rubio y tenía los ojos alegres. Creo que fue papá el que le sacó la foto la primera o segunda vez que quedaron después de conocerse.

A veces, cuando estaba sola en casa, entraba en el dormitorio de papá y me ponía en el borde de la cama. Solía dejar la foto sobre el regazo mientras estudiaba cada milímetro del joven rostro de mamá, tratando de descubrir un parecido con el mío. Sin embargo, por mucho que girase la foto, siempre me parecía más a papá. Y la foto seguramente acabó en el trastero cuando Agneta se metió bajo el nórdico de la cama de matrimonio.

Respiro hondo un par de veces, aparto mi desesperación. Está agazapada en mi pecho, lista para saltar. Pero tengo que mantener la serenidad. Si me rompo no serviré de nada. Hundirme ahora sería lo mismo que traicionar a Jennifer.

Las lágrimas me brotan de los ojos y parpadeo para recuperar el enfoque. Con una mano retiro

las lágrimas saladas que corren por las mejillas y estudio la segunda alternativa.

La foto es de algún momento del otoño pasado, tal vez mi cumpleaños. Allí, Jennifer parece más seria, los ojos azules han adquirido un tono oscuro, casi negro. Está más pálida. Pero sigue igual de bella.

¿Dónde estás, Jennifer? Querida niña, ¿por qué no vuelves a casa?

28
Fredrik

¿Debería contárselo todo a Nina? Soltar toda la historia, de principio a fin. Después me sentiría mejor, supongo. Parece ser que todos los psicólogos hablan de la necesidad de soltar cargas emocionales.

Pero mi esposa es tan recta. Una persona honrada. Legal. Una buena ciudadana. Hay gente que se cuela cuando puede, y envía a sus hijos a recoger otra muestra gratuita. Nina no pertenece a esa categoría de personas. Es alguien que vuelve al supermercado en bici porque al sacar la compra ha descubierto que no le han cobrado un pimiento.

Se cierra la puerta de la calle. Nina se quita los zapatos en la entrada. Oigo el ruido familiar de sus pasos cuando sigue hasta la cocina, oigo cómo se suena los mocos, tira el pañuelo a la basura, cierra el armario. Más pasos. Se acercan al dormitorio y me incorporo en la silla de oficina, agudizando los oídos.

Después de más de veinte años bajo el mismo techo, puedo interpretar el humor de Nina simplemente con escuchar cómo planta los pies en el suelo cuando camina. Hoy sus talones me dicen que está decidida. No está enfadada, pero sí decidida.

—¿Qué haces?

Está en la puerta. Pelo alborotado por el gorro y mejillas rosadas.

—Nada especial. Estoy mirando unas cosas en internet, sin más.

Entra en la habitación, pone las manos sobre mis hombros y los masajea cuidadosamente.

—¿Estás viendo ordenadores?

Se inclina hacia delante para poder estudiar la pantalla más detalladamente. En su aliento hay trazos de café y menta.

—Eh, sí. Estoy... pensando en comprarme un Mac.

Deja de masajear, agarra el respaldo de la silla y me gira. Después pone una mano sobre mi frente.

—Algo grave te pasa, Fredrik, te lo digo en serio. —Quita la mano con una sonrisa asomando en la comisura de los labios—. ¿Tienes fiebre?

Mis ojos están a la altura de sus pechos. Está demasiado cerca y me cuesta respirar, pero consigo musitar algo de que algunos loros viejos sí aprenden a hablar.

Suelta una risita.

—No me hagas mucho caso —comento, cerrando la pestaña—. No he dicho que vaya a comprar uno. Simplemente estaba echando un vistazo.

—Oye... —Nina se sienta en el borde de la cama de matrimonio. Su mirada indica que quiere pedirme algo—. Tenemos que hablar.

—¿Hablar? —Doy un impulso a la silla con el pie y empiezo a girar, pero al momento la paro y giro en la otra dirección. Izquierda, derecha. Izquierda, derecha—. ¿De qué?

—¿De qué?

—De nosotros —dice Nina—. O sobre todo de ti, quizá. ¿Puedes quedarte quieto?

Relajo el pie.

—¿Y qué pasa conmigo? —le pregunto, y me muerdo la lengua.

Nina suspira.

—Ayer me contaste que no te encontrabas bien porque estabas estresado en el trabajo.

—No es nada. Voy a arreglar esta situación cuando empiece el semestre. Hablaré con Inga-Lill.

—¿No puedes contarme de qué va?

Cruza las piernas y se inclina hacia delante.

—¿Contarte qué?

—Eso que te está estresando, naturalmente. —Nina abre los brazos en señal de que no comprende—. ¿Es el tema de la preparación? ¿O son los estudiantes? ¿Algún proyecto en concreto, tal vez? ¿No estabas en esa comisión contra el acoso? Puedes dejarlo si no das abasto, ¿no?

¿Por qué mi mujer es tan tozuda? No hay nada que contar. Al menos no sobre mi situación laboral. Todo va bien en el trabajo. No de maravilla, pero bien.

Me levanto de la silla.

—En serio, no tengo nada que contar. Tengo demasiadas cosas sobre la mesa, nada más. Ya lo arreglaré.

—¿Ahora te marchas? —Nina me mira desde el borde de la cama—. Si acabamos de empezar esta conversación.

—No me voy, ¿no ves que estoy aquí?

Se pone en pie y da un paso hacia mí.

—Parece que te estás yendo.

Ahora me toca a mí suspirar.

—Aquí me tienes, no me muevo.

—Es que... —Nina coloca las manos sobre la cadera—. Es imposible tener una conversación normal contigo. ¿Cómo vamos a solucionar tus problemas si ni siquiera podemos hablar de ellos?

La rodeo con mis brazos. No porque quiera abrazarla, sino para callarla, para que deje de analizar todo.

—Nina, no hace falta que soluciones ningún problema. Ya me ocupo yo.

En el mismo momento suena el móvil de Nina en algún rincón de la casa. Sale disparada de la habitación, pero apenas me da tiempo a tomarme un respiro antes de que aparezca nuevamente en la puerta.

—Tenemos que recoger.

—¿Qué?

Nina se acerca a la cama y agarra una de las fundas nórdicas.

—Ya me has oído. —Estira la funda, la dobla y la ahueca—. Vienen Claudia y Monique.

Joder. Claudia y Monique no. Ahora no. A poder ser, nunca.

—¿Aquí? ¿Por qué?

Nina recoge una revista del suelo y la deja sobre la balda debajo de la mesilla de noche.

—Vienen del aeropuerto. Quieren pasar a saludar.

—Podrías haber dicho que no estamos en casa... O cualquier cosa...

Mi mujer me lanza una mirada envenenada.

—Claudia es mi hermana.

—No te cae bien.

—¡Sí me cae bien! Y no van a quedarse mucho tiempo. Levántate, tenemos que organizar algo. —Ya casi ha llegado hasta la cocina—. ¿Les ponemos un vino caliente? ¿O un café? ¿Cómo lo ves?

29
Nina

—¡Hola, hola!

Mi hermana está tan radiante como la tira de leds que decora el arbusto detrás de ella. Lleva un abrigo ajustado color hueso, y el largo cabello moreno está parcialmente cubierto por un gorro de Gant. Se ve la marca claramente aunque esté colocada con discreción en la costura.

Junto a Claudia está Monique, con una sonrisa que le ocupa toda la cara. Su bufanda a rayas le cuelga de un modo conscientemente descuidado sobre el abrigo oscuro de lana. La mano de Pauline agarra la de Monique con fuerza. La niña de cuatro años me mira con sus grandes ojos marrones.

—*Bonjour*, Nina.

Monique se inclina hacia delante y me planta dos besos debajo de las orejas. Tengo que hacer un esfuerzo por no echarme hacia atrás. Esa costumbre continental de los besos en las mejillas no me va. Nunca me he enterado de cuántos hay que dar, ni cuántas veces hay que cambiar de lado antes de terminar.

Claudia me da un abrazo firme y aprieta mi blusa pegajosa contra mi espalda. Todavía estoy sudando después de haber pasado la aspiradora, apenas me ha dado tiempo a cambiar el pantalón de chándal por un vaquero antes de que sonara el timbre de la puerta.

—Me alegro de que estéis aquí. Entrad. —Me pongo en cuclillas—. Hola, Pauline. ¿Te acuerdas de mí? La tía Nina.

La niña gira la cabeza y mete la cara entre los pliegues del abrigo de Monique.

—No creo. —Claudia ríe—. No tenía más que dos años y medio la última vez que nos vimos.

Monique empuja a Pauline delante de ella y, poco después, las tres están ya dentro de casa. La entrada parece inusualmente reducida, casi claustrofóbica. De repente, me doy cuenta de lo desgastada que parece la puerta de la calle. Está muy astillada en la parte inferior, y el barniz marrón no casa para nada con el color gris con el que pinté las paredes durante las vacaciones de Semana Santa.

—Tenéis que perdonar el desorden —digo con un gesto hacia la casa, y al mismo tiempo me veo en el espejo. Tengo el pelo apuntando en todas las direcciones a la vez. Debe de ser mi gorro, que está hecho de un material sintético—. No estábamos esperando unas invitadas tan especiales hoy.

Claudia parece buscar una percha, pero no dice nada. Al final cuelga el abrigo en un gancho junto al peto sucio de Vilgot. No puedo reprimir el deseo de que se manche la tela color hueso con un poco de barro del sur del país.

Dejamos la entrada. Pauline necesita ir al baño y Monique se la lleva. En cuanto a mí, pongo rumbo a la cocina. Claudia me acompaña, se detiene delante de la puerta del frigorífico, repleta de horarios, notas recordatorias y viejas fotos, que están fijados sin simetría alguna con diferentes imanes creativos.

—¿Cómo va todo por aquí?

Claudia se acerca a la mesa, levanta el periódico y lo hojea distraídamente.

—Todo genial. —Meto doce bollos de Santa Lucía en el microondas—. ¿Y vosotras? —Miro a mi hermana—. ¿Todavía estás a gusto en Bruselas?

—Sí, muy a gusto. —Claudia suelta el periódico—. Mucho jaleo en el trabajo, claro. Como siempre. —Sonríe y toquetea el diamante de la alianza—. Pero acabamos de contratar a una *au pair*. Una chica muy valiosa. De España. Ana estudia francés en Bruselas y estamos muy contentas.

Me muerdo el labio y cuento hasta diez.

—¿Y nunca se os ha ocurrido trabajar un poco menos?

—No funcionaría —dice Claudia—. Nadie de mi departamento trabaja a media jornada. A Monique le pasa lo mismo.

Ve a Fredrik y se le ilumina la cara.

—¡Mi cuñado preferido! —Claudia se lanza a los brazos de mi marido—. Cuánto tiempo.

Fredrik parece un poco más despierto. Cuando termina la fiesta de abrazos, sale al salón y saluda a las otras dos.

Suena el tono del microondas. Abro la puerta, saco los bollos y los coloco sobre una fuente.

Claudia se acerca a mí y baja la voz.

—¿Cómo está? Di la verdad.

—¿Quién?

—Fredrik. Se le ve muy pálido.

Me pongo de puntillas para alcanzar las servilletas del armario. Claudia estira un brazo rápidamente y las baja sin problemas. Fue ella la que se quedó con las piernas largas de mamá. Yo tuve que conformarme con el cuerpo mucho más compacto de papá.

—Está un poco estresado en el trabajo, nada más —digo.

—¿Puedo marcharme?

Anton lleva un buen rato con una expresión incómoda en la cara y sé que odia sentarse a la

mesa para conversar con adultos a los que no conoce, verse obligado a contestar a preguntas sobre las clases y sobre el fútbol. Y encima en inglés.

Puesto que Fredrik no responde, asiento con la cabeza y Anton se levanta laboriosamente de la mesa. Smilla se desliza tras él.

Vilgot se ha escurrido nada más terminar la última galleta de jengibre, pero Pauline permanece sentada en el sofá entre sus madres. Puedo ver por la expresión de la cara de Claudia que piensa que nuestros hijos son unos maleducados.

—¿A qué hora venís el sábado? —pregunta.

Mi hermana ha dejado sus intentos de hablar con Fredrik y dirige ahora toda su atención a mí.

—No lo sé. Hacia la hora de comer, tal vez. O, si no, comemos en casa primero. Habrá que hablar con mamá, a ver qué plan le parece mejor.

No les envidio a mis padres, que tendrán a la familia de Claudia en su casa cinco días. Mamá dice que les gusta tenerles de visita, pero lo dudo. Papá me ha contado que mamá suele estar histérica durante semanas antes de la llegada de Claudia y compañía. «Parecería que es la familia real la que viene de visita. Inger se pone tan nerviosa que no sabe dónde meterse».

Por fin, Monique mira su reloj. Murmura algo a mi hermana, que se levanta y comienza a recoger las tazas.

—Bueno, ya es hora de marcharnos —dice—. Hemos quedado allí a las seis.

—¿Ya? Qué pena. Eso sí, nos vemos pronto.

Claudia sonríe.

—Será bueno que los críos pasen un poco de tiempo juntos. Queremos que Pauline conozca bien a sus primos.

Como si a Anton y Smilla les pudiera interesar la compañía de una niña diez años más joven que preferiría hablar francés.

—Fredrik —digo, un poco más alto de lo que quería—, ¿quitas tú la mesa?

Se sobresalta como si acabase de despertar de un profundo letargo y se levanta del sofá inmediatamente. Con movimientos torpes, comienza a colocar los platitos y los vasos desordenadamente sobre la bandeja. Para no estallar de irritación, me llevo la cafetera y me marcho apresuradamente a la cocina.

—Gracias por el café. —Claudia deja un par de tazas en el fregadero y al volver hacia el salón se para junto a la mesa de la cocina—. Qué historia. —Hace un gesto con la cabeza hacia el periódico abierto—. ¿Has visto esto?

—¿El qué?

Introduzco el bote de galletas de jengibre en el armario y cierro la puerta.

—Esto. —Mi hermana señala con el dedo—. He visto el titular antes de tomar el café. Sobre esa chica que ha desaparecido.

Claudia se inclina sobre la mesa. Contengo la respiración y rezo para que no lo descubra.

—¿Wiksell? —Me mira con los ojos abiertos de par en par—. ¡Jennifer Wiksell! ¿No es la hija de Lollo?

Suelto el aire.

—Sí.

—¡Por Dios, Nina! ¿Por qué no habéis dicho nada? ¡Es terrible! ¿Qué puede haber pasado?

Fredrik entra en la cocina. Deja la bandeja sobre la encimera y se da media vuelta.

—¿De qué habláis?

Mi hermana vuelve a señalar el periódico.

—De ella.

Se acerca a Claudia y mira por encima de su hombro.

Al momento, Fredrik agarra el respaldo de una silla con las dos manos. Se queda como paralizado junto a la mesa, con la cara blanca y la respiración entrecortada.

—¿Fredrik? —Voy junto a él apresuradamente y pongo una mano sobre su brazo—. ¿Cómo estás?

Fredrik no contesta. Está quieto, con los ojos cerrados y los labios apretados con fuerza. Traga saliva varias veces antes de soltar la silla y salir corriendo hacia el baño.

30
Lollo

Miro a mi alrededor, confusa, como si nunca hubiera estado aquí antes. Paredes blancas, muebles blancos, sábanas blancas. Los cojines de color blanco y lila. Todo según los deseos de Jennifer.

Ya me sentía mal ayer por la noche al hurgar entre sus cosas. Tenía la sensación de que podría entrar en cualquier momento, preguntando qué coño estábamos haciendo.

Se me hace un nudo en el estómago al ver la sábana arrugada y el sujetador que cuelga sobre el cabecero. Me entran ganas de llorar cuando veo las zapatillas de borreguito junto a la cómoda. Es justo por eso por lo que he evitado la habitación de Jennifer hoy.

Y aun así aquí estoy. Porque cuanto más lo pienso, más convencida estoy: si en algún sitio puede haber respuestas a nuestras preguntas, tiene que ser aquí, en la habitación donde Jennifer pasa la mayor parte de su tiempo.

Parece que la policía se lo está tomando con tranquilidad, pero yo no estoy tranquila. Los segundos laten en mi cuerpo, me recuerdan el tiempo que no deja de pasar.

Hay que hacer algo.

Me acerco al escritorio, saco el primer cajón de la cajonera y comienzo a remover las cosas desordenadas. Hay lapiceros, borradores, clips y gomas elásticas, echados unos sobre otros. El siguiente cajón contiene unos cuadernos y un montón de folios de tamaño A4 sueltos. Cosas del cole, según parece. Saco una hoja en la que Jennifer ha redactado algunas respuestas a preguntas sobre la Segunda Guerra Mundial.

La historia no estaba entre mis asignaturas preferidas cuando estudiaba. Bueno, miento, quizá en Primaria. Cuando estudiamos la época vikinga y fabricamos un pueblo vikingo con papel maché. Eso fue divertido. Pero después perdí el interés. ¿Para qué revolcarse en el pasado cuando el futuro espera?

Devuelvo la hoja al cajón y hojeo un poco entre los otros apuntes, pero no encuentro nada interesante. Las tareas de lengua, mates e inglés se mezclan con información del coordinador de estudios, una invitación del consejo estudiantil y un folleto de una empresa que vende gorras de graduación. ¿Ya? Anda que no se han anticipado. Cierro el cajón y me quedo pensando. ¿Qué estoy buscando?

Supongo que lo que estoy buscando son pistas que puedan decirme algo sobre la vida de Jennifer. Pero ¿dónde pueden estar? ¿Y a qué me refiero con pistas?

Tanto Nina como Malena tenían diarios cuando estudiábamos el Bachillerato. A mí me parecía un poco infantil. Al mismo tiempo habría sacrificado la mano derecha por saber qué estaban escribiendo.

Nina siempre procuraba guardar el diario cuando alguien entraba en la habitación, y además lo hacía con grandes aspavientos. Una sola vez se le olvidó el diario sobre la mesa, abierto. Era como si estuviera allí, esperando que alguien lo leyera. Recuerdo que pensé que lo había dejado allí adrede. Porque quería que lo viera.

Las páginas, llenas de garabatos, hicieron que el corazón me latiera con fuerza, pero como siempre fue Nina la que me salvó de cometer una transgresión. Oí sus pasos acercándose a la puerta y solo pude captar unas pocas palabras antes de echarme sobre la cama nuevamente. Aun así, tuve cargo de conciencia durante semanas.

¿Jennifer escribe un diario? Por bochornoso que parezca, no tengo ni idea. Al menos nunca la he visto escribir cosas en algo que se parezca a un diario. Siempre está mirando una pantallita, en cualquier momento del día. O bien está mirando el móvil o bien el ordenador, y a veces las dos cosas al mismo tiempo. ¿Quizá escriba sus cosas en el portátil?

Siento una repentina punzada de expectación en el estómago. ¡El ordenador! ¿Cómo coño habré podido olvidarme del ordenador? Debo de tener la cabeza espesa por la falta de sueño.

Rápidamente, me doy media vuelta y repaso la habitación con la mirada. El portátil de Jennifer siempre suele estar sobre el escritorio, pero allí no hay nada, el tablero está despejado y recogido. ¿Se llevaría el ordenador a la fiesta de cumpleaños? Si fuera el caso, indicaría que había planeado marcharse en secreto. No te llevas un ordenador a una fiesta si tienes pensado volver a casa al día siguiente.

Una incipiente esperanza comienza a manifestarse, pero luego descubro un objeto plateado debajo de una revista sobre la mesilla de noche. La esperanza se desvanece.

Saco el ordenador, me pongo sobre la cama, abro la tapa y veo cómo la pantalla va despertándose poco a poco. Debajo de una imagen de una figura amarilla y tuerta se ve un campo con el texto «Contraseña». Suspiro ante mi propia estupidez. Evidentemente hace falta una contraseña.

Cierro los ojos, tratando de pensar. Si fuera Jennifer, ¿qué contraseña habría puesto?

«Chanel».

Incorrecta.

«Jennifer».

Incorrecta.

«Jenni».

Incorrecta.

«123456».

Incorrecta.

Intento con todas las variaciones del nombre con minúscula inicial. Pongo un punto al final y después lo intento añadiendo el año de nacimiento de Jennifer. Pero el ordenador se niega a dejarme entrar.

Entonces se me ocurre algo y meto otro nombre.

«Jussi».

Correcta.

31
Nina

—Probablemente no sea un virus estomacal, sino estrés. Como ya te he dicho antes, hace tiempo que Fredrik está agobiado en el trabajo. Por favor, no digas nada a mamá. —Miro fijamente a Claudia—. Se preocuparía. Y no menciones lo de Jennifer...

—Todavía serán suscriptores de ese mismo periódico —me interrumpe mi hermana.

Ya ha salido por la puerta, con la ropa de la calle puesta. Ha conseguido evacuar a toda su familia en el transcurso de unos minutos.

—Es cierto —le digo—. Pero no creo que mamá haya tenido tiempo para leer el periódico hoy. Sospecho que tendrá otras cosas que hacer, ahora que estás a punto de llegar.

—Vale. —Claudia se encoge de hombros—. Dile a Fredrik que se recupere.

Mi hermana me mira como si hubiésemos querido transmitirle un virus estomacal aposta durante una de sus infrecuentes visitas al país.

—Nos vemos el sábado —le digo y saludo con la mano a Monique, quien ya está metiéndose en el coche blanco de alquiler.

Claudia se da media vuelta y cierro la puerta, vuelvo apresuradamente a la habitación.

Fredrik está echado sobre la colcha. Tiene los ojos cerrados y no se mueve. Por un breve momento se me ocurre que está muerto y me quedo helada. Pero cuando me siento sobre el borde de la cama se sobresalta, abre los ojos y esboza una sonrisa pálida. Le cojo la mano, que está temblando.

—Fredrik, tu mano...

—Lo sé —murmura—. Pero no tiene importancia, ya se me pasará. —Le acaricio el dorso de la mano y descubro tres líneas rojas, tres arañazos paralelos. Casi parecen estar infectados.

—¿Qué es esto?

—Nada. —Fredrik hace una mueca—. Me arañé con una rama el otro día.

—¿Has trabajado en el jardín? —Le giro la mano—. ¿Cuándo?

—No sé cuándo, exactamente. —Me mira con ojos cansados—. Y no he trabajado en el jardín. Sería al recoger una rama mientras caminaba hacia el coche o algo.

—Puede que fuera entonces cuando se te desgarró la cazadora.

—¿Está desgarrada? —Fredrik se queda tieso, mirándome con ojos inquisitivos—. ¿Dónde?

—La costura lateral —le digo—. Se ha abierto, cuelgan los hilos.

—Ah, bueno... Lleva tiempo así.

Vuelve a cerrar los ojos y suspiro.

—Fredrik, me estás empezando a preocupar. Preocupar de verdad. ¿Y si tienes alguna enfermedad seria? Una enfermedad que afecta a tu energía. Puede que no sea el estrés para nada, puede que necesites un médico.

Fredrik abre los ojos.

—En serio, ¿puedes dejar de darme la brasa? —Suena irritado—. No me pasa nada grave. He tenido náuseas, nada más.

Le suelto la mano y me levanto.

—No te estoy dando la brasa. ¿Y cómo puedes enfadarte solo porque me preocupo? ¿No te das cuenta de que quiero saber qué es lo que te pasa? —Siento cómo las lágrimas me queman el interior de los párpados—. ¡No te reconozco!

—No me pasa nada —repite con un tono apagado—. Solo quiero que me dejes en paz.

Nuestras balsas se separan cada vez más, las espumosas olas del mar nos golpean.

Smilla está hojeando el periódico. Lleva unas mallas de deporte, calcetines gruesos y una sudadera muy grande con capucha, que en realidad es de Fredrik. Ha bajado la capucha sobre la cara, pero cuando entro en la cocina se la quita y me mira.

—Hablan de Jennifer.

Hace un gesto de cabeza hacia el periódico que está abierto sobre la mesa.

Trato de librarme de la frustración, recordándome que Fredrik no se encuentra bien, que no se comporta así porque quiere. Con un brazo alrededor de los hombros de Smilla, me inclino hacia delante y repaso el breve texto con la mirada.

Es la misma noticia que estaba en la red esta mañana. La foto debe de tener unos años ya, Jennifer parece más joven de lo que es. Al final de la noticia, la policía pide ayuda a la ciudadanía.

Smilla se da media vuelta y me abraza con fuerza sin decir nada. Le devuelvo el abrazo y siento cómo el calor de su cuerpo pasa al mío. Doy gracias a Dios por tener a mi hija conmigo en estos momentos.

—Te quiero, Smilla —murmuro e inspiro la fragancia de su desordenado pelo. Una caótica mezcla de champú, acondicionador y laca.

—Lo sé —dice, y añade—: Y yo a ti.

Se abre una puerta en la planta de arriba y la voz de Anton nos llega por las escaleras.

—¿Cuándo comemos?

—Dentro de un rato. —Levanto la voz—. No empieces un nuevo juego.

La puerta de Anton se cierra y Smilla se escurre de mis brazos.

—¿Qué hay para comer? —pregunta.

—Ni idea —contesto—. Ya se nos ocurrirá algo.

Smilla se queda un rato en la cocina, mirando la foto de diciembre del calendario del año pasado. Es una foto familiar de Navidad de hace dos años, una excepción a las fotos de Vilgot, que se han convertido en un clásico en todos nuestros calendarios. Me gusta esa foto. Se nos ve tan contentos. Y es porque nos lo estábamos pasando bien. Fue Anton quien, después de muchos intentos fallidos, consiguió que funcionase el viejo palo para selfis.

Deberíamos pasar más tiempo juntos. Toda la familia. ¿Cuándo fue la última vez que hicimos algo juntos, los cinco? Busco en la memoria, pero no se me ocurre ni una sola actividad conjunta desde el verano, cuando fuimos a Gotland y —para satisfacción de algunos— tuvimos que volver antes de tiempo. Las cenas en casa no cuentan. La Navidad es obligatoria.

Quizá deberíamos obligar a Smilla y Anton a acompañarnos en nuestras excursiones de vez en cuando, aprovechar que todavía no son mayores de edad. Porque las pocas veces que hacemos cosas juntos, normalmente nos lo pasamos muy bien.

La cuestión es aguantar las primeras horas de suspiros profundos y cascos tapando los oídos. Bueno, no, es sobre todo cuestión de planificar las visitas. Últimamente se nos dan cada vez peor estas cosas. Eso sí, vamos a casa de mis padres este fin de semana. Esa excursión sí que cuenta.

Smilla deja el calendario y se acerca a la ventana, dándome la espalda.

—¿Qué crees que la policía está haciendo ahora?

Abro el grifo y lleno una cazuela grande de agua. Hoy tocará pasta con salsa de tomate.

—¿Quieres decir si están buscando a Jennifer?

Smilla murmura algo inaudible y giro la cabeza, contemplando la esbelta figura que casi desaparece en la amplia sudadera.

—No lo sé, cariño. No sé cuánto tiempo una persona tiene que estar desaparecida para que pongan en marcha una búsqueda en toda regla.

—Ayer no parecía que tuvieran mucha prisa.

—Supongo que la policía está esperando —digo, echando sal al agua—. Los adolescentes desaparecen a veces sin que estén realmente desaparecidos. Se les olvida decir dónde van, se van de casa porque se han peleado con sus padres...

Smilla se da la vuelta y me mira con ojos brillantes.

—Jennifer nunca iría a ningún sitio sin decir adónde va.

—¿Estás segura de eso? —Abro el frigorífico y miro el cajón de las verduras—. Últimamente no habéis tenido mucho contacto.

En el fondo del cajón hay dos cebollas junto con una lechuga marchita. Cojo una de las

cebollas, que enseguida se me escurre de la mano y rueda por el suelo. Smilla la recoge y la coloca sobre la tabla de cortar con un golpe seco.

—Conozco a Jennifer desde siempre.

—Lo sé. Pero la gente cambia. Y puede que no te des cuenta de eso si no ves a la otra persona muy a menudo.

Pienso automáticamente en Lollo y Malena, en nuestra amistad y en cómo ha ido cambiando a lo largo de los años. Desde la sensación de nosotras contra el mundo hasta dos reuniones festivas al año, sin apenas contacto entre medias.

—Y yo que... —Smilla solloza—. Yo que pensaba que la fiesta de Nochevieja iba a arreglar todo.

Dejo el cuchillo sobre la tabla de cortar y me acerco a ella.

—¿Por qué dices «arreglar todo»? ¿Habéis discutido?

—No es que hayamos discutido, pero... —Smilla se frota los ojos—. No nos hemos visto desde este verano, apenas nos hemos escrito en Snapchat. Pensaba que tenía que ver con el colegio, que ella no tenía tiempo. Pero ahora... Todo se ha ido a la mierda.

—Pobrecita. —Abrazo a Smilla—. La fiesta fue un gesto muy bonito de tu parte. No es culpa tuya que las cosas salieran mal.

—¿Dónde está papá?

Se escurre de mis brazos y mira a su alrededor, sin saber nada del drama que ha tenido lugar en la cocina hace menos de una hora.

—Papá está descansando.

—¿Está enfermo?

Pico la cebolla con esmero, apurando la respuesta. Smilla ya casi es mayor de edad. Podría compartir mis preocupaciones con ella, tal vez me comprendería. Pero Smilla no tiene por qué preocuparse por su padre, encima de todo lo demás. Con lo que ya tiene es más que suficiente.

—No —contesto al fin—. Simplemente ha estado muy agobiado en el trabajo y necesita recuperarse.

Me mira, pero no dice nada.

—A veces pasa eso —continúo—. El cansancio llega solo cuando te vas de vacaciones y te relajas.

—Vale. —Smilla se encoge de hombros—. Pero ¿va a cenar? ¿Pongo la mesa para él?

Las lágrimas me inundan los ojos. Será la cebolla.

32
Lollo

Jussi fue el primer osito de peluche de Jennifer. Bueno, lo sigue siendo, todavía existe. Un osito de peluche marrón de corte clásico que papá y Agneta le regalaron cuando fueron a ver a su nieta en la unidad de neonatos. Jussi fue bautizado cuando Jennifer empezó a hablar y nos ha seguido a través de todas las mudanzas. Desde el piso de Slottstaden, pasando por el adosado de Bunkeflostrand hasta nuestra casa actual. Hora tras hora ha estado sobre las camas cada vez más grandes de Jennifer, mirándonos con su cara triste.

Eso sí, cuando redecoramos la habitación el invierno pasado, fue expulsado.

—No hace juego con el resto —dijo Jennifer, y lo puso en una caja que fue depositada en el desván—. Es demasiado marrón.

Mi hija nunca ha sido una persona nostálgica, por lo que en realidad me sorprende que haya elegido «Jussi» como contraseña. El osito probablemente la estaría mirando cuando ella estaba enredando con el ordenador a principios del primer año del Bachillerato. Entonces todavía formaba parte de la decoración.

Miro la pantalla y veo que el navegador web está abierto.

Parece que Jennifer ha pausado un vídeo de YouTube que no había terminado y hago clic en la flecha de la izquierda para retroceder en el historial de navegación. Sale otro vídeo. Los dos tratan sobre la aplicación correcta de la base de maquillaje.

Por un breve momento me pregunto si hago mal en mirar el ordenador de Jennifer antes de que lo haga la policía. Puede que esté borrando algunas pistas importantes. Pero ¿qué pistas serían? ¿Y adónde podrían llevar? Además, nadie me ha preguntado por el ordenador.

Me pica el cuello y me rasco la piel con las uñas hasta que escuece. ¿Por qué cojones nadie me ha pedido el ordenador de Jennifer? ¿No es lo primero que la policía suele hacer cuando reciben el aviso de la desaparición de alguien?

Abro el programa de e-mail y repaso rápidamente la larga lista de remitentes. La mayor parte tiene que ver con asuntos de clase. Los profesores han enviado tareas, Emma Lundberg ha enviado un e-mail sobre un grupo de trabajo. El nombre de Samira me llama la atención y abro el mensaje. ¿Quién es? Resulta que Samira, igual que Emma, va a la clase de Jennifer y que han hecho una presentación en inglés juntas.

¿Por qué no nos ha contado nada sobre todas estas presentaciones y trabajos en grupo? Siento

que me arden las mejillas al pensar en ello, porque sé la respuesta a esa pregunta y me entra cargo de conciencia. No nos hemos interesado. Nos ha dado igual. En parte porque nunca hemos tenido que preocuparnos.

Jennifer siempre ha sido muy autónoma en el colegio, ha ido sacando todas las asignaturas salvo las mates por su cuenta. Es lista, parece que tiene una memoria más o menos fotográfica y lleva desde el primer curso quejándose de la torpeza de sus compañeros. El mayor reto para los profesores de Jennifer ha consistido en mantenerla ocupada. El colegio solo ha sido un problema en aquellos periodos en los que estaba aburrida.

En Primaria, algunos profesores sostenían que Jennifer tenía problemas de disciplina y arrastraba a sus compañeros en las trastadas. Pero esos profesores se callaron cuando resultó que era el método de enseñanza lo que no funcionaba, que habían fracasado a la hora de darle tareas suficientemente estimulantes.

Me he reunido muchas veces con pedagogos quejicosos que insinuaban que Jennifer era problemática, explicándoles la situación. Es típico de la enseñanza de hoy en día que solo se preste atención y ayuda a los inútiles, mientras que los adelantados se ven inhibidos en su desarrollo.

Desde que Jennifer empezó en el Bachillerato no hemos recibido queja alguna. Supongo que la enseñanza por fin se ajusta a sus necesidades, y que incluso la estimula.

En medio de los mensajes del colegio hay anuncios de algunas tiendas online donde Jennifer suele comprar ropa. Cuando cumplió dieciséis, le dimos permiso para que pudiera hacer sus compras en internet sin contar con nuestro visto bueno. Siempre había bronca cuando Max o yo íbamos a ayudarla, sobre todo porque Max a menudo cuestionaba lo que quería comprar. A mi marido le gusta el lujo y los cacharros, pero al mismo tiempo se fija en los precios.

No se le puede acusar a Jennifer de fijarse demasiado en los precios. El primer año se pasaba de su presupuesto prácticamente todas las semanas, pero las reprimendas de Max han debido de surtir efecto, porque hace ya mucho tiempo que no tenemos que hacernos cargo de sus facturas.

Me quedo de piedra cuando Chanel de repente entra en la habitación, y me doy cuenta de que estoy muy tensa. Como si estuviera haciendo algo malo. Y sé que Jennifer se volvería loca si supiera que ando repasando su e-mail.

—Perdona, mi vida —susurro, y al mismo tiempo descubro un solitario documento Word en la parte derecha de la pantalla.

El documento lleva el nombre de «Varios», pero algo me dice que no tiene que ver con el auténtico contenido. Hago doble clic y enseguida me doy cuenta de que mi instinto era correcto. Se me pone la piel de gallina cuando sale el título en la pantalla. «Para ti».

Cierto, no se trata de unos apuntes de un diario, o al menos no como me imagino que puede

ser un diario. Cada fragmento de texto va precedido de una fecha, pero no pone nada sobre lo que Jennifer ha hecho esos días. Más bien parecen poemas. Es algo muy inesperado.

5/7/2018
El aire era eléctrico.
¿Te has dado cuenta?
Seguro que sí.
Tus manos.
Quiero sentirlas sobre mi cuerpo. Otra vez.

Las palabras en la pantalla me abochornan. Y me avergüenzan. Esto no está pensado para mis ojos. Pero me obligo a seguir leyendo, y voy bajando por el texto hasta la última página.

28/12/2018
Te amo.
Te odio.
Pero me odio más a mí.

El último apunte me deja con una sensación de pesadumbre. ¿Está escribiendo sobre Ali, después de todo? ¿Es un amor no correspondido de Jennifer? Puede que no sean más que unos pensamientos clásicos de adolescente, un deseo de encontrar el gran amor.

Da igual. Los poemas no me llevan a ningún sitio, no me dicen nada de dónde se encuentra. Cierro el documento y miro las pestañas abiertas del navegador.

Jennifer ha estado viendo una serie en Netflix y la ha interrumpido en medio de un episodio. También ha visto más vídeos de YouTube. Gatitos monos. En la última pestaña pone Facebook. ¿Jennifer usa Facebook? Recuerdo que la ayudé hace muchos años a crear una cuenta. Fue antes de que cumpliera trece años, pero pusimos otra edad y le busqué una foto de perfil a cambio de que me dejara ser su amiga, para poder ver qué hacía. Gracias a Dios, Jennifer no hizo nada en Facebook. Solo parecía que le interesaban las actualizaciones de los demás. Un año más tarde o así, se puso de moda Instagram y entonces dejó Facebook por completo, diciendo que era para viejos.

Al parecer, ha vuelto a usarlo. Abro la pestaña y me sobresalto.

La foto de perfil muestra a una joven de cintura para arriba. Tiene los pechos apretados y levantados, casi parece que quieren salir del minúsculo top. Los labios son de color rojo sangre y están medio abiertos; los párpados, oscuros y medio cerrados. La mujer parece una actriz porno. Una actriz porno de poca monta.

Pero no hay duda de quién es. Es mi hija. Es Jennifer. La foto de portada es un collage de encaje negro y rosas rojas.

«Jennifer Wicked».

¿Qué es esto? La cabeza me da vueltas al repasar las actualizaciones. No hay muchas. Veo que la foto de perfil está subida en algún momento de septiembre. La foto de portada fue cambiada por Jennifer Wicked a principios de octubre, a la vez que se publicó una lista de precios.

Leo la última actualización del muro y trago saliva.

«¿Qué es esto?».

Me sube el pulso mientras desplazo la mirada de la foto de perfil al texto, y luego de vuelta. No soy tonta. Naturalmente, entiendo perfectamente lo que estoy viendo, pero me resulta imposible asimilarlo. Mi cerebro se niega a procesar la información, intenta encontrar explicaciones. Sobre todo, intenta encontrar excusas.

¡Alguien ha tenido que engañar a Jennifer! No puede haber subido todo esto voluntariamente. Vuelvo a leer el texto.

> Tetas 250 coronas
> Cuerpo entero 500 coronas
> Vídeo 1.000 coronas

Me entra un violento ataque de náusea. Miro a mi alrededor, de repente siento una necesidad de esconder lo que hay en la pantalla. ¿Quién ha visto esto? ¿Esta página es pública?

Miro los ajustes y compruebo rápidamente que no: gracias a Dios, la página es privada. Jennifer Wicked tiene tan solo una cuarentena de amigos y pincho en la lista, repasando los nombres rápidamente. Todos los amigos son hombres, no reconozco a ninguno de ellos. El hecho de que figuren allí significa que Jennifer ha aceptado sus solicitudes de amistad, pero parece que nunca ha habido actividad alguna en la página. No hay pulgares de me gusta, ni en la foto de perfil ni en la foto de portada. Y nadie ha puesto comentarios.

Qué extraño.

La cabeza me da vueltas, trato de comprender. ¿Puede ser una broma? ¿Está bromeando con sus amigos?

Me tranquilizo. Claro, debe de ser eso. Una broma. Esto no es real. Ahora que lo pienso, sería típico de Jennifer soltar alguna burrada sobre exhibicionismo en la red y después llevar la broma hasta el final. Podría haber montado un perfil de Facebook con una lista de precios y todo eso solo para provocar.

Nuestra hija siempre ha sido difícil debido a su curiosidad, su cabezonería y sus ganas de llevar todo al límite, tanto el suyo como el de los demás. A mí, estos rasgos de personalidad me resultan positivos. Con curiosidad, tesón y un poco de arrojo puedes llegar lejos en la vida.

Me molesta más la gente que no se atreve a hacer nada. Hay tanta gente que anda por ahí

amargada, lamentándose de sus aburridas vidas, pero sin atreverse a probar algo diferente. No puedes lamentarte si no has intentado cambiar.

A lo largo de los años, algunos han pensado que Jennifer se ha pasado. A menudo hemos oído que es irresponsable. Un padre de una chica del equipo de fútbol incluso dijo que Jennifer era despiadada, que carecía de empatía. Tanto Nina como Malena han insinuado en algunas ocasiones que podría tener algún tipo de trastorno, y que deberíamos ir a ver a un psiquiatra.

Es increíble que personas adultas sean capaces de decir este tipo de cosas sobre una niña. ¡Son acusaciones tan injustas! Jennifer es una chica que sabe lo que quiere y se atreve a elegir su propio camino. Siempre ha sido así. ¿Y no es así como queremos que sean nuestras hijas? ¿Acaso la ambición, el ímpetu y la confianza en uno mismo no son cosas que se enseñan en el colegio?

La gente habla del empoderamiento femenino, pero está claro que hay una doble moral en la sociedad sueca; ese maldito complejo de que no hay que destacar. Puedes tener ambiciones, pero no demasiadas, porque entonces eres un arribista. Puedes tener ímpetu, pero no demasiado, porque entonces eres un bruto. Se tiende a pensar que las personas seguras de sí mismas son unos fanfarrones.

Jennifer nunca ha sido mediocre, y creo que las críticas de Nina y Malena se fundamentan en la envidia. Jennifer tiene la piel curtida y se vale por sí misma, mientras que los hijos de mis amigas han sido tan sobreprotegidos que apenas son capaces de limpiarse el culo sin ayuda. Desde mi punto de vista, Theo, el pobre, es tan tímido que roza lo patológico. A veces he pensado que puede tener autismo o algo, que es él quien necesita ayuda profesional. Y esa chica del equipo de fútbol era una flojilla, lloraba cada vez que se caía. En el fútbol hay mucho contacto físico, tienes que estar dispuesto a que te hagan entradas de vez en cuando.

Vuelvo a centrarme en la página de Facebook y cuando veo la mirada seductora de Jennifer Wicked tengo que apartar los ojos. No soporto ver a mi hija disfrazada de aquella manera. Es cierto que la curiosidad es algo positivo, pero esta vez Jennifer se ha pasado de la raya.

—¿Por qué nos estás haciendo esto? —murmuro—. ¿Por qué te lo estás haciendo a ti misma?

Me digo una vez más que la página debe de ser una broma. La falta de comentarios reafirma esta idea. Pero no tiene gracia. Y, si la policía quiere investigar los contenidos del ordenador, esto no va a dar una buena imagen. Se les podría ocurrir que es algo que Jennifer hace de verdad. Y no entenderían si les explicara que es una cosa típica de ella, que no es más que una expresión del humor de Jennifer.

La adrenalina vuelve activarse en mi cuerpo, junto con la náusea. Cierro los ojos, me quedo quieta y trato de pensar con claridad. Poco a poco llego a la conclusión evidente: hay que borrar la página.

Me meto rápidamente en los ajustes. Una vez dentro de la página con la contraseña de Jennifer

Wicked debería ser sencillo cerrar la cuenta. La pequeña flecha erra por la pantalla y bajo «Configuración» encuentro un sitio donde puedo elegir «Eliminar cuenta». Al momento veo que trata sobre lo que va a pasar cuando la persona que tiene la cuenta fallezca. Los dedos se me levantan del teclado.

«Cuando fallezca».

Vuelvo a cerrar los ojos con la sensación de que, si leo las palabras una vez más, se harán realidad.

«Nadie ha fallecido. Nadie ha fallecido».

Repito la frase como si fuera un mantra. Después de inspirar hondo un par de veces me obligo a abrir los ojos, repasar las condiciones donde la persona que posee la cuenta puede desactivarla. Aun así parece que determinada información seguirá ahí, por ejemplo amigos y mensajes.

Hay que joderse. ¿Resulta que es completamente imposible desaparecer de Facebook? ¿Acaso estamos firmando un contrato de por vida cuando subimos nuestras caras allí?

Después de meter todo en la balanza rápidamente, al final decido desactivar. Parece la alternativa menos mala. Y es de esperar que disminuya el riesgo de que la policía descubra la página si al final llegan a revisar el ordenador. Si desactivo la cuenta y después borro el historial del navegador, al menos les dificultará la tarea. Nadie va a buscar una cuenta de Facebook bajo el nombre de Jennifer Wicked. Buscarán Jennifer Wiksell. Y en la antigua cuenta no habrá mucho que ver.

Muevo el cursor por la pantalla y estoy a punto de pinchar en el campo correspondiente cuando empieza a sonar el móvil. Se encuentra a mi lado en la cama y contesto como si estuviera en trance, sin mirar quién me llama.

—Buenas tardes, soy Lina Torrero, inspectora de la policía de Malmö.

Siento que el cerebro se me queda sin riego y la cama comienza a tambalearse. Tengo una sola pregunta en la cabeza, pero parece que falla la conexión. Las palabras se me atascan en la garganta.

—Lamento decirle que seguimos sin noticias de Jennifer —dice la mujer, como si hubiese leído mis pensamientos—. Hemos avisado también a su marido antes, pero no contesta. Solo quería comprobar que alguno de ustedes está en casa. Necesitaríamos tomar prestado el ordenador de Jennifer.

—¿El ordenador?

La voz sale débil y me tiembla.

—Tendrá uno, ¿no? —pregunta Lina Torrero.

—Sí. —Trago saliva—. Sí, claro que tiene uno.

—Muy bien. Entonces uno de mis colegas se pasará a buscarlo a lo largo de la tarde.

Y con eso termina la conversación.

Dejo el móvil y miro fijamente la pantalla del ordenador delante de mi cara. Son las 18.28. Las seis y media. Qué rápido ha pasado la última hora. Pero ¿dónde está Max? Debería haber vuelto a casa a estas alturas. ¿Y por qué no contesta cuando llama la policía?

Puede que esté en el coche. Es cierto que Max nunca ha hecho caso a la prohibición de usar el móvil mientras conduce, pero tampoco sería propio de él ignorar una llamada.

Vuelvo a mirar las cifras, solo para cerciorarme de que no me he equivocado con la hora. Al mismo tiempo descubro un pequeño símbolo rojo en la esquina superior derecha de la ventana de Facebook.

Jennifer Wicked tiene tres mensajes sin leer.

33
Fredrik

Se oyen dos golpecitos en la puerta y después se abre con suavidad. Se acercan unos pasos ligeros.

El colchón chirría cuando Smilla se sienta sobre el borde de la cama. Abro los ojos, veo el perfil de mi hija como una silueta recortada sobre la fuerte luz que viene de la entrada. La pequeña nariz, que ha crecido mucho desde que nació, pero que sigue siendo muy pequeña, y las redondas mejillas. A veces se notan claramente los rasgos del bebé en la cara de la joven mujer en que se ha convertido. Hoy eso hace que me entren ganas de llorar.

—Vamos a cenar —dice—. ¿Quieres?

—Ahora no. Esperaré un poco.

En realidad tengo bastante hambre, pero la idea de pasar una cena entera junto con el resto de la familia me resulta demasiado agotadora.

—¿Cómo estás? —pregunta Smilla.

Tiene una expresión preocupada en la cara.

—Estoy un poco flojo, nada más. Ya se me pasará.

—¿Vendrás a casa de los abuelos, ¿no?

—¿Los abuelos?

—Sí—. Smilla pone los ojos en blanco—. Ya sabes, los padres de mamá.

Busco febrilmente en la memoria tratando de encontrar pistas.

—Hum... ¿Cuándo...?

Smilla me mira fijamente.

—En serio, papá. Vamos allí el sábado.

—Ah, la comida.

Siempre comemos en casa de los padres de Nina el día de Epifanía. Viven cerca de Malmö, en Höör, pero solemos pasar la noche en su casa y darnos una vuelta por el zoo de Skånes antes de regresar. Es una tradición que se inició cuando Smilla era pequeña, y se reactivó cuando nació Vilgot. Este año, Pauline será la pequeña de la tropa.

La idea de pasar veinticuatro horas junto a mis suegros y la familia de Claudia me provoca un nuevo ataque de náusea.

No tengo nada en contra de mis suegros. Son personas sencillas y amables. Rodrigo llegó a

Suecia de Chile en los años setenta, encontró trabajo en un taller mecánico de Höör y se quedó allí hasta la jubilación. Es fácil hablar con él, tiene sentido del humor. Inger es una persona ansiosa que trata de complacer a todo el mundo. Pero esa ansiedad se debe a que tiene un buen corazón. Inger siempre está dispuesta a ayudar, raras veces se queja y es una abuela fantástica.

Es simplemente que no puedo mirarlos a los ojos.

La hermana pequeña de Nina tampoco es mala persona, pero está claro que es muy suya. Claudia es lista y tiene una belleza casi sobrenatural. Al mismo tiempo es muy caprichosa, superficial y está prácticamente obsesionada con el dinero y lo que se puede comprar con él. Puede ser una persona tremendamente divertida, pero a Nina la irrita casi todo lo que Claudia dice y hace. Pasar un tiempo bajo el mismo techo que las hermanas Gonzales es como caminar sobre un campo de minas.

Este será el año en que se rompa la tradición del día de Epifanía. Al menos en lo que a mí respecta.

—Veremos cómo estoy el sábado —digo.

Smilla asiente con la cabeza, está a punto de levantarse, pero luego parece que se le ocurre algo y vuelve a mirarme.

—Mamá ha hablado con la policía hace un momento. Quieren que vaya a un interrogatorio mañana.

Siento una presión sobre el pecho.

—¿Interrogatorio? —Trato de mantener la voz tranquila y me incorporo para poder respirar—. ¿Por qué?

Smilla se encoge de hombros.

—No lo sé. Lo único que han dicho es que querían que fuera.

Se acabó. El hecho de convocar a Smilla no es más que una medida de la policía para llegar a mí. Quieren ponerme nervioso, intentar que pierda la compostura.

—Nosotros... te acompañaremos. Uno de nosotros, por lo menos.

—No te preocupes —contesta Smilla—. Ya me ocupo.

—¿Vais a venir o qué?

La voz de Nina atraviesa la casa, suena claramente irritada y Smilla se pone de pie de un salto.

—Le digo que cenarás luego —murmura y sale de la habitación.

Me echo hacia atrás y dejo reposar la cabeza sobre la almohada otra vez. Durante un buen rato me quedo tumbado boca arriba en la penumbra sin ser capaz de pensar con claridad en ningún momento. Palabras e imágenes se mezclan en mi cabeza. Veo a Jennifer, oigo su voz. En un intento de apagar el sonido, aprieto las palmas de las manos contra los oídos. El único efecto que consigo es que las ruidosas pulsaciones se oigan más alto. Suben en intensidad y frecuencia.

Suelto la cabeza y presiono los párpados con las puntas de los dedos hasta que me duelen los

ojos.

Aun así, la cara de Jennifer no desaparece.

La veo caer, la veo echada sobre el suelo húmedo y frío. ¿Podría haber dejado algo en el lugar? Algo que siga oculto entre las hojas. Un recibo, una lista de la compra... Cualquier cosa.

Tengo que volver.

34
Lollo

Mi dedo medio se mueve sobre la almohadilla táctil. La mano me tiembla tanto que me cuesta acertar, la pequeña flecha salta por la pantalla como una mosca desorientada.

—Espabila, Lollo.

Vuelvo a intentarlo, un poco más despacio esta vez. Funciona. Pero cuando la flecha del cursor por fin se encuentra sobre el icono de los mensajes, me paro. De repente me entran dudas. ¿De verdad quiero saber? ¿Quiero ver qué tipo de conversaciones tienen lugar en esta página?

No, no quiero saber. Quiero seguir pensando que todo eso de Jennifer Wicked es una broma pesada. Quiero desactivar esta cuenta y fingir que nunca ha existido.

Pero para poder ayudar a Jennifer no voy a dejar nada al azar. Tengo que ser capaz de enfrentarme a las verdades más feas también. ¿Y si se ha metido en problemas debido a esta página de Facebook, precisamente? ¿Y si quedó con alguno de los hombres de esta lista de amigos y ha sido secuestrada, violada o...?

Detengo el flujo incontrolado de pensamientos haciendo doble clic en el icono del chat para concentrarme en el texto que aparece en la pantalla. El primero de los tres mensajes está redactado por alguien que se hace llamar John Blund.

> Te he hecho el pago por el móvil, ya estoy empalmado

El siguiente mensaje muestra una foto borrosa de una polla erguida. Estoy a punto de vomitar sobre el teclado, pero consigo controlar el reflejo y leo el tercer mensaje.

> Oye qué pasa??
> Teníamos un acuerdo
> No creas que te vas a librar! Putita asquerosa!!

Quiero huir. Quiero salir corriendo con el ordenador y tirarlo al agua del puerto, lejos entre las olas, y dejar que se hunda en el fondo. Evidentemente, Jennifer Wicked no es una broma. Esta página está operativa y cuando leo el último mensaje me doy cuenta de lo inevitable: no puedo cerrar la cuenta. Tengo que entregar el ordenador a la policía tal y como está, y tengo que contarles lo que he encontrado para que no se demoren buscando.

Pero también entiendo que esta información va a arruinar la vida de Jennifer. Nos va a destrozar como familia. En cuanto la policía se entere de la página de Jennifer Wicked, la noticia se filtrará a algún periodista sediento de sangre. Y después es solo cuestión de tiempo el que la gente se entere del particular «hobby» de la desaparecida Jennifer.

La gente será implacable. Jennifer pasará de ser una chica adolescente inocente a una tipa perversa y desequilibrada que vende desnudos por internet. Max y yo pasaremos de ser los pobres padres que echan en falta a su hija a convertirnos en dos monstruos terribles que han perdido el control sobre su hija. Algunos pensarán que nosotros estamos detrás de todo.

«Jennifer, cariño, ¿qué estás haciendo?».

La cabeza me da cada vez más vueltas, veo borroso.

—Louise Wiksell. —No reconozco mi voz—. Eres una mujer decidida. Sueles ser eficaz y lista. Así que espabila, cojones. Si alguna vez has necesitado hacer uso de tus habilidades, es ahora.

Me giro hacia la pantalla de nuevo. Leo y vuelvo hacia atrás en la conversación.

Vale. Te envío el vídeo cuando llegue el dinero a mi cuenta. Número: 07023838762

El último mensaje de Jennifer a John Blund fue enviado a las 16.03 el lunes. Tuvo que haber sido justo antes de que Max la llevase a casa de Smilla. Naturalmente, pudo haber enviado el mensaje desde el coche, a través de su teléfono, pero el momento exacto es menos importante. Lo importante es saber que Jennifer no ha estado activa como Jennifer Wicked desde la tarde del 31. Y supongo que será fácil para la policía encontrar a John Blund.

Joder, qué asco de tío. ¿Cómo tiene el cuajo de usar un alias tan vinculado al protagonista de un cuento? Cuando yo era pequeña, me encantaba el programa de televisión sobre el pequeño hombre con gorro y perilla que daba unos polvos para dormir a todos los niños.

De repente, mis dedos se mueven rápidamente sobre el teclado y veo cómo van formando palabras. Suena una alarma en mi cabeza, pero la dejo sonar y pulso «Enter».

Perdón. Ha pasado algo. Puedo verte?

Miro la pantalla, esperando que aparezcan los puntitos que se mueven como una ola para mostrar que alguien está contestando.

Me relajo. Respiro. ¿Qué probabilidades hay de que John Blund esté en la red en este momento? ¿Por qué iba a querer quedar con una chica con la que está enfadado? ¿Y qué es lo que he hecho?

La policía va a venir a por el ordenador esta tarde. ¿Y si interpretan esto como una prueba de

que Jennifer está bien y abandonan toda la investigación?

Me lanzo sobre el teclado, coloco la flecha sobre mi mensaje y estoy a punto de hacer clic en borrar cuando aparecen tres puntitos debajo del texto.

Nochevieja de 2015
Fredrik

—Pasad. —Dejo a Vilgot en el suelo y hago un gesto a la familia Wiksell para que entren—. Nina está en la ducha y la cocina parece un caos, todo según la tradición.

Lollo se mira en el espejo para comprobar que el peinado ha sobrevivido al paseo desde el coche hasta la casa.

—No pasa nada —dice con un tono ligero—. Nosotros os ayudamos.

La puerta de la calle acaba de cerrarse cuando se oyen voces desde el otro lado. Max abre la puerta y allí están Malena y Theo, tiritando de frío en la oscuridad.

Parece que Malena vuelve a estar soltera. La relación con el chico que trajo el año pasado terminó rápido.

—Joder, qué frío. —Malena se quita la nieve de los pies sobre el felpudo y después da un abrazo a Max—. ¿Todo bien?

Se abre paso entre la gente de la entrada para dar un abrazo a Lollo. Nina baja las escaleras corriendo. Tiene el pelo húmedo y desprende un marcado olor a Acqua di Giò. Se une a la fiesta de abrazos y ofrece una percha a cada uno de los invitados. Malena y Lollo se cambian de zapatos, Theo se escurre por las escaleras junto a Anton. Vilgot lloriquea y tira del vestido de su madre.

—¿Dónde habéis escondido a Smilla? —pregunta Malena.

Mira a su alrededor.

—La última vez que la vi estaba probándose ropa —contesta Nina, cogiendo a Vilgot en brazos.

Dirijo a Malena, Lollo y Max hacia el aperitivo que espera en el salón y después me giro hacia Jennifer.

—Por qué no subes a ver a Smilla, está...

Me callo cuando me doy cuenta de que Jennifer sigue pegada a la puerta de entrada, sin quitarse la ropa de la calle.

—Jennifer. —Me acerco a ella—. ¿Qué haces?

Jennifer mira sus zapatillas negras.

—¿Cómo estás? —pregunto con suavidad—. ¿Ha pasado algo?

Levanta la mirada y me mira con los ojos llenos de lágrimas.

—Odio a papá.

—Vaya. Eso no está bien. ¿Qué te ha hecho esta vez?

Espero que el comentario no le parezca irónico.

Comprendo perfectamente que Jennifer esté cabreada con Max. Siempre hay razones para cabrearse con ese hombre.

—Papá me ha dicho que mi promesa para el nuevo año tiene que ser mejorar mi nota de mates. —Los ojos de Jennifer relampaguean—. ¿Por qué siempre tiene que quejarse? ¿Y quién le manda hablar sobre mates en Nochevieja para empezar?

Levanto las manos en un gesto de empatía.

—Mal momento. Incluso yo estoy de acuerdo.

Jennifer me mira sin comprender.

—¿Incluso tú?

—Soy profesor de matemáticas.

Suelta una risita y recoge una lágrima con el dedo índice.

La miro a los ojos.

—¿Te está costando entender las matemáticas?

Jennifer se encoge de hombros.

—Tengo un aprobado. Pero he estado a punto de suspender.

—Qué bien, al menos no es un suspenso.

Jennifer asiente con la cabeza y suspira.

—Sí, pero papá piensa que debería sacar una mejor nota.

La rabia me hierve por dentro. ¿Cómo puede Max concentrarse en la asignatura que le va mal cuando Jennifer saca notas brillantes en todas las demás asignaturas? ¿De verdad que un padre puede ser tan nulo para la psicología?

—Nadie puede ser mejor en todo —le digo—. Y seguro que tu padre tenía buenas intenciones con esa promesa de año nuevo. Seguramente ha pensado que te iba a motivar, que podíais ocuparos de las mates juntos.

Jennifer no contesta.

—Si quieres te ayudo yo —continúo—. Hoy no, claro. Pero otro día.

—¿De verdad podrías hacer eso? —Jennifer se anima—. Papá y yo siempre estamos a punto de matarnos cuando me tiene que ayudar. Hace los cálculos como en la Edad de Piedra y pasa de adaptarse a lo nuevo. Mamá seguramente sabrá, pero no tiene ni idea de explicar las cosas.

—Claro que te ayudaré. —Estiro la mano y la ayudo a quitarse la chaqueta—. Ahora sube a ver a Smilla. Te está esperando.

Jennifer se seca más lágrimas con cuidado para no estropear el rímel. Después se quita los zapatos y deja la entrada, comienza a subir las escaleras a la planta de arriba.

A mitad de camino se da la vuelta.

—Fredrik...

Me paro.

—¿Sí?

Jennifer sonríe.

—Gracias.

—No hay de qué. Me encantan las mates.

35
Lollo

Estoy mirando las dos palabras en el campo gris. Las leo una y otra vez. No entiendo, no quiero entender.

«Demasiado tarde».

¿Qué quiere decir? ¿Qué cojones quiere decir John Blund con que es «demasiado tarde»? ¿No querrá decir que...?

Me siento febril. Mareada. ¿Qué voy a hacer? ¿Puedo hacer algo? ¿Debería llamar a la policía otra vez?

Respiro hondo, tratando de usar la lógica. La policía está en camino. Lina Torrero ha dicho que venían a buscar el ordenador. Este no es mi trabajo.

Recojo el móvil de la cama y saco una foto de mi mensaje y de la respuesta que acaba de llegar. Después elimino los mensajes de hoy, cierro el chat con John Blund y hago clic en el globo de la esquina superior derecha.

Las últimas conversaciones en la página de Jennifer Wicked vuelven a salir en la pantalla. No son muchas y voy picoteando un poco al azar. Un usuario con el nombre de Sentido Común ha escrito algo incomprensible sobre «tram»; otro parece estar obcecado con airear su odio a las mujeres en general; un tercero, que lleva el nombre de Niño de Mamá, hace constar que ha recibido una foto en su móvil.

Ninguno de ellos parece muy interesante. Paso al chat que está justo debajo del de John Blund. El hombre se llama Petter Silvén y debe de ser un tontolaba perdido. ¿Quién entra en este tipo de páginas sin crear una cuenta anónima?

Me acerco a la pantalla y estudio la cara de Petter Silvén, hago clic en la foto y saco su página de inicio. La foto de portada muestra una moto aparcada delante de una fachada de ladrillo. La foto en sí tiene baja resolución, es grisácea y borrosa. Petter Silvén tiene poco sentido de la estética, eso está claro.

¿Cuántos años tendrá? ¿Veinticinco? ¿Treinta y cinco? Tiene los ojos azules y el pelo castaño, un corte anodino. Puede haberse dejado esa barba rala para ocultar la papada, pero no cumple ninguna otra función. La irregular barba le hace parecer sucio y desaliñado.

Saco los cinco mensajes de la conversación entre Jennifer y Petter Silvén. Fueron enviados en una misma noche, unos días antes de Nochebuena.

Petter Silvén: Estás muy buena. Puedo verte? En persona
Jennifer Wicked: Te costará
Petter Silvén: Cuánto?
Jennifer Wicked: 3.000
Petter Silvén: 1.500?

Jennifer ni siquiera se dignó a contestar. Evidentemente le ofendió la contraoferta tan ridícula. De una manera enfermiza me alegro de que Jennifer no se haya ofrecido por cualquier importe, de que ponga un precio alto por lo que ofrece.

En ese momento se oye el ruido de alguien que cierra la puerta de un coche. ¿Ya ha llegado la policía? Saco fotos de todos los nombres del chat de Messenger, hago lo mismo con la lista de amigos y me envío un e-mail a mí misma con el documento de los poemas. Chanel, que duerme a mi lado, se sobresalta cuando bajo la pantalla del ordenador de golpe.

Max entra por la puerta como un torbellino cuando estoy bajando las escaleras y estamos a punto de chocar.

—¿Dónde has estado? ¿Por qué no contestas cuando te llamo? ¿No te das cuenta de que me preocupa?

Tres preguntas seguidas son demasiadas para mi marido. Max se dirige, sin mirarme, a los ganchos bajo el estante para sombreros.

—He tenido que quedarme un rato más en el trabajo.

—¿Hoy?

Aprieto las mandíbulas, respiro por la nariz.

Max cuelga su abrigo, se gira y me mira con una expresión que da a entender que soy idiota.

—Sí. Hoy. Estoy en medio de una puja y ni al vendedor ni al comprador les importan mis circunstancias personales. Quieren respuestas rápidas.

Miro fijamente a Max con la sensación de estar viéndolo por primera vez tal y como es. Es como si lo tuviera allí, desnudo, sin su ropa cara y su brillante Rolex alrededor de la muñeca.

No me gusta lo que estoy viendo. ¿Cómo cojones puede hablar de negocios cuando nuestra hija ha desaparecido? ¿Cómo pueden importarle sus putos clientes cuando Jennifer más nos necesita?

—¡Eres la hostia! ¡Nuestra hija ha desaparecido y te quedas hasta tarde a trabajar!

Entro en la cocina con pasos apresurados, temiendo lo que pueda salir de mi boca a continuación. El corazón me late con fuerza, tengo la cabeza hecha un bombo. Me preparo mentalmente para la llegada de un airado Max que quiere aleccionarme sobre cómo funciona el

mundo real, que los negocios son lo primero si uno aspira a sobrevivir como empresario en «este puto país de comunistas».

Pero Max no viene. En lugar de ello, entra en el baño y abre el grifo del lavabo. El agua suena durante una eternidad. ¿Qué estará haciendo?

Dejo el portátil de Jennifer sobre la mesa de la cocina y echo un vistazo al reloj de la pared. Son casi las ocho menos cuarto. Lina Torrero dijo que vendrían a buscar el ordenador a lo largo de la tarde y mi intención era hablar con Max de Jennifer Wicked antes. Pero ya no quiero hacer eso.

Un padre normal en la situación de Max habría salido antes de trabajar. No se habría quedado más tiempo de lo normal en la oficina. Me corrijo: un padre normal en la situación de Max no habría ido a trabajar para empezar. Habría estado llamando a la policía de Malmö a todas horas, exigiendo que destinaran todos los recursos disponibles a la búsqueda de su hija desaparecida. No estaría perdiendo el tiempo hablando por teléfono con personas sin importancia que quieren vender o comprar una puta casa.

—Lo siento, Lollo.

Max está en la puerta de la cocina. Y la verdad es que parece que lo siente. Los rizos canosos cuelgan en mechones, tiene la mirada cansada. Estoy callada, esperando la continuación.

—Es que... —Da un paso hacia delante—. Siento haber llegado tarde. Es que tenía que hacer una cosa.

Sus palabras vuelven a alimentar mi ira.

—¿Cómo puede cualquier otra cosa ser más importante que Jennifer? ¿Eh? ¿Cuál es tu puto problema?

Max abre la boca para decir algo, pero el ruido rasposo del timbre de la puerta lo interrumpe.

—Debe de ser la policía —lo aviso, cogiendo el ordenador. Max ni se mueve.

—¿La policía?

—Sí. —Me muerdo la mejilla para no empezar a gritar otra vez—. La policía está buscando a nuestra hija. Por si no te acordabas.

Max no dice nada, así que continúo:

—Vienen a recoger el ordenador de Jennifer. A diferencia de ti, he intentado hacer algo para cambiar esta situación. Y he contestado al teléfono cuando la policía ha llamado.

Abro la puerta y entra un soplo de aire helado en la entrada. En las escaleras hay un hombre uniformado que parece recién salido de la academia. Por alguna razón, me decepciona. Había esperado ver a alguno de los que vinieron ayer.

—Soy Markus Svensson, de la policía de Malmö —dice, enseñando una tarjeta de identificación policial—. Vengo a recoger un ordenador.

—Tome. —Se lo paso—. ¿Necesita el cargador también?

—No, ya nos ocupamos de eso.

Markus Svensson probablemente pertenece a la infantería y no sabrá más de lo que sabemos nosotros sobre la investigación. Por eso no tiene ningún sentido contarle nada de lo que acabo de encontrar en el portátil de Jennifer.

—¿Puede proporcionarme un número directo de Lina Torrero? —pregunto. No recuerdo haber visto ningún número en la pantalla cuando me ha llamado esta tarde.

—Llame a la centralita y le pondrán con ella —contesta—. ¿Puedo ayudarla con alguna otra cosa?

Niego con la cabeza.

Markus Svensson se da media vuelta y se encamina al coche que está aparcado en la calle.

Me pregunto lo que estarán pensando los vecinos en estos momentos. Naturalmente, saben lo que ha pasado, tienen internet y leen el periódico, pero esto es como un docudrama. Un coche de policía en su propia calle, protagonistas conocidos. El nivel de entretenimiento es máximo.

Justo cuando estoy a punto de cerrar la puerta me parece ver el flash de una cámara desde los arbustos que bordean el camino. ¿Qué narices...? Me estiro y, en efecto, detrás de los arbustos de hoja perenne hay un tipo vestido de negro con un gran teleobjetivo apuntando hacia la puerta de nuestra casa.

Mierda.

Me doy la vuelta para avisar a Max pero no lo veo.

—Max. —Permanezco en la puerta, no quiero que la figura agazapada desaparezca de la vista —. ¡Max!

La segunda vez que grito se levanta la figura y veo que se trata de un hombre, enteramente vestido de negro. Una cámara enorme cuelga de una correa que lleva alrededor del cuello. Espero verlo huir, pero en vez de eso se abre paso entre los arbustos y se coloca en el camino bajo la luz de una farola.

—¿Usted es Louise?

Aprieto los labios.

—Soy Nisse Nylén, del vespertino *Kvällsposten*. —El hombre da un paso más hacia mí y ahora distingo una cara con mejillas flácidas bajo la capucha negra—. ¿Puede hacer alguna declaración sobre la desaparición de Jennifer? ¿Se sabe algo más?

¿Cómo se atreve? Cierro la puerta con tanta fuerza que el marco tiembla, y, cuando me doy la vuelta, encuentro a Max justo detrás de mí.

—¿Qué ocurre?

—Acabo de ver a un periodista de *Kvällsposten* entre los arbustos. Vaya unos parásitos.

Max se encoge de hombros.

—Bueno, era de esperar, ¿no crees? Los adolescentes desaparecidos siempre generan muchas

visitas en los medios de comunicación. A la gente le gusta leer sobre estas cosas.

—Ya lo sé. —Lo miro fijamente—. Pero esto va de nosotros. Y de nuestra hija.

Max se acerca a mí, poniendo una mano sobre mi hombro.

—¿No habrás dicho nada?

—Por supuesto que no.

Max sonríe.

No entiendo nada. Un periodista asqueroso anda acechando en nuestro jardín y mi marido parece aliviado. Alegre y aliviado.

Siento una quemazón en la cabeza. Puntos rojos y naranjas bailan delante de mis ojos y me lanzo hacia él sin mirar.

—¿Cómo cojones puedes poner cara de alegría? —Mis puños martillean su pecho—. ¿Cómo puedes estar alegre cuando Jennifer ha desaparecido? ¿Por qué no te importa?

—Déjalo, Lollo. Claro que me importa, pero...

Max trata de protegerse, pero tengo fuerzas sobrehumanas, no puedo dejar de golpear.

—Llevo sola aquí todo el día. —Las lágrimas salen como chorros y corren los mocos—. Ni siquiera me has llamado para preguntarme cómo estoy. ¿Qué clase de persona eres? ¿Qué clase de padre? ¿Cómo puedes anteponer el trabajo a tu propia hija? ¿No tienes sentimientos o qué...?

—Lollo. —Max levanta la voz—. Tranquilízate.

He dejado de pegar, pero en lugar de ello agarro la lámpara que está sobre el aparador de la entrada y la arrojo con todas mis fuerzas a las baldosas del suelo. El ruido del pie de cristal que se casca en fragmentos es maravilloso.

—¡Contrólate, Lollo! —Max da un paso hacia mí—. Estás histérica, joder.

Una repentina calma desciende sobre mí. Me quedo donde estoy, clavo la mirada en los ojos de mi marido, abiertos de par en par.

—Nuestra hija lleva casi cuarenta y ocho horas desaparecida y sin dejar rastro. ¿Qué dirías que es más normal, estar histérica o indiferente?

36
Nina

Acabo de bajar de la planta de arriba tras una inusualmente larga rutina de acostar a Vilgot, cuando Fredrik aparece en la cocina. Lleva los mismos vaqueros que antes, pero se ha puesto una camiseta nueva y tiene el pelo húmedo, por lo que se habrá duchado.

Abro el grifo con bastante brusquedad y agarro la bayeta con un movimiento violento.

—Tienes las sobras, están en el frigo.

Mi voz es fría y realmente no quiero asumir el papel de reina glacial, pero me cuesta olvidar nuestra última conversación. No puedo deshacerme del recuerdo de su actitud desdeñosa, ignorando mi preocupación.

Además, acabo de encontrar la cocina en el mismo estado en que estaba cuando he subido con Vilgot hace varias horas.

—Gracias. —Fredrik se acerca a mí—. Tomaré un té, nada más.

Cierro el grifo, escurro la bayeta y empiezo a frotar unas manchas de salsa de tomate de la encimera. Fredrik debería comer algo. A pesar de su intento de refrescarse parece totalmente agotado.

Echo una mirada por encima del hombro.

—¿No vas a comer nada?

Niega con la cabeza.

—Creo que mis tripas necesitan descansar un poco.

Vuelvo a la encimera y llego a la conclusión de que está tan limpia como puede llegar a estar una tabla vieja y rayada de Ikea. Escurro la bayeta una vez más y la cuelgo sobre el grifo antes de volver a mirar a Fredrik.

—Pero una tostada no te hará daño.

No parece haber oído mi réplica. En lugar de ello llena el hervidor de agua, lo pone en marcha y me rodea la cintura con la mano.

—¿Por qué no me haces compañía?

—¿Qué?

—No pongas esa cara de susto. —Sonríe y deja caer la mano sobre mi trasero—. Quería saber si te apetece una taza de té.

Instintivamente doy un pequeño paso lateral, pero al momento me doy cuenta de que acabo de

apartarme de mi propio marido y me siento estúpida.

—No sé. —Las cifras digitales encima del horno indican que son las nueve y veinticinco—. Ha sido un día largo...

Fredrik abre el armario del medio y saca dos tazas, las azules que compramos en la tienda de aquel ceramista tan simpático de Gotland el verano pasado.

—Vamos, Nina. —Abre la despensa y echa un vistazo a las variedades de té, elige dos tipos y coloca las cajitas sobre la encimera—. Has dicho que querías hablar.

—Quería hablar esta tarde. —Echo a andar hacia la entrada—. ¿Por qué no hablamos de ello mañana, mejor?

Posiblemente estoy siendo una hipócrita. En el fondo, lo que más quiero es hablar con Fredrik. Quiero que me cuente más sobre sus problemas en el trabajo, y quiero ayudarle a solucionarlos.

Al mismo tiempo quiero vengarme.

—Espera.

Fredrik viene por detrás, pone una mano sobre mi brazo. No lo hace con suavidad, la mano me agarra y me frena. Me doy la vuelta y me sobresalto al ver su cara. Hay algo en su expresión, un matiz difícil de interpretar en los ojos azules.

Al momento me suelta y vuelve a la encimera.

—Vamos a hacer una cosa —dice—. Tú te preparas, te pones el pijama y lo demás. —Saca dos cucharitas de té del cajón de los cubiertos y después se gira rápidamente hacia mí, apuntándome con ellas—. Mientras tanto, yo preparo el té. Un poleo menta con leche y miel, ¿verdad?

Me plantea la pregunta con una sonrisa y la sensación de malestar desaparece.

Es un detalle de su parte ese esfuerzo por encontrar un rato para estar juntos. Mis intentos insistentes han debido de surtir efecto; por fin se ha dado cuenta de que necesitamos hablar.

—Vale, lo que quieras —le contesto con fingida indiferencia.

37
Fredrik

A la una y pico de la mañana me atrevo a dar por sentado que toda la familia está dormida; o al menos que están metidos cada uno en su propia habitación, jugando a juegos y viendo alguna película. Smilla y Anton han dado la vuelta por completo a las rutinas diarias durante las vacaciones de Navidad.

Aparto el nórdico y me deslizo al suelo. Nina se da la vuelta y suspira, y por un momento parece que se va a despertar.

No debería ser así. Eché una pastilla para dormir en su té antes de irnos a la cama y se lo tomó todo junto a mí en el sofá. Eso sí, el efecto más fuerte se produce en las primeras horas tras la ingesta. Puede que la pastilla ya haya dejado de funcionar.

Me quedo de piedra en la oscuridad, escuchando la respiración liviana y regular de mi mujer, y tratando de tranquilizar la mía. En cuanto su respiración se vuelve más pesada, agarro el móvil con una mano y mi ropa con la otra, y me escurro por la puerta de la habitación.

Unos minutos más tarde salgo de casa y entro en la noche, iluminada por las estrellas.

Tenemos un coche japonés moderno. Es silencioso, hace un ruido susurrante que recuerda a un electrodoméstico. Aun así, cuando enciendo el motor la sensación que tengo es de haber arrancado un rugiente V8. Temo que todo el vecindario se incorpore tieso en sus camas, y en cualquier momento espero ver la cara de Nina aparecer en la ventana de nuestra habitación.

Pero no pasa nada. No se enciende ninguna lámpara ni se abren puertas.

Con los faros apagados doy marcha atrás, salgo de la zona del aparcamiento y después voy atravesando nuestra urbanización de adosados. Cuando llego a la calle Agnesfridsvägen enciendo los faros, aprieto el acelerador un poco más y sigo hacia la circunvalación Inre Ringvägen.

Hay poco tráfico. Naturalmente. ¿Quién, aparte de conductores de taxis, personal de diversos tipos de urgencias y gente de dudosas intenciones, sale a las carreteras a estas horas?

Toda la situación es absurda. Hace dos días era un padre de familia de mediana edad perfectamente normal, un profesor de Secundaria querido con buenas referencias, un hombre con un amplio círculo social. Yo no era para nada perfecto, todos cometemos errores. Pero ahora ya no sé quién soy. Soy otro Fredrik, un hombre desconocido.

En la calle Badvägen, siento cómo mi corazón comienza a latir descontroladamente y me planteo dar media vuelta. Si hay algún sitio donde nadie debe verme es aquí. Sobre todo en

medio de la noche. Una intensa náusea me invade y un sudor frío hace que mis manos resbalen en el volante. Todavía estoy a tiempo de dar media vuelta, pero me obligo a seguir hacia delante.

El aparcamiento del instituto está abandonado y se ve un único coche, pero sería estúpido aparcar demasiado cerca de la arboleda, por lo que elijo aparcar fuera del instituto.

Con la capucha sobre el gorro y la mirada clavada en el asfalto, camino deprisa a lo largo de la acera vacía. Una vez en el paseo, rodeado por las casas y los árboles, resulta un poco más fácil respirar.

Unos minutos más tarde llego a la arboleda. La luz de la luna y de las farolas me ayuda a repasar el terreno con la mirada. Procedo de un modo sistemático, sin dejar nada al azar. Lo único que se oye es mi propia respiración y el ruido de las hojas heladas que crujen bajo las suelas de mis zapatos.

La policía podría haber venido a buscar pistas por aquí. Si hubiera dejado algún rastro, ya estaría colocado en una de esas bolsas transparentes de pruebas que, al menos en las películas, suelen usar.

Pero si aún no han venido —o si han venido, pero han hecho un trabajo chapucero— puede haber alguna prueba que me vincule a mí por aquí. Nina dijo algo de que mi cazadora estaba deshilachada. ¿Un hilo es suficiente como prueba?

Amplío la zona de búsqueda, me acerco poco a poco a la carretera y al camino más ancho que atraviesa la arboleda. Doy patadas a matas de hierba y doblo algunos retoños flexibles con las manos. Algo brilla entre las hojas y me pongo en cuclillas. Resulta ser un charco congelado.

Aquí no hay rastro alguno de mí. Y las lluvias de Nochevieja han limpiado las eventuales manchas de sangre.

De repente tengo la sensación de que alguien me está observando y echo a trotar más rápido hacia la calle Badvägen. Justo cuando giro hacia la derecha para llegar al coche, me percato de dos luces de bicicletas. Están a la altura del instituto y se acercan a gran velocidad. Las voces de dos personas retumban en medio del silencio.

No es una acción premeditada. Instintivamente giro el cuerpo noventa grados y atravieso la calle. En lugar de seguir por la pista me meto entre los árboles, tropezando sobre piedras, tocones y ramas caídas. Una espina, quizá de una zarzamora, me raya la mejilla y una profunda madriguera de conejo casi me tumba.

La vegetación es espesa aquí, no está adaptada a paseos nocturnos. Pero en estos momentos la inaccesibilidad es una ventaja, ni las luces de las bicis ni las miradas curiosas me alcanzan.

Al momento estoy en el borde de la cantera de caliza y miro el agua negra. Las copas de los árboles quedan reflejadas en la lisa superficie que brilla a la luz de la luna. La escena es bonita pero a la vez aterradora, me recuerda a todas las historias de fantasmas que leía cuando era niño.

Historias que a menudo iban sobre personas que morían de un modo doloroso e injusto, y después volvían para vengarse de sus verdugos.

Los ciclistas pasan. No los puedo ver pero oigo la animada conversación desde lejos. Un viento helado llega desde la cantera de cal y disuelve las voces. Tiemblo de frío y estoy a punto de volver a la carretera cuando veo algo que hace que me gire hacia el agua nuevamente.

Hay algo allí. Un bulto.

El corazón me late violentamente en la garganta cuando me inclino sobre la pendiente inclinada. Al principio solo veo mi propio aliento neblinoso y me pregunto si ha sido un espejismo. Pero al momento vuelve el bulto.

Es algún tipo de tela. El trozo de tela se ha enganchado en una rama, y parece que una parte de ella está oculta bajo la superficie.

Me agarro a un rugoso tronco con una mano, me inclino más sobre la pendiente y cojo aire.

Un detalle, un fino cinturón, sobresale de la tela y ondea con el movimiento del agua como si fuera un alga.

La información es más que suficiente. Es lo único que necesito. El trozo de tela empapado forma parte de un fino abrigo negro.

3 de enero de 2019

Jueves

38
Lollo

¿Quién puede dormir cuando una hija no llega a casa?, ¿cuando los zapatos no están en la entrada y la cama está vacía? ¿Quién puede relajarse cuando la cabeza no para de dar vueltas?

Ya son casi las cuatro y media y no he pegado ojo en toda la noche. Tengo el corazón latiendo justo debajo de la piel, tengo frío a pesar del nórdico y de una manta extra. Los párpados se niegan a cerrarse. Miro a la oscuridad, veo todo lo de siempre, todo lo familiar, sin verlo.

Lo único que deseo es oír el ruido de una llave en la cerradura, el crujir de la ropa de la calle y unos pasos furtivos de pies descalzos sobre la tarima. Quiero que la puerta del microondas suene con estrépito al cerrarse —¡bam!— de golpe. Quiero que suene la cucharita contra la taza cuando se mezcla el cacao O'boy con la leche caliente. Quiero encontrar la luz dada cuando entro en la cocina por la mañana para preparar café. Y quiero encontrar el cartón de leche medio lleno sobre la encimera.

Pero la casa está en silencio. Hay tanto silencio que de vez en cuando, a lo largo de la noche, he oído los suspiros casi inaudibles de Chanel en su cesto en la entrada. Desde la planta de arriba no se oye nada. Parece que Max duerme bien.

Es la primera vez en nuestros veinte años de matrimonio que he elegido no dormir con Max. Alguna que otra vez hemos tenido que dormir separados por diferentes razones, pero ni siquiera cuando Jennifer era pequeña nos separamos voluntariamente. Si se despertaba en medio de la noche, yo iba a su habitación y me sentaba junto a su cuna hasta que se quedaba dormida. Después volvía a nuestra habitación y me acostaba junto a Max.

No quería que Jennifer durmiera nunca en nuestra cama. Temía que fuera a agotarnos y estropear nuestra relación, que en gran parte siempre ha estado fundamentada en el sexo. Me parecía mejor que Jennifer me agotase a mí, para que Max pudiera ir a trabajar descansado. Yo iba a quedarme en casa en todo caso.

Ahora, casi diecisiete años más tarde, puedo ver que fue una mala decisión. Quedarse en casa con un bebé es por lo menos tan exigente como vender chalets y pisos. Sobre todo si el bebé llora mucho. Si me hubiera llevado a Jennifer a nuestra cama, Max probablemente habría dormido un poco peor. Pero yo habría dormido dos veces mejor. Probablemente habría sido una mejor madre, una madre con paciencia y energía.

Cuando miro hacia atrás y recuerdo la primera infancia de Jennifer, todo está envuelto en una

niebla. Pero nunca me quejaba. No me atrevía a quejarme porque era yo la que le había obligado a Max a darme una hija. A decir verdad, me vi obligada a llorar en varias ocasiones para que aportara su simiente. No mostraba ningún interés en tener hijos. Entonces, igual que ahora, el trabajo era su prioridad. Pero sé que Max quiere a Jennifer, a su manera especial.

Al menos es lo que pensaba hasta ayer.

Seguíamos enfadados cuando nos fuimos a la cama. En contra de todas las recomendaciones. Pero no fui capaz de pedirle perdón. Mantenía todo lo que le dije y lo sigo manteniendo. Max debe de tener algún tipo de problema.

Después de haber recogido los fragmentos de cristal del suelo de la entrada, llamé a la policía y a pesar de la hora conseguí que me pusieran con Lina Torrero. Me sorprendió que contestara.

—Casi me esperaba un mensaje de voz —le dije—. ¿Trabaja día y noche?

Contestó que echaba unas cuantas horas extras cuando estaba en medio de una investigación. A mí, estar en medio de una investigación me suena a que no saben cómo enfocarla, por exceso de vías abiertas. Pero Lina Torrero no tenía nada nuevo que comentar. «Seguimos trabajando», dijo.

Sin mencionar mi pequeña manipulación de pruebas, le hablé de mis hallazgos en el ordenador de Jennifer. De hecho, fue un alivio hablar con alguien sobre lo que había descubierto, aunque la otra persona fuera de la policía. Lina Torrero no emitió ningún tipo de crítica, o al menos no me lo pareció. Me escuchó sin interrumpir y después me hizo unas preguntas.

Max seguramente reaccionará de un modo opuesto. Y esa es una de las razones por las que aún no le he contado nada.

—Mi compañero acaba de traer el ordenador —dijo Lina Torrero durante nuestra conversación—. Los técnicos lo van a repasar a lo largo de la noche.

Le pregunté si pensaba que ese John Blund podría estar involucrado de algún modo.

—Podría estarlo, claro —contestó Torrero—. Pero seguiremos explorando diferentes vías de investigación en paralelo.

«Debido a la naturaleza de la investigación», no podía contarme de qué vías se trataban. Pero sí me contó que la policía iba a buscar por la zona de Klagshamn con unidades caninas. No podía decirme si lo iban a hacer ya o a partir de esta mañana.

Además, Missing People se había puesto en contacto con la policía para notificarles que van a organizar una batida de búsqueda en nuestra área residencial esta tarde. La iniciativa provenía de algunos compañeros de clase de Jennifer y, según la persona de contacto de la policía en Missing People, debe de haber un gran interés de la gente en general por participar en la búsqueda.

Primero me entró el pánico. Después tuve mala conciencia. Nosotros, los padres de Jennifer, deberíamos habernos puesto en contacto con Missing People. No debería haber dudado, tendría

que haber denunciado la desaparición en su página web inmediatamente. ¿Qué va a pensar la gente cuando los compañeros de clase se adelantan a la familia?

Lina Torrero me tranquilizó, dijo que estaba agradecida de que me hubiese metido en el ordenador de Jennifer. Me aseguró que nadie se preguntará quién ha organizado la batida de búsqueda. Y me dejó claro que todo el mundo comprenderá perfectamente si los allegados no tienen fuerzas para participar.

Claro que vamos a participar. Bueno, yo al menos lo haré. En cuanto a Max, no tengo ni idea de lo que va a hacer.

Desde la calle se oye el ruido del motor de un coche a muchas revoluciones. Cojo el teléfono y veo que ya son las 04.35. Parece ser que alguno de los vecinos tiene que ir a trabajar a estas horas. Pobrecillo.

En lugar de devolver el móvil a la mesilla, lo abro en busca de eventuales mensajes. No hay nada nuevo desde la última vez que lo miré, hacia las dos. La gente duerme. La gente, cuyos hijos están sanos y salvos en sus camas, duerme a estas horas.

Miro mis e-mails y encuentro cinco mensajes sin abrir. Uno de ellos es el e-mail que me envié a mí misma, el que contiene los poemas de Jennifer. Mi dedo índice se para encima del icono azul y blanco. Algo me reprime. Puede que no quiera acercarme demasiado a alguna verdad incómoda.

Pero ¿qué puede ser peor de lo que ya he descubierto? Pocas cosas. Abro el documento y comienzo a leer un poema tras otro.

23/6/2018
Solo tú.
Nadie más me entiende.
Ves mi alma.

15/7/2018
Lo reconozco, es algo enfermizo.
Pero quiero tenerte.

Y sé que tú también quieres tenerme a mí.
En el fondo lo quieres.
¿Por qué no dices nada entonces?

Cierro el documento. Los poemas siguen sin ofrecer ningún tipo de ayuda. No hay mención ni de nombres ni de lugares. Nada.

Un impulso repentino me hace abrir el navegador y activar el programa de búsqueda hitta.se.

Introduzco el nombre de Petter Silvén en el campo de búsqueda y me doy cuenta, mientras el motor de búsqueda trabaja, de que me tiemblan las manos. Debe de ser la falta de sueño.

Cuando el resultado aparece en la pantalla, se me pone la piel de gallina. El hombre en cuestión vive a pocos centenares de metros de nuestra casa, en uno de los adosados junto a la tienda. No puede ser casualidad. Jennifer dijo a la gente que se iba a casa. En realidad, seguramente, había quedado con este Silvén. La conversación en Messenger terminó bruscamente, pero podría haber continuado por SMS o en Snapchat.

Hago clic en el nombre y me entero de que Petter Silvén cumple treinta y dos años el 3 de abril. Se me ofrece la posibilidad de enviarle flores a través de Interflora. Parece ser que comparte dirección con una tal Sandra Larsson, pero me da igual. Que una persona viva con otra no quiere decir que sea menos propensa a cometer crímenes.

Un cuarto de hora más tarde me encuentro en la acera delante de la casa de Petter Silvén, tratando de penetrar las paredes de ladrillo de color melocotón con la mirada. El corazón me late con fuerza. ¿Está mi Jennifer ahí dentro? ¿Es aquí donde la tienen prisionera? Quiero abalanzarme sobre la puerta y golpearla, gritar con todas mis fuerzas, despertar al hijo de puta y sacarlo a la calle.

Pero me quedo donde estoy. Mirando fijamente hacia las ventanas negras, que parecen devolverme la mirada. No hay luces encendidas, ni se aprecian señales de vida. Tal vez sea normal, teniendo en cuenta la hora que es.

En la plaza de aparcamiento hay un coche familiar clásico de algún tipo. Junto a la puerta de la calle, alguien ha colocado una voluminosa maceta gris con un pino decorativo demasiado pequeño para ella. El terreno delante del adosado está dividido en tres estrechos rectángulos: césped, empedrado y asfalto. Muy bien ordenado pero carente de imaginación.

Cuando alguien enciende una lámpara en la casa de al lado, doy un rápido paso lateral, tratando de encontrar un ángulo muerto detrás del seto. Una mujer vestida de un abrigo plumífero negro con capucha puede parecer un tanto sospechosa. Sobre todo si se mantiene inmóvil, mirando fijamente una casa desconocida a las cinco de la mañana. Debería moverme antes de que algún vecino llame a la policía.

Después de dar una vuelta corta por la silenciosa calle vuelvo al mismo punto. En ese momento exacto se enciende una estrella de adviento en una de las ventanas de los Silvén y trato de esconderme sin terminar de conseguirlo. El móvil se convierte en mi excusa. Finjo buscar algo en él a la vez que miro de reojo hacia la ventana.

Ahora toda la habitación está iluminada. Las paredes de la cocina están pintadas enteramente de blanco, y las puertas de los armarios también. Me hace daño a los ojos. Una mujer rubia con

un bebé en brazos se mueve ahí dentro. Parece ser que Sandra Larsson y Petter Silvén acaban de ser padres.

Menudo cliché. Un hombre que acaba de ser padre no tiene sexo en casa y lo busca en internet.

Qué asco. Me gustaría llamar a la ventana y contarle a Sandra Larsson a qué se dedica su repulsiva pareja mientras ella da de comer al niño y cambia pañales.

Se enciende la luz en el piso de arriba, me doy la vuelta y me apresuro a salir.

39
Nina

—No tienes por qué venir.

Smilla y yo caminamos a lo largo de la calle Östra Tullgatan. Son las nueve y pico de la mañana y el pálido sol de invierno solo consigue buscar su camino a duras penas entre los altos edificios.

—Quiero acompañarte —le digo—. Por lo menos quiero asegurarme de que te diriges al lugar correcto.

Mi hija suspira.

—No tengo cinco años. Puedo preguntarle a alguien si no encuentro el camino.

Una fina capa de hielo cubre el canal. Atravesamos el puente y bordeamos el agua a lo largo de la calle Exercisgatan. Una solitaria gaviota pasa sobre nuestras cabezas, aterrizando sobre el hielo. La hierba de la cuesta está tiesa de escarcha, parece que está espolvoreada de azúcar.

—Ven. —Agarro a Smilla del brazo y cruzamos la calle donde se asoma el enorme edificio de oficinas—. Tenemos que darnos prisa.

A la derecha, la fachada está decorada con escudos de armas. Solo puedo identificar el escudo superior, el de la policía, pero otros símbolos como llaves y hachas dan pistas sobre el resto de las actividades. Al menos en mi imaginación.

Unas brillantes letras de metal nos informan de que hemos llegado al centro jurídico. Abro la puerta y entramos. Smilla ya no protesta. Puede que piense que, a fin de cuentas, es un alivio tener a su madre cerca.

—¿Smilla Andersson? —pregunta la mujer al otro lado del cristal.

Una tarjeta de visitante sale por la estrecha rendija.

—Por favor, espere un poco.

La mujer señala los bancos detrás de nosotras.

Estoy a punto de preguntar si puedo estar presente en el interrogatorio cuando empieza a sonar el móvil en mi bolso. Me disculpo con una sonrisa ante la mujer de la recepción y me aparto para sacar el móvil. Es mi madre. Y veo en la pantalla que acaba de mandar un mensaje lleno de mayúsculas y signos de exclamación. Me imagino que no leyó la noticia en el periódico de ayer y acaba de ver la primera plana de la edición de hoy.

«Gracias, Claudia».

Smilla toma asiento en el banco mientras yo me alejo unos pasos más de la pared de cristal.

—Hola, mamá. Siento no haber contestado a tu SMS, no lo he visto...

—Acabo de leer sobre Jennifer —me interrumpe—. Por Dios, Nina. Casi se nos atraganta el desayuno. ¿Por qué no nos has dicho nada? Es terrible. Terrible.

—Lo sé. Es terrible. He...

—Pero ¿qué puede haber pasado? —Mamá vuelve a interrumpirme—. No habrá... ¿Cómo está Smilla?

—Smilla está bien —le digo—. Está aquí conmigo. Estamos en la policía.

—¡La policía! —exclama mamá—. ¿Por qué? ¿No será sospechosa de...?

—Por favor, mamá, cálmate. Si te callas dos segundos, te lo contaré.

—Perdona, Nina, es que...

—Entiendo que puede ser un shock. Estuve a punto de llamarte varias veces ayer, pero por un motivo u otro no lo hice. No he parado. —Hago una pausa, tratando de recordar qué era lo que mamá me había preguntado, y continúo—: Nadie es sospechoso de nada. La policía quiere hablar con Smilla porque fue una de las últimas personas que estuvo con Jennifer antes de que desapareciera.

—¿Pasó algo en la fiesta? —quiere saber mamá—. ¿Hay algún motivo por el que se marchó para no volver?

Me doy la vuelta y miro el banco donde Smilla estaba hace un momento. Está vacío.

—¿Nina? —Mamá parece preocupada—. ¿Estás ahí?

Repaso la recepción con la mirada, registrando cada banco a lo largo de la sucesión de ventanas que culmina en la pared de cristal de la entrada. No hay ni rastro de Smilla.

—Te llamo dentro de un rato.

Me acerco apresuradamente a la cabina de recepción con el móvil en la mano.

—Disculpe.

La mujer del otro lado del cristal levanta la mirada de la pantalla de su ordenador.

—¿Ha visto si alguien ha venido a buscar a Smilla..., mi hija, hace nada? Estaba hablando por teléfono y parece que no me he dado cuenta...

La mujer sonríe.

—La inspectora ha venido hace medio minuto. Su hija está en buenas manos.

Una ola de calor me atraviesa. El sudor me empapa la piel bajo el plumífero y abro la cremallera.

—Pero he pensado que quizá debiera... —Me quito la bufanda de golpe—. Que debiera estar presente en el interrogatorio. ¿No tiene que estar presente el tutor legal si no has cumplido dieciocho años?

—No necesariamente —responde la mujer—. ¿Quiere que llame a alguien?

Niego con la cabeza, le agradezco la ayuda y me encamino hacia la salida.

Una constante procesión de visitantes pasa las puertas de cristal, entrando y saliendo, y salgo detrás de una joven pareja. Solo parecen tener unos pocos años más que Smilla y Jennifer, pero sus caras están demacradas. ¿Por qué se encuentran aquí?

En mi cabeza se forma rápidamente una imagen, basada en prejuicios, de relaciones familiares problemáticas, abuso de drogas y criminalidad. En cuanto la pareja sale por la puerta, la chica saca una maltratada cajetilla de cigarrillos del bolsillo de la cazadora, lo cual, de un modo extraño, confirma mis prejuicios. La chica enciende un cigarrillo e inhala el humo como si su vida dependiese de ello.

Me coloco a un trecho de la entrada principal. Mi cazadora está todavía abierta y disfruto del aire frío que entra bajo el jersey. ¿Estos sofocos son normales antes de cumplir los cincuenta? Debería ir a mirarme estos ataques de sudor. Y aunque sean normales, son terriblemente incómodos. Puede que haya algún tipo de medicina.

El edificio alto y oscuro recorta el cielo invernal. Repaso la fachada con la mirada. ¿Estará Smilla detrás de alguna de todas esas ventanas? Me molesta no hallarme presente en su interrogatorio, pero, por otro lado, tal vez sea mejor así. Es de esperar que aporte una versión más sincera de lo que pasó en Nochevieja si yo no estoy en la habitación. Ya conoce mi opinión sobre esa maldita fiesta.

Pienso que Fredrik podría haberse levantado de la cama para acompañar a Smilla hoy. Fue él quien me convenció de dejar que las chicas hicieran la fiesta en nuestra casa. Debería ocuparse de las consecuencias. Fredrik se ha negado a salir de la cama esta mañana, ha dicho que no ha pegado ojo en toda la noche. No creo que mienta, pero podría haber hecho un pequeño esfuerzo. Por Smilla.

A decir verdad, me preocupa más el estado de salud de Fredrik que la desaparición de Jennifer. No podría confesar esto en alto, claro, pero es lo que siento. Es mi reacción natural. Jennifer es la hija de nuestros amigos, y es una persona a la que nunca he entendido. Fredrik es mi marido. Es el padre de mis tres hijos y, aunque en este momento me resulte difícil, lo quiero desde hace muchos años.

Esa charla que íbamos a tener ayer por la noche fue un fracaso total y absoluto. Pensaba, tonta de mí, que Fredrik iba a hablar abiertamente de sus problemas, pero nada más sentarnos en el sofá parecía despistado. No dijo nada nuevo, nos tomamos el té y discutimos durante un rato. Todo terminó de una manera decepcionante cuando, de repente, sentí que me caía de sueño y tuve que irme a la cama.

Antes de que Smilla y yo nos metiésemos en el coche para venir al centro, le propuse a Fredrik que llamase al ambulatorio para pedir cita con el médico, hoy a poder ser, o al menos antes del fin de semana. Solo para que le comprueben la VSG y la presión sanguínea y le ausculten el

corazón. Porque hay algo que va mal. Fredrik se ha sentido raro desde el día de Año Nuevo, y el repentino ataque de ayer no ha hecho más que aumentar mi preocupación. Naturalmente, la náusea puede estar vinculada al estrés, pero siempre conviene descartar afecciones físicas antes de decidir que los problemas tienen un origen psicosomático.

La falta de sueño no mejorará su condición. Quizá puedan prescribirle unas pastillas para dormir suaves. Si no, podría probar con alguna de las mías. Funcionan bastante bien.

Una mujer mayor pasa por la acera. Se parece a mi madre y saco el móvil.

—¿Cómo va todo? —contesta—. ¿Ha terminado el interrogatorio?

La baja temperatura ya me está afectando y saco la bufanda del bolso, colgándomela alrededor del cuello como buenamente puedo con una mano.

—No, sigue ahí dentro.

—¡Sin ti! —La voz de mamá es aguda—. ¿Interrogan a una menor de edad sin un tutor legal?

Suspiro.

—Smilla tiene casi dieciocho años y no quería que estuviera presente.

—Pero ¿es legal?

—Debe de serlo. —Otro sofoco me atraviesa el cuerpo y suelto la bufanda un poco—. Es la policía sueca la que la interroga, no una organización terrorista.

Si mamá está irritada, lo oculta muy bien.

—Vendréis el sábado, ¿no?

—Sí, ese es el plan. Pero no sé si Fredrik va a ir...

—¿Por? ¿Está enfermo?

«Gracias otra vez, Claudia».

No le cuento todo, pero da lo mismo; mamá se preocupa. Naturalmente. Mis tendencias nerviosas no vienen de la nada. Quedamos en volver a hablar pronto.

Devuelvo el móvil al bolsillo y veo a Smilla salir por la puerta. Una joven mujer, casi adulta y a punto de llevar una vida independiente. Inspiro hondo y por un momento noto cómo la tierra tiembla bajo mis pies.

Jennifer ha desaparecido. Ha desaparecido de verdad. Bien podría haber sido Smilla.

40
Lollo

El corazón me late rápido, oigo un grito en mi cabeza. Abro los ojos de par en par y miro a mi alrededor. La mesa de centro, la alfombra y el cuadro de la pared de enfrente: todo resulta familiar, meticulosamente seleccionado por mí misma. Las pulsaciones me bajan lentamente y vuelvo a la realidad. Una realidad que es mucho peor que el sueño del que acabo de despertar.

Soñaba con Jennifer. Estaba en el sofá en nuestra casa de verano de Falsterbo. Intentaba hablar con ella, pero no contestaba, era como si hubiera una pared de cristal entre nosotras. Veía a Jennifer tan bien como una fotografía de alta resolución y perfectamente nítida. Aun así no podía oírme.

Mis sueños suelen ser vagos e incoherentes, así que las imágenes nocturnas podrían ser una señal. ¿Puede ser que mi subconsciente quiera decirme algo importante?

Normalmente no creo en la interpretación de los sueños, el tarot y otras magufadas. Creo en los hechos, punto. Pero mi hija está desaparecida y estoy dispuesta a contratar a brujas, médiums..., a cualquiera. Si alguien me llamara para decirme que Jennifer ha viajado a la Luna, haría todo lo posible para llegar hasta allí.

Chanel viene trotando con pasos ligeros y se para al pie del sofá. La levanto y hundo la cara en su pelo suave. ¿Jennifer está en Falsterbo? ¿Puede ser tan sencillo?

El policía que vino el día de Año Nuevo preguntó si había algún sitio donde Jennifer, por la razón que fuera, podía haber ido. Mencionamos la casa de verano, quizá fueran allí a buscarla el martes por la tarde. Pero seguramente no han vuelto a ir desde entonces, puede haber llegado más tarde.

Aparto el nórdico con el pie y me incorporo en el sofá mientras recojo el móvil. ¿Por qué la policía no ha dado señales de vida? ¿Todavía no han venido aquí a Klagshamn con los perros? ¿O ya han venido y no han encontrado nada? Trago saliva. No han encontrado «a nadie».

Debería ser una buena señal. Si no hay rastro de Jennifer en la zona, solo puede significar una cosa: está en otro lugar.

Son casi las diez. He conseguido dormir un poco tras la excursión a casa de Petter Silvén, por extraño que resulte. Me he despertado cuando se ha levantado Max, pero he fingido estar profundamente dormida hasta que he oído el ruido de la puerta que se abría y se cerraba. Ahora he debido de quedarme dormida otra vez.

¿Cómo puede tener el cuajo de irse a trabajar? ¿Le da igual que Jennifer haya desaparecido? ¿O es a mí a quien quiere evitar al marcharse? Deberíamos apoyarnos el uno en el otro ante esta situación.

Una idea vaga comienza a acecharme. Mi corazón empieza a latir más rápido y se me seca la boca. Busco el vaso de agua en la mesa delante de mí, trato de deshacerme de la idea, pero ya se me ha pegado. Se me ha metido bajo la piel, donde me molesta y me irrita como una espina venenosa.

¿Cómo puedo saber que Max está en el trabajo? Mi marido se ha portado de un modo raro de cojones desde que desapareció Jennifer. Apenas se ha dejado ver por casa. Y, cuando viene, se muestra ausente. Frío.

Pero si Max no está en el trabajo, ¿dónde puede estar?

El veneno se extiende. Levanto la nariz del pelo de Chanel y me tomo otro sorbo de agua. Devuelvo el vaso y miro fijamente a la nada, sopesando los argumentos a favor y en contra.

No, me dice una voz potente dentro de mí. Max tiene muchos defectos, pero nunca —nunca en la vida— haría daño a Jennifer.

Por otro lado: Max siempre se ha mostrado bastante indiferente con su hija. He sido yo la que ha tenido que ir a las reuniones con los tutores. Mi marido ha ido en contadas ocasiones a ver los partidos de fútbol, y eso que Jennifer ha jugado al fútbol durante casi nueve años. Y aunque nunca me darán el premio Nobel por mi paciencia, la paciencia que Max tiene con Jennifer es prácticamente inexistente. Es capaz de sacarle de quicio completamente.

Para la mayoría de la gente, hay un buen trecho entre estar enfadado con alguien y darle una leche. Nunca he visto a Max llegar a las manos con nadie. Bueno, una vez. De hecho, molió a golpes a un chico que me echó su cerveza encima accidentalmente. Pero eso fue hace muchos años, nada más conocernos. Por aquel entonces, Max era más joven y tenía más temperamento.

Puede haberle hecho daño a Jennifer sin querer. Por error. Jennifer puede haberle provocado, diciendo alguna estupidez. Pero ¿cuándo? Estábamos todos en la fiesta, aquí en casa, y Max no se separaba del ordenador, eligiendo canciones y sirviendo copas toda la noche.

Siento una sacudida en el cuerpo, como si quisiera ayudarme a desprenderme de estas ideas. Son absurdas y totalmente irracionales. ¿Me estoy volviendo loca?

Tengo que oír su voz, tengo que oírle prometerme que Jennifer volverá, que todo irá bien.

El móvil se me ha deslizado de la mano. Lo cojo, enciendo la pantalla y encuentro a «Max».

Suena el primer tono.

No entiendo de dónde viene este nerviosismo. Estoy llamando a mi propio marido, no al rey.

Dos tonos.

El corazón me late tan fuerte que casi me duele.

Tres tonos.

Salta el contestador.

Eso lo decide.

Me levanto. Chanel, que seguía en mi regazo, rueda por mis piernas y aterriza sobre la alfombra con un chillido. Murmuro una disculpa y voy corriendo al dormitorio.

La cama no está hecha y las persianas están bajadas, mi conjunto de chándal está echado sobre la silla de mimbre. Me pongo los pantalones por encima del camisón, me da igual que apriete en la cintura. Me cuesta subir la cremallera de la sudadera y la dejo abierta. Veo una goma para el pelo sobre el tocador. Recojo mi grasiento pelo en un moño, pero no me atrevo a mirarme en el espejo. ¿Cuándo fue la última vez que me duché?

El bolso sigue en el mismo lugar donde lo dejé cuando hice amago de ir a la tienda ayer por la mañana. Pensar en Lollo's Design me hace parar un momento. ¿Debería ir allí y poner una nota en la puerta?

La respuesta es sencilla: no. Lo único que debo hacer es buscar a Jennifer.

Chanel, que parece haberse recuperado tras el vuelo por los aires, viene saltando cuando me oye abrir la puerta. Se creerá que vamos a la tienda, claro, esperando que la deje venir. La mirada de decepción me acompaña hasta la calle.

Mientras voy corriendo hacia el coche, saco la llave del bolso, abro la puerta y entro. Siento pasión por mi Mini Cooper rojo, pero hoy no es más que un medio de transporte. Una máquina que me va a llevar de un punto a otro.

De Klagshamn a Falsterbo.

41
Fredrik

Hay una grieta que recorre la pintura del techo de la habitación en diagonal. Ya estaba allí cuando compramos la casa, pero se hace más larga cada año que pasa. Al principio, Nina insistía diariamente en la necesidad de traer a un albañil para sustituir el falso techo por unas placas de yeso. No lo hicimos. Siempre ha habido algún otro problemilla, en algún otro lugar de la casa, que ha sido más urgente arreglar.

Contemplo la irregular línea negra sobre mi cabeza y me concentro en ella, tratando de no pensar en otra cosa.

«La grieta. Piensa en la grieta, Fredrik».

Si hubiésemos tenido más dinero, habría traído sin dudarlo un ejército de albañiles para arreglar todo de golpe: el baño de la planta de arriba, la cocina, todo. Pero los albañiles siempre procuran cobrar y baños y cocinas son espacios que cuesta dinero reformar. En cuanto a mí, lamentablemente no soy muy manitas. Si hay una cualidad que me habría gustado heredar de mi padre es su habilidad con las manos. Pero ese gen se lo guardó para sí.

No creo que haya visto a mi padre más decepcionado que el día que le dije que dejaba mi trabajo de ingeniero para reconvertirme en profesor. Fue como si la última chispa vital se apagara en él.

Yo, en cambio, sentí un gran alivio. Estar metido en una oficina calculando resistencias todo el día me mataba el espíritu, no era para mí en absoluto. Me resultaba mil veces más gratificante educar a personas jóvenes, apoyarlos y ver cómo se desarrollaban. Pero he dicho «resultaba».

Mi mirada recorre la grieta y se para en el plafón de techo, donde una fina telaraña está tomando forma. Una araña pálida con un cuerpo pequeño y unas patas largas y finas está trabajando en una red que se parece más a una pelusa.

Pienso en Max Wiksell. Ese hombre, desde luego, puede gastarse las perras con más alegría. Y en su casa no hay necesidad de obras. Cuando llegaron los niños, en lugar de quedarse en el adosado como nosotros, mandó construir un pedazo de casoplón con piscina a un kilómetro del mar. No me da envidia la casa, es demasiado ostentosa, pero me habría gustado tener un poco más de dinero a fin de mes.

Se me ocurre que habría podido ganar más del doble de lo que gano hoy si hubiera seguido como ingeniero. Pero no habría merecido la pena.

Cierro los ojos. ¿Cómo cojones puedo estar pensando en hacer obras en casa cuando probablemente nunca llegaré a ver el resultado? Ni siquiera tengo claro que Nina y los niños vayan a poder quedarse en la casa con un sueldo. ¿Hay algún tipo de seguro que cubra el encarcelamiento de un allegado?

¿Y cómo va a reaccionar el entorno cuando se conozca la verdad?

Lo peor es la vergüenza ante la familia. Me parece peor traicionar a mis hijos que traicionar a Nina. Ella es mayor, es de esperar que pueda seguir adelante sin daños psicológicos permanentes. Pero los niños son tan frágiles. Las cosas que te pasan en la infancia pueden dejar huellas profundas.

Como en el caso de Jennifer.

«Piensa en la grieta».

No funciona. Abro los ojos, miro fijamente la araña encima de mi cabeza y me pregunto por enésima vez cómo pudo acabar todo tan jodidamente mal.

Doy unos golpes fuertes y frenéticos en el nórdico con la mano derecha. Eso tampoco ayuda. El colchón se hunde bajo el peso de mi puño y no ofrece resistencia. Me gustaría seguir golpeando hasta que me sangren los nudillos.

«¡La grieta!».

Simon se cortó las venas en la bañera. Fue mamá la que lo encontró cuando llegó de trabajar y me he preguntado muchas veces cuánto tiempo estuvo allí antes de morir, y qué estaría pensando. ¿Cuánto te da tiempo a pensar? ¿Cuánto tiempo tarda la vida en escurrirse?

En varias ocasiones he soñado que Simon se arrepiente y pide ayuda a gritos. En el mismo sueño me veo a mí mismo correr como un loco sin llegar a tiempo.

Las lágrimas brotan en los ojos. Trato de vaciar la cabeza pero resulta imposible. El abrigo está ahora en el fondo de un contenedor de una obra en Elisedal. Aun así, sigue presente en mi cabeza como una negra nube de tormenta.

No entiendo en qué pensaba. ¿Por qué lo recogí? ¿Por qué no lo dejé donde estaba? Si alguien lo encuentra ahora, todo habrá terminado.

Mierda. ¡Mierda, mierda, mierda!

Me froto la cara con el nórdico, secándome las lágrimas, y oigo una voz familiar en mi cabeza.

«No has hecho nada, Fredrik.

»No hiciste más que hablar con Jennifer.

»Y después cogiste el coche para volver casa».

La puerta de la calle se cierra y el sonido me devuelve al mundo real. El mundo en el que hay personas que te hacen preguntas, exigen respuestas y quieren que te levantes de la cama.

Llevo toda la mañana envuelto en el nórdico como una crisálida, protegiéndome del mundo exterior. He estado en un duermevela, tratando de matar el tiempo y mantener la angustia a raya.

Los chicos no me han molestado ni una sola vez. Es increíble lo quieto y tranquilo que un niño de seis años puede estar si le das una pantalla para entretenerse indefinidamente.

Unos tacones decididos se acercan a la habitación.

«La grieta, Fredrik. La grieta».

—¿Cómo estás?

Nina se sienta en el borde de la cama, trayendo un olor a aire fresco. Me pasa la mano por el pelo y resisto un fuerte impulso de apartarla violentamente. El contacto me provoca malestar.

—Regular —le contesto—. ¿Cómo le ha ido a Smilla?

Nina se encoge de hombros.

—Supongo que bien. Dice que le han hecho más o menos las mismas preguntas que aquí en casa el otro día.

—Deberíamos arreglar el techo —comento.

—Primero habrá que arreglarte a ti.

Nina sonríe y trato de devolverle la sonrisa, pero no estoy seguro de conseguirlo.

—¿Vienes a casa de mis padres este fin de semana? —continúa.

—No creo. —Vuelvo a buscar la grieta con la mirada—. Tendré que descansar unos días más.

—¿Tan mal estás? —Suspira—. Me parece que deberías pedir la baja. ¿Ya has llamado al médico de familia?

—He estado durmiendo.

Nina vuelve a suspirar.

—Por favor, Fredrik —dice al final—. Llama al centro de salud. Hazlo por mí aunque sea. Me preocupas. ¡Imagínate que empeoras!

Nina se calla, pasa los dedos de una mano por el nórdico, aplanando pliegues invisibles de la funda con motivos florales.

—Parece que la policía también ha hecho preguntas sobre nosotros. —Me mira—. Smilla no terminaba de entenderlas, pero cree que querían saber más sobre nuestra relación con Jennifer.

—¿Qué tonterías son esas? —Me incorporo en la cama—. ¿Es así como quieren encontrarla? ¿Haciendo preguntas sobre nosotros?

Los ojos de Nina se llenan de lágrimas brillantes.

—¡Oh, Fredrik! —Esconde la cara en las manos y solloza—. Tengo tanto cargo de conciencia.

—¿Cargo de conciencia?

—Sí. —Nina se frota los ojos y después deja caer las manos—. En primer lugar, por esa puta fiesta. —Me mira fijamente—. Fue aquí donde Jennifer se emborrachó. Fue aquí donde discutió con Smilla y aquí donde la vieron por última vez.

Hago un intento desganado de protestar, pero Nina continúa.

—En segundo lugar, y es de lo que más me arrepiento: siempre la he tratado muy mal.

¿Por qué no se limita a estar callada?

—¿Cómo que la has tratado mal?

—Ya sabes que Jennifer siempre me ha caído mal. Lo pasaba fatal cuando Smilla y ella se estuvieron viendo tan a menudo durante un tiempo. Siempre pasan cosas alrededor de Jennifer. Cosas malas. Pero nunca le he preguntado cómo está, siempre he pasado de ella. Solo me ha irritado, me ha parecido pesada. —Nina se sorbe los mocos—. Y ahora... ¿Y si le ha ocurrido algo horrible simplemente porque todo el mundo ha pasado de ella?

—Tiene padres —le digo—. Si Jennifer estaba metida en algún lío, no es culpa tuya.

Nina me lanza una mirada reprobatoria.

—Todos los adultos que ven a un niño que lo está pasando mal tienen la obligación de prestarle atención. Es una cuestión de empatía, Fredrik.

Me muerdo el interior de la mejilla con fuerza, siento el sabor a sangre.

—Déjalo, Nina. No sabes cómo se encuentra Jennifer. Puede que simplemente quiera poner a prueba a su entorno.

—Pero, qué pasa si no..., qué pasa si... —Nina vuelve a sollozar—. Qué pasa si está muerta.

Le doy una palmadita en el brazo.

—Jennifer aparecerá.

Nina niega con la cabeza y me mira con recelo.

—Yo también lo pensaba al principio, pero ya han pasado varios días. Si fuera el caso, ¿dónde habrá estado hasta ahora?

—En cualquier sitio. —Trato de mantener la voz firme—. En casa de un chico o de una amiga... Puede estar en cualquier lugar.

—Creo que ha pasado algo. —Nina se levanta—. Ni siquiera Jennifer tiene tanta mala leche como para dejar sufrir de esa manera a Max y Lollo. Un día, vale. Sería muy suyo. Para llamar la atención. Pero esto...

Se seca la cara con la manga del jersey y se dirige a la puerta, pero se da la vuelta antes de salir de la habitación.

—¿Vas a comer algo o no?

La idea de comida me provoca arcadas, pero algo tengo que comer. El cuerpo necesita algo para funcionar. Ya he alucinado una vez y, si vuelve a pasar, Nina llamará a la ambulancia. O me llevará directamente al hospital psiquiátrico.

—Primero tendré que desayunar un poco.

Me mira fijamente.

—¿Todavía no has desayunado?

—No, es que... Acabo de despertar.

Nina se da media vuelta sin más palabras. Los tacones repiquetean contra el suelo cuando

camina apresuradamente hacia la planta de arriba.

42
Nina

No puedo enfadarme con Fredrik. Está enfermo. Enfermo de estrés. Puede que deprimido. Debo tener paciencia, no puedo exigir que se levante de la cama de un salto después de un par de días de descanso.

Aun así, pisoteo el suelo con fuerza al salir de la habitación. Es infantil, pero estoy enfadada. Solo porque te encuentres mal y necesites descansar no puedes pasar olímpicamente de tus hijos. ¿Y si a Vilgot le hubiera dado por salir de casa? Fredrik al menos podría haberse tumbado en el sofá del salón, desde donde ve la puerta de la calle.

Subo las escaleras con pisadas sonoras también. Para que sepa que estoy enfadada. O quizá para desahogarme. No quiero que mi estado de ánimo repercuta negativamente en mis hijos. No han hecho nada, esta vez no tienen la culpa en absoluto.

¿Enfado o preocupación? Me cuesta separar las dos cosas, se retroalimentan. De momento estoy decepcionada, más que nada. Y muy avergonzada, porque la decepción tiene su origen en un egoísmo puro y duro.

Estoy decepcionada porque las vacaciones de Navidad no han resultado ser los agradables días de fiesta que habíamos planeado. Y estoy decepcionada porque el comienzo del año no ha sido el nuevo inicio que me esperaba en la fiesta de Nochevieja.

Porque esto sí que lo recuerdo, a pesar de la niebla de champán que envuelve aquella noche. Recuerdo estar en la terraza de Lollo con la esperanza de que Fredrik y yo encontrásemos un camino de retorno a nuestra relación. Que pudiéramos volver a hablar, intercambiar nuestros anhelos más íntimos, hacer el amor.

Ha resultado ser todo lo contrario. Naturalmente, no es culpa de Fredrik. Nadie enferma adrede. Pero me molesta que no llame al centro de salud, que se quede en la cama sin hacer nada.

Es posible que forme parte del cuadro clínico, que una persona que se ve bloqueada por el estrés sea incapaz de tomar las riendas de la situación y lo vea todo negro. Sin embargo, si fuera así, ¿por qué no me deja ayudarlo? ¿De verdad le hace bien quedarse en la cama mirando la pared todo el fin de semana?

Leif se negó a buscar ayuda externa tras la muerte de Simon. Mi suegro piensa que todos los psicólogos y psiquiatras son unos hippies de izquierdas. Le parecía que el suicidio de Simon era un asunto interno de la familia. Que no era un asunto que concerniera a nadie más. Pero Fredrik

no comparte este punto de vista, ¿no es cierto? Que yo recuerde, animó a su padre a buscar la ayuda de un terapeuta.

Pirjo fue a ver a un psicólogo durante unos años, pero no parece que esas conversaciones fueran muy fructíferas. Mis suegros ya no hablan. Y tengo la sensación de que se acusan mutuamente de lo que pasó.

Llamo a la puerta de Anton y la abro sin esperar a que conteste. Hay un ambiente de bochorno en la habitación, huele a mal aliento con un toque de patatas fritas con sabor a eneldo.

—Anton. —Toco a mi hijo dormido con un dedo—. Son casi las once y media. Es hora de levantarse.

Abre un ojo.

Subo el estor de golpe intencionadamente y abro la ventana un poco. ¿Cómo puede dormir con este hedor?

Anton gime bajo el nórdico.

—Arriba —le digo con exagerada energía, a la vez que le aseguro que tendré unas crepes listas en la cocina dentro de media hora.

En la habitación de al lado está mi hijo de seis años con el iPad sobre las rodillas. Tiene los ojos abiertos de par en par y el cuerpo doblado como un plátano. Me siento en el borde de la cama, paso los dedos por su pelo rizado. Vilgot mira la pantalla con intensidad, apenas parece percatarse de mi presencia.

—Oye —le digo y me acerco un poco a él—, ¿qué te parece si apagamos este aparato y me acompañas a la cocina a preparar unas crepes?

—Tengo que terminar este nivel primero —contesta.

—¿Queda mucho?

—¿Puedes callarte? Estoy *contentrado*.

—Lo siento. —Hago lo que puedo por no reír—. Pero luego lo apagas, ¿vale?

Me levanto de la cama, me agacho y recojo tres calcetines sin pareja que están tirados sobre la alfombra con motivos urbanos.

Nos ha tocado vivir tiempos extraños. La ciudad retratada en la alfombra se ha convertido en una ciudad fantasma desde hace tiempo. Ya nadie conduce coches pequeños por las calles grises, nadie aparca delante de la tienda o acude a emergencias con el coche de la policía. Los niños ya no juegan juntos. Juegan por separado.

Me invaden el cargo de conciencia habitual. Tenemos que esforzarnos más en regular el tiempo que los niños pasan delante de las pantallas. Con Smilla ya es demasiado tarde para actuar. Y es posible que a estas alturas tampoco podamos hacer nada para cambiar los hábitos de Anton. Pero estamos a tiempo para salvar a Vilgot.

Mientras bajo las escaleras pienso, por enésima vez desde que nació Vilgot, que a partir de

ahora las cosas van a cambiar. A partir de ahora vamos a jugar, leer libros, echar partidas de juegos de mesa, ir al parque infantil. Incluso debemos aprender a soportar la idea de que el crío se aburra. A menudo, la dinámica del juego comienza a funcionar después de un rato de aburrimiento y quejas.

Cuando Smilla era nuestra única hija, éramos unos padres ejemplares. Yo acababa de graduarme como profesora de educación infantil, y estaba llena de todas las cosas que acababa de aprender de pedagogía y desarrollo infantil. Fredrik era un padre entusiasta, jugaba con alegría.

El suicidio de Simon también estaba fresco en la memoria. Acabábamos de presenciar qué le puede pasar a una persona que se encierra y deja de comunicarse con personas de carne y hueso. No es que todos los frikis de la informática desarrollen depresiones o se vuelvan antisociales, pero queríamos que nuestra hija jugase con personas de su edad y pasara tiempo al aire libre.

Cuando Anton nació ya estábamos más cansados de lo habitual, pero mantuvimos las apariencias. Hicimos excursiones, fuimos a la pista de patinaje sobre hielo municipal, jugamos a las construcciones y contamos cuentos.

Después llegó Vilgot y todas las buenas intenciones se fueron a tomar viento fresco. Solo había dos personas para consolar, ayudar con los deberes, llevarlos a los entrenamientos de fútbol y cocinar. Y había tres niños. Cada vez que cedí a las peticiones de jugar a videojuegos, pensé que iba a ser una excepción, porque estábamos estresados y cansados justo en ese momento. Pero ha ido a más. El ordenador y el iPad se han convertido en el tercer cuidador.

—¿Puedes venir?

De repente, Smilla está detrás de mí, haciendo señas para que la acompañe a su habitación. Supongo que quiere enseñarme algo en una pantalla, algo que tengo que pagar. Pero en lugar de ello, cierra la puerta tras de mí y se queda de pie ante mí. Me resulta difícil interpretar la expresión de su cara.

—¿Ha pasado algo?

—Desde luego que sí.

Se me ocurren mil cosas de golpe. Drogas, asuntos relacionados con Jennifer, otras cosas que pudieran haber salido mal en aquella dichosa fiesta. ¿Alguien fue violada? ¿Fue Smilla?

—¿Puedes ser un poco más concreta?

Trato de ocultar el miedo que me invade el cuerpo. No tiene por qué ser una noticia desastrosa solo porque mi hija quiera contarme algo por una vez.

—Ayer, Max le dio una paliza a Ali —me cuenta Smilla con tranquilidad—. Dijo que lo iba a matar.

Trato de juntar las diferentes piezas de la información. Max. Ali. Matar.

—Ah, ¿te refieres al chico que puede ser el novio de Jennifer? ¿El chico de su clase?

Asiente con la cabeza.

—¿Y dices que Max lo iba a matar?

—Pues sí.

—¿Quién te lo ha dicho? ¿Cómo sabes que no son más que rumores?

Me resulta fácil imaginarme a Max expresar sus ganas de darle una paliza a ese chico. Pero no termino de creerme que lo haya hecho de verdad.

—Ali. —Smilla señala su móvil—. Lo ha publicado en Snapchat. Tiene uno de los ojos completamente morado, tiene una pinta asquerosa y el padre de Ali lo ha denunciado a la policía. Además, Max dijo un montón de cosas racistas. —Me mira con complicidad—. Si es verdad, no es que sea la primera vez.

¿Smilla también ha captado esa actitud de Max?

Sí, claro que la ha captado. Smilla ha crecido en el este de Malmö. Sus amigos tienen sus raíces en países de todo el mundo y es extremadamente sensible a comentarios que pueden interpretarse como que no todo el mundo tiene el mismo valor.

—Parece una locura —comento, aliviada después de todo, al darme cuenta de que la propia Smilla está bien—. Aun así habrá que tomarlo con precaución. Hasta que sepamos algo más. Puede que Max tenga otra versión de los hechos.

—Confío en Ali. —Smilla me mira con cara seria—. Nunca exageraría ni se inventaría algo así. Está totalmente hundido, mamá. Max lo acusó de haber, en plan, raptado a Jennifer. Dijo que mataría a Ali si no le contaba dónde la tiene. Max está mal de la cabeza, joder. Tenemos que dejar de ver a esa gente.

No sé qué pensar. Hoy en día los rumores se extienden con rapidez, a veces demasiada. Y recuerdo muy bien el juego del teléfono roto que la profesora de la guardería iniciaba cuando sobraba algo de tiempo. Raras veces quedaba algo de la frase original después de haber pasado por veinticinco boquitas y el mismo número de oídos.

—Smilla, no difundas esto antes de que hable yo con Lollo.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno... Será mejor que no compartas la información con nadie.

—¿Estás de broma? —Smilla bufa—. Está toda la red al rojo vivo.

Hago un gesto de rendición con los brazos.

—Vale, lo pillo. Aun así voy a llamar a Lollo. Siempre hay que intentar hacerse una idea de las dos partes de todos los conflictos.

—Si te hace ilusión. —Smilla recoge su móvil del escritorio—. Por cierto, hoy Missing People va a hacer una batida de búsqueda de Jennifer en Klagshamn. Creo que yo también iré.

Mi primera reacción es: ¡no! En lugar de ello, digo:

—¿Tienes fuerzas?

—Supongo que sí. —Se encoge de hombros—. Me alegro de poder ser de ayuda.

—Te entiendo. Pero ¿y si...?

Me gustaría decir: ¿y si encuentras a Jennifer? Más vale que no la encuentres allí. Porque si la encuentras en Klagshamn es que está muerta.

Pero, claro, eso no lo puedo decir.

—Y si ¿qué?

Smilla me lanza una mirada inquisitiva.

—No, nada... Es que... —Sudo, tratando de encontrar las palabras en vano—. ¿Por qué van a buscar en Klagshamn?

—Porque Jennifer dijo que iría a casa, supongo.

Se abre la puerta y Vilgot mete la cabeza.

—Ibas a hacer crepes —dice, clavándome la mirada.

Lo cojo de la mano.

—Así es. Venga, bajamos. —Mientras salgo por la puerta me giro hacia Smilla—. Haz lo que quieras, cariño. Pero, si sales, abrígate bien. Hace un frío de muerte. ¿Quieres que te acompañemos papá o yo?

Smilla niega con la cabeza.

—Algunos de los amigos de Jennifer van a ir. Iré con ellos.

Vilgot baja por las escaleras dando botes, hablando de mermelada de fresa y helado. Pienso en Max y en lo que Smilla acaba de contarme. No puede ser verdad. Que no sea verdad. Puedo imaginarme los titulares: «Exitoso agente inmobiliario acusado de maltrato». O «Agente inmobiliario de Malmö ataca a un niño». Y encima de todo ello, el tema de la islamofobia.

Por Dios. Tengo que llamar a Lollo.

Mientras rompemos los huevos, medimos la harina y mezclamos todo, pienso en la batida de búsqueda y en Missing People. Personalmente tengo sentimientos encontrados con respecto a Missing People. No tengo dudas de que puede haber gente motivada por un deseo genuino de ayudar y que quiere hacer cosas positivas por la sociedad. Pero estoy también segura de que muchos de los que toman parte en esas batidas lo hacen porque son cotillas, por empaparse de los últimos chismorreos y por recrearse con la desgracia de los demás.

Al mismo tiempo entiendo que las personas allegadas de una persona desaparecida se agarran a un clavo ardiendo, valiéndose de toda la ayuda disponible.

Seguramente habría recibido a Missing People con los brazos abiertos si hubiera estado en la situación de Lollo.

43
Lollo

Llevo el coche a toda velocidad por la autovía. Voy por encima del límite de velocidad, sin salirme del carril de la izquierda, hasta llegar a la salida hacia Näset, y continúo a la misma velocidad a lo largo de la carretera 100. Alguien me da un bocinazo en la rotonda junto a Ica Toppen, pero me da igual, sigo adelante sin hacer caso.

El paisaje se abre delante de mí. Una mujer muy abrigada desafía el intenso frío y pasea a su perro a lo largo del agua; por lo demás, el paseo peatonal está desierto. Aumento la velocidad aún más, pero me veo obligada a frenar de golpe cuando me encuentro con un semáforo en rojo justo antes del canal de Falsterbo.

Mis dedos repiquetean contra el volante. Trato de intimidar al semáforo con la mirada, para obligarlo a cambiar de color. Cuando finalmente cambia a verde, piso el acelerador y sigo hacia el puente con los neumáticos derrapando sobre la carretera.

En el otro lado del canal, la vista al mar es sustituida por chalets y árboles; veo por el rabillo del ojo cómo sus ramas pasan borrosas junto al coche. Tengo la mirada clavada en la carretera. El asfalto va desapareciendo bajo el coche, metro por metro.

No es hasta que llego a Ljungen cuando empiezo a preocuparme por lo que pueda encontrarme en la casa de verano. En el fondo, no puedo creer que Max tenga algo que ver con la desaparición de Jennifer. Pero, ya que la idea se me ha metido en la cabeza, tengo que verlo con mis propios ojos. Tengo que estar segura al cien por cien.

Mis pulsaciones aumentan cuando tomo la salida del pueblo. ¿Aquí el límite es de cuarenta? Total, me da igual. Parece que la muerte me está pisando los talones.

Y tengo que llegar la primera.

Cuando el coche va dando botes en el último tramo del camino cubierto de hierba que lleva a nuestro paraíso de verano, siento una fuerte presión en el pecho. Nada más callarse el motor, abro la puerta del coche de golpe y respiro hondo. Inhalo el leve olor a algas marinas, esperando que me baje la presión.

Mi mirada va buscando la casa. Parece lúgubre sin las macetas y los muebles de jardín que

siempre están sobre la terraza de madera en verano. El viento racheado sacude las ramas de los pinos.

Mi coche es el único que hay por aquí. Eso significa que Max no anda cerca y me relajo un poco.

Jennifer, por otra parte, bien pudiera estar escondida en la casa. Los autobuses llegan hasta aquí. La frecuencia es la misma que en verano, muchos de los que viven en Näset de manera permanente trabajan en Malmö y Lund y van y vienen todos los días.

Tengo una repentina sensación de haber acertado, de estar bien encaminada. Si Jennifer no se encuentra bien y quiere estar sola, este es el lugar donde iría, naturalmente.

Siempre le ha encantado nuestra casa en Falsterbo. Aquí hemos pasado todos los veranos desde que nació, celebrando cada solsticio de verano y cumpleaños. Jennifer cumple en septiembre. En esa época suele hacer un tiempo maravilloso por aquí, con aire fresco pero un sol que calienta. A menudo hemos tomado la tarta en el exterior. El año pasado incluso nos bañamos.

¿Por qué no he venido antes? Es como si hubiera estado bajo los efectos de algún tipo de letargo, sin poder pensar de manera racional. Pero ahora que el cerebro por fin vuelve a funcionar, parece evidente: aquí es donde está. Aquí es donde ha estado durante todo este tiempo.

Echo un vistazo por la ventana panorámica y parece que la puedo ver en el sofá. La cabeza inclinada sobre el móvil, el brillante pelo como una cortina delante de la cara.

«Jennifer».

Echo a correr sobre la hierba, subo las escaleras y tiro de la manija. Para mi gran sorpresa, la puerta está cerrada. Doy unos pasos hacia la izquierda y miro por la ventana, apretando la cara contra el cristal.

Jennifer no está en el sofá. Allí no hay nadie. Pero podría jurar que estaba allí hace un momento.

Vuelvo a la puerta. Doy unos golpes fuertes.

—¿Jennifer?

Silencio.

—Jennifer.

No se oye nada.

—¿Estás ahí?

La decepción me presiona el pecho.

—Jennifer. —Ya tengo la voz más débil. Susurrante, suplicante—. Cariño, ya está aquí mamá. Por favor, abre la puerta y arreglamos todo.

Al final lo dejo y doy la vuelta por la esquina, acercándome al cobertizo. Paso la mano con

cuidado por el canalón y encuentro la llave de repuesto. Que siga aquí no quiere decir que Jennifer no esté. Puede haber entrado usando la llave principal, la que suele colgar en el armario de las llaves en casa. ¿Por qué no hemos mirado si sigue ahí? ¿O sí lo hicimos?

Con dedos torpes introduzco la llave en la cerradura y la giro.

Abro la puerta y me quedo sobre la alfombra de jarapa azul. Parece que el tiempo se ha parado en el interior de la casa. Junto a los colchones para los muebles de la terraza está el bolso de tela de rayas. El lazo de uno de los bikinis de Jennifer sobresale por encima del borde. Como si estuviera a punto de irse a la playa para darse un chapuzón y hubiera dejado el bolso ahí un momento mientras rellena el botellín de agua.

—¿Jennifer?

Voy corriendo de habitación en habitación, pero no encuentro ninguna señal de que haya alguien en la casa. Todo está igual que cuando la cerramos para el invierno a principios de octubre. Las colchas están estiradas, los cojines del sofá están alineados con esmero y el frigorífico está vacío a excepción de un par de tarros de aceitunas.

Tras comprobar la última habitación, me hundo sobre el suelo de la entrada, totalmente exhausta.

—¡Jennifer!

Las lágrimas me salen a chorros mientras la llamo.

No sé cuánto tiempo me quedo en el lugar, pero al final saco el móvil del bolsillo y marco el único número al que parece lógico llamar ahora mismo.

—¡Lollo! ¿Cómo estás? He intentado llamarte. ¿Jennifer ya ha llegado a casa?

—Papá —sollozo—. Tienes que venir.

44
Fredrik

Me he duchado y me he puesto la ropa. Vaqueros y un jersey. Ducharse y vestirse son dos cosas que se espera que la mayoría de la gente haga todos los días. Son hábitos normales. Juego a ser normal.

—¿Quieres un café?

Nina levanta la cafetera cuando entro en la cocina.

—Me encantaría.

Hurgo entre los botes y las bolsitas. Eso también es normal. Buscar una galleta para acompañar al café es algo que la gente normal hace de vez en cuando. La gente normal no se dedica a pensar en cómo se vacía un contenedor lleno de desechos de obras. No se pregunta si todo el contenido queda visible. Si un abrigo negro destacaría entre las demás cosas. Si a alguien le llamaría la atención.

Un paquete de galletas Ballerina revela que una vez hubo galletas en el armario. La caja de bombones también está prácticamente vacía, pero los niños al menos han dejado tres a sus padres; los «asquerosos» que contienen licor, los favoritos de Nina.

Me siento a la mesa de la cocina y miro por la ventana. Observo que el vecino tiene una fiesta en casa o algún tipo de evento. Tres coches desconocidos están aparcados delante de su casa.

—Lykke cumple hoy —dice Nina, echando un ojo a la casa de los vecinos—. Quizá deberíamos pasar con un ramo de flores.

—¿Cuántos cumple?

—Sesenta. —Nina vuelve a la cafetera mientras silba el refrán de *When I'm Sixty-Four*, de los Beatles. Suena terrible.

Probablemente sea este tipo de cosas las que más voy a echar en falta cuando me encierren. Ver a Nina preparar café, oírla silbar de manera desafinada, encontrarme con un armario despojado de galletas por los críos.

Mi mujer pone dos tazas sobre la mesa. Saca un cartón de leche del frigorífico y después se sienta enfrente de mí. Se zampa un bombón oscuro mientras vierto un poco de leche en mi taza.

—¿Has desayunado algo? —pregunta.

Asiento con la cabeza.

—A media mañana. Un par de huevos, unas tostadas.

No es del todo cierto. Una mentira, más bien; solo he conseguido comerme media tostada.

—No parece un virus estomacal, entonces —dice Nina—. No habrías tenido ganas de comer ya hoy.

—¿Qué hacen los niños? —pregunto, para cambiar de tema.

—Anton y Vilgot están arriba. Creo que Anton está con la Play. —Nina pone los ojos en blanco—. Tenía la idea de reducir el tiempo de pantallas de los niños y Vilgot ha aceptado a regañadientes dejar el iPad. Anton en cambio se ha vuelto loco cuando le he dicho que no podía jugar más después de la hora de comer. Y no me apetece meterme en esa pelea hoy. No con todo lo que está pasando.

—¿Qué está pasando?

Nina hace un gesto de rendición.

—Bueno, todo esto de Jennifer... No puedo olvidar el tema, tengo la cabeza como un bombo. Y luego tú. —Esboza una sonrisa torcida—. No estás bien y no tengo fuerzas para discutir con Anton ahora mismo. Sola no. Estaría bien que me acompañaras.

Siento una punzada en el estómago al darme cuenta de que Nina probablemente estará sola con todas las discusiones en el futuro.

Me mira.

—¿O qué te parece?

—¿El qué?

—Lo de las horas de juego. —Nina suspira—. ¿No estás escuchando?

—Sí, escucho. Solo estaba pensando en algo.

Se inclina sobre la caja de bombones.

—Me encantan. ¿Cómo no te pueden gustar los de ron y pasas? ¡Son tan buenos!

Definitivamente, echaré en falta ver a mi mujer comer chocolate.

Es muy probable que eche en falta todo lo relativo a mi vida cotidiana normal. Estar tumbado junto a Vilgot por la noche, escuchando su tranquila respiración; llevar a Anton al entrenamiento de fútbol a última hora. Me imagino que incluso echaré en falta los devastadores comentarios de Smilla.

—¿Smilla está en casa?

Nina niega con la cabeza.

—No, acaba de coger el autobús de Klagshamn.

La información me deja helado.

—¿Klagshamn?

—Sí, parece que Missing People va a montar una batida de búsqueda esta tarde. Smilla ha dicho que quería ayudar. Si te soy sincera, no sé si me parece un acierto. Porque ¿qué pasa si Smilla encuentra a Jennifer o algo? No se pondrá...

Desconecto, no quiero oír más. Se me llena la boca de un reflujo de ácido, una mezcla entre café y ácido gástrico. Trago. Y vuelvo a tragar.

—¿Fredrik? —Nina parece preocupada—. ¿Va todo bien?

La cocina entera da vueltas.

«Respira, Fredrik. Respira hondo».

—Tienes la cara blanca.

La voz de Nina suena metálica y remota.

—Es que...

Respira, joder.

—Debe de ser el café o algo. Puede que el café no sea lo mejor para mí en estos momentos, tengo la tripa...

Me levanto de la silla de un salto y voy corriendo al baño, me da tiempo a levantar la tapa del váter justo antes de que mi cuerpo expulse lo poco que quedaba en el estómago.

Un poco de café. Un poco de bilis.

—¡Fredrik! —Nina se ha quedado fuera del baño, su voz es aguda—. ¿Necesitas ayuda? ¿Quieres que entre?

—No. —Me tumbo con la mejilla contra la polvorienta alfombra de baño—. Ya está todo bien.

45
Lollo

—¿Hola? —Papá se para, parece aturdido al verme sobre el suelo de la entrada—. Ay, cariño. —Se acerca apresuradamente, poniéndose en cuclillas y colocando una mano sobre mi hombro —. ¿Cómo estás? ¿Ya...? Jennifer... ¿Ya ha vuelto a casa?

Niego con la cabeza.

—¿Y qué haces aquí?

—Es que... —El llanto me sale del pecho, hace que las palabras se me atraganten—. No lo sé.

Las lágrimas van emborronando alfombras, paredes y muebles. Todo se funde.

—Ven.

Papá se levanta, un poco laboriosamente, y me ofrece sus manos. Esas manos grandes y calientes que me han llevado y me han acariciado. Tienen más arrugas y más manchas por la edad, pero el calor sigue siendo el mismo.

Me pongo en pie y descubro a Agneta, que acaba de entrar por la puerta. Se acerca a mí rápidamente y me da un abrazo fuerte.

—Es espantoso. —Mi madrastra da un paso hacia atrás y me mira a los ojos—. Siéntate en el sofá, Lollo. Vamos a ver si encontramos un poco de café por aquí.

Papá se queda clavado, alternando el peso del cuerpo sobre la pierna izquierda y la derecha.

—Lennart —dice su mujer, con un tono severo—, ¿preparas el café?

Asiente con la cabeza y Agneta le da un leve empujón hacia la cocina.

—Jennifer siempre le ha gustado tanto —me susurra cuando papá ya no la puede oír—. Todo esto lo lleva muy mal.

La miro a través de las lágrimas.

—No hables así. ¡Jennifer no está muerta!

—No, no. —Agneta me da un apretón en el brazo y me lleva hasta el sofá—. Solo digo que lo agobia mucho el no saber qué ha podido pasar. —Luego añade—: Igual que al resto de nosotros.

Después de un rato, cuando Agneta se va a la cocina, donde papá anda enredando, me hundo entre los cojines decorativos estilo New England. Recuerdo que me costó dar con el toque preciso del tema que recorre tanto la decoración del interior como del exterior. Paredes blancas y suelo de color gris claro. Detalles azules y rojos. Nudos y anclas. Latón y muebles pintados de

blanco. La mesa grande del comedor, fabricada con madera reciclada. ¿De dónde coño saqué las fuerzas para hacerlo?

Mis dedos se hunden entre los cojines del sofá. Paso las uñas por la áspera tela de lona, aprieto con tanta fuerza que duele. De repente, noto algo que no es tela. ¿Un papel? Uso dos dedos a modo de pinza y saco un trozo de papel arrugado. Es un recibo del Burger King de Mobilia. Y por alguna razón leo la fecha: 02ENE-2019 01:25:43.

Trago saliva con fuerza. ¿Quién estuvo aquí hace dos noches comiendo hamburguesas? ¿Max? ¿Max y Jennifer? ¿Otra persona?

Max afirmó que estuvo buscando a Jennifer a esas horas. Pero, si no fue él, ¿quién, entonces? Es cierto que la llave no está escondida en un lugar muy difícil de encontrar, pero...

—Toma. Un poco de café te vendrá bien.

Agneta coloca una bandeja sobre la mesa. Es la bandeja blanca de madera con una gran estrella azul en el centro. Estilo *shabby chic*. Me pasa una taza y la recibo dócilmente, a la vez que meto el recibo en el bolsillo del pantalón de chándal con la otra mano.

Nos mantenemos un rato en silencio, sorbiendo el café. Es como si estuviéramos reuniendo fuerzas para poder seguir. Papá mira a través de la ventana panorámica con una expresión triste.

—¿Quieres hablar de ello? —pregunta Agneta al final—. Solo estamos al tanto de lo poco que han dicho en la prensa.

Dejo la taza sobre la mesa e inspiro hondo. Después les cuento todo sobre la fiesta de las chicas, la discusión, lo que ha dicho la policía y la batida de búsqueda de esta tarde. No digo nada sobre lo que encontré en el ordenador de Jennifer. Les entristecería y decepcionaría enterarse de la existencia de Jennifer Wicked. Y tal vez podrían acusarme de que Jennifer lo hiciera. La mala madre que no ha estado pendiente.

Termino contándoles mi sueño, de cómo vi a Jennifer sentada en este sofá. El hecho de que el sueño me llevara a pensar en Max lo dejo para mí. El recibo me está quemando el bolsillo.

—Estaba frenética. O... hechizada. Sí, eso es lo que pasaba. Era como si otra persona me condujera. Como si alguien me dijera que debía venir. Y cuando no he encontrado a Jennifer... Entonces el hechizo se ha roto. —Trato de interpretar la expresión de sus caras para ver si van a llevarme al manicomio o no—. Puede que suene extraño, pero... Es lo que ha pasado.

Papá se limita a aclararse la garganta, sin decir nada. Agneta se inclina hacia delante y coloca su mano sobre la mía.

—Hemos estado tan preocupados. Lennart ha intentado llamarte, y te ha enviado mensajes, pero...

—Lo sé —la interrumpo—. Los he visto, pero... No he tenido fuerzas para contestar.

—Lo entendemos, Lollo. Lo entendemos. —Agneta suelta mi mano—. Gracias a Dios no

estás sola. Tienes a Max. Si no hubiera sido por él, habríamos llamado a tu puerta hace mucho tiempo.

Papá levanta la mirada de su taza de café.

—¿Y dónde está hoy? Max.

—Eh... Está trabajando.

—¿Trabajando? —Papá parece perplejo—. ¿A pesar de...?

—Era un tema puntual que tenía que tratar —le digo rápidamente—. Ahora seguramente estará en casa.

—Muy bien. —Agneta sonríe—. ¿Te llevamos a casa? No creo que sea buena idea que conduzcas hoy. Ven conmigo y Lennart te llevará el Cooper a casa. —Se gira hacia papá—. ¿Verdad? No hay problema, ¿no?

—Claro. Claro que puedo hacerlo.

Agneta siempre ha sabido dominar a mi padre.

—Puedes hacer la compra en el camino —continúa—. Así os preparo la cena a todos después. —Agneta me mira—. Tenéis que comer algo. Y no me parece que debas participar en esa batida de búsqueda, Lollo. Será demasiado para ti.

Hemos tenido nuestros más y nuestros menos a lo largo de los años. Cuando era adolescente, claro. Entonces discutíamos a diario sobre todos los temas que habitualmente provocan discusiones con adolescentes: dinero, horarios, comportamiento. A veces muy acaloradamente.

Además, hubo varios enfrentamientos encendidos cuando Jennifer era pequeña. Me parecía que papá y Agneta dedicaban demasiado tiempo a cultivar sus contactos, y a jugar al golf; les reñía diciendo que apenas veían a su nieta.

En realidad, supongo que lo que de verdad me movía era que tenía que tomarme un respiro de Jennifer de vez en cuando. Y entiendo que, igual que a mí, les parecía que resultaba muy pesado pasar un día entero con Jennifer.

Ahora veo una auténtica preocupación en la mirada de mi madrastra. Agneta realmente quiere ayudar. Y por primera vez en mucho tiempo, dejo que otra persona tome el timón.

Yo ya no puedo más.

46
Nina

Me siento sobre el borde de la cama, pongo una mano sobre el brazo de Fredrik. Se sacude, como si le doliese haber sido tocado.

—En serio... —comienzo—. No sé si me atrevo a dejarte solo.

Fredrik gira la cabeza y me mira.

—¿Por qué?

—Bueno... —Los ojos se me llenan de lágrimas—. Simplemente es que... me preocupas. No estás bien. ¿Y si vomitas mientras duermes y te ahogas...?

—Vamos, Nina. —La voz es inesperadamente severa—. No soy un niño. Y no estoy borracho perdido. Te digo que no hay problema. Con tal de que me dejes en paz un tiempo, estaré mejor.

—También lo dijiste ayer.

—Y mejoré.

Su mirada se ha vuelto dura. Fría.

Me levanto, me alejo de la cama un par de pasos y vuelvo a parar, buscando las palabras. ¿Quién es ese hombre que está en nuestra cama? ¿Debería llamar al psiquiatra? ¿Volverá a su antiguo ser o será así a partir de ahora?

Las palabras no llegan. Renuncio y me encamino a la cocina, vacío la taza del café viejo y la vuelvo a llenar. La taza de Fredrik acaba en el fregadero, golpeando el fondo.

Me siento junto a la mesa otra vez. La misma taza, café nuevo. Lo mismo, pero diferente.

Ya no sé cómo responder a Fredrik. Cecilia, de mi trabajo, dijo una vez que las enfermedades derivadas del estrés afectan casi tanto a los allegados como al enfermo. Por aquel entonces no estaba del todo de acuerdo, pero comienzo a comprender lo que quería decir. Es difícil no poder contar con tu pareja, no saber cuánto le puedes pedir.

La idea de que el estado actual de Fredrik pueda durar varios meses me paraliza de miedo. Y eso que solo lleva así un par de días.

La teoría de la infidelidad merodea por los confines de mi conciencia, pero no me cuadra con el comportamiento de Fredrik. Y parecía sincero cuando se lo pregunté. A Fredrik nunca se le ha dado bien disimular, y por eso me chirría. Oculta algo. Algo que no tiene que ver con problemas en el trabajo. Pero ¿qué?

¿Puede ser algo que tenga que ver con el dinero? ¿Tiene miedo de que no vayamos a llegar a

fin de mes?

Nuestra economía nunca ha sido buena y con dos adolescentes en casa la situación se ha agravado. Puede que Fredrik haya descubierto que saqué dinero de la cuenta de ahorro para comprar el plumífero que Smilla quería para Navidad. Puede que esté pensando en la factura de la conexión de la fibra óptica que hay que pagar antes del 1 de febrero. Pero, en tal caso, ¿por qué no dice nada?

Me doy cuenta de que Fredrik empezó a sentirse mal más o menos cuando desapareció Jennifer. Un ligero escalofrío me recorre el cuerpo. ¿Puede haber una conexión?

Aparto la idea de mi mente rápidamente. La única conexión razonable es que le preocupe.

La oscuridad se cierne sobre Malmö y la fiesta en casa de los vecinos de enfrente sigue en marcha. Me imagino que durará todavía mucho tiempo. La familia danesa de Lykke es ejemplar a la hora de celebrar.

Envío un SMS a Smilla.

Cómo estás? Besos

No me llega ninguna respuesta inmediata, así que cojo el periódico. Uno de los titulares versa sobre una condena por maltrato, y me lleva a pensar en Max. Me gustaría llamar a Lollo, pero decido esperar a que termine la batida de búsqueda. ¿Participará? ¿Qué habría hecho yo?

Llego a la conclusión de que probablemente habría ayudado, a pesar del riesgo de toparme con el escenario más aterrador. Nada más formular la idea en mi cabeza, quiero retirarlo. ¿Cómo puedo pensar así? ¿Por qué estoy tan negativa?

Esto tiene que terminar bien. Es imperativo.

Vilgot entra en la cocina. Repasa la mesa con la mirada, buscando algo rico. Estiro una mano y lo atrapo en un abrazo. Se libera por la fuerza y señala la caja de bombones.

—Has comido chuches.

—He comido bombones que no te gustan —le digo—. Toma mejor una fruta. Hay clementinas.

Vilgot se acerca al bol de frutas y elige una clementina que deja sobre la mesa delante de mí con un golpe seco.

—Pélala.

—Mamá, ¿puedes pelarla, por favor? —le corrijo.

Sonríe, enseñando el hueco grande entre los dientes, y se me hincha el corazón. Me doy cuenta de la enorme suerte que tengo, después de todo. Mis tres hijos están sanos y están conmigo. Tenemos una buena casa, tenemos trabajo y comemos todos los días. De momento, Fredrik no

termina de encajar en esta composición, pero ya lo meteremos en vereda. Un error temporal, pienso mientras paso la clementina pelada a mi hijo.

—¿Qué has dicho? —pregunta Vilgot, frunciendo las cejas levemente.

—¿He dicho algo?

Asiente con la cabeza y le doy una palmadita en la cabeza.

—En tal caso estaba pensando en alto.

En el mismo momento comienza a sonar el tono de mi móvil y Vilgot sube las escaleras corriendo.

Levanto el móvil y veo el nombre de Smilla en la pantalla. Se me corta la respiración. ¿Por qué llama? Smilla no llama casi nunca, prefiere enviar mensajes de texto.

Doy al botón de contestar y llevo el móvil al oído.

—Hola, ¿ya estás volviendo a casa?

Más que una pregunta, es un deseo.

—¡Mamá!

Smilla grita, sollozando. Al fondo se oye el ruido de muchas voces.

—Cariño, ¿qué está pasando? ¿Dónde estás?

—En Klags... Klagshamn. Mamá, ¡tienes que venir!

Smilla llora histéricamente, el sonido se convierte en un murmullo sordo. No hace falta que diga nada más. Ya puedo adivinar qué ha pasado y no sé si soy capaz de manejar algo así.

Pero tengo que hacerlo. Por Smilla.

—¿Puedes acercarte a la parada del autobús? —le pregunto, tratando de mantener la voz tranquila—. Ve y quédate allí. Puedo estar en... unos veinte minutos, más o menos. ¿De acuerdo?

No contesta, solo se oye el murmullo de fondo.

—¿Me oyes, Smilla? ¿Vas a la parada del autobús?

—Ahora... Ahora voy —contesta sollozando.

Voy corriendo entre la entrada y la cocina, recogiendo la llave del coche, el móvil y la ropa de abrigo. En el último momento se me ocurre que quizá debería avisar a Fredrik.

—¿Estás despierto?

Abro la puerta de la habitación con suavidad y doy un paso hacia la penumbra del interior.

Fredrik lo confirma con un murmullo. Está de medio lado, mirando hacia la ventana, y no hace amago alguno para girarse hacia mí.

—Voy a ir a buscar a Smilla. ¿Puedes estar pendiente de Vilgot mientras tanto?

Fredrik se da media vuelta rápidamente y se incorpora en la cama.

—¿Ha pasado algo?

—No lo sé. Pero Smilla estaba totalmente fuera de sí, así que entiendo que... En fin, no tiene buena pinta.

—¡Oh, Dios! —Mi marido me mira con una expresión de terror puro—. ¡Oh, Dios!

47
Fredrik

En cuanto se cierra la puerta, salgo de la cama y repaso la habitación con la mirada en busca del ordenador. Resulta que está sobre el escritorio. Las piernas me tiemblan mientras me acerco a la silla, aterrizo pesadamente sobre el asiento.

Cuando el ordenador no se desbloquea al instante, me entran dudas sobre la contraseña. Siento una presión sobre las sienes. ¿La pérdida de memoria es la primera señal de locura? ¿O es en realidad algo que ocurre en la fase final? Puede que ya haya perdido la cordura hace tiempo.

Vuelvo a empezar, pulso la sucesión de teclas lentamente, usando el dedo índice de la mano derecha, y... bingo. Al tercer intento se desbloquea la pantalla, me meto en Google y por primera vez en mi vida sopeso la posibilidad de elegir una de las dos opciones ofrecidas por el motor de búsqueda: *Buscar con Google* o *Voy a tener suerte*. Me habría gustado que se cumpliera la última opción.

Despierto de mi letargo y tecleo: Jennifer Wiksell. Una búsqueda lógica. Pero lo que sale en la pantalla no son más que noticias viejas. A pesar de ir repasando todos y cada uno de los resultados, no encuentro más que artículos y noticias que llevan varios días en la red. Pruebo con distintas combinaciones de palabras —«joven desaparecida», «chica de diecisiete años encontrada», «encuentran a la chica desaparecida», «hallazgo en Klagshamn»—, pero tampoco me salen nuevos resultados. Todo lo que aparece está marcado como ya leído.

¡Mierda! Las palabras de la pantalla comienzan a flotar delante de mis ojos y con los dedos temblando sobre el teclado pruebo con dos palabras nuevas: *Missing People*.

Los resultados no tardan más de unos segundos en aparecer, pero la espera es casi insoportable.

Lo primero que sale es una foto de Jennifer, pero todo lo que pone va sobre la batida de búsqueda que ahora debe de haber concluido. Probablemente no han tenido tiempo para actualizar la página.

Jennifer me sonríe desde la pantalla. Cierro los ojos.

—¿Papá?

Mi reacción es tan violenta que estoy a punto de caerme de la silla.

Me giro hacia el sonido y descubro a Vilgot en la puerta.

—¿Jugamos a Uno? —Se acerca a mí—. ¡Mira! —Un pequeño dedo señala la pantalla—. ¡Es

Jennifer!

Me giro hacia el ordenador y cierro la tapa. El golpe hace que Vilgot se sobresalte, y me lanza una mirada inquisitiva.

—¿Por qué has hecho eso?

Tengo la cabeza vacía, todo me da vueltas. Tengo ganas de vomitar.

—Papá. —Vilgot tira de mi jersey—. ¿Por qué has quitado a Jennifer? ¡Quiero verla!

—Vilgot —le digo con una voz que no reconozco, pero que parece haberse convertido en la mía de manera permanente—. No tengo fuerzas para jugar a Uno ahora mismo. Más tarde, quizá. Tengo que descansar un poco.

Mi hijo hace pucheros.

—Llevas todo el día descansando —gruñe.

—Lo sé. Es que estoy cansado. Mamá y Smilla vendrán enseguida.

—¿Va a venir Jennifer también?

Oigo un susurro en la cabeza y me suda la espalda.

—No —respondo en voz baja—. Creo que no.

Vilgot apoya las dos manos sobre sus caderas y me mira fijamente.

—¿Y cuándo podemos jugar? ¿En cuánto tiempo?

Me levanto lentamente de la silla y vuelvo a la cama dando traspiés.

—No lo sé, Vilgot. Pero, si me dejas descansar un poco, enseguida iré, ¿vale? —Vilgot parece dubitativo—. ¿Por qué no juegas un poco con el iPad mientras esperas?

—¿Puedo? Mamá me ha dicho que...

—Sí, puedes —lo interrumpo, haciendo un gesto para que se vaya—. Ya hablaré yo con mamá.

Vilgot se da media vuelta y al momento sube las escaleras corriendo sobre pies ligeros.

Me echo hacia atrás y me estiro sobre la cama.

El cuerpo me tiembla tan violentamente que me asusto. Parece que alguien ha echado una lazada de hierro alrededor de mi cabeza y aprieta cada vez más fuerte.

¿Es el preludio de un ictus? ¿Un infarto? ¿Voy a morir ahora?

48
Nina

Está nevando. La temperatura está bajando hacia los cero grados y fuertes rachas de viento mueven el coche cuando salgo a la autovía. Miro hacia delante pero apenas veo la carretera, tengo la cabeza en otro lugar completamente diferente.

¿Y si Jennifer está muerta?

¡No!

No, no, no.

Cerrando las manos alrededor del volante con fuerza, rezo en silencio.

«Oh, Dios, deja que Jennifer viva».

Busco señales en el cielo negro, algo que pueda atestiguar que mi oración ha llegado a su destino. Pero todo lo que veo, aparte de la oscuridad, es la nieve empujada por el viento que choca contra el parabrisas.

Algo me dice que ha pasado lo peor. Smilla parecía destrozada. Si Jennifer vive, Smilla debería haber manifestado alivio, no histeria.

¿Cómo puede una madre soportar la noticia de que su hija ya no vive? Si Jennifer está muerta, ¿cómo podrán seguir adelante Lollo y Max?

Y Smilla. Jennifer y Smilla se conocen desde que nacieron, en algunos periodos han sido amigas muy cercanas. Casi como hermanas. Smilla debe comprender que no tiene la culpa de lo que ha pasado. Jennifer dejó la fiesta voluntariamente, nadie la echó.

Si Jennifer está muerta, yo misma necesitaría a alguien con quien hablar, alguien en quien apoyarme. Es cierto que está Fredrik, pero es como si me hubiese quedado sola con cuatro hijos. Ahora mismo no se puede hablar con él. Y la reacción cuando le referí la conversación con Smilla fue... inesperadamente emocional. Resultó casi incómodo verlo tan fuera de sí, tan desesperado.

Puede que su estado de salud general tenga algo que ver. De momento, parece que Fredrik tiene los nervios a flor de piel. Además, es una de las pocas personas adultas que siempre ha apoyado a Jennifer, pasara lo que pasase. Eso es encomiable, sin duda. Fredrik nunca se ha quejado de Jennifer, ni le ha echado la bronca. Ha tenido paciencia, ha escuchado y ha explicado. Durante un tiempo, incluso iba a casa de los Wiksell por las tardes, para repasar ecuaciones.

Supongo que esa, precisamente, es la razón por la que mi marido es querido como profesor.

Fredrik aprecia a todos y cada uno de los alumnos, y los respeta, siempre consigue llegar a la persona detrás de las barreras que nos frenan al resto. O así, al menos, era como solía ser. Espero que quede algo de eso cuando esto termine y supere su estado actual.

Me resultó un poco chocante cuando Fredrik de repente me dijo una noche que quería pedir una excedencia y formarse como profesor. En mi mundo, no podía haber escogido un momento peor. Smilla era un bebé y queríamos tener más hijos. Además, habíamos hablado de irnos a vivir a una casa más grande. Pero yo lo apoyé, claro. Fredrik no estaba a gusto en su trabajo por aquel entonces, decía que Leif lo había obligado más o menos a estudiar para ser ingeniero.

Es cierto que mi suegro es una persona dominante con opiniones fuertes, pero nunca terminé de creerme eso de que hubiera obligado a Fredrik a estudiar para ser ingeniero. Fredrik tenía más de dieciocho años cuando empezó a estudiar y debería haber sido capaz de tomar una decisión propia. Antes pienso que la muerte de Simon pudo haber influido en la decisión de Fredrik de cambiar de rumbo. La brevedad de la vida, la necesidad de seguir tu propio camino y todo eso.

Estoy a punto de perderme la salida a Västra Klagstorp. Frenando peligrosamente consigo salir de la autovía y sigo en dirección al suroeste. La nieve está borrando los campos, llega flotando como unas nubes de humo, pero afortunadamente se derrite nada más impactar contra la calzada. Los limpiaparabrisas luchan por mantener el cristal despejado.

Si Jennifer está muerta, ¿qué va a pasar?

Habrá un funeral, claro. Trago saliva con fuerza. Hasta ahora, gracias a Dios, no he tenido que ir a muchos funerales. Y, cuando he tenido que ir, ha sido para despedirme de personas mayores, parientes que habían tenido unas vidas largas y ricas. Jennifer tiene —tenía— toda la vida por delante.

Me sobresalto. ¡Qué fantasías más macabras! ¿Cómo puedo pensar en funerales cuando ni siquiera sé lo que ha pasado? ¿Cómo puedo dejar que mi cabeza se recree con este tipo de pensamientos?

Son las cuatro en punto y enciendo la radio. Las noticias locales no dicen nada que tenga que ver con Jennifer. Cambio de canal, encuentro una emisora con noticias nacionales, pero ahí tampoco se menciona nada sobre una chica desaparecida de diecisiete años.

Una sonda espacial china ha aterrizado en la cara oculta de la Luna, los fraudes de tarjetas de crédito aumentan en el país, y después de la previsión meteorológica comienza un programa donde se habla de la mejor manera de ponerse en forma tras los excesos de la Navidad y Nochevieja.

Apago la radio y al mismo tiempo doblo a la derecha en la rotonda de la calle Nygårdsvägen.

Smilla está esperando bajo una farola, pero tiene la cara tapada por la capucha del plumífero. No

está sola, hay otros dos adolescentes esperando en la parada del autobús. Están cerca los unos de los otros, unidos en una especie de abrazo grupal espontáneo. La nieve cae con fuerza y, bajo la luz de la farola, los copos parecen más grandes y numerosos que en la oscuridad que la rodea.

Aparco el coche, salgo y llamo a Smilla.

Se gira y echa a correr hacia mí.

—¡Oh, mamá! —Se arroja a mis brazos—. Han encontrado a Jennifer. Está mue-e-e-erta.

El llanto sacude su largo y delgado cuerpo y el pánico de Smilla me obliga a olvidarme del mío propio. La tomo en mis brazos y con una mano le acaricio la espalda cubierta por el plumífero mientras le murmuro «ya está» y «mi vida» al oído.

Cuando se tranquiliza, se libera de mis brazos y se da media vuelta. Los dos adolescentes están a unos pasos de distancia, pero puedo ver que han llorado, tienen los ojos rojos e hinchados.

—Tindra y Ali son de la clase de Jennifer... ¿Puedes llevarlos al centro?

—Sí. Claro. —Es un alivio hacer algo concreto, concentrarme en una actividad que sé que soy capaz de realizar—. Vamos, entrad. Hace bueno en el coche.

¿Por qué he dicho eso? ¿Qué les puede importar que haga bueno o malo en el coche, cuando su compañera de clase está muerta?

Tindra y Ali entran en el asiento de atrás, y Smilla se acurruca en el asiento del copiloto. Antes de dar media vuelta con el coche miro hacia la derecha y veo a un montón de gente reunida en el estrecho tramo de la calle. Parece que se han juntado en el cruce, justo en la salida hacia casa de los Wiksell. Muchos llevan chalecos amarillos, algunos de ellos se abrazan. Detrás de los chalecos, entre las ramas desnudas, se atisban las luces azules de la policía. Debe de haber uno o varios coches patrulla en la calle Badvägen.

No entiendo qué ha podido pasar. ¿De verdad Jennifer estaba tan borracha que se bajó del autobús en la última parada de la línea, se quedó dormida a un par de centenares de metros de distancia de su casa y murió congelada?

Un escalofrío me recorre la espalda. ¿No será un asesinato? ¿Quién iba a querer matar a Jennifer? No habrá estado en contacto con gente de los bajos fondos de Malmö. ¿O sí? Un novio vinculado a una banda criminal. Puede que la pillase una bala en un tiroteo.

¿Puede ser un atraco que se convirtió en homicidio? ¿O fue violada? ¿El violador pudo haberla seguido para después violarla y matarla para que no dijera nada?

Las macabras fantasías vuelven, no puedo pararlas. Mil preguntas se agolpan en mi cabeza. ¿Dónde fue encontrada? ¿Quién la encontró? ¿La policía ha podido determinar la causa de la muerte? Pero no quiero presionar a los chicos, me callo las preguntas y, en lugar de expresarlas, me concentro en llevarlos a sus casas sanos y salvos a través de la tormenta de nieve.

Cuando llegamos a la calle Borrebackevägen miro en el espejo retrovisor, tratando de captar

un atisbo de los pasajeros del asiento de atrás. Están cada uno en un lado, mirando hacia la oscuridad de fuera.

Las lágrimas corren por la mejilla del chico. Ali. ¿Es el Ali al que, según los rumores, Max pegó ayer? Constato que sí lo es. Ali tiene uno de los ojos morado. Alguien, evidentemente, le ha propinado un derechazo.

La imagen del chico con el ojo morado, llorando, me rompe el corazón. Si Max es el responsable, espero de verdad que lo condenen por ello. Me dan ganas de darle una paliza personalmente.

—Estaba en la cantera —dice Smilla de repente.

Agarro el volante con más fuerza.

—¿En la cantera de caliza?

—¡Oh, mamá, es tan terrible! —Smilla solloza—. ¿Y si lleva allí todo este tiempo? Si yo la hubiera acompañado...

No termina la frase, no puede terminarla. La invade el llanto. Le pongo una mano sobre la pierna, pero la devuelvo al volante rápidamente. No se puede conducir con una mano con este tiempo.

—Smilla, escúchame. Nada de lo que ha pasado es por tu culpa. Jennifer se marchó de la fiesta porque quiso. Y tú le pediste que se quedase, ¿sí o no? Lo intentaste.

Ahora Smilla llora desconsoladamente. Nunca antes la he oído llorar de esta manera. Los sonidos que emite son nuevos y me resultan casi insoportables.

—Yo también podría haberla seguido —se oye la voz de Ali desde el asiento de atrás—. La oí decir que se marchaba, pero yo no... No intenté convencerla de que se quedara.

La respiración de Smilla se ha calmado un poco.

—Escuchad —digo, tratando de incluir a los tres en el mensaje—. Debéis dejar de culparos. Entiendo que puede parecer que tenéis parte de la culpa, pero, por lo que yo he entendido, el que Jennifer se marchase de la fiesta fue una decisión enteramente suya. Y no es nada raro que alguien se marche de una fiesta temprano. Pasa continuamente. No podíais saber lo que le iba a pasar.

Nadie dice nada, pero parece que están reflexionando sobre mis palabras. Busco sus caras en el espejo retrovisor.

—¿Hay algún adulto en vuestras casas?

Tanto Ali como Tindra asienten con la cabeza.

49
Lollo

—¡La cena está lista!

Papá me llama desde el pie de las escaleras.

Acabo de ducharme, me he puesto ropa limpia y estoy sentada en el sofá del salón. Desde la cocina se oye cómo Agneta anda enredando entre las cazuelas y los platos. Miro la pantalla del televisor sin ver lo que están poniendo. Tengo la cabeza en otro sitio, el programa no me llega. Nadie se ha puesto en contacto conmigo tras la batida de búsqueda y eso debería ser una buena señal, pero mi instinto me dice otra cosa.

Hago un puzle en la cabeza para distraerme, tratando de construir una imagen nítida de mi hija con las piezas de las que dispongo. La edad, el aspecto, el tamaño de pie, la clase del instituto y sus asignaturas favoritas son fáciles. Constituyen una esquina sólida. Pero ¿qué quiere ser de mayor? ¿Cómo se encuentra? ¿Con quién se relaciona? ¿Y por qué ha creado esa horrible página en Facebook?

Es imposible seguir montando el puzle, las piezas que faltan son más numerosas que las que tengo. Hemos convivido bajo el mismo techo durante diecisiete años, y aun así no sé casi nada sobre ella. Mi propia hija.

Las lágrimas vuelven a brotar en mis ojos.

—¿Lollo?

La voz hace que me sobresalte, giro la cabeza y miro al hombre que ha subido hasta la mitad de las escaleras.

Mi padre. Me doy cuenta de lo mayor que está. El pelo canoso, que siempre ha sido tan espeso, parece más ralo, la camisa cuelga suelta sobre la barriga, donde antes la apretaba. Puede que él también, igual que yo, haya envejecido por la preocupación durante los últimos días.

Tuvo que ser difícil quedarse solo con una hija de ocho años cuando acababa de cumplir treinta y cinco. Yo podía ser muy pesada cuando era pequeña. Gruñona. Exigente. Tratando de absorber toda la atención de mi padre. Y no fui menos exigente en la adolescencia.

Nuestra relación mejoró cuando me marché de casa. Mi relación con Agneta también fue a mejor. Solo entonces, con un poco de perspectiva, me di cuenta de que era buena para él. Su ánimo había mejorado desde que entró Agneta en su vida.

A veces me irrita que papá sea tan calzonazos, que deje que Agneta lleve las riendas en todo.

Pero parece que le gusta su forma de ser tan mandona, supongo que le gusta no tener que tomar decisiones propias. Ella manda y él pone la pasta. Cómodo.

En cualquier caso, mi padre siempre me ha apoyado en todo. Ha hecho lo que ha podido, siempre ha estado dispuesto a ayudarme cuando lo necesito.

Y quiere mucho a Jennifer.

—Ya hemos empezado a cenar. —La voz de papá es suave—. Vendrás, ¿no?

Por razones obvias, el ambiente alrededor de la mesa no es alegre. Max llegó a casa cuando volvíamos de Falsterbo. No preguntó dónde habíamos estado, ni yo le he preguntado por qué ha vuelto tan pronto del trabajo. Puede que alguno de sus compañeros de oficina le haya hecho ver que no resulta adecuado seguir con la rutina normal cuando tu hija ha desaparecido.

Si es que ha estado trabajando. El recibo de Burger King está en mi bolso y se lo voy a mostrar a Max, pero no delante de papá y Agneta.

El silencio es intenso. Lo único que se oye es el ruido de los cubiertos raspando los platos y el reloj de la pared. Tic, toc. El tiempo pasa, a pesar de todo.

Chanel viene trotando en busca de alguna cosa rica en el suelo. Papá siempre le pasa alguna golosina a escondidas y hoy tampoco se queda sin nada. Normalmente habría echado la bronca a papá, pero lo dejo estar. Los hábitos alimentarios de Chanel no son importantes.

Nada es importante.

Solo Jennifer.

Un golpe de viento hace que tiemble el extractor de aire de la cocina. Al salir de Falsterbo nos hemos topado con el clásico caos de nieve de la región, y el viento ha aumentado desde entonces. Ahora ya hay una fina capa en el suelo, pero probablemente se derretirá en menos de veinticuatro horas.

—¿Cuánto tiempo va a seguir este tiempo?

Agneta mira por la ventana.

—El viento amainará en la madrugada —dice Max—. Y dejará de nevar hacia la medianoche. Lo he mirado antes de salir del trabajo.

Así que esa es la razón por la que ha venido a casa antes de tiempo. Para no quedarse atrapado en la oficina —o donde estuviera— por la nieve. Miro de reojo a mi marido. Ha dejado el cuchillo a un lado y está engullendo el arroz con el tenedor. Sigo con la mirada la mano que viaja mecánicamente entre el plato y la boca. Arriba y abajo. Arriba y abajo. Una tirita grande le cubre los nudillos.

—¿Qué te ha pasado? —le pregunto, señalando la mano.

—Bah. —Max hace un gesto evasivo con el tenedor—. Me he pillado la mano cuando

arreglaba una cosa del coche. —Se gira hacia papá y Agneta—. Será mejor que os quedéis a dormir en la habitación de invitados. No es muy prudente salir a la carretera con este tiempo.

Papá parece dubitativo. Sé que preferiría dormir en su propia cama. Pero Agneta asiente con la cabeza.

—Me parece bien —dice—. Mejor que pasar la noche atrapados en un montón de nieve.

Papá está a punto de decir algo más cuando suena el timbre.

Un frío helador se extiende en mi pecho. Contengo la respiración. Papá y Agneta intercambian miradas. Piensan lo mismo que nosotros. Nadie ha dicho nada sobre la batida de búsqueda desde que salimos de Falsterbo, pero es evidente que todo el mundo ha estado luchando con esa preocupación a lo largo de la tarde.

Max se levanta de la silla y se dirige a la entrada. Chanel va dando brincos entre la cocina y la puerta de la calle, soltando ladridos agudos y moviendo la cola.

Supongo que se ve que me cuesta respirar, porque Agneta se levanta y coloca las dos manos sobre mis hombros, masajeándolos.

—Respira —susurra—. No podemos pensar que ha pasado lo peor.

Oigo voces desde la entrada. La voz de Max, claro. Y otras dos. Reconozco una de ellas, es la de Lina Torrero. No.

Oh, no.

No quiero estar aquí.

—Es la policía.

Max se encuentra en la puerta de la entrada a la cocina, pero se ha convertido en otro.

La cara es de otra persona. El hombre de la puerta se parece a alguien que conozco muy bien, pero aun así me cuesta identificarlo. Sí. Es papá. Tiene treinta y cinco años y está sobre la alfombra rosa de mi habitación con ojos llorosos. Sé lo que me va a decir y no quiero saberlo.

—¿Nos sentamos en el sofá?

La voz de Max es débil e inestable.

Ya no estoy aquí. Mi cuerpo no es más que un caparazón, y el caparazón no sabe hablar. Lollo no está aquí. Está en un lugar donde no tiene por qué oír, pensar y sentir.

—¿Lollo? —repite Max.

—Está bien —dice Agneta y consigue, de algún modo, mover mi cuerpo hacia el salón.

—Soy Lina Torrero. —Una persona que no encaja para nada con la imagen que tengo en la cabeza me extiende la mano—. Hablamos por teléfono el otro día —añade.

Me había imaginado una mujer de mediana edad. Lina Torrero aparenta menos de treinta. Es baja y tiene el pelo negro azabache recogido en una coleta tirante; parece tener raíces sudamericanas. Le doy la mano y me sorprende lo caliente que está la suya. Las mías están frías.

—Marko Stojkovic —dice un hombre alto con una barba bien recortada, y me extiende una

manaza grande.

Lo reconozco. Estuvo aquí el día de Año Nuevo.

Nos sentamos alrededor de la mesa. Respiro hondo, tratando de mentalizarme para el espantoso mensaje que están a punto de darme.

Pero no puedo mentalizarme.

No quiero hacerlo.

Agneta pone un brazo alrededor de mis hombros, el tiempo se para y corre rápido al mismo tiempo.

Lina Torrero mira a Max y después a mí; abre la boca.

—Siento comunicarles que Jennifer está muerta.

Se forma un grito en mi pecho, pero se queda bloqueado en la garganta. Tengo la lengua gruesa y noto unos pinchazos como de alfileres en los labios.

Max emite un sonido ahogado. Es un gemido, un lamento, que parece salir de un lugar muy dentro de él. Hunde la cara en las manos, se le sacude todo el cuerpo.

Lina Torrero permanece un rato en silencio y solo vuelve a hablar cuando Max levanta la cabeza.

—Como ya saben, Missing People ha organizado una batida de búsqueda aquí en Klagshamn esta tarde. Además habían convocado a una unidad canina.

Hace una breve pausa. Nadie dice nada. Mi mirada se mueve hacia la ventana y bajo la suave luz de la iluminación exterior veo los copos de nieve caer en picado hacia el suelo.

—Nos han llamado a las tres y media —continúa Torrero—. El perro había encontrado algo en la cantera de caliza que hay por aquí.

—Pero ¿por qué no buscaron allí antes? —pregunta Agneta—. Jennifer lleva desaparecida desde Nochevieja y, según tengo entendido, les dijo a todos que se iba a casa.

Torrero asiente con la cabeza.

—Empezamos repasando la zona donde se organizó la fiesta. Sin entrar en detalles técnicos, no había señales de que Jennifer realmente fuera a casa. Tampoco había rastro de ella en las grabaciones de las cámaras de vigilancia de la empresa de transporte regional, ni pudieron decirnos nada en las empresas de taxi. Ayer por la noche dimos con el conductor que llevó el autobús de la línea nocturna en Nochevieja y él la reconoció. Desafortunadamente no teníamos perros disponibles en aquel momento, pero esta mañana una de nuestras unidades caninas repasó la zona, sin resultado. También los perros pueden fallar.

Su voz es seria pero suave y melodiosa. Solo capto fragmentos del resto de su exposición, oigo palabras como «forenses» e «investigación preliminar» sin reaccionar. Al oír la palabra «autopsia» es cuando se libera al fin el grito de mi garganta.

La cabeza se me llena de un ruido ensordecedor. La garganta me quema. Agneta susurra

«tranquila, tranquila» mientras sus dedos se hunden en mi hombro. Pensaba que era ella la que me apoyaba, pero tal vez nos apoyamos mutuamente.

Papá se tambalea en su asiento. Tiene los ojos abiertos y vidriosos. Ver a papá es como ver mi propio dolor. Me duele el pecho y noto las pulsaciones en la cabeza.

El grito se desvanece.

—Quiero verla —susurro—. Quiero ver a mi hija.

—Por supuesto —dice Torrero—. Lo mejor sería que los médicos forenses concluyeran antes. —Mira a su colega—. ¿Puedes llamarlos y preguntarles cómo van?

El policía se levanta y se dirige a la cocina. Torrero continúa:

—La investigación entra ahora en una nueva fase y tendríamos que hablar un poco más con los dos. —Me mira a mí, y luego a Max—. Entiendo si hoy no tienen fuerzas, pero sería bueno que lo hiciéramos mañana.

Max se seca las lágrimas, se frota los ojos con las dos manos y se aclara la garganta.

—Podemos hacerlo ahora —dice después—. ¿Puedes, Lollo?

Asiento con la cabeza sin tener la menor idea de por qué. Una sola frase se repite en mi cabeza y, por mucho que intente callarla, no lo consigo.

Jennifer está muerta. Jennifer está muerta. Jennifer está muerta.

50
Fredrik

Las paredes de la habitación se mueven hacia el centro, cada vez más hacia dentro, y el oxígeno va desapareciendo. Mi respiración está entrecortada, cada intento de inspirar aire me duele.

Tengo que salir. Rápidamente. A poder ser antes de que vuelvan Nina y Smilla.

Solo puede haber una razón por la que ha llamado Smilla y no quiero verme cara a cara con su desesperación. ¿Cómo puedo enfrentarme al dolor de mi hija? ¿Qué puedo decir? ¿Cómo voy a poder mirarle a los ojos otra vez? ¿Cómo cojones podré volver a mirarle a los ojos a cualquiera después de esto?

Cuando Simon murió, fui yo el que se ocupó de todo lo práctico. Yo hablé con la policía, me puse en contacto con la agencia funeraria e informé a la familia. Mamá y papá estaban como paralizados. En cuanto entré por la puerta me dejaron las riendas de todo.

Tal vez fuera por aquellas tareas como pude aguantar las primeras semanas. Hice una lista que fui tachando punto por punto. Tinta azul sobre papel rayado. Mamá siempre ha tenido un pequeño cuaderno de espiral sobre un estante de la cocina. Suele escribir sus listas de la compra en ese cuaderno y recuerdo perfectamente que tuve que pasar una página con una lista iniciada para encontrar una hoja en blanco. En la parte superior de la página, escrito por la mano de mamá, ponía COCA-COLA. El elixir de vida del último niño de la casa. Mis padres nunca han tomado refrescos, así que solo era para él que llenaban la despensa del sótano con Coca-Cola cuando se acercaban los fines de semana.

Únicamente compartimos casa durante cinco años, Simon y yo. No nos conocíamos mucho. Pero me caía bien. Y era mi hermano pequeño. Cuando visitaba la casa de mis padres siempre trataba de sentarme un rato con él y charlar mano a mano. Era un chico taciturno y era fácil olvidarlo en medio del ajetreo de las celebraciones de Navidad y de Semana Santa. Pero debería haberlo llamado también por teléfono para preguntar cómo estaba, cómo le iba.

Joder, ¿por qué fui tan egoísta por aquel entonces? No hacía más que currar, quería progresar a toda costa. Ni siquiera me gustaba lo que hacía. Si hubiera seguido con ese trabajo, probablemente habría hecho crac de verdad.

Se nota que Nina está empezando a dudar de mi diagnóstico del estrés inventado. Ya no está solamente preocupada, está cabreada.

Tengo que serenarme. El problema es que he perdido el control de mi propio cuerpo. Ya no

me obedece. Es una sensación desagradable. Desagradable e inusitada. Mi cuerpo siempre ha sido mi mejor amigo. Ha rendido bien, ha sido sano y fuerte y es una parte importante de mi identidad profesional. Como profesor de educación física, uno quiere ser un modelo.

¿Quién me va a suceder? Puede que sea alguien joven y entusiasta, un recién graduado. Eso seguramente les gustará a los alumnos.

Me levanto de la cama, salgo a la entrada y me pongo la chaqueta. Me acuerdo del móvil, que está en el dormitorio, y voy a buscarlo.

El teléfono ha estado en modo no molestar y veo varios mensajes nuevos en la pantalla. El primero es de Dennis, mi compañero de trabajo y pareja de tenis. Mierda. ¿Qué día es hoy? ¿Miércoles? ¿Jueves? Solemos jugar al tenis los jueves por la noche y habíamos quedado en jugar un partido antes del día de Epifanía. Escribo un SMS rápido y meto el móvil en el bolsillo.

En el mismo momento, una potente luz entra por el cristal opaco junto a la puerta principal. Un ruido de motor sordo aumenta en intensidad, y después se calla de golpe. Las puertas del coche se cierran.

Se produce un cortocircuito en mi cabeza y me quedo de pie. Cuando Nina y Smilla entran por la puerta, sigo en medio de la entrada, con la cazadora y el gorro puestos, pero sin zapatos en los pies.

Smilla sube las escaleras sin mirar atrás y con la ropa de abrigo puesta. Por un momento parece que Nina sopesa la posibilidad de seguirla, pero en lugar de ello se arroja a mis brazos.

—¡Oh, Fredrik! —Apoya la cabeza en mi pecho y solloza—. ¡Es tan terrible! Jennifer está muerta. La han encontrado en la cantera de caliza.

—No. —Oculto un repentino mareo agarrándome a mi esposa, presa del llanto—. ¿Cómo...? ¿Saben lo que ha pasado?

Nina se inclina hacia atrás, mirándome con ojos llorosos.

—Ni idea. Solo sé que la ha encontrado un perro de rastreo. Es lo que le han contado a Smilla.

Estoy a punto de decir algo acerca de que Jennifer debía de estar muy borracha si acabó allí, pero lo dejo.

«Todo lo que diga puede ser y será usado en su contra en un tribunal».

—¿Cómo está Smilla? —le pregunto.

—No lo sé. —Nina se libera del abrazo y se seca las lágrimas con una manopla—. Está en estado de shock, creo. Oscila entre distintos estados emocionales. Espero... Espero que seamos capaces de consolarla. Quizá necesite ayuda profesional.

Una nueva oleada de mareo me abruma y trago saliva con fuerza. Nina me mira de arriba abajo, frunce el ceño.

—¿Dónde vas?

Llevo las manos automáticamente al gorro y me lo enfundo un poco más.

—Iba a salir a dar un paseo.

—Hay tormenta de nieve de las gordas. Y Smilla... —Nina señala con la cabeza hacia la planta de arriba—. Quiero decir... Necesitaré un poco de ayuda.

—No estaré fuera mucho tiempo. Voy a dar un paseo por la manzana.

—¿Entonces ya estás mejor?

Hay un rastro de irritación en su voz.

—Un poco mejor. —Encuentro las botas de invierno, que llevan en el estante sin usarse prácticamente desde el otoño, me las pongo y ato los cordones con esmero—. Un poco de aire fresco nunca viene mal.

Nina suspira y se agacha para recoger su bolso del suelo.

—Oye, por cierto... —Abre el bolso y hurga en él—. Ha llamado una persona de la policía antes.

Mi corazón se para un momento antes de redoblar el ritmo. El abrigo. Mierda. Alguien ha tenido que encontrarlo.

—Parece que quería hablar contigo, ha dicho que te había llamado varias veces. —Nina me mira—. ¿Has apagado el móvil?

Mis pulsaciones suenan tan altas en mis oídos que me cuesta oír lo que dice. Nina lee de una arrugada nota de papel.

—Se llama Lina Torrero.

—¿Quiere que la llame? ¿Por qué?

—No lo sé. —Nina ha empezado a subir las escaleras y se da media vuelta—. No he peguntado. Pero supongo que tiene que ver con Jennifer. Y le he prometido que te pondrás en contacto con ellos.

51
Nina

El salón está sumido en la oscuridad. La única fuente de luz proviene del candelabro de adviento que está sobre la mesa delante de mí. Mi mirada se queda clavada en las llamas. El titilante resplandor se refleja en mi copa y confiere un tono más cálido al vino tinto.

Levanto la copa, la acerco a mi boca y tomo un gran sorbo. La garganta se me calienta y el calor no tarda en extenderse por todo el cuerpo. Los hombros se me relajan un poco. Después de unos sorbos más, los pensamientos dejan de competir por ver quién llega antes, forman mansamente una fila ordenada, esperando su turno. No es difícil entender por qué el alcohol es adictivo.

Anton ya me ha dado las buenas noches, pero, al pensar un poco más en ello, me doy cuenta de que bien podría estar despierto. Si nadie le dice nada, por él estaría jugando a sus videojuegos hasta el amanecer. Dentro de un rato subiré a echar un vistazo.

Smilla y Vilgot están dormidos en nuestra cama de matrimonio. El llanto de Smilla ha sido contagioso y la tarde ha terminado con dos hijos histéricos. La solución ha sido echarlos en la misma cama y dejar que me agarrasen una mano cada uno hasta quedarse dormidos.

Smilla no puede dejar de culparse a sí misma. Cree que Jennifer se ha quitado la vida debido a su discusión. Me cuesta pensar que pueda tratarse de un suicidio. Jennifer siempre ha parecido tan fuerte y segura de sí misma, al menos en la superficie. Pero que haya sido víctima de robo y homicidio, o de una violación, sería igual de improbable.

En cualquier caso, he dedicado gran parte de la tarde a tratar de convencer a Smilla de que su discusión, como un hecho aislado, no puede ser la razón para un hipotético suicidio. No sé cuántas veces le he dicho la frase: «Si Jennifer se ha quitado la vida, ha tenido que haber otras razones que no conocemos». Pero Smilla no ha querido oír esta explicación. Lloraba y gritaba, y durante unos minutos no ha sido posible llegar a ella.

Busqué el móvil y tecleé el número de consulta de emergencias médicas, pero cuando la llamada estaba siendo atendida me entraron dudas, no supe cómo formular mi pregunta, y colgué. Después de un rato, Smilla volvió en sí. Seguía aturdida, pero al menos fue posible hablar con ella.

Como era de esperar, Fredrik no me ha ayudado. Ahora está echado en la cama de Smilla, no parecía importarle dormir solo. Nada más volver de su paseo dio las buenas noches y subió a la

planta de arriba. Mi marido se comporta de un modo cada vez más extraño. Lleva varios días sin moverse de la cama y de repente quiere salir a pasear, en medio de una tormenta de nieve.

Coloco la copa sobre la mesa y me echo hacia atrás en el sofá, bostezando. Parece que ha transcurrido una vida entera en el día de hoy, no puedo concebir siquiera que fue esta mañana cuando Smilla acudió al interrogatorio en la comisaría. Y, a propósito de la policía, ¿por qué esa tal Lina Torrero quería hablar con Fredrik? No me ha dado tiempo a preguntarle si ha contactado con ella.

Me imagino que solo quería saber cómo se encontraba Jennifer últimamente. Fredrik y Jennifer se llevaban bien. Casi me atrevo a pensar que Fredrik conocía a Jennifer mejor que Lollo y Max. Puede sonar injusto, pero a veces me daba la sensación de que no se interesaban mucho por su hija, que simplemente formaba parte de la casa como otro objeto de decoración, o un accesorio de la vida perfecta de Lollo en Instagram.

Entonces los acontecimientos de hoy me alcanzan y se me corta la respiración.

Jennifer está muerta.

Ya no vive.

Hace unos días estaba vestida de fiesta en nuestra cocina, dando guerra. Ahora ya no existe y nunca volveremos a verla.

Es inconcebible. Irreal.

El nuevo año comenzó con una resaca de órdago, y después las cosas no han mejorado. Pero mis problemas no son más que trivialidades en comparación con Lollo.

Trato de imaginarme la situación en casa de los Wiksell en estos momentos. También ellos tendrán dificultades para dormir. ¿Es posible obtener ayuda de fuera cuando pasa algo así? ¿Hay que pedir ayuda, o hay un protocolo oficial que arranca cuando se notifica el fallecimiento?

Me pregunto cómo se lo está tomando Max. Max el Macho. El señor Wiksell que nunca toma nada en serio, que siempre se toma todo a broma. ¿Esto lo podrá tomar a broma? No, evidentemente no puede hacer eso.

Y Lollo. Pobre Lollo. Max también, claro, pero simpatizo más con mi amiga que con su marido. Lollo perdió a su madre cuando era pequeña. Apenas habla de ello, pero tuvo que haber sido un trauma.

La vida no es justa, joder.

Levanto la copa y me tomo otro sorbo de vino. ¿Debería ponerme en contacto con Lollo? Llamar, enviar un SMS o tal vez mandarle flores. No sé cómo hay que actuar cuando alguien pierde a una hija. Parece estúpido enviar un ramo de flores. ¿A quién le importan las flores cuando una vida se ha roto?

Estoy convencida de que el muro de Lollo en Facebook está lleno de mensajes de condolencias, corazones y emojis que lloran. Pero no tengo necesidad de hacer públicos mis

sentimientos allí. Además, Lollo y yo nos conocemos desde hace más de media vida. Entonces no hay que transmitir el consuelo a través de una red social. Quizá debería llamar... No, eso sería como caminar sobre el suelo de baldosas especialmente encargadas de los Wiksell con chanclas sucias. Al menos tan pronto después de la noticia.

Dejo la copa y recojo el móvil de la mesa, busco a Lollo entre los contactos y abro un nuevo mensaje.

Querida Lollo

No sé qué más escribir. ¿Cómo narices puedo expresarme? ¿Qué habría querido que me escribiesen a mí si estuviera en la misma situación? Ni siquiera me atrevo a pensarlo.

Me he enterado de lo que ha pasado y estoy tan triste, estamos todos desconsolados. Queríamos a Jennifer

No.

Tenemos tantos buenos recuerdos de

No.

Tiro el móvil al sofá, tomo otro trago de vino y clavo la mirada en la ventana. Todavía está nevando, pero con menos intensidad. Me veo abrumada por una repentina melancolía. ¿Por qué no tengo a nadie con quien hablar? ¿Debo pasar por esto sola?

Mis dedos buscan el móvil a tientas y no tardo en encontrar a Malena en Messenger.

Estás despierta? Puedes hablar?

Un punto verde bajo la foto de perfil muestra que está activa. Miro fijamente al chat como si así pudiera apremiar una hipotética respuesta. Y puede que funcione, porque al cabo de un rato aparece una palabra en la pantalla:

Claro.

—Te has enterado, ¿no? —es lo primero que digo.

—Sí, lo he leído hace un rato.

La voz de Malena hace que lo irreal se vuelva más real y me cuesta respirar.

—Smilla..., Smilla ha participado en la batida de búsqueda —le suelto al final.

Malena contiene el aliento.

—¿Qué? ¿En serio?

—Ella quería hacerlo. No me pareció correcto prohibírselo. Pero, gracias a Dios, no ha sido ella la que ha encontrado a Jennifer. Fue alguien de Missing People, alguien que llevaba un perro.

Después de un breve silencio, Malena vuelve a hablar.

—Es tan extraño —dice—. Una piensa que estas cosas no pasan, y luego resulta que le pasa a Jennifer.

—He pensado lo mismo —contesto—. Y nosotras echando mierda sobre ella el otro día. Parece tan...

—¿Tan qué? —pregunta mi amiga—. ¿No estarás pensando que ha sido culpa tuya?

No puedo evitar la sonrisa.

—Llevo varias horas tratando de hacerle comprender a Smilla que no tiene la culpa... Y luego me siento culpable yo misma.

—Por favor, Nina. ¿Por qué?

Malena casi parece enfadada.

—Bueno, ya sabes... La fiesta y todo eso. Se les fue de las manos. No deberíamos habérselo permitido.

—Olvida lo de la fiesta —dice Malena con firmeza—. Jennifer puede haberse quitado la vida, o...

—¿De verdad lo crees? —la interrumpo.

—No lo sé. —Malena suspira—. ¿Qué otra cosa podría ser?

—Ni idea —respondo—. Pero no parece que Jennifer y el suicidio sean compatibles. No era ese tipo de persona.

—No existe un tipo de personalidad suicida —protesta Malena.

—No, ya, pero... —Pierdo el hilo por un momento antes de continuar—. Es simplemente que Lollo nunca ha dicho nada de que Jennifer podía estar pasándolo mal.

—Puede que no lo supiera. —Malena sufre un ataque de tos, pero vuelve rápidamente a su argumentación—. Hay mucha gente que carga con sus problemas sin contarlos. Créeme, he visto muchas cosas.

Unas llamas están lamiendo el musgo de la base del candelabro y me inclino hacia delante, soplando todas las velas por si acaso.

—Por esa misma razón, quizá deberíamos haberla apoyado en lugar de dejarnos llevar por la irritación.

Una imagen de la pálida cara de Fredrik aparece en mi cabeza y parpadeo un par de veces para que desaparezca, fijando la mirada en la copa medio vacía delante de mí.

—Aquí me tienes, pimplando vino en solitario —reconozco—. Necesitaba relajarme.

—Haces bien —dice Malena—. También a mí me vendría de perlas algo para relajarme.

Su aprobación me anima a levantar la copa y tomarme un sorbo grande.

—¿Has hablado con Lollo? —pregunto.

—No. —Malena vuelve a suspirar—. Debería haberme puesto en contacto con ella ya a principios de la semana, y ahora me cuesta más. ¿Qué puedo decirle?

—No lo sé. Intenté escribir algo hace un momento. Pero todo me sonaba espantoso. —De repente se me ocurre una idea—. ¿No te apetecerá tomar un café mañana? Necesitaría hablar largo y tendido con alguien.

—¿Mañana? —Oigo cómo Malena se mueve por el piso—. Bueno, voy a comprobar una cosa. Espera un momento. —Durante un buen rato no se oye más que un ruido crujiente en el otro lado —. Sí, creo que no hay problema —dice al final—. ¿Mañana por la tarde puedes?

Doy las gracias a Dios por la existencia de Malena. Conocía a Jennifer y conoce a Lollo. Pero sobre todo es una persona que, en medio de este caos, se comporta de un modo normal.

—Sí, ningún problema —le digo, pero al mismo tiempo me acuerdo de la situación actual—. Siempre y cuando Smilla esté un poco mejor. No sé si me atrevo a dejarla sola.

—¿Fredrik no está en casa?

—Sí, pero... —Algo se hincha en mi garganta. Trato de tragar, pero no lo consigo—. Mañana..., mañana te comento.

—Vale. —Malena parece dudar un poco—. ¿Está todo bien, Nina?

—No. —Noto las pulsaciones en la garganta—. No, no está todo bien, para nada, pero... —Inspiro hondo—. Lo siento...

—No tienes por qué disculparte —dice Malena con voz suave—. Entiendo si lo estás pasando mal, después todo lo que ha ocurrido con Jennifer, Smilla y demás.

—No es solo eso. Fredrik también está... —Un dolor sordo se extiende detrás de los oídos y en el fondo del paladar, los ojos se me están inundando—. Está tan raro. Dice que está estresado, que está desbordado en el trabajo. Pero no lo sé... Al principio llegué a pensar que veía a otra persona...

El llanto me domina y ya no puedo hablar más. Es como si hubiese guardado las lágrimas dentro de mí. Ahora parece que no hay más sitio para ellas. Las lágrimas salen a chorros y algunas de ellas buscan su camino por la mano que sujeta el móvil, mojando el puño del jersey.

Malena espera con paciencia hasta que deje de sollozar.

—¿Quieres hablar? —pregunta luego.

—Si empiezo a hablar ahora no vas a poder pararme, te tendré toda la noche despierta. —Sollozo y río a la vez, sale como un bufido—. Será mejor que te lo cuente mañana.

Quedamos en Espresso House junto al centro comercial Hansa a las tres y terminamos la

conversación.

Vuelvo a abrir la aplicación de Mensajes y empiezo a teclear.

Querida Lollo, me he enterado de lo de Jennifer. Es terrible, todos estamos tan tristes por lo que ha pasado. No sé qué puedo escribir que no suene ridículo o estúpido. Pero que sepas que sufrimos con vosotros.
Espero que tengáis a alguien para apoyaros. Espero que me llames si hay algo que podamos hacer.
Abrazos muy fuertes de Nina, Fredrik y los niños

4 de enero de 2019
Viernes

52
Lollo

Me encuentro con Jennifer en la tierra fronteriza entre los sueños y la vigilia. Acaba de nacer, está pegada a mi pecho con un fino gorro de algodón blanco enfundado sobre la cabecita. Es tan pequeña que incluso el gorro le queda grande. Miro el bulto arrugado con terror mezclado con amor. Una pequeña vida. Mi responsabilidad.

De repente ha cumplido un año y viene tropezando con los rollizos dedos cerrados alrededor del manillar del carrito de andar. El pañal como airbag.

A los cinco años, aparece con el pelo despeinado. Va a una fiesta de cumpleaños y la he puesto guapa, con falda y blusa con mangas abullonadas. Se quita los leotardos antes de salir por la puerta. La riño, sujetándola del brazo con fuerza. El elástico le da un latigazo cuando le subo el leotardo y lo suelto sobre la barriga.

Al momento tiene once años. Una jugadora de fútbol alta y flaca con las mejillas rojas, la frente sudada y una amplia sonrisa. Ha marcado un gol. O quizá haya hecho un pase alucinante.

La Jennifer adolescente es más difusa. Primero está en la entrada, yendo al cole con un jersey con mucho escote y demasiado maquillaje en la cara. Luego está sentada sobre su cama en chándal y sin maquillaje. Tiene el ordenador sobre el regazo y está estudiando para un examen. Historia, o tal vez ciencias sociales.

Jennifer se va desvaneciendo y cierro los ojos con fuerza para no perderla. Mis manos la buscan a tientas. La llamo, suplicando.

No quiero dejar a mi amada hija.

No quiero.

No quiero.

Cuando abro los ojos veo que es de día tras la persiana. Mi cara está mojada. ¿He llorado mientras dormía? He debido de hacerlo. Pero ¿cómo es posible? ¿Cómo puedo dormir cuando Jennifer está muerta?

Jennifer está muerta.

Cada vez que las palabras me pasan por la cabeza, siento un dolor físico. Es como una puñalada en el estómago. O tal vez en el tórax.

Duele tanto que jode.

El móvil se encuentra sobre la mesilla de noche. ¿Lo he dejado yo allí? No recuerdo cómo

acabé en la cama ayer, solo tengo vagos recuerdos de estar en el sofá con esa policía, Lina Torrero, y su compañero. Papá y Agneta también se hallan presentes. ¿Se han marchado? Agudizo los oídos, tratando de captar algún sonido, pero no oigo nada, la casa está vacía. Inusualmente vacía.

Recojo instintivamente el móvil y activo la pantalla, y me sorprendo a mí misma esperando encontrar un SMS de Jennifer. Se me escapa un llanto tembloroso. Nunca más —jamás— voy a encontrar un mensaje de Jennifer en mi teléfono. Nunca más recibiré un mensaje enviado desde el autobús nocturno que diga «En camino» o «Llego en 5», y termine con un corazón o dos.

Nunca más.

Hay otros mensajes en mi móvil. Muchos. Leo un par de ellos, entre otros uno de Nina, pero poco después dejo el teléfono. Todo lo que la gente escribe carece de sentido. Ninguna palabra puede devolverme a Jennifer.

Varios de nuestros amigos preguntan si pueden hacer algo. Pero ¿qué van a hacer? Nadie puede hacer nada.

Jennifer está muerta.

Se oye una ligera llamada en la puerta y aparece la cabeza de papá en el resquicio. Entra, se para a algún metro de la cama.

—¿Cómo estás?

Mi cabeza estalla, se me cierra la garganta y el tórax me presiona los pulmones. No consigo decir nada, solo tiemblo. Papá se sienta en el borde de la cama, me despeja el pelo de la cara y sigue acariciando mi cabeza con movimientos tranquilos y regulares.

—Llora —dice—. Tú llora.

Suena como un eco de otro tiempo.

Puede que se quede así dos minutos, puede que sean diez. O una hora.

No tengo ni idea. Al final no me quedan lágrimas.

—¿Dónde está Max?

Mi voz sale rasposa.

—Está en la cocina con Agneta. —Papá arregla el nórdico, me envuelve mejor como cuando era pequeña—. Hemos pensado quedarnos hasta que venga la policía y terminen de hablar contigo.

En ese momento entra Agneta en la habitación. Se acerca a la cama, coge mi mano y le da un apretón.

—¿Cómo estás?

Antes de que pueda contestar, se ha ido hasta la ventana donde se pone a enredar con las persianas; las sube hasta la mitad para que se vea un atisbo del cielo gris de enero.

Papá me aprieta el brazo y después, con un esfuerzo, se pone en pie.

—El pastor que confirmó a Jennifer ha llamado hace un momento —dice Agneta, que ya ha vuelto a la cama—. Ha llamado a Max.

—¿Anders Edwall? —La miro—. ¿Qué quería?

—Supongo que quería decir que comparte el dolor y..., bueno, ofrecer su ayuda. Max ha apuntado el número, por si quieres ponerte en contacto con él.

—No creo en Dios —susurro, y siento la tensión en la garganta otra vez.

—Pienso que se refería más bien a conversar a modo de terapia. —Agneta ya se encuentra en el umbral de la puerta—. ¿Qué te parece un café y un bocadillo? La policía llegará sobre las diez.

No veo cómo voy a poder estar sentada y hablar con personas desconocidas sobre mi hija muerta. Me resulta completamente absurdo. Pero al momento me doy cuenta de que nos visitan por una razón. Quieren averiguar qué ha pasado. Y quién lo ha hecho.

Si ese John Blund ha matado a mi Jennifer, espero que no salga de la cárcel nunca. O que se pudra en el infierno. Lo mismo digo sobre Petter Silvén. Independientemente de quién sea el culpable.

Necesito serenarme. Porque voy a hacer todo lo que esté en mis manos por enchironar al hijo de puta.

—¿Qué han dicho?

Levanto las piernas y pongo los pies en el suelo. Tanto papá como Agneta me miran con sorpresa, parece que la repentina energía en mis movimientos los ha pillado desprevenidos.

—¿Qué han dicho quiénes? —pregunta Agneta.

—Los policías, claro. Sobre Jennifer. ¿Saben algo de lo que ha pasado? ¿De cómo acabó en la cantera de caliza?

—En realidad no han dicho nada... —Papá abre los brazos con un gesto de pesadumbre—. Solo han hecho preguntas.

Lo miro fijamente.

—¿Han hablado con vosotros también?

Asiente con la cabeza.

—Muy brevemente. Después de hablar con Max.

No entiendo nada.

—Pero ¿por qué? —Me pongo en pie—. ¿Vosotros qué podéis contarles? No habéis visto a Jennifer desde Nochebuena.

—Nada que tenga que ver con la desaparición, claro —dice Agneta—. Pero querrían hacerse una idea de... —Duda un poco antes de seguir—. Una idea de la familia, de la gente del entorno de Jennifer.

El suelo se mueve bajo mis pies. Trato de encajar lo que dice Agneta. Al momento me quedo helada.

—No creerán... —Doy un paso hacia delante y la agarro del brazo—. ¿No creerán que es un suicidio? ¿Que se ha...? ¿Que nosotros no hemos...?

—Lollo. —Agneta pone su mano libre encima de la mía—. No han dicho lo que piensan. Y sospecho que no van a contar nada antes de que estén totalmente seguros.

—Enseguida voy —murmuro—. Quiero ducharme primero.

El agua corre sobre mi cuerpo desnudo. Cierro los ojos y trato de ignorar los pensamientos que se entrometen. No puedo.

¿Jennifer era tan infeliz que se quitó la vida?

¿Trataba de decirnos algo que no captamos?

¿Deberíamos habernos dado cuenta de algo?

Recuerdo uno de los poemas que encontré en el ordenador de Jennifer.

Te amo.
Te odio.
Pero me odio más a mí.

Mis lágrimas siguen el agua, desaparecen a través de las rendijas del desagüe cromado.

53
Fredrik

Malmö está pintada con una gama de colores que va desde el gris hasta el marrón. Es cierto que en nuestro barrio se ven rastros de la tormenta de ayer, algunos jardines que dan al norte están parcialmente blancos, y, en los dos lados de la calle Sallerupsvägen, la máquina quitanieves ha dejado una fina hilera de nieve. Pero cuanto más al centro llego, más marrón se vuelve todo.

Apenas han pasado dos días desde que fui a Klagshamn y aun así el coche me parece diferente, como si mi memoria muscular hubiese sido completamente borrada. En el cruce de la calle Drottninggatan me olvido de pisar el embrague, la caja de cambios chilla y se me para el motor.

Hay poco tráfico a estas horas de la mañana, pero aun así no es fácil encontrar un hueco para aparcar. Mucha gente está de vacaciones entre Nochevieja y Epifanía, los coches están apretujados a lo largo de las callejuelas detrás de la comisaría. Al final encuentro un hueco y una señal que enseña qué apps de aparcamiento son las que valen.

Llevo esperando con pavor este momento desde la madrugada de Nochevieja, pero me siento extrañamente relajado cuando se cierra tras de mí la puerta de cristal del enorme edificio. También puede deberse al hecho de que la mayor parte de nuestras preocupaciones se magnifican en nuestras cabezas. Incluso puede ser porque sigo siendo capaz de espabilar cuando realmente lo necesito.

Porque supongo que lo necesitaré ahora.

La persona que me va a interrogar habrá sido entrenada para descubrir señales de nerviosismo o inseguridad. Por eso debo comportarme de un modo tranquilo y cabal. Es mi única posibilidad. Si en el momento actual sospechan de mí, pero carecen de pruebas concretas, debería librarme siempre que pueda ofrecerles una explicación y no hundirme.

«No has hecho nada, Fredrik.

»No hiciste más que hablar con Jennifer.

»Y no escondiste para nada un abrigo en un contenedor de Elisedal.

»Nunca has estado allí, ni siquiera sabes dónde está».

Me acerco a la recepción y explico por qué he venido.

La mujer del otro lado del cristal me pasa una tarjeta de visitante y me pide que tome asiento. El banco es duro e incómodo. Pero entiendo que la idea no es que estés cómodo mientras

esperas. Miro a mi alrededor. Un joven con la mirada perdida está sentado en el banco de al lado, patea el suelo con uno de los pies. ¿Es sospechoso de algo? ¿O ha venido para dejar testimonio? Sea como fuere, parece muy nervioso.

—Fredrik Andersson.

Me sobresalto y me pongo en pie de un brinco. Frente a mí está el mismo policía que fue a vernos a casa el otro día. Mi corazón se acelera. Hay algo en este hombre que me perturba. Puede ser su mirada penetrante. O, si no, su tranquilidad. Parece traicionera, como la calma que precede a la tormenta.

—Vaya, ha venido a todo gas.

Suspiro por dentro. La expresión podría ser un tic profesional, pero no creo que la haya usado antes.

—Marko Stojkovic —dice el policía grandullón y me tiende la mano derecha—. Ya nos conocimos el martes.

Le doy la mano y espero que lo que sucede en mi cara se parezca a una sonrisa.

—Venga conmigo.

Stojkovic se me adelanta y se dirige al interior del edificio. El pasillo está desierto. No se ve a nadie, únicamente una fila interminable de puertas cerradas. Trato de permanecer en la sensación de tranquilidad en la que me encontraba hace tan solo un rato.

Tengo que arreglar esto. No hay alternativas.

Por un momento veo a Nina delante de mí, tal y como la vi en Nochevieja antes de que todo se fuera a la mierda. Los cabellos recogidos, los suaves rizos ondulados por detrás de la nuca, el vestido verde y la amplia sonrisa.

«Mi querida Nina».

—Pase.

Stojkovic se ha parado delante de una de las puertas. Está abierta de par en par y me hace un gesto para que entre antes que él. La habitación es muy pequeña. El suelo es gris, las paredes blancas, y el mobiliario consiste en una mesa y cuatro sillas. Tiene exactamente el mismo aspecto que siempre me he imaginado que debe de tener una sala de interrogatorio. Austero e impersonal.

Nos sentamos a la mesa. Yo en un lado, Stojkovic en el otro.

—La inspectora vendrá en cualquier momento —dice.

Asiento con la cabeza, miro a través de la ventana. Fuera no se ve más que un cielo gris, y vuelvo a mirar a Stojkovic. Me obligo a no apartar la mirada. Esto debe de ser parte de la táctica. Me dejan un rato solo con él para ver cómo me comporto.

Al momento se abre la puerta y una joven, de unos treinta años, entra en la sala. Su pelo largo y negro está recogido en una coleta alta y va de paisano, al igual que su compañero.

Hago el amago de levantarme, pero la mujer da un paso hacia mí, dándome la mano.

—No se levante —dice, apretándome la mano con una fuerza inesperada—. Siento el retraso. Soy Lina Torrero —continúa—. Inspectora.

—Fredrik Andersson —contesto, sin necesidad alguna. Sabe de sobra quién soy.

Lina Torrero suelta mi mano y se sienta junto a Stojkovic, que está delante del único ordenador de la sala, preparado para tomar nota.

—Vamos a ver... —Torrero hojea unos papeles—. Será mejor que comencemos ya. —Levanta la mirada y me mira—. ¿Hay algo que quiera saber antes de empezar?

Niego con la cabeza, pensando frenéticamente. ¿Debería preguntar algo? ¿Debería actuar como un gamberro y cuestionar mi presencia en este interrogatorio? ¿Debería montar una escena porque me han obligado a venir en medio de las vacaciones de Navidad?

Lina Torrero pone en marcha un dictáfono que está en medio de la mesa, detalla los nombres de los presentes, así como la fecha y la hora del interrogatorio. Igual que en las películas.

—¿Cómo está? —pregunta.

Me quedo a cuadros.

—¿Que cómo estoy?

Lina Torrero deja la pregunta en el aire por un momento antes de continuar.

—Su mujer dijo que últimamente no se ha encontrado muy bien.

—Bueno. Quiero decir..., sí, es cierto. —La mirada de Stojkovic es como un rayo que me abre un hueco en la cabeza—. Ha habido mucho estrés en el trabajo. Y luego esto de Jennifer Wiksell, claro. Tuve un hermano pequeño que se quitó la vida. Tenía unos años menos que Jennifer cuando pasó, pero... En fin, lo que ocurre es que... Son recuerdos duros.

Ella asiente con la cabeza.

—Trabaja como profesor, ¿verdad?

—Sí, soy profesor de instituto. De matemáticas y educación física.

Torrero echa un vistazo a la primera hoja del montón y luego vuelve a mirarme.

—¿Tiene alguna idea de por qué está aquí? —pregunta.

—Seguramente no es para hablar de mi salud —contesto, tratando de parecer un tío enrollado.

Ni Torrero ni Stojkovic sonríen.

—Me imagino que tiene algo que ver con Jennifer —digo rápidamente, y añado—: Pero la verdad es que no entiendo cómo puedo ayudarlos. Ya han hablado con mi hija Smilla. Ella y Jennifer dieron una fiesta en nuestra casa, pero no hice más que saludar a Jennifer antes de ir a casa de sus padres, no hablé con ella.

Los dedos de Stojkovic vuelan sobre el teclado. ¿Qué está haciendo? Lo que acabo de decir ¿realmente es algo que necesita dejar por escrito?

Torrero se aclara la garganta.

—¿Puede describir su relación con Jennifer Wiksell?

—¿Relación? No tuvimos ninguna relación.

Ni siquiera tengo que esforzarme para parecer indignado.

—Si lo he entendido bien, tuvieron una relación cercana —dice Lina Torrero con tranquilidad —. Usted le caía bien.

Suelto el aire.

—Jennifer y yo nos llevábamos bien. Ha pasado por algunos momentos malos y...

—¿Puede desarrollar eso? —me interrumpe la inspectora.

—¿El qué?

—Ha dicho que Jennifer «ha pasado por algunos momentos malos».

Dedico un rato a fingir que estoy pensando, pero doy una respuesta que llevo cincelando varios días.

—Bueno, los padres de Jennifer siempre han exigido mucho a su hija. Al mismo tiempo, apenas le dedican tiempo. Creo que soy uno de los pocos adultos que realmente la escuchaba. A decir verdad, ella era bastante difícil de pequeña, buscaba la atención de diferentes maneras. En parte, supongo que esto se debía a que sus padres no le hacían mucho caso. Pero, si le dedicabas un poco de tiempo, era como cualquier otra cría. —Apoyo la espalda en el respaldo duro de la silla—. Lo veo continuamente en mi trabajo. La mayoría de los alumnos no son difíciles si los tratas con respeto. Y les das tiempo.

—¿Cuándo se veían? —pregunta Torrero.

Me quedo tieso.

—No nos veíamos. Quiero decir, nos veíamos cuando quedábamos con su familia. Un poco más a menudo cuando las chicas eran pequeñas, y siempre en la celebración del solsticio de verano y en Nochevieja. En los últimos años, Smilla y Jennifer comían con nosotros y después salían a divertirse solas.

—¿Así que nunca se veían a solas Jennifer y usted?

—Sí. —Vuelvo a relajarme—. Cuando estaba en secundaria, necesitó apoyo con las mates durante un tiempo. Yo iba a casa de los Wiksell y la ayudaba. Fueron dos o tres tardes en días entre semana y recuerdo que en alguna de esas ocasiones ni Lollo ni Max estaban en casa.

—Pero, aparte de eso, ¿no se han visto fuera de las reuniones de las dos familias?

—No.

Fijo la mirada en Stojkovic.

Lina Torrero se calla, hojeando sus papeles. Lo único que se oye, aparte del crujir de las hojas, es el ruido sibilante de una salida de aire en el techo.

Echo un vistazo al cielo y trato de imaginarme cómo sería quedarme aquí para siempre, verme

obligado a estar encerrado en un espacio tan pequeño con tan solo una ventana con rejas que comunica con el mundo exterior.

—¿Solían hablar por teléfono? —pregunta Torrero de repente.

—No mucho —contesto—. Pero algunas veces me llamaba para pedirme ayuda con algún problema de mates.

Torrero asiente con la cabeza, pensativa.

—Supongo que cuando lo llamó en Nochevieja no fue para hablar de problemas de mates.

La conversación se ha desarrollado exactamente como sospechaba, y tal y como yo quería.

—¿Cuando me llamó? —Pongo cara de sorpresa—. No hablé con Jennifer en Nochevieja.

Lina Torrero acerca una hoja y la pone delante de mis ojos.

—Según el histórico de la operadora, Jennifer lo llamó justo después de las campanadas.

Niego con la cabeza.

—Debe de haber algún error. No hablé por teléfono con Jennifer en Nochevieja. Solo le dije adiós y le deseé un feliz año nuevo en la cocina de nuestra casa.

—Las estadísticas de las operadoras raras veces se equivocan —dice Torrero con un tono ácido—. Y la conversación duró varios minutos.

Pone un dedo fino sobre el papel que está en la mesa entre nosotros.

Abro los brazos en un gesto de incomprensión.

—Entonces me habrá llamado y he debido de tocar el teléfono y contestar sin darme cuenta. Tenía el móvil en el bolsillo, y estas cosas pasan a veces. Eso de contestar y llamar a alguien sin querer. —Dejo la mirada errar entre Torrero y Stojkovic. No parecen muy convencidos—. Lo juro. No hablé por teléfono con Jennifer en Nochevieja.

—Vamos. —La inspectora sube la voz—. No es el primero que se inventa milongas sobre el móvil en el bolsillo. Será mejor que nos diga lo que pasó.

El inesperado cambio de tono de Torrero hace que mi corazón comience a latir con fuerza, siento las pulsaciones hasta en las puntas de los dedos. «Mantén la calma, Fredrik —me digo a mí mismo—. Quieren que pierdas el control, así que no se lo concedas. No les des nada».

Enderezo la espalda y miro a la inspectora sin parpadear.

—Le estoy diciendo lo que hay. ¿Acaso piensa que estoy mintiendo?

Stojkovic y Torrero intercambian miradas. Y puede que se comuniquen con códigos secretos, porque de repente Torrero se inclina hacia atrás en la silla.

—De acuerdo, dejémoslo así, pues. —No consigue ocultar su irritación—. Pero ¿qué cree que podía querer Jennifer?

—¿Cómo lo voy a saber?

La inspectora me mira impasible.

—Puede adivinar.

Suspiro, pero en secreto me alegro de haber recuperado la iniciativa.

—Bueno... —Alargo la respuesta—. Supongo que tendría que ver con la fiesta. Quizá quisiera contarme que se había desmadrado. Puede que desease que llegásemos antes a casa para pillar a Smilla con las manos en la masa, antes de que pudiera recoger.

Torrero frunce las cejas.

—¿Por qué Jennifer iba a querer eso?

—Estaban enfadadas —le recuerdo—. Jennifer pudo haber pensado que sería una venganza justa.

Los dedos de Stojkovic bailan sobre el teclado y Torrero se inclina ligeramente sobre la mesa.

—¿Puede hablarnos brevemente de dónde estuvo en Nochevieja? A partir de las diecinueve horas, más o menos.

—Estuve en la fiesta —digo—. En casa de los Wiksell.

—¿Y nunca abandonó la fiesta?

—Sí, cuando nos marchamos. A las dos y media. Pero ya se lo he contado.

La inspectora asiente con la cabeza y recoge sus papeles en un montón pulcro.

—Muchas gracias, Fredrik. Y también por venir tan rápido.

Mira el reloj, dice la hora en alto y apaga la grabadora. Nos levantamos y nos damos la mano.

—Siento no haber aportado más —comento mientras salgo por la puerta.

—Creo que ha aportado unas cuantas cosas. —Lina Torrero me sostiene la mirada—. Espero que no le importe que lo volvamos a llamar si hiciera falta.

—Por supuesto. No tienen más que llamar. Siempre contesto. —Siento cómo me sube una carcajada por la garganta y debo esforzarme para que se convierta en una mera sonrisa antes de rematar el chiste—. A no ser que tenga el sonido apagado, claro.

Stojkovic va delante de mí por el pasillo y me deja en la recepción.

Camino de la libertad, me doy cuenta de que el comentario de Torrero de que he aportado «unas cuantas cosas» puede interpretarse de dos modos muy diferentes. Y creo que Stojkovic asintió con la cabeza cuando lo dijo.

Vuelve la ya familiar náusea. Un sudor frío sale a chorros y las piernas apenas me sostienen durante el breve paseo desde la comisaría hasta la calle perpendicular.

Entro como un muerto en el asiento del conductor, apoyo la cabeza en el volante mientras el mareo se desvanece poco a poco.

54
Nina

Fredrik se encuentra en la comisaría. Estaba taciturno antes de salir, parecía nervioso y susceptible.

Intenté hacer una broma, dije que esperaba que no lo enjaulasen. Pero Fredrik ni siquiera sonrió, se limitó a bufar y agitó la mano como si fuera un insecto fastidioso.

Tengo el portátil sobre la mesa de la cocina, delante de mí. La cafetera suena de fondo. Vilgot ve la tele, Smilla y Anton duermen. Se podría pensar que es una mañana totalmente normal de vacaciones de Navidad. Nadie podría pensar que acaban de encontrar a la hija de nuestros amigos muerta en una cantera de caliza. No hay ninguna señal de que tengo una hija al borde de un colapso nervioso y un marido a quien ya no reconozco.

Googleo entre miles de descripciones de enfermedades relacionadas con el estrés. Es evidente que el estrés es un problema común. Hay innumerables blogs, foros y páginas web dedicadas a la salud, para quien quiera enfrascarse.

La descripción que aparece en la Guía de Salud del síndrome de fatiga crónica me resulta equilibrada y concreta, en comparación con todo lo que he leído. Me quedo en esa página y comienzo a leer.

«Te falta energía y sientes un gran cansancio que no se va a pesar del descanso».

Encaja perfectamente.

«Sientes irritación, preocupación y estás bajo de ánimos».

Leo cada vez más rápido.

«Puedes sufrir molestias estomacales e intestinales».

El alivio es tan grande que quiero llorar. Todo lo que pone aquí encaja con el estado actual de Fredrik. Y, si el problema tiene nombre, debe de haber un remedio.

Por fin algo positivo.

Me levanto de la silla y me acerco a la cafetera. Resulta cada vez más evidente qué hay que hacer: puesto que a Fredrik, en concordancia con el diagnóstico, le cuesta poner manos a la obra y actuar, tengo que procurar que levante el teléfono y llame al centro de salud. Y lo va a hacer hoy, en cuanto entre por la puerta. Fredrik necesita ayuda y se la voy a proporcionar.

Saco una taza, echo café y miro a la ventana. Mis ojos enseguida se dirigen a la amarilis marchita. Parece que la flor ha recibido el encargo de causarme cargo de conciencia. Me acerco

al alféizar, agarro la maceta y me la llevo hasta el fregadero. Bien, con esto empiezo a retirar las decoraciones navideñas.

Ponía en la web que la recuperación del síndrome de fatiga crónica puede llevar mucho tiempo. Me quedo con la palabra «puede». Fredrik es un tipo fuerte y está en forma, no creo que le vaya a costar recuperarse. Y es algo que deseo tanto por él como por mí. No sé cuánto tiempo lo aguantaría en su estado actual.

Smilla aparece en la puerta de la cocina. Lleva el pijama de cuadros que le regalamos en Navidad, tiene el pelo revuelto y los ojos están pequeños e hinchados.

Dejo la taza rápidamente sobre la mesa, me acerco a ella y le doy un largo y sentido abrazo.

—Buenos días, cariño. ¿Cómo te sientes hoy?

Se escurre del abrazo.

—Como una mierda.

La respuesta me infunde esperanza. Hay un tono agudo en la voz de Smilla que me recuerda a su habitual ser agrio de adolescente. Ayer no pude oír más que desesperación.

—Te entiendo. ¿Qué quieres para desayunar?

Se encoge de hombros.

—¿Tenemos cacao?

—Si Anton no lo ha terminado todavía, sí. —Saco una silla—. Siéntate, ya te lo preparo yo.

Smilla aterriza sobre la silla y coge el periódico, que está sobre la mesa aún sin leer. Mi primer impulso es quitárselo de las manos. Me he pasado la mañana en Google y no he tenido tiempo para leer qué ponen sobre Jennifer hoy. Estoy bastante segura de que habrá al menos un artículo sobre el hallazgo en la cantera de caliza.

Al momento me doy cuenta de que Smilla ya habrá leído todo lo que hay que leer sobre Jennifer en su teléfono. No puedo protegerla de la realidad.

Smilla hojea el periódico mientras saco pan, mantequilla y queso.

—Me parece tan raro... —dice después de un rato.

Me doy la vuelta.

—¿El qué?

—Todo esto. —Hace un gesto con la mano hacia una hoja del periódico y empieza a leer en voz alta—: «Jennifer Wiksell, de diecisiete años, que desapareció la noche del martes tras una fiesta de Nochevieja en Malmö, fue encontrada muerta ayer por la tarde cerca de su casa». No puedo entender que se trate de Jennifer. Mi Jennifer. —Se le quiebra la voz—. Se ven noticias de este tipo todo el tiempo, de chicas que desaparecen, asesinadas y violadas. Pero esas noticias se parecían más a una película. Ahora que se trata de alguien que conozco..., conocía..., me asusta de verdad. No termino de entender que Jennifer esté muerta.

Se hunde sobre la mesa. Me acerco corriendo, me pongo en cuclillas y la envuelvo con mis

brazos.

—Lo sé, mi amor. Lo sé.

Nos quedamos así un buen rato. Smilla en la silla, con la cabeza apoyada sobre mi hombro. Yo en cuclillas, con los brazos alrededor de mi hija, muy viva, que transmite calor. Me da igual que mis piernas se estén quedando entumecidas. Está aquí conmigo.

Smilla se tranquiliza, deja claro que ha tenido suficiente y recoge el periódico nuevamente.

—Por cierto, ponía algo sobre... —Sus ojos se mueven rápidos por las columnas del texto—. Aquí. Mira.

Sigo el dedo de Smilla y leo.

«La policía no descarta la posibilidad de que se haya cometido un crimen».

—Dime que esto significa que no fue un suicidio.

Me mira con ojos suplicantes.

—Probablemente —contesto, y casi puedo ver cómo se le quita un peso de encima a Smilla.

Repaso el resto del artículo rápidamente. Leo sobre testimonios nuevos que, según el reportero del *Sydsvenskan*, pueden arrojar una nueva luz sobre la investigación. Al parecer, se trata de un ciudadano danés que celebraba la Nochevieja en Klagshamn, volvió a casa de noche y se perdió todo el follón que se había montado en torno al caso. Hasta ahora.

—Tienes razón —añado—. Parece que puede haber otros motivos.

Smilla se levanta y parte un trozo de papel de cocina del rollo que está sobre la encimera, se seca los ojos y se suena los mocos.

—Apuesto lo que quieras a que un viejo verde la ha matado. —Tira la bola de papel a la basura—. Si no consiguen entrullar al hijo de puta que lo ha hecho, pienso encontrarlo yo. Y lo voy a matar.

Asiento con la cabeza. La ira puede ser un motor muy bueno.

—Independientemente de lo que haya pasado, estoy segura de que la policía está haciendo todo lo que puede. Y tú ya has contribuido a ello, aportando lo que sabes.

—Pero apenas he podido contar nada...

Smilla se calla cuando se abre la puerta de la calle y Fredrik entra en casa. Está cabizbajo y se nota claramente que no se encuentra bien. Su forma de moverse recuerda a la de una persona vieja y débil. O la de alguien que lo ha perdido todo.

—¡Hola, hola!

Mi voz sale falsa y hueca. Había esperado que la visita a la policía pudiera ponerle de mejor humor, que salir al fresco y cambiar de aires lo animasen. La decepción es tan grande que no puedo controlarme.

—¡Hola! ¿Me oyes?

Me muestra un rostro pálido, mirándome a través de la celosía.

—Te oigo.

—Entonces se agradece una respuesta —le digo, levantando la voz—. Para saber que has oído.

Fredrik agarra la barandilla con fuerza mientras sube los escalones que separa la entrada de la cocina, como si estuviera a punto de desplomarse en cualquier momento. Enseguida me arrepiento de mi comentario ácido y la rabia se convierte en autodesprecio.

«Espabila, Nina —me exhorto a mí misma—. Acabas de leer un artículo entero sobre el síndrome de fatiga crónica. Fredrik no se comporta así porque quiere. Tienes que ayudarlo, no hundirlo más».

Smilla levanta la mirada del periódico.

—Vaya. —Mira fijamente a su padre—. Pareces enfermo de verdad.

Fredrik muestra una sonrisa forzada y revuelve el pelo a Smilla.

—Estoy un poco cansado de trabajar tanto, eso es todo —dice—. Pero tiene solución.

—Hablando del tema. —Intento que mi voz permanezca tranquila y que inspire confianza—. He leído un poco sobre el síndrome de fatiga, y...

Fredrik ya está saliendo de la cocina, parece que la poca paciencia que había conseguido despertar en él ya se ha esfumado. Me levanto.

—¿Puedes quedarte quieto mientras te hablo?

Fredrik se gira bruscamente.

—¿Puedo ir al baño primero o quieres que me mee encima?

Smilla pone los ojos en blanco y doy un paso hacia Fredrik.

—Entonces ¿por qué no me dices que quieres ir al baño? ¿Por qué te marchas sin abrir boca?

Busco la mirada de Fredrik y de repente está dura y fría otra vez.

—No sabía que debía informarte de cada paso que doy. —Controla la voz—. ¿Puedo irme ya o necesito algún tipo de permiso?

Tengo la cabeza a punto de reventar y levanto los dos brazos.

—Esto no va de permisos, joder. Creo que ya lo sabes. —Bajo los brazos otra vez—. Va de que..., de que tú te marchas mientras te estoy hablando.

Fredrik se da media vuelta sin decir palabra. Abre la puerta del baño violentamente, y la cierra de golpe tras de sí. Me quedo mirando la puerta cerrada.

¿Es ese mi marido? ¿Cuándo se convirtió en un idiota? Tengo que morderme la lengua para no gritar en alto. Si no fuera por Smilla lo habría hecho. Me refiero a gritar.

¡Puta mierda! No quiero seguir aquí. No tengo fuerzas para más, tengo que irme.

—Smilla —le digo y coloco la taza en el friegaplatos—. Prepara un bolso con tu neceser y algunas mudas.

Me lanza una mirada inquisitiva.

—¿Dónde vamos?

—A casa de los abuelos.

Cierro la tapa de la mantequilla a la vez que me doy cuenta de que Claudia y su familia están allí. Después de medio momento de dudas, concluyo que me da igual que estén allí. Me da igual que pueda haber un caos, cambios en la minuciosa lista de comidas de mamá, y mil preguntas para contestar.

Tengo que irme.

Habrá que posponer el café con Malena. Puedo enviarle un SMS, ella lo entenderá.

—¿Hoy? —Smilla frunce el ceño—. Pensaba que no nos iríamos hasta mañana.

—He cambiado de idea. Y a los abuelos seguramente les parecerá fantástico que vayamos antes.

Solsticio de verano de 2018
Fredrik

Ya la veo cuando viene por el camino que une la casa con la carretera. Camina descalza sobre la franja de hierba que crece entre las rodadas. Un pequeño bolso blanco da botecitos contra uno de sus muslos, cuelga de una cadena de oro que le cruza el pecho. Como un cinturón de seguridad dorado. No serán más de las doce y pico, quizá las doce y media. ¿Por qué ha vuelto ya?

Me he hundido en la butaca de ratán y me incorporo. El mundo se tambalea. Joder, qué cocido estoy.

Jennifer está a unos pocos pasos cuando levanta la cabeza. Primero pone cara de sorpresa, tal vez confusa también, pero luego muestra una sonrisa amplia y se sube a la terraza.

—¿Dónde está todo el mundo?

—Están dormidos. La *fieshta*... —Me doy cuenta de que balbuceo, tengo que esforzarme por pronunciar las palabras correctamente—. La fiesta ha terminado.

Se sienta enfrente de mí y suelta los zapatos sobre la tarima de madera.

—¿Pero tú no te puedes dormir?

—No, es que... tengo que recuperarme. Creo que... —Toso un poco, se me llena la boca de un reflujo de ácido y trago—. Creo que me he pasado.

—¡Entonces tienes que darte un baño! —Jennifer da una palmada—. Te recuperas rápido. —Se pone en pie a toda prisa y me saca del asiento—. Ven.

Trato de protestar, pero me faltan las fuerzas y al momento camino tropezando como un muñeco de trapo sobre el césped.

—Por Dios. —Jennifer suelta una risita—. ¿Cuánto has bebido?

Huele fuertemente a pino y a algo parecido a especias; imagino que se trata de un perfume. Los olores me marean y me provocan náuseas. Mis pies se hunden profundamente en la arena blanda y mojada. Una piña de pino se mete en el hueco del arco del pie y me sobresalto.

Jennifer resopla y gime, pero al final consigue remolcarme por encima de las dunas.

Al final estamos en la playa. El oscuro mar delante de nosotros resplandece. El aire es suave, apenas sopla una brisa.

—Bonito, ¿eh?

La sonrisa de Jennifer le ocupa toda la cara.

Miro al mar Báltico, inspiro el húmedo aire nocturno y de repente es como si todo a mi

alrededor adquiriese unos contornos más definidos.

¿Qué hago yo aquí?

—No, joder... —Miro a Jennifer—. No estoy cómodo con esto.

Algo en sus ojos se apaga, pero la sonrisa permanece.

—Bah, venga, no seas tan miedica. —Se quita el bolso y lo tira sobre la arena, después se quita rápidamente el vestido y el sujetador y se coloca delante de mí—. Solo vamos a darnos un baño. Un chapuzón nocturno nunca ha matado a nadie.

Aparto la mirada y comienzo a desabrocharme el cinturón y bajar la bragueta.

—Vale —murmuro—. Un chapuzón.

Bajamos a la orilla. El agua es poco profunda y tenemos que caminar un buen trecho para que el agua nos llegue hasta la cintura. Me sumerjo, dejo que el mar me envuelva. Cuando vuelvo a la superficie veo que Jennifer ha hecho lo mismo que yo. Su cabeza sobresale del agua a un trecho.

—Tenías razón —le digo y parpadeo para eliminar agua de los ojos—. Te hace espabilar.

Jennifer sonríe y veo cómo escruta mi torso. Tengo la sensación de que me está comiendo con los ojos. Vuelvo a sumergirme en el agua, doy un par de brazadas hacia el horizonte. Me pongo boca arriba y muevo los pies.

Jennifer se queda en el agua, que le llega hasta la cintura. La playa desierta y el cielo nocturno crean un trasfondo muy efectista detrás de ella. Toda la escena recuerda a un cuadro. Estira los brazos, atraviesa la resplandeciente superficie y llega a mi lado.

—Bastante guay, ¿verdad?

Unas gotas pesadas se abren camino desde su pelo, corren por el cuello y siguen bajando, siguiendo la suave curvatura de los pechos.

Aparto la mirada.

—Ya es suficiente deporte para mí. —Mi respiración se ha vuelto entrecortada después de unas pocas brazadas—. No estoy en forma para estas cosas.

Jennifer me coge del brazo, se adelanta y planta sus pies demasiado cerca de los míos.

—Si noto que estás a punto de ahogarte, yo te salvo.

Ha vuelto la mirada de antes, la hambrienta. Los ojos tienen el mismo color azul profundo del mar. Es difícil interpretar su expresión facial.

Sin previo aviso, Jennifer me rodea el cuello con los brazos. Me envuelve el muslo con una pierna y se pega a mí, frotando los pechos contra mi torso desnudo.

—¿Qué haces?

Trato de mantenerla alejada, pero me ha hecho una llave y se niega a soltarme.

Mi cuerpo reacciona a la velocidad de un rayo. No quiero que suceda, pero aun así pasa. Solo la tela empapada de mis calzoncillos separa la barriga de Jennifer de mi palpitante sexo.

—¡Joder!

El empujón es violento. Casi acaba bajo el agua, pero se mantiene en pie.

Pongo rumbo a la playa a grandes zancadas. Habría preferido correr, pero me reprimo.

La cabeza me da vueltas. ¿Debería pedirle perdón? Realmente no tendría que hacerlo, ¿no? Ha sido ella la que me ha asaltado. ¿Y qué pretendía? ¿Era una especie de prueba? ¿O va a usar esto contra mí? En tal caso, ¿por qué?

Detrás de mí oigo cómo Jennifer se abre paso por el agua poco profunda. Siento las pulsaciones en las sienes, la resaca está a punto de llegar. Tengo que acordarme de beber agua antes de acostarme.

La ropa sigue en el mismo sitio donde la hemos dejado. Me doy la vuelta, me quito los calzoncillos y me pongo el vaquero rápidamente. Jennifer se pone el vestido y mete las bragas empapadas en el bolso junto con el sujetador.

—¿Dónde está Smilla? —Mis vaqueros se han quedado arrugados alrededor de las piernas y tiro de las perneras—. ¿Sigue en la fiesta?

Jennifer se encoge de hombros.

—Supongo que sí.

Tiene cara de estar enfadada, pero no quiero hablar de lo que acaba de suceder.

Los pinos atraen mi mirada y pienso en la cama de la habitación de invitados. Me imagino allí, tumbado junto a Nina.

—¿Vamos?

—Todavía no. —Jennifer me coge de la mano—. Ven.

—Espera un poco. —Me libero de su mano—. ¿Dónde quieres llevarme ahora?

—Hasta allí.

Sonríe con picardía y señala la primera caseta de playa. Está en un extremo de una fila irregular de cabañas en miniatura, profundamente hundida en la arena y rodeada de juncos de hojas afiladas.

Niego con la cabeza.

—Será mejor que volvamos.

—¿Tienes que ser tan adulto? —Jennifer hace pucheros—. Relájate un poco por una vez.

Me abrocho un botón de la camisa, me inclino hacia abajo y recojo los calzoncillos que, aparte de estar empapados, ahora están llenos de arena también.

—Soy adulto.

—Ya, claro. —Me echa una sonrisa torcida—. Pero eso no significa que tengas que ser tan aburrido. Vamos. El solsticio de verano solo se produce una vez al año.

En algún lugar dentro de mí, sé que es una mala decisión. Y no consigo entender cómo me

convence. Puede que todavía esté borracho y tenga nublado el juicio. Puede que quiera hacerle el favor. O que no aguanto la idea de parecer viejo y aburrido.

—Vale. Pero luego nos vamos.

Jennifer se acomoda en el suelo, apoyando le espalda contra una de las paredes laterales de la caseta. Da unas palmadas a la arena.

—Siéntate.

Cuando estoy sentado, mete la mano en el bolso y saca algo que parece un cigarrillo liado por ella. Me lo agita delante de la cara.

—¿Fumas? —le pregunto.

—Nunca fumo cigarrillos normales.

—Pero... —La miro—. Y eso ¿qué es? ¿No andarás con drogas y este tipo de mierda?

—Solo un porro cuando salgo de fiesta. —Jennifer suelta una risita, pero, al ver que no me uno a ella, añade rápidamente—: Nada más, te lo juro. —Me da un empujoncito en el costado—. ¿Nunca has probado?

—Bueno...

—¿Cómo que «bueno»? —Jennifer me clava la mirada—. O has probado o no lo has hecho.

El agua delante de mí ya no es el mar Báltico, sino el Pacífico. Recuerdos de fiestas en la playa, cerveza rubia y noches templadas se suceden en mi cabeza. La canción *Runaway* de Bon Jovi que suena en el enorme radiocasete.

—1988. —Peino la fresca arena con los dedos—. Yo era estudiante de intercambio en Estados Unidos. Me lo pasé de puta madre. Y allí es mucho más normal fumar porros... Tanto como el alcohol. Así que sí, lo he probado. Pero no desde entonces y nunca en Suecia, que quede claro.

—En tal caso, ya va siendo hora. —Saca un mechero, da una profunda calada y exhala el humo lentamente—. Te toca.

Miro el porro que asoma entre los dedos finos y morenos de Jennifer.

—No, déjalo. —Niego con la cabeza—. ¿Qué diría la gente? Yo, que soy profesor de instituto y todo eso.

—¿La gente? No hay gente aquí. Relájate.

Dudo un momento. Luego cojo el porro, lo llevo a los labios, doy una calada y toso un poco.

Jennifer sonríe.

—¿Has perdido la costumbre?

Asiento con la cabeza y doy otra calada. Mantengo el humo mucho tiempo en los pulmones, cierro los ojos y lo suelto.

Estamos sentados con las espaldas apoyadas contra la fachada de la caseta, pasándonos el

porro. Miro el mar, en inusual calma, siento cómo el cuerpo se me ablanda. Dejo que mis pensamientos vuelen libres.

Jennifer gira la cabeza hacia mí.

—¿Has pensado alguna vez que estas casetas se parecen a unas enormes casitas para pájaros?

Suelta una risita y mi propia risa burbujea bajo la piel. Trato de evitarlo, pero no puedo. Cuanto más pienso que no debo, más me río. Al final acabamos los dos en el suelo, riéndonos histéricamente.

Cuando se nos pasa, nos quedamos boca arriba para recuperar el aliento. Unas nubes se mueven lentamente sobre el cielo plomizo.

Me incorporo un poco, apoyándome en uno de los codos, y miro a Jennifer.

—Eres una tipa muy divertida. ¿Lo sabes?

Sonríe.

—Y tú eres muy sexy.

Cruzo la boca con el dedo índice.

—Chis.

Jennifer se pone de rodillas, se inclina sobre mí y me quita el dedo. Al momento pone sus labios contra los míos. No estoy para nada preparado, pierdo el equilibrio y caigo hacia atrás. Jennifer se sienta sobre mí y empieza a frotarse contra mi entrepierna.

Al principio me quedo donde estoy, totalmente paralizado. Mi cabeza se mueve lentamente, como si nadase en alquitrán líquido. Estoy inmovilizado bajo su peso, una presa atrapada en una trampa.

Solo cuando acerca su boca a mi oído y me susurra «Te quiero», comienzo a funcionar otra vez.

—¡Joder! —Me la quito de encima y me levanto—. ¿Qué cojones estás haciendo?

Jennifer se pone en pie rápidamente.

—¿Yo? —Tiene las mejillas enrojecidas—. ¡Sabes que lo quieres! ¿Crees que no me doy cuenta?

El corazón me late locamente y miro a mi alrededor.

—¡No quiero nada! ¿Cómo te atreves a...?

Parece que Jennifer está a punto de echarse a llorar.

—¡Si nos queremos!

Dios mío. ¿Qué está diciendo? Doy un paso hacia delante y pongo las dos manos sobre sus mejillas con cuidado.

—Jennifer. —Sus ojos se desbordan y le retiro las lágrimas—. Escucha. Te conozco desde que naciste. Y te quiero como si fueras mi propia hija. Pero esto... —Niego con la cabeza—. Esto no puede ser. Estoy borracho, colocado... Tú estás borracha y colocada. Esto no significa nada, ¿me

oyes? Ha sido un error. Y no volverá a pasar. De hecho, podríamos quedar en que nunca ha pasado.

Jennifer se da media vuelta y echa a correr hacia la casa.

55
Lollo

—Gracias, Lollo —dice Lina Torrero—. Entiendo que esto debe de ser extremadamente difícil para usted.

Estamos en la entrada. Torrero y su colega, cuyo nombre no recuerdo, están saliendo.

—Tengo que aguantar —susurro—. Por Jennifer. —Mi mirada se cruza con la de la inspectora y trato de hablar con voz más firme—. Prométame que van a encontrar a la persona que la mató.

—Bueno, como les decía. —Torrero sube la cremallera de su cazadora—. Aún no sabemos si hay un autor del hecho, pero prometo que haremos todo lo que esté en nuestras manos para averiguar qué pasó.

Los ojos marrones están llenos de calor y el apretón de manos es firme. Me fío de esta mujer.

Cuando la puerta se cierra, se oye el ruido de sillas que se arrastran sobre el suelo y el tintineo de platos que chocan entre sí.

Agneta sale a la entrada.

—¿Ha ido todo bien?

Me encojo de hombros.

—¿Hay alguna manera de saberlo?

—Seguro que fue bien. —Pone una mano sobre mi brazo—. Lennart y yo pensábamos ir a casa ahora.

Papá me mira.

—Si quieres, podemos llevarnos a Chanel. Si te sirve de ayuda.

—Gracias, me ayudaría mucho.

Amo a mi perra, pero ahora mismo no me fío de mí, y sobre todo no me fío de mi capacidad de mantener con vida a otro ser vivo. Los recuerdos borrosos de la tarde de ayer me asustan.

Papá me da un abrazo y mis rodillas se vuelven blandas.

—Creo que tengo que echarme un rato. ¿Sabéis dónde están las cosas? —Papá me conduce hasta el sofá del salón y veo cómo lucha por no derrumbarse.

—¿Nos llamarás si quieres que volvamos? —pregunta—. O si quieres que nos quedemos un tiempo, nos dices.

—No, podéis llevaros a Chanel a vuestra casa —digo, sin saber muy bien qué quiero—. Max está aquí. Y en breve vamos a Lund.

—Lollo, ojalá pudiera... —Papá me coge la mano—. Ojalá pudiera hacer algo para que vuelva Jennifer.

Las lágrimas ruedan por sus mejillas, llenas de surcos, y me veo transportada a mi habitación rosa de la casa donde crecí en los años ochenta. Estoy sentada junto al escritorio blanco, pintando con mis nuevos rotuladores. Hay un montón de ellos y están alineados en un arcoíris dentro de una caja de latón. Papá está en la puerta. Dice algo y después aparta la cara. A menudo hacía eso. Apartaba la cara y al mismo tiempo los hombros le subían y bajaban.

Me tumbo en el sofá, cierro los ojos. Tengo el cuerpo exhausto, sin fuerzas, como si estuviera bajo los efectos de una intoxicación alimentaria. El interrogatorio ha debido de cansarme más de lo que pensaba.

Ha sido una lucha. Tenía que esforzarme al máximo para mantener la concentración, mis pensamientos erraban libres incesantemente. Mantuve el llanto ahogado en la garganta durante todo el interrogatorio. Naturalmente, entiendo que está permitido sentirse triste en mi situación. Pero me daba miedo perder el control, pensé que no iba a poder dejar de llorar una vez comenzara.

Oigo a papá hablar a Chanel como si fuera un bebé, mientras Agneta anda hurgando en los cajones en busca del pienso y de la correa. No está claro qué aporta Max a todo esto, pero ahora mismo me da exactamente igual.

La conversación con Torrero y su colega no ha aclarado ninguna de mis dudas. Más bien lo contrario. Parecía que estaban barajando sobre todo la teoría de un accidente. Al mismo tiempo no han eliminado la posibilidad de un suicidio. El colega de Torrero achacó la incertidumbre a que aún no habían recibido el informe de la autopsia.

—Solo trabajan las veinticuatro horas en la tele —dijo con una sonrisa. Como si fuera divertido. Sé a qué se dedican los forenses, pero no quiero que me lo recuerden bajo ningún concepto. Y además no hay chiste en el mundo que pueda hacerme reír. Nunca podré volver a reír.

Hoy nos dejan ver a Jennifer. Lo cual quiere decir que los médicos forenses han tenido que trabajar bastante rápido a pesar de todo. Torrero ha prometido esperarnos allí.

No sé cómo voy a hacerlo, ni siquiera sé cómo voy a poder levantarme del sofá y sentarme en el coche. Al mismo tiempo, es lo único que quiero. Tengo que ver a mi hija.

Ni Torrero ni su colega parecían muy interesados en la cuenta alternativa de Facebook de Jennifer. Las preguntas que me han hecho estaban más centradas en su círculo social. Querían saber con quién quedaba Jennifer en su tiempo libre, incluso querían saber qué relación tenía con nuestros amigos.

—¿Hay alguien de su círculo social que tenga motivos para querer hacerle daño a Jennifer?

Esa pregunta en concreto me ha resultado bastante cómica. Como si Lisen o Fredrik tuvieran

algo que ver con todo esto.

No entiendo. Si yo fuera policía, lo primero que haría sería investigar a todos los amigos de Jennifer Wicked en Facebook. Y sobre todo investigaría a ese John Blund. Teniendo en cuenta la conversación que tuvieron en Messenger justo antes de la desaparición de Jennifer, debería ser evidente. He mencionado tanto a John Blund como a Petter Silvén varias veces, pero no parecía que el mensaje llegara a destino. ¿Habrán hablado con ellos ya?

Torrero y su colega se han mostrado igual de imprecisos acerca de los próximos pasos como respecto a la situación actual. Resulta sumamente irritante. Como allegada, deberían contarme algo más sobre la investigación. Debería ser un derecho.

Lina Torrero ha sido designada nuestra persona de contacto en la policía, y pienso que, como tal, debería ser un poco más abierta. Nos ha dado un número de teléfono directo y ha asegurado que podemos llamar cuando queramos. Pero ¿qué más da eso si no puede contarnos nada?

—Nos vamos, Lollo.

Abro los ojos y veo a Agneta, ya con el abrigo y el gorro puestos.

Papá se asoma por detrás de ella con Chanel en brazos. Saluda cautelosamente con la mano y Agneta me sopla un beso.

La E22 parte el paisaje plano en dos. Max toma la salida del norte de Lund, gira a la izquierda en la rotonda y conduce hacia el centro. Esta parte de la ciudad normalmente despierta recuerdos de cuando Nina y Malena estudiaban aquí. Todas las fiestas locas en las que me metían a escondidas, el carnaval de Lund, la fiesta del último día de abril.

Hoy Lund no está envuelta en un halo nostálgico. Me encuentro mal, miro hacia delante sin ver. Trato de vaciar la cabeza. Aun así, los pensamientos pululan por ahí sin parar.

No hemos dicho una sola palabra en el camino. No hay nada que decir.

La voz del GPS nos informa de que el destino se encuentra a la derecha. Aparcamos delante de un enorme complejo de edificios construidos en ladrillo rojo y salimos del coche. Un viento helador corre entre los bloques, penetra los pantalones y la tela de la cazadora.

Me tiembla todo el cuerpo y me agarro a Max para no caerme. ¿Cómo puede andar tan firme y recto? ¿Por qué no se desmorona?

No me doy cuenta de que Lina Torrero está ahí hasta que la voz se abre paso en mi conciencia.

—Hola, veo que no han tenido problemas para encontrar el camino, qué bien.

Sujeta la puerta y poco después estamos apretujados en algo parecido a una sala de espera en la consulta de un dentista. Hay un perchero, unas sillas y una puerta cerrada de un baño.

La sala de espera de la muerte.

Nos quitamos las prendas de abrigo. Una mujer de pelo canoso ondulado y gafas aparece y nos

da la mano. Se presenta como Eva-Lena, pastora de la iglesia del hospital.

Eva-Lena ha visto a Jennifer, dice que está bonita y que podemos tocarla si queremos.

Quiero preguntar cómo alguien puede estar bonita después de una autopsia, pero tengo miedo de que vaya a vomitar si abro la boca, así que dejo que la pastora siga hablando.

—Estoy aquí como apoyo —continúa—. Si quieren, puedo leer un poema. También podemos rezar o cantar juntos. Pero lo deciden ustedes. Y, si quieren estar solos en la capilla, no hace falta más que decirlo. Si es así, esperaré aquí.

No tengo ni idea de lo que quiero. La conversación continúa, pero no tengo fuerzas para escuchar. Tengo un susurro en la cabeza, como si el viento helador me hubiera acompañado hasta dentro. Fijo la mirada en un punto a la izquierda de la puerta del baño y trato de hacer de tripas corazón ante lo que me espera.

Cada segundo que pasa, nos acercamos un poco más a lo definitivo.

—¿Y si se han equivocado?

Mi voz es débil, pero Torrero la oye.

—¿Equivocado de persona? —Pone una mano sobre mi brazo y le da un breve apretón—. Lo siento, Lollo, pero me temo que no.

—Entonces... —La pastora mira a Max y después a mí—. ¿Preparados?

Abre las puertas giratorias y entramos.

Max y yo nos paramos. Repaso con la mirada las paredes de ladrillo rojo, las velas encendidas y un tapiz en tonos azules. Al final he visto todo menos lo que he venido a ver. La razón.

Torrero y la pastora se mantienen al fondo mientras Max y yo nos acercamos cautelosamente a la camilla.

Cierro los ojos y rezo en silencio. Que sea un error. Que no sea ella. Pero cuando abro los ojos está allí, y tengo que morderme la mano para no gritar.

Parece que Jennifer está dormida. Una manta le cubre el cuerpo hasta la barbilla, el pelo se extiende sobre la almohada. La piel está blanca bajo las pecas y los labios tienen un tono ligeramente azulado, pero es ella, ciertamente.

Permanecemos callados, uno junto al otro, mirando a nuestra hija muerta. Nuestra hermosa hija.

Agarro el brazo de Max con fuerza, siento cómo el llanto le atraviesa el cuerpo como olas silenciosas.

En cuanto a mí, me debato entre un deseo de gritar mi dolor y otro de morir aquí mismo.

Una madre no debe tener que despedirse de su hija.

56
Fredrik

—Nina, por favor... —La miro y casi me asusto. El enfado fulgura en sus ojos marrones—. Perdón, no he querido...

—¡Calla! —Nina levanta una palma—. Si no me marcho ahora mismo, voy a decir cosas de las que luego me voy a arrepentir. Será mejor que te quedes aquí solo unos días. —Suspira—. Y luego puedes valorar si te conviene llamar al centro de salud.

—¿Por qué papá no va a venir?

Vilgot está en la entrada con la ropa de la calle puesta. Sujeta la mochila con los motivos de Ninjago en una mano y dirige la pregunta a su madre, aunque estoy a unos pocos pasos de ellos.

Todavía no me han condenado, pero para mi hijo ya soy invisible. Durante un momento de terror tengo la sensación de que es la última vez que lo voy a ver, y me veo obligado a reunir todas mis fuerzas para no echarme a llorar.

—Papá no se encuentra bien —contesta Nina mientras hurga impetuosamente en el cajón del armario—. Se queda en casa para descansar... ¿Dónde narices están mis manoplas? ¿Has visto mis manoplas, Fredrik?

¿Manoplas?

—¡Anton! —Nina sube los escalones a la entreplanta, sigue hasta las escaleras y alza la voz hacia la planta de arriba—. ¿Vienes o qué? Smilla ya está esperando en el coche.

Anton baja ruidosamente con una bolsa de deporte en una mano y el móvil en la otra. Mete los pies en sus zapatillas y espero a que Nina le ordene que se las cambie por las botas, pero hoy no dice nada. En lugar de ello, manda a los niños al coche.

—¡Adiós, papá! —exclama Vilgot.

Anton me saluda con la cabeza y me echa una mirada furtiva antes de desaparecer por la puerta.

Nina se queda mirándome. Sus ojos ya no fulguran, sino que están llenos de tristeza. Casi espero que me diga algo sobre el divorcio; que ha estado pensando y ha llegado a la conclusión de que debemos tomar caminos separados.

En cuanto a mí, me siento vacío.

Sin voluntad propia.

Sin fuerzas.

Es como si mi cerebro estuviera entumecido y envuelto en una espesa niebla. No puedo pensar, toda mi existencia es borrosa e indefinida. En cierto sentido, es mejor que se vayan. En estos momentos soy un hombre sin valor alguno, y un padre inútil.

Al mismo tiempo, es justo esta situación la que he intentado evitar. Durante seis meses estuve atormentado por la idea de que Jennifer fuera a inventarse una historia y arruinar mi vida. Después llegó Nochevieja y todo se fue directamente a la mierda. De todas formas.

Eso sí, la policía no ha tenido que venir a buscarme. La familia me abandona voluntariamente. Quizá debiera rendirme.

—Adiós, Fredrik.

Nina da un paso hacia delante y me da un abrazo. Inspiro el olor a Acqua di Giò y me veo superado por unas emociones tan intensas que tengo que coger aire.

Me arde el pecho. Quiero decirle lo mucho que la quiero. Quiero pedirle perdón por haberlo jodido todo y decirle que se quede conmigo pase lo que pase. Pero las palabras se me quedan atragantadas, el fuego ya se ha convertido en ceniza y me quedo mudo.

Me suelta y recoge su bolsa de viaje del suelo.

—Espero que estés mejor este domingo. Ya hablaremos más. Te recomiendo que leas sobre el síndrome de fatiga crónica en la Guía de Salud. Si tienes fuerzas.

Y luego se van.

57
Lollo

No sé cuánto tiempo llevo echada en el sofá cuando Max se sienta a mis pies.

—¿Cómo estás?

Pone una mano sobre mi brazo y me lo acaricia lentamente por encima de la manga del jersey. Apenas nos hemos tocado desde que Jennifer desapareció. Es como si todo lo que ha pasado nos hubiera separado más, cuando debería ser al revés.

¿Qué nos pasa? Aparte de no haber sido capaces de cuidar de nuestra única hija.

Una gran oscuridad se me extiende por el pecho, me presiona los pulmones, me empuja la tráquea con todas sus fuerzas. Me cuesta respirar, y más hablar.

Max me coge de la mano.

—Ha sido una pregunta estúpida —murmura—. No tienes por qué contestar.

Miro a mi marido. Tiene los ojos rojos e hinchados, el pelo le cuelga en greñas. Parece cansado y agobiado. Pero no me da pena.

—Hemos fallado —le digo—. Hemos sido unos completos inútiles como padres.

Las cejas de Max se contraen de sorpresa y me echa una mirada dolorida.

—No digas eso, Lollo.

Le suelto la mano y me incorporo laboriosamente, empujándome hacia atrás, hasta la esquina del sofá.

—¡Si es verdad! —Hago un gesto frustrado con las manos—. Teníamos una hija, pero no la conocíamos. Solo nos hemos preocupado de nosotros mismos.

—No estás siendo justa contigo misma. Ni conmigo.

—¿Justa? —Las lágrimas me corren por las mejillas y las palabras se lanzan solas de mi boca —. Nosotros no hemos sido justos con Jennifer. No teníamos paciencia. Nosotros la hemos..., la hemos... matado.

Max me mira fijamente.

—No sabes lo que dices. Estás en estado de shock. Yo...

—Y tú. —Señalo a mi marido con el dedo índice—. ¿Dónde estabas tú cuando Jennifer desapareció? ¿Dónde coño estabas cuando yo te necesitaba? Dijiste que estabas trabajando. Y eso en sí me resulta increíble. Pero lo más increíble es que fueras a Lindängen y le dieras de hostias a un chico inocente. Solo por ser musulmán.

Max se sobresalta.

—¿Cómo puedes saber eso?

—Internet. —Levanto la voz—. ¿De verdad creías que no me iba a enterar? ¿En qué estabas pensando? Porque parece que no te funcionaba muy bien la cabeza. Tú, que estás tan enamorado de tu trabajo. ¿Qué dirán tus clientes cuando lean en el periódico sobre maltrato y delito de odio? ¿Acaso crees que será bueno para tus negocios?

Max abre la boca para decir algo, pero no puedo parar.

—Además, ¿de verdad has estado trabajando?

Me levanto del sofá de un salto y me dirijo a la entrada.

—Lollo, ¿de qué va esto? —Max me sigue—. ¿Qué quieres decir con eso?

Levanto mi bolso del suelo y lo dejo sobre la chaise longue, empiezo a hurgar entre las cosas.

—Esto. —Levanto el recibo y lo agito delante de sus ojos—. Trata de explicar esto si puedes.

—¿El qué? —Me arrebata el recibo de la mano, empieza a leer y después mira con ojos inexpresivos—. ¿Qué pasa con esto?

—Pero ¿no lo ves? ¡Lee lo que pone!

—Relájate, Lollo.

—Relájate, relájate... ¿Es lo único que sabes decir?

Lo salpico todo de saliva y las lágrimas me queman.

—Explica mejor que alguien haya estado en Falsterbo comiendo hamburguesas mientras tú estabas buscando a Jennifer.

Max suspira.

—Estuve buscando toda la noche. En la ciudad y también ahí abajo, en Falsterbo.

—No me dijiste nada.

—Puede que no. —Deja el recibo sobre la cómoda—. Pero estuve allí. Y en el camino me entró hambre, así que pasé por el Burger King de Mobilia y me llevé las hamburguesas a casa.

—¿Dos menús?

—¿Qué?

—¿Quieres decir que tenías tanta hambre que te tomaste dos hamburguesas con patatas fritas?

Max se encoge de hombros.

—Sí.

—No te creo.

—Puedes creer lo que te dé la gana. Pero te digo lo que hay: estuve buscando a Jennifer y, además, he logrado una venta gorda. Un chalet en Bellevue. Puedes llamar a quien quieras de la oficina para preguntar.

—Da igual. Fuiste a trabajar a pesar de que Jennifer estaba desaparecida. No hace más que demostrar lo poco que te importaba.

Max levanta los brazos.

—No tires piedras contra tu propio tejado. Puede que hayas pasado más tiempo en casa que yo, pero has estado mil veces más pendiente de tu teléfono y de tu puto blog que de Jennifer.

Sé que tiene razón y eso me cabrea aún más. Todo lo oscuro que me está oprimiendo por dentro tiene que salir antes de que estalle.

—Perdona, pero ¿quién de los dos ha ido a las reuniones del cole? ¿Quién ha vendido perritos calientes en los partidos de fútbol? ¿Quién ha preparado las meriendas y las mochilas? ¡Tú no has hecho más que trabajar!

Una vena de la frente de Max se hincha, parece que podría estallar en cualquier momento.

—Y parece que no ha servido de nada.

Lo miro fijamente.

—¿El qué?

—Preparar las mochilas y las meriendas. Porque dices que has fallado como madre. Que hemos fallado. Puede que las meriendas y las mochilas no sean lo mismo que amor.

¿¡Qué cojones!?

—¿No le he dado amor a Jennifer? —Mi voz llena la entrada—. ¿Vender perritos calientes y preparar meriendas y mochilas y cenas no es amor? ¿Es mi culpa que Jennifer no quisiera recibir amor cuando se convirtió en adolescente? ¿Es mi culpa que cerrase las puertas de golpe y nunca quisiera hablar de sí misma?

La oscuridad ya está por todas partes, me invade el cuerpo entero. Doy un paso hacia delante, me pongo tan cerca de Max que siento el calor de su aliento contra mi frente.

—¡No te pongas a sermonearme sobre amor! Tú, que siempre has amado más a tu trabajo que a tu propia hija.

Las fosas nasales de Max se dilatan. Por un momento pienso que me va a dar una bofetada, pero, en lugar de eso, parece que de repente toda su ira se desvanece. Tiene la mirada cansada y su voz suena como la de un extraño cuando dice:

—Jennifer no era mi hija.

58
Fredrik

Debería estar contento de que por fin me hayan dejado en paz, de poder descansar sin que nadie me moleste. Pero no puedo relajarme. Nada más cerrar los ojos, veo a Marko Stojkovic en mi cabeza. Tengo la sensación de que aparecerá en cualquier momento en la puerta con esposas y porra en mano.

Me siento en el sofá, pero vuelvo a levantarme, doy vueltas por la casa y alrededor del ordenador. Al final lo abro.

Me había prometido a mí mismo que no iba a leer una sola palabra más sobre la desaparición de Jennifer, pero es como si algo tomase el control de mis dedos. Revolotean sobre el teclado y van buscando todo lo que hay, desde los reportajes lacrimosos de los principales vespertinos hasta unos hilos extraños en foros oscuros.

Un loco de Flashback afirma que Jennifer vendía sexo en la red y dice que «la putita ha tenido lo que se merece». Un médium de la provincia de Småland piensa que Jennifer en realidad no está muerta, sino que está de visita temporal en el mundo de los espíritus. Una compañera de clase, Samira, dice al vespertino *Aftonbladet* que Jennifer «probablemente habría llegado a ser primera ministra» y que le parece «increíble que Jennifer no vaya a volver a clase tras las vacaciones».

Se me revuelven las tripas un poco, pero no consigo dejar de leer, es como si tuviera que seguir. Es una especie de comportamiento autodestructivo.

El tiempo transcurre y ya no sé cuántas horas llevo mirando la pantalla cuando descubro un artículo que aún no he leído en la página web del *Expressen*. El titular pregona su mensaje con grandes letras negras.

NIÑA ENCUENTRA EL MÓVIL DE LA JOVEN MUERTA

Miro las palabras como si estuvieran escritas en una lengua extranjera. El corazón me late alocadamente mientras llevo el cursor sobre la pantalla con una mano sudorosa. No consigo colocarlo sobre el enlace y tengo que hacer clic varias veces para poder abrir el artículo.

En la mañana del viernes, la policía de Malmö recibió una ayuda inesperada en la investigación de la muerte de Jennifer

Wiksell, de diecisiete años. *Expressen* ya había informado sobre la desaparición de la joven y de cómo Missing People la encontró en la tarde del jueves en el lago de la cantera de caliza de Klagshamn, a unos quince kilómetros del centro de Malmö.

La ayuda inesperada consiste en un teléfono móvil que, según fuentes del *Expressen*, pertenecía a la fallecida.

Fue la propia descubridora del teléfono, Belinda Bogdani, de seis años, la que entregó el móvil a la policía.

—Encontré el móvil bajo la cama de Belinda esta mañana cuando recogía la habitación —dice Edona Bogdani, la madre de Belinda—. Belinda y unos amigos lo descubrieron cuando jugaban en el sotobosque detrás de la parada de autobús, este martes. Probablemente pensaron que alguien había tirado el móvil allí. La pantalla estaba rota y no consiguieron encenderlo. Belinda trajo el teléfono a casa y después se olvidó de él. Pensé inmediatamente en lo que había pasado, y me puse en contacto con la policía.

Con esto se esfuma mi última esperanza. Hay una posibilidad microscópica de que Jennifer no tenga una copia de su móvil en algún servidor. Hasta ahora la policía solo ha podido valerse de la información de la operadora. Con el móvil físico en su poder, con toda probabilidad encontrarán mucho más. SMS, chats. Todo. Y no solo las cosas recientes.

Reanudo mis inquietas vueltas por las habitaciones de la casa. La preocupación me corroe por dentro y ya oigo los pasos de Marko Stojkovic pisándome los talones. En varias ocasiones me parece que suena el móvil, pero, cuando lo miro, la pantalla está negra.

¿Qué voy a hacer? ¿Puedo hacer algo?

La respuesta sencilla es no. No puedo hacer nada.

Solo esperar.

La quinta o sexta vez que paso por el salón, me paro delante del armario de los licores. Un poco de whisky no me sentaría mal. Tomar alcohol con la tripa vacía no será muy recomendable, pero no tengo nada de hambre y un buen whisky podría arrancar el cuerpo. Aumentar el apetito.

Me molesto en sacar un vaso de whisky, estudio el surtido del armario saqueado y elijo un Laphroaig de clase media que al parecer no les apeteció a los amigos de Smilla.

Doy un par de vueltas al vaso con la bebida color ámbar antes de tomarme un buen trago. El sabor no me resulta tan agradable como otras veces, pero me gusta la quemazón producida por el whisky cuando atraviesa la garganta.

Después de un par de vasos por fin me siento razonablemente relajado. La niebla de la cabeza se levanta un poco, y Stojkovic se queda rezagado.

Miro a mi alrededor en el salón, registro el entorno de un modo en que nunca antes lo había hecho. Estudio cada mueble, los libros de la estantería, la mesa de centro y los cuadros. Llego a la conclusión de que es un lugar agradable. Para nada tan elegante como en casa de Lollo y Max, simplemente agradable en general.

¿Son más felices que nosotros? Vuelvo a empezar: naturalmente, ahora no son felices. Por supuesto que no. Pero ¿eran más felices antes?

Siempre ha parecido que Lollo y Max estaban muy unidos. Los he visto como un pacto unido contra el mundo. Puede que no sea más que una fachada, claro. Y la mayoría de la gente por

encima de los treinta años sabe que el dinero y los cacharros no garantizan la felicidad. Puedes tener una casa fantástica cerca del mar, varios coches recién salidos del concesionario, la última barbacoa de Weber, y aun así ser profundamente infeliz.

Me tomo otro sorbo y cierro los ojos mientras el calor se extiende por el cuerpo.

¿Qué es la felicidad? ¿Haber encontrado el amor? Leí en algún sitio que la veneración del amor de nuestro tiempo solo existe desde hace unas pocas décadas.

Desde mi punto de vista, este exceso de confianza en que la vida en pareja es la solución a todos los problemas es lo que produce la depresión entre la gente. Porque no todo el mundo da con la persona adecuada, por mucho que la busquen. Y el resto de nosotros, que pensamos que hemos encontrado a la persona adecuada, ¿cómo podemos saber que de verdad hemos acertado?

Supongo que había una vez en que yo era feliz.

59
Lollo

—¿Qué has dicho?

La cabeza me duele y pierdo la sensibilidad en los dedos. Miro fijamente a mi marido.

—Perdona, Lollo. Yo... —La cara de Max muestra su arrepentimiento, mientras trata de encontrar las palabras—. No era... Jennifer no era mi hija —repite al final.

Dejo la entrada, quiero salir corriendo de la casa, pero me detengo en el salón, donde me siento sobre el borde del sofá.

—No entiendo... —La cabeza me da vueltas y más vueltas—. ¿Cómo..., cómo puedes decir eso?

Max aterriza pesadamente en la butaca del otro lado de la mesa. Se inclina hacia delante, reposa la cabeza en las manos por un momento antes de enderezar la espalda y mirarme a los ojos.

—Soy estéril, Lollo. Lo sé desde que tenía quince años y tuve paperas. El médico que me examinó me dijo que nunca iba a poder tener hijos propios.

—Pero...

Max agita una mano en al aire.

—Espera.

Me muerdo el labio superior con fuerza. El dolor me recuerda que aún estoy viva.

—Quería habértelo contado —dice Max—. Pero nunca terminé de encontrar un buen momento. Y luego empezaste a dar la vara con lo de tener hijos. Cuando Nina estaba embarazada de Smilla no hablabas de otra cosa... —Suspira—. No quería decepcionarte. Tuve miedo de que me fueras a dejar si te decía la verdad.

—Pero ¿quién...?

En el mismo momento en que las palabras me salen de la boca, me doy cuenta de que Max no lo sabe. Solo yo puedo...

—Ni idea —dice Max rápidamente—. Y nunca me he molestado en averiguarlo.

—Pero ¿no te...? —Dejo caer la mirada a mi regazo, pero luego vuelvo a levantar la cabeza y miro a mi marido—. ¿No te...?

—¿Que si no me enfadé porque me habías puesto los cuernos?

Max se echa hacia atrás en la butaca.

No hago más que asentir con la cabeza, me cuesta hablar mientras repaso en la memoria los días justo antes de quedarme embarazada, contando los meses, preguntándome cómo es posible.

—No. —Esboza una sonrisa torcida—. De hecho, me alegré. Así no tuve que revelar mi defecto. Me parecía un fracaso, incluso un poco vergonzoso, el no poder darte lo que más querías.

Tengo las mejillas calientes cuando comienzan a proyectarse en la retina imágenes de una fiesta de Nochevieja loca. Estábamos en casa de Malena. Nadie de la cuadrilla había tenido hijos todavía, pero Nina estaba embarazadísima de Smilla y creo que todos tuvimos la sensación de que era nuestra última oportunidad de vivir la vida en condiciones.

Nueve meses más tarde nació Jennifer.

—Pero siempre he pensado... Quiero decir, no debes creer que yo... —Las ideas resbalan, se me escurren—. ¿Estás seguro de que eres estéril?

Max asiente con la cabeza.

—Cien por cien.

He recuperado la sensibilidad en los dedos, pero me sigue doliendo la cabeza. Pongo una mano sobre el apoyabrazos del sofá y trato de agarrar nuevamente alguno de los pensamientos que se deslizan por mi conciencia. En vano.

—No creo que hayas vuelto a ser infiel desde entonces —continúa Max—. No lo puedo saber, naturalmente, pero nunca me ha preocupado. El año antes de que naciera Jennifer estuvimos de fiesta a menudo, y, en fin, yo tampoco fui un ángel, lo reconozco. Cuando me dijiste que estabas embarazada, pensé que habíamos empatado.

Unos recuerdos reprimidos vuelven a aflorar. Recuerdo cómo Max y yo, después de unas noches de fiesta por el centro, solíamos caernos del taxi delante de nuestro piso, borrachos y enfadados. Nada más entrar por la puerta nos empezábamos a gritar. Las discusiones a menudo iban sobre bailes demasiado apretados, o sobre una actitud demasiado cercana que alguno de nosotros había mostrado hacia otra persona de la cuadrilla. Las solíamos resolver con sexo de reconciliación sobre la alfombra de la entrada. Me parece ahora algo muy lejano, como si no fuéramos nosotros.

Tanto es así, que había reprimido por completo los recuerdos de lo que pasó en aquella fiesta de Nochevieja hace dieciocho años. Supongo que recuerdo lo que quiero recordar.

—No... No sé qué decirte. Todo esto... Yo...

Me muerdo el labio superior con más fuerza, noto el sabor a hierro cuando brota la sangre.

Max se levanta y se acerca a mí.

—Lo entiendo, Lollo. —Me coge una de las manos y la aprieta con fuerza—. Y, como te decía antes, había decidido no contártelo. No había razones para hacerlo, ¿verdad? Ahora se me ha escapado sin más, y lo siento mucho...

Niego con la cabeza, tratando de conseguir que mi cerebro sobrecargado asimile la nueva información. ¿Max acaba de decir que me ha puesto los cuernos? Ni siquiera tengo fuerzas para enfadarme.

Dejo que la mirada trepe por la pared a la derecha del sofá. Una pared entera llena de fotos en blanco y negro de mi familia. Trago saliva y me obligo a cambiar de idea: fotos en blanco y negro de lo que era mi familia.

La pared de las fotos es decorativa y ha sido admirada por muchos. Yo misma he sacado la mayoría de las fotos, recuerdo que las enmarqué y las dispuse en la pared siguiendo los consejos de alguna revista semanal.

Jennifer, captada mientras corría por la playa en Falsterbo.

Max posando delante de la Torre Eiffel con las gafas de sol subidas a la frente y arrugas de risa en los rabillos de los ojos. Mira con amor a la fotógrafa. A mí.

Hay una sola foto de los tres juntos. Agneta la sacó cuando Max cumplió cincuenta. Estamos juntos, Max y yo. Tengo el brazo enganchado en el suyo y me inclino hacia él, como si fuera una roca inquebrantable en mi vida. Jennifer está delante de Max. Él pone una mano sobre su hombro y ella se gira hacia él con una sonrisa.

Esa pared era una prueba de nuestra felicidad familiar. Ahora no es más que un monumento triste de todo lo que está arruinado.

No puedo reprimir las palabras. Han estado en la punta de la lengua tanto tiempo sin que pareciera posible soltarlas. Ya no. Todos los límites han sido rebasados.

—Has maltratado a un menor. —Me giro lentamente hacia Max—. ¿Cómo puedo saber que no pegaste a Jennifer? ¿Que no fuiste tú el que...?

Al principio, Max no parece entender a qué me refiero. Pero luego se le dilatan las pupilas.

—Joder, Lollo. —Me suelta la mano—. ¡Ya te vale! ¿Cómo puedes pensar eso? Yo quería a Jennifer.

60
Nina

Mamá abre la puerta antes de que pueda poner el dedo en el timbre y Vilgot se arroja a los brazos de su abuela. Inesperadamente, la escena me provoca lágrimas. Mamá endereza la espalda y me mira. Puedo ver la preocupación en sus ojos, pero ahora no quiero hablar de Fredrik, no delante de los niños. En lugar de ello doy un paso hacia delante y la abrazo.

—Gracias por recibirnos un día antes de lo previsto.

—Siempre sois bienvenidos, Nina. Ya lo sabes.

Miro por encima del hombro de mamá, buscando el abrigo color hueso entre las prendas colgadas en el perchero de la entrada.

—¿Dónde está Claudia?

—Están en Lund. —Mamá me suelta y se coloca la blusa—. Iban a ver a una antigua compañera de clase. Puede que te acuerdes de ella. Darya.

—Claro que me acuerdo.

Darya Hosseini era una niña consentida. Su padre era algún tipo de abogado, la madre médica. Darya llevaba siempre ropa de marca, tenía un caballo propio y aprovechaba la más mínima ocasión para hablar de viajes que había hecho con la familia.

Claudia a menudo guardaba silencio cuando Darya hablaba de Miami y el esquí en los Alpes. Siempre me entraban ganas de decir algo para callarle la boca, pero jactarse de las vacaciones en Öland en autocaravana no era una gran idea.

Era como si Darya tuviera una necesidad constante de aplastar a Claudia, y nunca entendí cómo mi hermana aguantaba, por qué seguía quedando con ella. Puede que Claudia utilizase a su amiga como entrada a una vida a la que, de otro modo, nunca habría tenido acceso. A fin de cuentas, Claudia podía jugar en el gran chalet de la ciudad de la sapiencia. Podía acariciar el caballo y verse reflejada en las lustrosas botas de montar de Darya.

—Iban a cenar allí esta noche —dice mamá.

Me quito la cazadora y al mismo tiempo veo a papá en el salón. Está sentado en su butaca favorita con los pies sobre el reposapiés, y la sonrisa le ocupa toda la cara.

—¡*Hola, Carolina*![1]

Me sorprendo cada vez que alguien pronuncia mi nombre completo. Hoy en día, solo ocurre

cuando me llaman en la sala de espera del dentista o en otros contextos parecidos. Papá es la única persona en mi entorno que se niega obstinadamente a llamarme Nina.

Saludo con la mano, cuelgo la cazadora en un gancho libre y me giro hacia mamá otra vez.

—Mala suerte, eso de venir justo cuando podías descansar un poco.

—Bah, no pasa nada. —La sonrisa parece un poco forzada—. Tomaremos algo sencillo. Albóndigas y patatas le gustan a todo el mundo.

Smilla y Anton entran por la puerta.

—¡Vaya! —exclama papá desde la butaca—. Eso no tiene buena pinta.

Los chicos miran a su alrededor, sorprendidos.

—Eso. —Papá señala los cascos blancos que sobresalen de sus oídos—. Tenéis unos bultos ahí.

Anton permanece impasible, mientras que Smilla sonríe y pone los ojos en blanco. Vilgot suelta una risita y pone rumbo al salón.

—¡Para! —le grito—. Quítate los zapatos.

Sudo en la angosta entrada llena de gente y, como siempre, tengo la sensación de que molestamos. Mamá y papá llevan una vida tranquila, dominada por las rutinas, donde cada cosa está definida de antemano. Es suficiente que entre por la puerta mi gran familia ruidosa para poner patas arriba esa rutina.

Al menos en esta ocasión no somos los primeros en crear el caos. Se nos ha adelantado la familia de Claudia. Es cierto que Pauline es una niña diez, muy educada, pero puedo ver rastros de ella. Una muñeca sin ropa está metida boca abajo en una de las botas de goma de papá, y en medio del suelo hay un libro de Pippi Calzaslargas que a mamá no le ha dado tiempo a retirar.

Después de la cena, tras dos vasos de leche volcados y una gran mancha de mermelada de arándanos rojos en el mantel claro, papá decide sacar a Vilgot de paseo. Smilla y Anton se piran nada más meter sus platos en el lavavajillas, y no les digo nada.

Como siempre, mamá y yo nos quedamos solas en la cocina. En ocasiones me ha fastidiado el hecho de que Fredrik y papá eviten la cocina cuando estamos todos juntos. Es cierto que papá se mantiene a una distancia prudente del horno, lo cual es culpa de mamá. Le parece que no hace más que estorbar y le dice que se vaya si trata de acercarse. Pero Fredrik está tan acostumbrado como yo a manejar la cocina, solo es en casa de mis padres donde sigue a mi padre y se convierte en un machista.

Claudia, igual que papá, siempre ha conseguido evitar las tareas de la cocina. Se ha escurrido de algún modo, resbaladiza como una puñetera anguila. Primero porque era demasiado pequeña, y luego... Bueno, luego siguió del mismo modo como de costumbre. Espero que haya mejorado

en ese sentido. No puede venir aquí con toda su familia, pasar varios días y pensar que está en un hotel. Nuestros padres se están haciendo mayores. Y Claudia ya es mayorcita.

Mamá introduce las sobras en túperes. Saca etiquetas para el congelador, escribe con un rotulador negro y pega la etiqueta en las tapas. ALB. + PAT. 1 P. Yo friego las cazuelas y las fuentes, seco lo que no cabe en el escurreplatos con un trapo de cocina planchado.

Trabajamos en silencio. Entiendo que mamá está a punto de reventar de curiosidad, que espera una explicación de nuestra repentina llegada. Naturalmente, tengo que contarlo. La cuestión es qué decir.

Hace unas horas habría estado dispuesta a pedir el divorcio. Pero cuanto más nos alejamos de Malmö, más grandes se hicieron mis dudas. Un dolor sordo del estómago se convirtió en calambres. Todavía me duele la tripa.

¿Cómo pude dejar a una persona enferma sola? ¿Cómo pude ser tan dura con Fredrik cuando no está bien?

¿Y si es un suicida en potencia?

Pero no, no creo que lo sea. Me habría dado cuenta. Fredrik ha estado malhumorado e irritado un tiempo. No deprimido. Pero luego me acuerdo de lo que dijo Malena cuando hablamos de la desaparición de Jennifer hace unos días. Dijo que no existía un tipo de persona con tendencia al suicidio. Y que la gente a menudo no habla de sus problemas.

Mencionamos lo que pasó durante la comida, pero afortunadamente mis padres fueron lo suficientemente sensatos como para no entrar en detalles delante de Vilgot. Sabe que Jennifer está muerta, pero nada más. Smilla está al borde de un colapso y apenas he tenido tiempo para hablar con Anton.

¡Puñetero Fredrik! ¿Por qué ha tenido que hundirse ahora que Jennifer ha muerto? Quiero estar presente para mis hijos en este momento. Quiero ayudarlos en su proceso de duelo, escuchar sus preguntas, darles respuestas con sentido. Fredrik, con su quebrantada salud, es un obstáculo.

Seco otra fuente y miro a mamá mientras busca más tapas de plástico en el armario. Su espalda está más encorvada que la última vez que la vi, los ojos más cansados. Pero puede ser mi imaginación. Es posible que proyecte mi propio estado en ella.

—Nos peleamos —digo al final.

Mamá aprieta una tapa hasta oír un clic, y después se gira hacia mí.

—¿Sobre qué? —pregunta.

—Fredrik no se encuentra bien —le contesto—. Como te dije el otro día...

—¿Está peor?

—A mí me lo parece. Pero se niega a darse cuenta de lo mal que está, se niega a ir al médico. ¡Y me estoy volviendo loca! Ya no se puede hablar con él.

Resumo la situación y, cuando termino, mamá tiene una expresión muy preocupada en la cara.

—No me gusta nada lo que me estás contando, Nina. ¿Te parece buena idea dejarlo solo tanto tiempo?

Clavo los ojos en ella.

—¡No quería ayuda! ¿Acaso importa dónde esté yo si se niega a hablar conmigo?

—Puede que no. Simplemente he pensado... —Mamá duda un momento antes de continuar—. Bueno, me refería a..., a qué puede pasar si tiene una crisis aguda otra vez.

—Él mismo se lo ha buscado.

Cierro la puerta del armario de golpe y oigo cómo las copas tintinean ahí dentro.

—Puedes llamarlo esta noche —propone mamá.

—Sí. O si no, él me puede llamar a mí.

Mamá alza las cejas.

—Fredrik es el que está enfermo.

No sé si es por la muerte de Jennifer o porque me preocupa mi marido. Probablemente sea una combinación.

—¿Y qué pasa conmigo? —Se me quiebra la voz y los ojos se me llenan de lágrimas—. ¿Nadie se da cuenta de cómo estoy yo? ¡Jennifer está muerta! Mis hijos están desconsolados y mi marido se está volviendo loco o algo. —Me hundo sobre una silla en la cocina—. No puedo más.

La cocina se sume en silencio. Como el mar cuando se calma después de una terrible tormenta.

Una mano caliente sobre mi hombro.

—Verás que todo irá bien.

—Pero ¿cómo?

Mi voz es quejicosa y me siento desplazada unos cuarenta años atrás en el tiempo. La misma cocina, la misma niña pequeña, la misma madre.

Aprieta mi hombro.

—Lo que le ha pasado a Jennifer no lo podemos cambiar. Pero estoy bastante segura de que te vendría bien unas horas de sueño.

—Pero Fredrik... Dijiste...

—Ve a echarte un rato en nuestra cama. —Mamá me suelta y se acerca al fregadero—. Te prometo mantener a raya a todos tus hijos. Y cuando termines de descansar nos tomaremos una taza de té. Hay tarta de caramelo y almendras recién hecha. —Sonríe cautelosamente—. ¿Qué te parece?

Ni el té ni la tarta de caramelo y almendras van a solucionar mis problemas, pero no me vendría mal descansar unas horas o dormir, a poder ser.

—Gracias —digo—. Me parece bien.

61
Fredrik

He debido de quedarme dormido, porque la música hace que me sobresalte en la butaca. Al principio no entiendo de dónde viene el sonido. Giro la cabeza lentamente, buscando la fuente del ruido.

Al final me doy cuenta de que la música viene de mi teléfono. *Pour Some Sugar on Me*, mi tono de llamada. Pero no me hace relajarme. Es más bien al revés. Con el corazón latiendo violentamente, me inclino sobre la mesa y miro la pantalla.

No reconozco el número y sospecho que es de la policía. Tienen el móvil de Jennifer. Ahora han leído el contenido de sus apps y SMS de Nochevieja. Jennifer no sería Jennifer si no dedicara el viaje en autobús a Klagshamn a difundir mentiras sobre mí.

O si no, es el abrigo. Un guardia de seguridad podría haberme visto en Elisedal y haber tomado nota de la matrícula. Alguien ha podido hurgar en el contenedor y ha visto la conexión entre el abrigo y el hombre que dio vueltas por la zona industrial en la madrugada.

Ahora sí que se acabó.

La canción vuelve a empezar, el volumen aumenta un poco. Miro fijamente el número de la pantalla sin atreverme a tocar el móvil.

Entonces de repente me doy cuenta: si la policía sospecha que tengo algo que ver con la muerte de Jennifer, no llamarían primero. Vendrían sin previo aviso a cogerme por sorpresa.

Eso me hace decidirme.

El teléfono es escurridizo, se me resbala en la mano dos veces antes de que consiga enderezarlo.

—¿Hola? —Me aclaro la voz—. ¿Quién es?

—Hola, Fredrik. Soy Lollo.

Trago saliva.

—¿Lollo?

—Sí, soy yo. —Parece irritada—. ¿Podemos vernos? Necesitaría hablar contigo. En privado.

La mano que sujeta el móvil me tiembla contra el oído.

—¿Hablar? —Tengo la boca seca como papel de lija. Humedezco los labios con la lengua, noto el sabor a whisky—. ¿Por qué?

—No quiero comentarlo por teléfono. ¿Puedes quedar en el centro?

Cierro los ojos, trato de hacer que la habitación deje de dar vueltas, pero solo empeora la cosa. Así que vuelvo a abrir los ojos.

—¿En el centro?

Lollo suspira.

—Sí, o en cualquier lugar. Solo quiero hablar contigo, Fredrik.

—Eh... Nina tiene el coche. Se ha ido a Höör... No me encuentro muy bien, es que...

—¿Los niños están con Nina? —me interrumpe Lollo.

—Sí.

«Mi familia me ha abandonado».

—Entonces voy a tu casa.

No.

¡No!

NO.

—No sé, Lollo, yo...

—Fredrik, esto es importante. Ya estoy en el coche y puedo llegar en veinte minutos, ¿vale?

Corta la llamada y me quedo con el teléfono en silencio.

¿Qué puede ser tan importante como para venir a verme el día después de que hayan encontrado a su hija muerta?

Debe ser algo que tenga que ver con Jennifer. Puede que Lollo haya encontrado pruebas. Un diario. Una carta que nunca fue enviada. Quiere obligarme a reconocer lo que he hecho.

Con dedos torpes, abro la lista de llamadas recientes en el móvil. Pulso el número superior, oigo el tono y espero.

No contesta.

Mierda.

El corazón se me acelera. Miro a mi alrededor como si la solución a mis problemas pudiera estar en algún lugar de la habitación. No es el caso.

Me levanto apresuradamente, me tambaleo y trato de recordar exactamente cuántos vasos de Laphroaig me tomé antes de quedarme frito. ¿Tres? Puede que cuatro.

Me duele la cabeza y el mareo me obliga a regresar a la butaca.

62
Lollo

Corto la llamada y dejo el móvil en el asiento del copiloto a mi lado; apoyo la cabeza en el reposacabezas.

Esta nueva información ensombrece todo lo demás. Me doy cuenta de que es algo temporal, que no es más que una manera de mover mi atención de lo terrible a algo un poco más manejable. Pero me dejo llevar, no quiero pensar en la muerte.

Conduzco como si estuviera en trance. Acelero, freno, pongo intermitentes. Veinte minutos más tarde, mi Mini Cooper está delante del adosado de los Andersson. La puerta del coche se cierra con un golpe, y subo medio corriendo por el camino de baldosas hacia la puerta de entrada.

La casa parece estar abandonada y dudo, miro a mi alrededor. Ya está oscuro y en las otras casas se ven candelabros y estrellas de adviento. Tras las cortinas de una ventana en la casa de enfrente, veo las siluetas de dos personas. Delante de otra casa hay dos críos que juegan con un perro.

En casa de los Andersson no hay señales de vida. La ventana de la cocina está negra, pero veo una leve luz que debe de provenir del fondo de la casa, tal vez del salón.

Pulso el timbre y se oye un sonido rasposo al otro lado de la puerta llena de rayones. Es increíble que sigan sin cambiarla. ¿Cuánto tiempo llevan viviendo aquí? ¿Dieciocho años? Por lo menos podrían haberla pintado.

Vuelvo a darle al botón de plástico, pero no pasa nada y estoy a punto de sacar el móvil del bolso cuando se oye un ruido leve desde el interior de la casa. Al momento se abre la puerta y revela una rendija estrecha de oscuridad. Meto la cabeza e inspiro hondo.

—Por Dios, Fredrik. ¿Cómo estás?

Me muestra una sonrisa torcida.

—No muy bien.

Creo que no he visto a Fredrik en un estado tan lamentable antes, ni siquiera estando resacoso después de nuestras fiestas locas de los viejos tiempos—. ¿Estás enfermo?

Fredrik niega con la cabeza.

—No, estoy un poco agotado, nada más...

Sigue en la penumbra, pasándose una mano por el pelo y repite el movimiento varias veces,

como si fuera un tic. La cara pálida está cubierta de una barba oscura, un poco demasiado larga para quedarle bien. Los párpados le cuelgan.

Mi primer impulso es dar media vuelta y volver corriendo al coche. Pero ahora ya estoy aquí y quién sabe cuándo se me va a presentar otra ocasión de hablar con Fredrik a solas. Es mejor quitármelo de encima ya.

—¿Puedo entrar?

—No sé, Lollo... —Se tambalea y se apoya en el marco de la puerta—. Estoy cansado. Muy cansado.

Lo miro fijamente.

—No es que seas el único.

—Perdón. —Fredrik abre la puerta y da un paso hacia atrás—. Perdóname, Lollo. Lo... Lo siento mucho. No sé qué decir...

—Gracias. —Entro en su casa, cuelgo mi cazadora en un gancho bajo el estante para sombreros, y doy media vuelta—. No hace falta que me digas nada más. ¿Me invitas a un café?

Subimos los escalones y entramos en la cocina. Me siento a la mesa mientras Fredrik se acerca a la cafetera. Se queda quieto con ella en la mano, tambaleándose notablemente.

—¿Has bebido?

—Solo un par de whiskies. Pero creo que ahora mismo no soporto bien el alcohol. No estoy...

Fredrik pierde el hilo y me levanto, arrancándole la cafetera de la mano.

—Siéntate.

Se sienta obedientemente en una silla de cocina mientras abro el grifo y echo agua para cuatro tazas de café. Encuentro los filtros y meto uno en el embudo. En el armario encima del horno está el bote de latón de Zoégas. Conozco esta cocina casi tan bien como la mía; después de haber cenado y tomado café aquí tantas veces encuentro la mayoría de las cosas. En cambio, estar en ella a solas con Fredrik es una experiencia nueva.

—Lollo —dice Fredrik con un tono más duro de repente.

Me doy media vuelta.

—¿Por qué estás aquí?

Enciendo la cafetera y me acerco a la mesa, saco una silla y me siento enfrente de Fredrik.

—Quiero contarte una cosa.

Me lanza una mirada inquisitiva y mi corazón comienza a latir más deprisa.

—¿Recuerdas...? —le digo vacilante—. ¿Recuerdas la fiesta de Nochevieja en casa de Malena? ¿La última que hicimos antes de que nacieran Smilla y Jennifer?

Al principio, Fredrik parece totalmente ausente, como si no recordase quién es Malena. Pero luego se despierta y comienza a pasarse la mano por el pelo otra vez.

—¿Quieres decir cuando...? ¿Cuando tú y yo...?

Asiento con la cabeza, contemplando la miserable figura que tengo delante de mí.

¿Cómo pudo haberme parecido atractivo? ¿Me pareció atractivo para empezar? ¿O simplemente quería fastidiar a Max?

Estuvimos unos cuantos en casa de Malena aquel año, unas veinte personas. Fredrik y yo estuvimos sentados juntos durante la cena y no dejó de repetir lo aburrida que se había vuelto Nina durante el embarazo. Al principio solo se lamentaba de que estaba cansada, pero luego empezó a insistir en el tema de que nunca tenían sexo. Un rato después noté una mano sobre la pierna.

Al principio me quedé de piedra. ¿Qué estaba haciendo? No era para nada propio de Fredrik sobarme de esa manera, y mi primer impulso fue darle una bofetada. Pero al momento me percaté de que Max estaba ligando con una de las amigas solteras de Malena, y tomé la decisión de pagárselo con la misma moneda.

Cuanto más bebimos, más atrevidos fueron sus acercamientos y al final acabamos en el baño. Lamentablemente no tengo excusas, los dos perdimos el juicio. Eso sí, no creo que ninguno de los dos hubiéramos planeado ir hasta el final. Recuerdo que Fredrik, justo antes de hacerlo, murmuró algo de que quizá debíamos dejarlo estar. Pero a esas alturas ya me había decidido.

Nos quedamos sobrios en el mismo momento en que salió de mí. Me sentí avergonzada, todo parecía tan innecesario y estúpido. Juramos no pronunciar palabra delante de nadie acerca de lo que acababa de pasar. Después dejamos el baño por separado, con unos minutos de diferencia.

A medianoche, Max accedió a mi propuesta de intentar hacer un niño. Supongo que los dos estábamos un poco arrepentidos después de nuestros respectivos ligues de aquella noche, y, en un ataque de sentimentalismo de año nuevo, cedió.

Nos acostamos cerca del amanecer y cuando comprobé, unas semanas más tarde, que estaba embarazada me dije a mí misma que el niño no podía ser de Fredrik. Que yo recordase, habíamos tomado ciertas precauciones.

—Fredrik —le digo—, es el peor momento posible para decirte esto. Aun así, quería que supieras que...

Me mira sin comprender, pasándose la mano por el pelo. Después de inspirar hondo, le digo lo que hay.

—Jennifer era tu hija.

63
Fredrik

A mi cerebro empapado en whisky le cuesta entender lo que dice Lollo.

Es demasiado grande. Demasiado incomprensible. Demasiado doloroso.

—¿No vas a comentar nada?

Me mira con los ojos llenos de lágrimas.

Parpadeo, tratando de entender. Me doy cuenta de que, diga lo que diga, meteré la pata.

—¡Di algo! —insiste Lollo.

No puedo mirarla a la cara; giro la cabeza rápidamente y miro por la ventana.

Lo que veo ahí fuera no son las farolas, las casas idénticas ni los candelabros en las ventanas de los vecinos. En lugar de ello, veo instantáneas del solsticio de verano: la sonrisa de Jennifer, el pelo que le cae sobre un ojo, las pecas, los pechos... que de repente se convierten en los pechos de Lollo en un baño en algún lugar hace mucho tiempo. El sudor, el deseo, su cuerpo caliente contra el mío.

Oh, Dios.

La náusea me revuelve la tripa, moviéndose como una serpiente gruesa y negra. Trato de respirar hondo, trato de apartar todos los pensamientos de mi mente. Pero no quieren desaparecer. Se abren paso, salen apretujándose. Se empujan y se dan codazos, y ocupan cada vez más espacio hasta llenar mi cabeza entera.

Al momento, la noche negra de Nochevieja se proyecta sobre mi retina. Veo la figura de Jennifer, caminando sobre piernas inestables en el paseo estrecho. La niebla, la lluvia.

Cierro los ojos con fuerza sin poder parar la irrupción de nuevas imágenes que se abren paso entre las viejas. El abrigo empapado y el agua negra de la cantera de caliza.

Se me desboca el corazón. Me levanto rápidamente de la silla.

—Lo siento.

Lollo frunce el ceño.

—¿Qué has dicho?

Me siento tan confundido como ella. ¿Quién ha dicho que lo siente?

—¿Qué has dicho? —repite.

Sé que debería callarme, pero ahora es imposible parar el flujo de palabras. Se me atascan en la garganta, parece que voy a ahogarme.

—No ha sido mi intención.

La mirada de Lollo ya no es inquisitiva sino aprensiva, quizá sospechosa.

—¿De qué hablas?

Una vocecita dentro de mí trata de pararme, recordándome que aún no está todo perdido. Pero la voz es demasiado débil. El corazón me late con furia, ahogando todos los demás ruidos.

—Perdón, Lollo. Debería habértelo contado, pero...

Me hundo en la silla en la que antes estaba sentado, apoyando la cabeza en las manos.

—Fredrik. —Ahora es Lollo quien se pone en pie—. ¿Qué delirio es este? —Cuando permanezco en silencio, da un golpe en la mesa con la mano—. ¡Contesta, joder!

«Dios, si existes, ayúdame ahora. Aprovecha la oportunidad y manifiéstate».

—¿Fredrik?

Retiro las manos y miro a Lollo. Louise Wiksell, la mejor amiga de mi mujer y amiga de la familia desde hace más de media vida. La mujer que normalmente es tan comedida se ha transformado en otra cosa. El pelo le cuelga, la ropa está arrugada. Y en sus ojos se ve una desesperación abismal.

—Debería haberla seguido —murmuro—. No debería haberla dejado.

La cafetera sisea de fondo. Enseguida sacaré unas tazas. Puede que un poco de leche.

—¿De quién hablas? —pregunta Lollo—. ¿De Nina?

—No, es que... Me llamó en Nochevieja y me entró pánico, no quería que...

—Espera un poco. —Lollo da un paso hacia mí—. ¿Estás hablando de Jennifer?

Un enorme cansancio está a punto de dominarme por completo. Me gustaría tumbarme. Quedarme totalmente quieto y nunca volver a decir una sola palabra a nadie. Pero consigo pronunciar una palabra.

—Sí.

Lollo me mira fijamente.

—Pero ¿qué...? ¿Por qué te llamó? ¿Qué te dijo? ¿Qué...?

—Quería hablar —la interrumpo—. Jennifer estaba decepcionada conmigo y quería hablar.

Veo la confusión de Lollo, veo cómo trata de recomponer mis frases sueltas desesperadamente, hasta convertirlas en un contexto comprensible. Alterna la mirada entre mi persona y la puerta. De repente me mira fijamente y abre los ojos de par en par. Las pupilas están tan dilatadas que los ojos azules parecen negros.

—¿Fuiste tú? —susurra—. ¿Mataste a Jennifer?

¡No!, quiero gritar. No, no la maté. Pero no es verdad.

«Maté a mi propia hija».

—Escucha, Lollo. Cayó, quería ayudarla a ponerse en pie, pero...

Lollo mira a su alrededor, encuentra el bolso y lo levanta del suelo.

—Ahora voy a llamar a la policía. —Tiene la voz aguda, hurga frenéticamente en el bolso con una mano sin soltarme con la mirada—. ¿Me oyes? ¡Llamo ahora mismo!

Se aleja lentamente de la mesa, como si tuviera miedo de que la ataque.

Como si fuera un asesino.

—Puedes llamar a la policía —contesto, y me doy cuenta de que lo digo con sinceridad—. Pero, por favor, deja que me explique primero.

—¡No quiero oír una palabra más de ti!

Lollo está gritando. Sujeta el móvil como si dirigiera una pistola a mi cabeza. Y desearía que así fuera. Quiero morir. Pero antes de que todo el mundo comience a contar sus propias verdades, quiero que Lollo se entere de la mía.

—Cinco minutos —le suplico—. Dame cinco minutos.

No dice nada, se limita a mirarme con algo parecido al odio. Así que continúo.

—Yo... No le hice daño. —Mi voz es espesa y las palabras salen a trompicones—. Tienes que... creerme. Sé que hice mal en dejarla. Debería haberla arrastrado a tu casa, debería haberla obligado... Pero se negó. ¿Qué iba a hacer? Lo siento tanto. Sé que da igual lo que te diga, pero tienes que entender que no fue mi intención. ¡No sé cómo acabó en la cantera de caliza!

Lollo parece haber perdido la concentración.

—Pero ¿por qué? —Deja caer la mano que sostiene el teléfono y se queda inmóvil—. Fredrik, ¿por qué?

Suspiro.

—Es una larga historia, pero... —Siento cómo las lágrimas me queman el interior de los párpados—. No tendría que haber... Amaba a Jennifer.

Lollo se queda tiesa.

—¿La amabas?

Escupe la palabra, como si le hubiese entrado algo asqueroso en la boca y quisiera eliminarlo lo más rápido posible.

—No de esa manera. Nosotros... Bueno, ya sabes que Jennifer y yo nos llevábamos bien. Intentaba ser un modelo para ella, intentaba escuchar, tomarme la molestia. Pero en Nochevieja... Nos vimos en el bosquecillo, y...

—¿Qué cojones hicisteis en el bosquecillo?

La mirada de Lollo es más negra que antes, si cabe.

—No es lo que piensas.

Me levanto, doy un paso hacia ella.

Lollo se echa hacia atrás.

—¡Quieto ahí! —grita—. No me toques.

—Lollo, escúchame. No hicimos más que hablar, estuvimos... —Tengo las mejillas mojadas y

las lágrimas me enturbian la vista—. Todo comenzó cuando Jennifer y yo fuimos a nadar en el solsticio de verano. De madrugada. Llegó de esa fiesta de Falsterbo y le parecía que debíamos darnos un chapuzón. Creo que se le había ocurrido que yo, que nosotros, de algún modo...

Debería callarme en lugar de enredarme tanto. ¿Y por qué hablo del solsticio de verano para empezar? No viene a cuento lo que ocurrió. Pero es como si tuviera que echarlo todo fuera.

De repente, Lollo da un par de pasos rápidos hacia la encimera y al momento tiene uno de nuestros cuchillos en la mano.

—¡Puto pedófilo! —Se lanza hacia mí—. ¡Te voy a matar!

64
Nina

—¿Has hablado con Lollo desde que encontraron a Jennifer?

La pregunta de Smilla es tan inesperada que se me corta la respiración. Giro la cabeza y la miro. Está sentada junto a mí en el sofá con la postura del sastre, mirando el móvil.

—No —le contesto—. Le envié un SMS.

Smilla se gira hacia mí.

—¿No se supone que Lollo es, en plan, tu mejor amiga?

Tengo que pensarlo antes de contestar. La triste verdad es que solo cuento con Lollo y Malena. Y, en los últimos quince años, básicamente me han sacado de quicio, sobre todo Lollo.

—Lollo y Malena son mis amigas más antiguas —digo al final—. Pero no sé si eso las convierte en mis mejores amigas.

Smilla frunce el ceño.

—Si Lollo y Malena no son tus mejores amigas, entonces ¿quiénes lo son?

—Bueno... Cecilia, tal vez. Y Eva.

—¿Quiénes son?

—Mis compañeras de trabajo.

—Nunca las he visto —dice Smilla—. No pueden ser tus mejores amigas.

—Tal vez no. —Me encojo de hombros—. Ya sabes... Cuando eres mayor y trabajas a jornada completa y tienes familia... Es difícil sacar tiempo para estar con más gente aparte de tus compañeros de trabajo y la familia. Por lo menos durante el periodo de la infancia.

—Deberías llamar a Lollo —zanja Smilla.

Mi hija tiene razón. El caso es que no me atrevo. Tengo miedo de meterme más de lo necesario, de que los fragmentos rotos de la vida de Lollo se conviertan en mi responsabilidad. ¿Y cómo coño voy a tener energía para arreglar a Lollo cuando Fredrik también está roto?

—Lo sé, cariño. Lo sé.

Pongo un brazo alrededor de los hombros de Smilla y le doy un achuchón, a la vez que echo un vistazo a la cocina, donde mamá está preparando la merienda. Por casualidad levanta la mirada y nos miramos. Mamá sonríe con una expresión satisfecha y vuelve a los menesteres de la cocina.

Mi madre puede tener muchos defectos, pero me conoce bien. Una hora de sueño ha obrado

milagros con mi humor, por fin soy capaz de pensar con algo parecido a claridad.

—Siempre puedes hablar conmigo —murmuro y hundo la nariz en el pelo de Smilla—. Pase lo que pase. Recuérdalo.

Me mira.

—Piensas que Jennifer se suicidó.

—No sé lo que hizo. La policía parece tener diferentes teorías. —Me reclino en el sofá—. Es muy posible que Jennifer no estuviera bien... ¿Te dijo algo sobre eso? ¿Que tuviera algún tipo de problema?

—No. Pero apenas hablamos en el primer semestre del curso.

—La depresión puede ser la razón por la que no quiso quedar —le digo—. Los problemas psicológicos van en aumento entre los jóvenes...

Smilla asiente con la cabeza.

—No creo que tenga una sola amiga que esté bien. Totalmente bien, me refiero.

—Qué me dices. —La rodeo con los dos brazos y la abrazo con fuerza—. Por cierto, ¿tú cómo estás?

Soy una hipócrita. ¿Cómo puedo acusar a Lollo de no haber estado pendiente de Jennifer cuando yo soy exactamente igual? ¿Qué sé yo de mi hija y del mundo en el que se mueve? La vergüenza provoca una ola de calor que comienza en la coronilla y termina en los dedos de los pies. Noto una gota de sudor en el labio superior y la retiro con el dedo índice.

Smilla se acerca más a mí.

—Aparte de lo de Jennifer..., estoy bastante bien.

Su cuerpo tiembla repentinamente.

—Perdón. —Aligero un poco la presión del abrazo—. Es una pregunta estúpida.

—Creo que aún no lo he asimilado. —Smilla suspira—. Me refiero a eso de que Jennifer ya no esté.

Nos quedamos calladas un rato. Miro a mamá mientras coloca unas tazas de té y platitos en una bandeja. Sigue usando la misma bandeja horrenda de pino lacado que Claudia hizo en clase de carpintería en Primaria.

—Hay rumores sobre Jennifer —dice Smilla.

Se inclina hacia delante, deja el móvil sobre la mesa y después se reclina sobre mi pecho.

—¿Qué clase de rumores?

—De drogas y esas cosas.

—¿De verdad? —Trato de no mostrar lo mucho que me impacta esta información, pero me doy cuenta de que Smilla probablemente puede sentir los latidos de mi corazón—. ¿Y crees que hay algo de verdad en ellos? —le pregunto—. En esos rumores.

—No lo creía. —Smilla vuelve a suspirar—. O puede que no quisiera creerlo. Pero ahora me

pregunto. Ya sabes, si estaba deprimida...

Trato de seguir el razonamiento de mi hija, a la vez que mis propios pensamientos rebotan dentro de mi cabeza como bolas de un juego de pinball.

—¿Te refieres a que podía haber tenido problemas psicológicos y que las drogas eran un modo de aliviarlos? ¿Que estaba colocada, caminaba sin rumbo fijo y cayó a la cantera de caliza sin querer?

Smilla se retuerce en el sofá.

—No, más bien estaba pensando que... —Se gira hacia mí—. Ponía en el periódico que la policía no descarta que se haya cometido un crimen.

Asiento con la cabeza y Smilla continúa.

—Puede haber sido un camello que se enfadó porque ella no pagaba... —Se mira las manos, girando su pulsera para que el cierre acabe debajo de la muñeca—. No sé cómo funciona.

Veo la imagen de Jennifer en mi cabeza. Por fuera se parecía tanto a Smilla. Durante un periodo, cuando tenían unos diez años, las chicas engañaban a la gente diciendo que eran gemelas, para divertirse. Se cortaban el pelo igual, se compraban ropa igual, y se morían de risa cuando conseguían que alguien las confundiera. Hay fotos de esa época de las dos, cogidas de la mano en Falsterbo. Alegres y pecosas.

¿Puede ser verdad que Jennifer tomase drogas?

Por un lado, suena totalmente descabellado. Por otro, no me extrañaría demasiado. El abuso de drogas no haría más que confirmar lo que siempre me ha preocupado. La falta de límites. La sensación de que podría pasar cualquier cosa cuando Jennifer estaba presente.

Eso sí, si Jennifer estaba descarrilando, Lollo y Max deberían haberse dado cuenta. Me imagino que se nota por fuera si alguien toma drogas durante un tiempo prolongado. Y Jennifer tenía buen aspecto en Nochevieja.

Me muevo un poco hacia un lado para poder ver mejor a mi hija.

—Tú no tomarás drogas, ¿verdad?

Smilla abre los ojos de par en par.

—¿Qué piensas de mí, en serio?

—Soy tu madre. Tengo que preguntar.

A partir de ahora voy a estar siempre un paso por delante, en lugar de esperar a que lleguen eventuales rumores.

Smilla se repliega, echándome otra mirada acusadora.

—¿No confías en mí?

—Claro que sí. —Le acaricio la mejilla—. Pero... ¿Qué clase de drogas sería? Me refiero a las que tomaba Jennifer.

—Ni idea. Ya te he dicho que no eran más que rumores. Puede que solo probase una vez. A la

gente se le ocurren tantas cosas.

Smilla recoge su móvil de la mesa. Una señal clara. No quiere hablar más, seguramente se sentirá ofendida. Pero no pienso volver a dar un paso atrás. Si no haces preguntas, no consigues respuestas. Los críos tendrán que ofenderse si quieren. Cuando sean adultos entenderán que solo preguntábamos porque nos preocupaban.

Tengo que hablar con Fredrik sobre esto de las drogas y preguntarle si se ha dado cuenta de algo. O si se ha enterado de algo.

Hablando de Fredrik. Y de problemas psicológicos. ¿Fui demasiado dura con él?

Noto un murmullo sordo de preocupación en el diafragma. Nunca me perdonaría si le pasara algo ahora. Si se hiciera daño o...

Me levanto del sofá.

—¿Has visto mi móvil?

—No sé, antes de comer estaba sobre la consola de la entrada. —Smilla no aparta los ojos de la pantalla—. ¿Vas a llamar a Lollo?

—Sí —le digo—. Pero primero voy a llamar a tu padre.

65
Lollo

Agarro el mango de plástico negro con fuerza. Extiendo el brazo delante de mí, apuntando con el cuchillo hacia Fredrik, y veo cómo las venas de su frente se hinchan. Los ojos brillan de terror.

¡El hijo de puta cobarde, miserable, enfermo!

—¿Cuánto tiempo llevas? —grito—. ¿Te la has follado desde que era pequeña?

Veo una sucesión de imágenes instantáneas en mi cabeza, como cuando ves una película a doble velocidad.

Jennifer tiene tres años y está sentada en el regazo de Fredrik leyendo un libro para niños. Jennifer tiene seis años y un Fredrik sonriente la coge de la manita, ofreciéndose a ayudarla con el cróquet.

Jennifer tiene catorce años. Está sentada a la mesa de la cocina al lado de Fredrik, con el libro de mates abierto.

¿Quién sabe dónde estaban sus manos cuando nadie miraba?

—Lollo, por favor... —Fredrik está quieto, solo mueve la boca al susurrar las palabras—. Nunca he...

—Te odio. Te voy a matar, voy a... —Me calmo, sin bajar la guardia. Dejo que el cuchillo baile delante de la cara de Fredrik—. No, mira. Te voy a cortar la polla. Matarte sería ponértelo fácil. ¡Y quiero verte sufrir como un cabrón!

La ira me sostiene. Me mantiene en pie y con vida, cuando en realidad lo que más quiero es desaparecer del todo.

Pero antes de rendirme, Fredrik debe morir. Y la muerte no va a llegar rápido, será lenta y jodidamente dolorosa.

Estoy a punto de ordenar al hijo de puta cobarde que se baje los pantalones cuando empieza a sonar una guitarra de heavy metal. El sonido me hace perder la concentración. No es más que una milésima de segundo, pero Fredrik aprovecha la oportunidad. Consigue agarrar mi muñeca, la gira y la empuja hacia atrás, de modo que el filo del cuchillo apunta hacia mí. Retrocedo, sosteniendo el cuchillo con todas mis fuerzas. Un dolor punzante me atraviesa la muñeca. Fredrik parece una piltrafa humana, pero es más fuerte de lo que pensaba.

—Hijo de puta —siseo—. Te odio. Te odio.

—Lollo, no quiero..., no quiero hacerte daño. —Fredrik tiene la respiración entrecortada—.

¿Por qué no sueltas el cuchillo y hablas conmigo?

—No hay nada de que hablar. Nada. ¿Te enteras?

El volumen de la música aumenta. ¿De dónde viene?

—¡Joder, joder, jodeeer!

Aúllo acompañando al cantante que grita de fondo. La saliva salpica la cara de Fredrik y se estremece cuando una gota le cae sobre el ojo. En el mismo momento me echo hacia delante, aprovechando todo mi peso corporal.

Fredrik se tambalea y cae hacia atrás, golpeando la puerta del frigorífico con el hombro. El repentino movimiento me hace perder el equilibrio también a mí.

Lo que sucede después ocurre a una velocidad rapidísima. Aun así, tengo la sensación de que puedo ver lo que va a pasar antes de que ocurra de verdad. Veo cómo Fredrik se desploma en el suelo con un golpe seco, me veo a mí misma cayendo con él, y veo la hoja del cuchillo entrar por la fina piel justo por debajo de la clavícula de Fredrik.

Una sensación paralizante se extiende por mi cuerpo, no puedo moverme. Tengo la mirada clavada en el cuchillo, del que solo se ve el mango.

Fredrik me mira fijamente. Tiene la cara blanca y los labios se mueven, pero no sale ningún sonido de su boca. Tengo la sensación de que debería hacer algo, pero únicamente puedo pensar en películas mudas en blanco y negro.

Solo cuando la pesada música se para, me pongo en pie y encuentro mi móvil. Después de dos intentos fallidos consigo pulsar las teclas correctas con mi tembloroso dedo índice. Uno uno dos.

Con el teléfono pegado al oído, me apresuro a volver junto a Fredrik. Me arrodillo a su lado, pero luego me quedo así, sin saber cómo actuar.

¿Qué hay que hacer? ¿Debería colocarlo de medio lado? ¿O es mejor dejarlo como está?

—Emergencias 112, ¿en qué puedo ayudarlo?

Una voz serena me habla al oído.

—¡El cuchillo! —jadeo—. ¡Tienen que venir! Rápido.

—¿Qué es lo que ha pasado? —quiere saber la voz.

—Un accidente. Con un cuchillo. Nos hemos caído y ahora...

—¿Dónde está ahora mismo?

La calma de la operadora me provoca y mi cabeza parece una hoja en blanco por dentro. No recuerdo el nombre de la calle donde viven.

—¡No lo sé! —El corazón me late alocadamente—. ¡No recuerdo!

Le grito que tendrá que rastrear la llamada, joder, y al mismo tiempo recuerdo que hay una app que quizá debería haber descargado. De repente, Fredrik abre la boca y suelta una retahíla monótona indicando la dirección.

Repito las palabras y la voz continúa:

—¿La persona respira?

—Sí. Sí, respira. ¿Saco el cuchillo?

—No —dice la voz, con un poco menos de serenidad—. No lo toque. Esperen a que llegue la ambulancia. La ayuda está en camino.

Después de unas preguntas más, la persona de la centralita parece pensar que la situación está controlada, pero mantiene la línea abierta.

Pongo el altavoz del teléfono, me siento junto a Fredrik y pongo el teléfono en el suelo entre nosotros.

—Perdón —susurro y apoyo la espalda en el frigorífico—. Perdón.

Está completamente quieto, con los párpados cerrados. Cada inspiración parece resultarle terriblemente dolorosa.

Se me ocurre que tal vez vaya a morir. En tal caso he matado al marido de Nina.

Y al padre de Jennifer.

Oigo truenos en la cabeza. Cierro los ojos y deseo estar muy lejos, mientras escucho la laboriosa respiración de Fredrik.

—¿Jennifer era...? —Tose—. ¿Jennifer de verdad era mi hija?

Asiento con la cabeza sin abrir los ojos, noto que las lágrimas me ruedan por las mejillas.

—Estaba... viva —continúa Fredrik. Empuja las palabras y debe parar para recuperar la respiración—. Caminaba... por el paseo. Se tambaleaba. Pero caminaba... Fui a... buscarla. Volví. No la... encontré. Perdón.

Se calla.

La cafetera gruñe.

Y desde muy lejos oigo el sonido de sirenas que se acercan.

66
Nina

—¿Hablo con Carolina Gonzales Andersson?

Es la segunda vez hoy que alguien me llama Carolina. Pero esta voz no tiene el mismo calor que la de papá. Al contrario, suena muy formal. Dejo el sofá y me acerco a la entrada para escaparme de la cacofonía del salón. Vilgot está jugando al parchís con su abuelo y la competición está siendo intensa.

—Sí, soy yo.

Se oye un crujido en el otro lado, como si alguien estuviera dando la vuelta a una hoja.

—¿Y está casada con Fredrik Andersson?

Al oír esto, mi corazón comienza a latir a doble velocidad. La cabeza se me vacía de sangre y siento que las puntas de los dedos se me entumecen de un modo extraño.

—Sí...

—Qué bien que haya conseguido dar con usted. Me llamo Helga Gunnarsdottir. Soy médico y llamo del hospital universitario de Escania.

Las piernas me fallan y me acerco al taburete que está junto a la consola de la entrada. Apoyando la espalda en la pared, me deslizo hacia abajo y aterrizo con un golpe seco.

—Bien, llamo por un asunto relacionado con su marido —dice la mujer al otro lado.

Las palabras que busco se enredan entre sí y no salen.

—No hay motivos de preocupación —continúa la médico—. Su estado es grave, pero no crítico.

—¿Qué ha pasado? —Me pongo en pie de un salto y comienzo a hurgar entre los abrigos en busca de mi cazadora—. ¿Dónde está ahora? Yo no estoy en casa. Estoy... Estoy en Höör. En casa de mis padres. Pero puedo estar en Malmö en una hora o así.

Tanto mamá como Smilla han salido a la entrada. Están juntas, mirándome con los ojos abiertos de par en par.

—Fredrik está sedado y ahora descansa. —Helga Gunnarsdottir habla con un acento islandés cantarín—. Y no tiene sentido que se dé prisa por venir. Está en la UCI y aquí no se admiten visitas. Esperamos poder trasladarlo a la unidad de afecciones pulmonares mañana. En tal caso podrá visitarlo entonces.

—¿Pulmonares? —Me paro en medio de la búsqueda, el brazo que hurgaba entre los abrigos

se me queda colgando—. ¿Por qué va a la unidad de afecciones pulmonares?

—Su marido sufre de neumotórax. —Hace una breve pausa y añade—: Tiene el pulmón perforado.

—¿Qué? ¿Cómo..., cómo ha pasado?

—Una puñalada —dice la médico—. Ahora bien, como ya he comentado, su estado es estable y Fredrik está bien, teniendo en cuenta las circunstancias. Mañana seguramente podrá llamarlo.

—¿Una puñalada? —Me veo obligada a sentarme otra vez—. ¡Estaba en casa! ¿Lo han apuñalado en casa?

Mamá y Smilla siguen allí. Mamá se ha llevado las dos manos a la boca y Smilla tiene la cara blanca.

—Siento no poder darle más información —dice Helga Gunnarsdottir.

—Pero soy su esposa. —Mi voz se quiebra—. Tengo..., tengo derecho a saber qué ha pasado.

—Hum, sí, bueno... —La médico de repente suena un poco cortada—. Fredrik me ha dicho expresamente que no dé ningún detalle a nadie. Ni siquiera a usted.

El móvil casi se me cae de la mano y agarro la carcasa de plástico blando con más fuerza.

¿Al final Fredrik estaba siendo infiel? ¿Ha sido una examante la que le ha clavado el cuchillo? O una actual.

No puede tratarse de un hurto. No somos propietarios de valiosas obras de arte o antigüedades. Pero alguien ha podido entrar para robar el ordenador de Anton. Trato de imaginarme la situación y al final me doy cuenta de que parece completamente absurda. Fredrik, además, no habría opuesto resistencia. Habría dado a los ladrones todo lo que le pidieran, probablemente incluso les habría ayudado a llevar las cosas a su coche.

La médico se aclara la garganta y vuelvo a la realidad, pero sin acordarme dónde la había dejado.

—Con toda probabilidad, su marido se recuperará por completo —dice Helga Gunnarsdottir, y añade—: Nos pondremos en contacto con usted si la situación empeora. —Hay un momento de silencio—. ¿Está bien? —pregunta después.

No estoy bien, en absoluto. Para nada.

—Sí, claro —le digo—. Gracias por llamar.

Termino la llamada y miro la pantalla fijamente.

—¿Quién era? —Mamá se acerca corriendo—. Nina, ¿qué ha pasado?

—Llamaban del hospital... Ha sido... —Miro a mamá—. Fredrik ha sido apuñalado.

Parece que Smilla está a punto de desmayarse y me levanto.

—No pasa nada, cariño. —La acerco a mí—. Papá se pondrá bien, la médico ha dicho que se recuperará por completo.

Abrazando a mi hija, trato de apartar la sensación de que el mundo está a punto de

desmoronarse.

67
Lollo

La entrada de la comisaría está prácticamente vacía. Un guardia de seguridad saluda con la cabeza a los dos policías que me acompañan. Me dan una tarjeta de visitante y seguimos por un largo pasillo.

—Adelante —dice la mujer pelirroja que antes se ha presentado como Sally. Sujeta la puerta que lleva a una habitación pequeña, escuetamente amueblada—. Siéntese mientras espera. Lina Torrero viene enseguida.

Me siento sobre una de las cuatro sillas, agradecida de saber que la inspectora vendrá en breve.

Sally y su colega llegaron al hospital apenas un minuto después de que la ambulancia parase delante de la puerta de urgencias. Llamaron a Lina Torrero en cuanto se enteraron de que era la persona de contacto de la familia en un asunto que está siendo investigado.

—¿Quiere tomar algo? —El policía, que tiene mi edad, pero que aun así lleva una enorme barba de hípster, me mira—. ¿Café? ¿Té? ¿A g u a?

—Un vaso de agua estaría bien.

Asiente brevemente con la cabeza y desaparece por el pasillo.

Me apoyo en el respaldo duro de la silla, cierro los ojos y trato de respirar de la manera que me han enseñado para estar bien. Pienso en las cientos de horas de clases de yoga a las que he ido a lo largo de los años. Nunca pensé que iba a sacar el mayor provecho de ellas aquí, en una sala de interrogatorio. Pero después de respirar hondo un par de veces, se alivia la presión en el pecho. No del todo, pero casi.

La puerta se abre ruidosamente. El barbudo entra junto con Lina Torrero y le estrecho la mano por tercera vez hoy. El barbudo me deja un vaso de agua sobre la mesa y abandona la sala mientras que las dos mujeres se acomodan enfrente de mí.

Sally empieza a teclear en su ordenador. Torrero deja una carpeta de plástico fino sobre la mesa y después abre la pantalla de su portátil. Saca un móvil del bolsillo trasero y luego lo deposita sobre la carpeta.

—¿Cómo está?

Si otra persona hubiese hecho la pregunta, me habría enfadado mucho. Pero Lina Torrero me cae bien. No parece que pregunte por obligación, sino porque realmente quiere saberlo.

—Regular —le digo.

Torrero parte la cola de caballo en dos y separa las dos extensiones para apretarla.

—Espero que no le importe venir hasta aquí. —Suelta el pelo—. Es un poco complicado hablar en el hospital.

Asiento con la cabeza y la inspectora prosigue.

—Lo primero que queremos saber es qué ha pasado esta tarde.

—Ha sido sin querer. —Mis mejillas arden y me cuesta mirarla a los ojos—. Ha sido un accidente. Lo que...

—Espere. —Torrero pulsa el móvil y lo deja sobre la mesa. Dice la fecha, la hora y los nombres de las que están presentes en la sala—. Bien —dice después—. Cuéntenos qué ha pasado en casa de los Andersson.

—Es que... —Las manos me tiemblan cuando estiro el brazo en busca del vaso de agua—. Max y yo... hemos discutido. Y yo... necesitaba hablar con alguien. De todo lo que ha pasado... —Bebo, se me escurre parte del agua por la barbilla y recojo las gotas con la mano libre—. Nina no estaba en casa, pero Fredrik me ha invitado a entrar. Ha puesto café, y... Y de repente ha empezado a decir que había visto a Jennifer en Nochevieja... Y yo... —dejo el vaso sobre la mesa y miro a las dos mujeres que están delante de mí—. Se me han cruzado los cables. ¡No he pensado!

Torrero pide más detalles y Sally apunta.

—Tengo entendido que Fredrik no quiere denunciarla —resume Torrero cuando termino.

Asiento con la cabeza y la inspectora me comunica que en cualquier caso tienen que formalizar una denuncia por delito leve por lesiones.

—Si Fredrik no se arrepiente, es todo lo que va a pasar —añade.

—¿Y qué pasa con Fredrik y Jennifer? —Miro a Torrero—. Acaba de reconocer que la vio en Nochevieja. ¿Tendrán que seguir investigando eso?

—Hablaremos con Fredrik cuando esté en condiciones de hacerlo, claro —dice Torrero—. Pero nos ha contado que Jennifer estaba viva cuando la dejó en el paseo de Gads.

—Es lo que dice. —Hago un gesto rendido—. Pero ¿de verdad lo creen?

—He intentado dar con usted y con Max desde que nos vimos en Lund. —La inspectora mira a su portátil y después a mí—. Y ahora, por lo menos, sé por qué no me contestó. —Esboza una sonrisa de medio lado—. Por cierto, ¿no sabrá dónde anda Max?

Noto una repentina punzada en el diafragma. ¿Qué coño estará haciendo?

—No, me fui con el coche y no lo he visto desde entonces.

—Entiendo. —Lina Torrero me busca la mirada—. La razón por la que quería hablar con ambos es que hemos recabado información nueva en el caso de Jennifer, y esa información nos dice que no se trata de un accidente.

Abro la boca, pero Torrero se me adelanta.

—A partir de ahora vamos a investigar este suceso como un asesinato. —No me suelta con la mirada—. Y quiero recalcar que esta información no señala a Fredrik Andersson. Sospechábamos que había estado en contacto con Jennifer durante la noche en cuestión, y ahora lo hemos podido confirmar. Pero no creemos que fuera Fredrik el que le quitó la vida a Jennifer.

Miro a la inspectora con confusión, tratando de entender lo que me está contando.

Asesinato.

¿Jennifer fue asesinada?

—Se podría pensar que Fredrik actuó mal —continúa Torrero—. Que debería haber convencido a Jennifer de que fuera a casa. Pero el hecho de que volviera a la fiesta sin ella no es un crimen en sí.

—Pero... Pero, entonces, ¿qué es lo que ha pasado? —Miro a las dos policías—. ¿Quieren decir que vio a una tercera persona después? ¿Fue John Blund? ¿Alguno de esos hombres de la lista de Facebook? ¿Petter Silvén? ¿Lo han mirado? Vive cerca, y además...

Me doy cuenta de que estoy desvariando y me callo. De repente, los amables ojos marrones de Torrero me producen ganas de llorar.

—Desafortunadamente no podemos decir a quién o quiénes hemos investigado —dice con calma—. Tampoco podemos contarle lo que estamos investigando actualmente. Lo que en primer lugar queríamos que supieran es que hemos elevado el suceso a la categoría de asesinato. Además, necesitaríamos hacer algunas preguntas adicionales... —Algo en la expresión de la cara de la inspectora cambia, y hace una pequeña pausa antes de rematar la frase—. El informe de la autopsia ya nos ha llegado.

Veo una imagen en mi cabeza. La imagen del cuerpo tieso de una niña sobre una mesa fría de acero inoxidable. Se me revuelven las tripas. Miro alrededor de mí en busca de algo para poder vomitar, pero al final consigo reprimir lo que estaba subiendo por la garganta.

—¿Cómo está? —pregunta Sally—. ¿Va todo bien?

Asiento con la cabeza, bebo un poco de agua. Busco otras imágenes en la memoria, las que muestran a una Jennifer viva con ojos brillantes y una sonrisa en la boca. En lugar de ello veo una cara pálida, labios silenciosos, ojos cerrados.

—Sí... —Torrero me busca la mirada nuevamente—. Según el informe, Jennifer tenía rastros de cannabis y tramadol en la sangre.

—No puede ser verdad —susurro—. Debe de haber algún error.

—Lo siento. —Torrero mira la pantalla que tiene delante de sí—. No se trata de cantidades importantes, pero junto con el alcohol...

—Alguien debió obligarla a tomar esas cosas. —Lanzo una mirada suplicante a las dos mujeres, ya con un poco más de fuerza en mi voz—. ¡Jennifer no tomaba drogas! Nos habríamos dado cuenta.

En el mismo momento en que las palabras rebotan en las paredes vacías, la duda empieza a germinar. ¿Cómo puedo estar tan segura de que Jennifer no tomaba drogas? Yo, que no tenía ni idea de lo que andaba haciendo en la red.

—Debió de ser alguien de esa fiesta de Nochevieja quien la engañó. —Oigo la duda en mi propia voz—. Un... hecho aislado.

—Bueno. —Lina Torrero empieza a hojear la carpeta—. No sé si ha oído que se ha encontrado un móvil que pertenecía a Jennifer... —Deja una foto sobre la mesa, la gira ciento ochenta grados para que la pueda ver por el lado correcto. La foto muestra un teléfono minúsculo y anticuado. Es azul y se parece a mi primer móvil, el que Max me regaló por mi cumpleaños a principios de los 2000.

—Ese no es el teléfono de Jennifer. —Señalo la foto—. Tenía un iPhone. El último modelo.

—Jennifer tenía dos móviles. —La inspectora se acerca la foto—. No hemos encontrado su iPhone, pero pudimos descargar una copia de él. Y este de aquí... —Torrero hace un gesto con la cabeza hacia la foto—. Este no tenía contrato, sino que era un móvil de tarjeta prepago.

—Pero... ¿para qué lo usaba? —Miro confundida a la mujer de cabellos morenos—. ¿Han podido averiguar a quién llamaba?

La inspectora devuelve la foto a la carpeta.

—Eran sobre todo SMS. El teléfono de tarjeta prepago era un móvil para traficar, es decir, un móvil que usaba para hablar con camellos y clientes. Y sí, hemos podido localizar a algunos de los contactos de Jennifer. Pero de momento no puedo contar más que eso.

Me inclino sobre la mesa, escondo la cara en las manos y rompo a llorar.

Asesinato. Drogas. John Blund. Fredrik. Max. ¿Debería llamar a Max? ¿Quiero llamarlo? ¿Puede él estar involucrado de algún modo en esta mierda? ¿Debería compartir mis ideas con Torrero?

Estoy tan cansada. Tan terriblemente cansada.

Cuando al final levanto al cabeza, veo una caja con pañuelos de papel junto al vaso de agua. Saco un pañuelo de la caja, me sueno los mocos y me seco los ojos.

—Pensarán que soy la peor madre del mundo.

La respuesta llega un pelín tarde.

—No piense así —dice Lina Torrero—. Esto puede pasarle a cualquiera. A todo tipo de gente, de cualquier clase social. Podemos hacer todo por nuestros hijos y aun así pueden acabar mal. Créame, nadie se libra.

Día de Epifanía, 2019
Sábado

68
Fredrik

Lina Torrero me mira.

—¿Está completamente seguro de que no quiere denunciar a Louise Wiksell?

—Sí —le digo—. Ha sido un accidente. Lollo estaba muy alterada y yo... había bebido bastante.

La inspectora se reclina en la silla, cruza las piernas y me mira con una expresión difícil de interpretar.

—Tuvo usted suerte, dentro de lo que cabe. —Su mirada se fija en el tubo que entra por mi pulmón derecho—. Podría haber salido mucho peor.

El aparato de oxígeno le responde con un suspiro alargado, y yo no tengo nada que decir. Ayer estaba convencido de que me había llegado la hora de morir. El dolor fue indescriptible. Cada vez que respiraba el pulmón me quemaba como el fuego y empecé a ver, de verdad, una sucesión de imágenes con escenas de mi vida. El pánico que sentí fue inesperado. Pensaba que estaba preparado para morir, que era mi única salida. Pero allí, en aquel momento —con un cuchillo clavado en el pulmón y la espalda contra el suelo de la cocina— lo supe.

No quiero morir.

Quiero vivir.

Lina Torrero se levanta. Su colega, una mujer pelirroja cuyo nombre no recuerdo, cierra su cuaderno y deja las dos sillas junto a la pared. Me saluda con un gesto de la cabeza, se pone rápidamente la cazadora y desaparece por el pasillo.

Torrero se queda un momento en la puerta.

—Volveremos a hablar, de un modo u otro. —Hace un gesto hacia el tubo de oxígeno—. Al menos no me preocupa la posibilidad de una fuga.

Cuando llega la calma, cierro los ojos y trato de poner orden en la oleada de información que acaba de inundarme. Me va regular. Puede que sea por el tipo de información. O, si no, tiene que ver con mis medicinas, todos los analgésicos que ahora mismo circulan por mis venas.

Torrero ha dicho que Jennifer fue asesinada.

Asesinada.

Al parecer, también tomaba drogas. Tramadol. Cannabis. Puede que más cosas.

He reconocido inmediatamente que el verano pasado fumamos un porro juntos, he tenido que

explicar de algún modo la razón por la que me había callado lo de nuestro encuentro en Nochevieja. Pero he jurado por todos los santos que nunca he oído a Jennifer hablar de otras drogas.

Al parecer, había vendido a adolescentes de la zona. No era un gran negocio, pero aun así.

«Joder, Jennifer, ¿cómo pueden haberse torcido tanto las cosas?».

Mi cabeza se hunde entre las almohadas. Inspiro hondo, me doy cuenta tarde de mi error y gimo en alto.

Una enfermera que pasaba por delante de mi puerta mete la cabeza.

—¿Le duele?

Niego con la cabeza.

—Solo tiene que pulsar el botón si necesita algo —dice y sigue apresuradamente.

Vuelvo a la conversación con Torrero, tratando de recordar los detalles.

Si he entendido bien a la inspectora, no soy sospechoso del asesinato. Parece que no soy sospechoso de nada, aparte de haber mostrado un pobre juicio, quizá.

Torrero no quería contarme casi nada, pero ha dicho que estaban muy cerca de resolver el caso. Esperaba poder hacerlo antes de que termine el fin de semana. Hoy es sábado. Esto debe significar que ya saben quién es el asesino.

«Jennifer fue asesinada».

Es absurdo. ¿Qué podía haber hecho para que alguien tuviera motivos para asesinarla?

Una cría.

«Mi hija».

De repente estoy otra vez en la playa, viendo a Jennifer en la noche azul del solsticio de verano. No quiero pensar en ello. No quiero recordar lo cerca que estuvo. Aunque no fui yo quien reaccionó ante sus invitaciones. Fue el cerebro de reptil.

Mis dedos buscan el móvil a tientas en la mesilla, y consigo agarrarlo sin mover el torso. Veo un nuevo SMS en la pantalla.

Ahora salgo. /N

El mensaje ha sido enviado hace menos de una hora. Suelto el móvil sobre la manta amarilla y giro la mirada hacia el techo. Aquí no hay grietas, en lugar de ello veo una red de cuadrados blancos en perfecta simetría.

Nina.

¿Qué cojones voy a decirle a Nina?

Hemos hablado brevemente esta mañana, justo después de que me movieran a esta habitación. Estaba completamente histérica, claro, no había pegado ojo en toda la noche.

Le he dicho que no quería hablar del tema por teléfono, y le he pedido que se viniera cuanto antes. Y me da pavor la posible reacción de mi mujer.

Se me ocurre que, de haber mantenido la calma, la mayoría de lo que pasó con Jennifer podría haber seguido siendo un secreto entre la policía y yo. Pero ahora...

Lollo sabe que salí a nadar con Jennifer en la noche del solsticio de verano.

Sabe que nos vimos la misma noche que desapareció Jennifer. Y es bastante evidente que podría haber evitado la segunda parte de lo que pasó, si hubiese arrastrado a Jennifer de vuelta a casa de los Wiksell después de nuestro encuentro en el bosquecillo. Al menos podría haber evitado que ocurriese en aquel momento.

Si es que fue entonces cuando pasó.

Lollo nunca me va a perdonar. Y no se mantendrá callada.

Eso quiere decir que no me queda otra que contar mi versión a Nina.

69
Nina

—¡Es que no lo entiendo! ¿Por qué fue Lollo a nuestra casa? —Me he quedado clavada en medio de la habitación. El corazón me repiquetea contra la caja torácica, las lágrimas y los mocos me corren por la cara descontroladamente. Tengo la sensación de que todo mi cuerpo se disolverá y se desparramará sobre el brillante suelo gris—. Tienes que explicar...

Mi voz se desvanece cuando empieza a sonar un tono alto en mi cabeza. Veo puntos blancos delante de los ojos y me agarro a una silla, sentándome sobre el duro asiento. Inclinada hacia delante, con la cabeza apoyada en las manos, espero hasta que el tono se calla, y después levanto la mirada.

La parte cercana del cabecero está inclinada hacia arriba y la cabeza de Fredrik descansa pesadamente contra la almohada. Su cara tiene el mismo color que la funda. Junto a la cama hay un soporte para la bolsa de analgésico intravenoso. Tiene un tubo metido en el costado, más vías en las muñecas y en el interior de los codos. Una pantalla muestra dos valores distintos, uno de ellos debe de ser para los latidos de su corazón.

—¿Por qué? —susurro al final—. ¿Por qué fue a nuestra casa?

—Ni idea. Dijo que... —Fredrik traga saliva con fuerza y continúa con una voz forzada—. Dijo que se habían peleado. Es decir, Lollo y Max. Lollo se metió en el coche y se largó sin saber dónde ir. Y acabó en nuestra casa.

Saco mi móvil del bolso, parpadeo para sacudir las lágrimas de los ojos y ojeo la lista de llamadas entrantes.

—No me llamó antes.

—Pero acabo de decir... —Fredrik estira la espalda, gruñe—. No fue una visita planeada.

Cierro los ojos otra vez, me froto las sienes y trato de procesar lo que me acaba de contar. Sobre baños nocturnos. Sobre mentiras. Sobre sentimientos de culpabilidad y vergüenza.

—Entonces... —Abro los ojos—. ¿Mentiste sobre lo de Nochevieja para no tener que revelar lo que pasó en verano?

Fredrik asiente con la cabeza.

—Pero no pasó nada —dice rápidamente—. Tienes que fiarte de mí, Nina. Lo único que hicimos fue fumar un porro. Pero ya sabes cómo es Jennifer... O cómo era. Podría haberse inventado cualquier cosa. Y ahora, después del Me Too y todo eso... —Me mira con ojos de

perro abandonado—. ¿Quién me habría creído? ¡Nadie! Me habría convertido en un viejo verde asqueroso. Todo el mundo se habría puesto del lado de Jennifer. Estaba decepcionada y enfadada. Podría haber conseguido que me despidiesen, volviendo a mi familia, a mis amigos en mi contra, y...

Fredrik se calla y mira al techo.

No sé qué decir. He sospechado desde el principio que algo, aparte de la mentira sobre la situación en su trabajo, no estaba nada bien. Incluso llegué a rozar la idea de que el comportamiento de Fredrik podría estar relacionado con Jennifer. Pero nunca habría podido imaginarme esto. Está más allá de los límites de la probabilidad.

—Entiendo... —Fredrik coge aire repentinamente y hace una mueca de dolor antes de seguir —. Entiendo que puede resultar difícil fiarse de mí ahora mismo, pero te prometo que...

—Quieres decir —lo interrumpo—. ¿Lo que quieres decir es que Lollo te clavó el cuchillo porque pensaba que habías matado a Jennifer?

Vuelve a asentir con la cabeza.

—Yo mismo pensaba que la había matado. No directamente, claro. Pero pensé que lo que había pasado era por mi culpa, que me iban a mandar a la cárcel por ello. Se golpeó la cabeza, sangró, y tuve miedo de que pudiera sufrir una conmoción cerebral. Primero pensé que podía haberse tumbado y haber muerto por congelación. Y luego, cuando la encontraron, estaba convencido de que se había caído a la cantera de caliza debido a la herida, que había estado mareada o confusa. Hay algo que se llama ignorancia deliberada. Es decir, que si abandonas a alguien que está en peligro...

—¡Calla!

Hago lo que suele hacer Vilgot en situaciones de estrés: me tapo las orejas con las palmas de las manos y cierro los ojos. Es una manera eficaz de encerrarse en uno mismo. Todo se vuelve negro y lo único que oigo es mi propio corazón, que retumba entre los oídos.

La cabeza me da vueltas descontroladamente, imposible detener los pensamientos. Abro los ojos y miro al hombre tumbado en la cama delante de mí. Recorro con la mirada el pelo aplastado y sucio, la canosa barba corta, las mejillas hundidas. Las lágrimas que ruedan por sus mejillas.

¿Quién es? ¿Qué ha hecho? ¿Puedo fiarme de lo que dice?

—Me marcho. —El apoyabrazos golpea la estructura de la cama cuando me levanto—. Tengo que pensar.

Con el abrigo hecho una bola dura bajo el brazo, me dirijo a la puerta.

—¿Vienes mañana? —susurra Fredrik detrás de mí, y me doy la vuelta.

—Tal vez.

70
Lollo

Siento cómo el llanto me sube por la garganta y trato de distraerme mirando a Chanel. Papá me la ha dejado esta mañana a primera hora. No aguantaba el silencio de la casa vacía. Quería oír el ruido de patas contra el parqué, necesitaba sentir el pelo rizado entre mis dedos.

Ahora camina junto al sendero con el morro hundido profundamente entre las hojas caídas del año pasado. La caniche parece totalmente ajena a todo lo que ha pasado. Pero puede que Chanel comprenda más de lo que creemos, puede que eche en falta a Jennifer, aunque es lo suficientemente inteligente como para concentrarse en los que quedamos.

Estamos yendo al cabo y me agacho ante el viento, protegida por una bufanda, un gorro y un par de gafas de sol grandes. El sol brilla por su ausencia, pero no quiero tener que mirar a la gente a los ojos. En realidad, habría preferido no ver a nadie, pero tenía que salir de casa.

Alejarme de Max.

Mi marido me ha mentido durante diecisiete años. Cómo coño voy a saber que no miente sobre otras cosas, cuando eligió mentir sobre lo que debería ser lo más importante: nuestra hija. Mi hija.

Todas las veces que lo he llamado y no me ha contestado. Todas las veces que se ha quedado tarde en el trabajo, jugado al golf, estado de viaje de trabajo. ¿Qué era verdad? ¿Qué era mentira?

¿De verdad puedo fiarme de que era Max, y solo Max, el que se comió esas hamburguesas en Falsterbo la noche del miércoles? ¿Puedo fiarme de que no estuvo con Jennifer?

Max me juró por todos los santos que no le había hecho daño.

Pareció molestarlo sinceramente que yo sospechara de él. Y en el fondo no puedo creer que Max pudiera estar involucrado. Pero el mero hecho de sospecharlo...

Esta mañana volví a sacar el anuario del instituto. Encontré la foto de la clase y eché un vistazo al chico que maltrató. Ali. Es un chico guapo. Además, debe de ser bastante listo, si no, no habría entrado en Petri. ¿Cómo cojones pudo Max atacar a un chaval de diecisiete años? Es una cosa tan de cobardes. De cobardes, de gente patética e inmadura.

¿Puedo vivir con una persona que creí capaz de matar, aunque solo fuera por un momento? ¿Quiero vivir con una persona que seguramente será condenada por maltrato?

Max es el culpable, pero su mala reputación me afectará tanto como a él. Tenemos el mismo

apellido. Quizá vaya a verse obligado a vender la agencia. Porque ¿quién querrá dejar en manos de un criminal la venta de su bien más preciado? Yo no lo haría.

En tal caso, perderemos todo. Nuestra vida y nuestros amigos. No he oído nada de Lisen ni de Ivanka desde que salió la noticia del maltrato. Ningún periódico ha revelado el nombre del «exitoso agente inmobiliario de Malmö que dio una paliza a un niño indefenso». Pero la gente no es tonta. Todo el mundo sabe de quién se trata.

Una cosa extraña es que Max no se muestre arrepentido. Según él, la policía no se mostró lo suficientemente tajante y habría dejado a Ali en paz si hubiesen tomado en serio la información sobre él. Es una lógica curiosa, porque no parece que Ali tenga nada que ver con lo que ha ocurrido.

Mi marido me da miedo. ¿Quién es? ¿Quién ha sido a lo largo de todos estos años?

Chanel deja que el morro la guíe, zigzagueando sobre el sendero. Mis pensamientos se mueven del mismo modo y llegan hasta Fredrik. El hombre que fue el padre de Jennifer. Es el padre de Jennifer.

¿Yo sigo siendo la madre de Jennifer?

Siento una puñalada en el pecho. El cuchillo que se clavó en el pulmón de Fredrik parece haberse hundido en mi propio corazón. Alguien está retorciéndolo, una y otra vez.

No puedo reprimir las lágrimas. Salen a chorros detrás de las gafas y el entorno se vuelve borroso hasta convertirse en un velo pardo. Alargo los pasos sin darme cuenta de ello. Chanel me sigue como un muñeco de trapo, colgando de la correa, y lleva protestando un rato, pero los gemidos solo consiguen llegar a mis oídos cuando se vuelven muy altos.

Me paro, dejando que el caniche haga sus necesidades, y después sigo. Es como si las piernas tratasen de alejarse de mi cabeza y de todo lo que se mueve ahí dentro.

Nunca más podré volver a mirar a Nina a los ojos. Nunca.

Y Fredrik, menudo idiota. ¿Puedo fiarme de él? Dijo que Jennifer estaba viva cuando la dejó, pero ¿puede demostrarlo?

Torrero afirma que Fredrik es inocente. Pero también la policía podrá equivocarse. Puede que lo dijera para proteger a Fredrik de mí. ¿Torrero tiene miedo de que le vuelva a clavar el cuchillo?

Y luego está eso que Fredrik soltó... Eso de que Jennifer y él se dieron un baño juntos en la noche del solsticio del verano. ¿De qué iba eso? Todo es tan confuso. ¡Un puto lío!

Chanel suelta un ladrido. Levanto la mirada y descubro un gazapo un poco más adelante en el sendero. Está como hipnotizado, temblando. Viendo cómo se le acerca la muerte.

¿Jennifer sabía que iba a morir? ¿Le dio tiempo a sentir miedo cuando se encontró con su asesino? ¿Pidió ayuda? ¿Suplicó que no la matase? El cuchillo hundido en mi pecho se gira una

vez más y el llanto se escapa de entre mis labios. Es un sonido extraño. Desagradable. No reconozco mi propia voz.

El conejo se despierta de su hipnosis temporal, se sobresalta y se mete entre los árboles.

71
Nina

Camino a grandes zancadas por los pasillos, paso de fijarme en las señales y dejo que mi GPS interior me guíe hacia la salida. Tengo que salir de aquí, necesito oxígeno y luz del día. Tengo que reflexionar con calma. Tengo que tratar de entender. Si es que se puede entender algo de todo esto.

Me siento liberada al escaparme del nauseabundo olor a hospital y de los suspiros de la máquina de oxígeno. Lleno mis pulmones sanos de aire frío de enero y bajo por la acera apresuradamente rumbo al aparcamiento.

Justo antes del paso de cebra me encuentro con un anciano que avanza muy laboriosamente, empujando una silla de ruedas. En la silla de ruedas está una anciana encorvada, que lleva el bolso en el regazo. La escena me provoca lágrimas. ¿Fredrik y yo nos haremos viejos juntos? ¿Lo quiero?

Veo en mi cabeza una breve imagen de mis apáticos suegros. El silencio, las acusaciones tácitas.

—¡Nina!

Al principio no entiendo que es a mí a quien llaman. Luego se me enciende la bombilla y me doy la vuelta. Una mujer de bata blanca viene medio corriendo por la acera. Es baja, tiene una melena rubia y sujeta un paquete de yogur con cereales en una mano. La rubia me resulta levemente familiar, pero no sé situarla.

—No me reconoces, ¿verdad?

Ha llegado ya a mi altura. Lleva calcetines color lila, zuecos blancos de Birkenstock, y una amplia sonrisa en la cara.

—Eh... —Mi cerebro, que ya estaba sobrecalentado, va a mil revoluciones—. Puede.

—Soy Victoria. —La mujer me estrecha la mano—. Vicky...

—¡Por Dios! Lo siento. —Le aprieto la mano—. Vicky. Ahora te reconozco. ¿Cómo te va? —Acerco automáticamente la otra mano a los ojos, donde el rímel se me ha corrido—. ¿Trabajas aquí?

Le suelto la mano y Vicky asiente con la cabeza.

—De hecho, estoy en la misma unidad que Malena.

Se nota que Malena y yo nos hemos distanciado. Hace diez años, habría estado al tanto de algo

así. Vicky nos acompañaba a menudo en nuestra época universitaria. Venía a cenas en la cocina de la residencia estudiantil de Malena, a tomar café en el parque de Lundagård o a estudiar en la biblioteca de la universidad.

Vicky apenas ha cambiado, pero, al igual que yo, ha engordado unos kilos. Por alguna razón, resulta reconfortante en medio de tanta miseria.

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando en Malmö? —le pregunto.

—Desde este verano —contesta Vicky—. Estuve muchos años en Lund. Y luego en Eslöv una temporada, en un centro de salud. —Vuelve a sonreír—. Me dicen que seguís en contacto. Malena, Lollo y tú.

—Bueno... —Trato de esbozar una sonrisa, pero la piel me tira, parece que no tengo suficiente para sonreír—. No como en los viejos tiempos. Aunque solemos celebrar la Nochevieja juntas...

La frase se queda suspendida en el aire y, de repente, Vicky se inclina hacia mí y baja la voz.

—Es terrible, por cierto. Lo de Jennifer. —Niega con la cabeza—. Debe de ser lo peor que le puede pasar a cualquiera. La muerte de un hijo.

Asiento, esperando intensamente que Vicky tenga que volver a urgencias en breve. No me apetece abrir la puerta a mi caos interior ante una persona a la que no he visto desde hace más de veinte años.

Pero no parece que Vicky tenga prisa. En lugar de ello se acerca a mí. Está tan cerca que me doy cuenta de dónde ha debido de estar en su descanso; en una de las peceras de cristal donde pacientes y personal fuman juntos. Incubadoras invertidas.

—Cuesta creer que haya podido pasar —continúa Vicky—. Primero Theo y ahora esto... En fin, es como para preguntarse...

—¿Theo? —Doy un paso hacia atrás y miro a la mujer delante de mí—. ¿Qué quieres decir?

—Vaya. —Se lleva una mano a la boca, pero enseguida la quita—. Pensaba que... Quiero decir, soléis quedar y eso. Pensaba que lo sabías...

—Sé que Theo ha tenido problemas y ha cambiado de cole. Tenía entendido que había mejorado.

—Bueno. —Vicky duda un momento, pero enseguida arranca—. Quizá no debería contarte esto, pero... —Mira a su alrededor, como si temiera que hubiese gente escuchando a escondidas tras la esquina—. Pero lo voy a hacer. No le digas que la cotilla he sido yo.

Trato de no parecer demasiado interesada en lo que me vaya a contar, para que no se arrepienta.

—Pasó hace unos meses. —Vicky vuelve a mirar por encima del hombro—. Theo llegó a urgencias en medio de la noche. Tenía calambres.

La miro fijamente.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿Qué había pasado?

—Tramadol. —Baja la voz un poco más—. Y porros.

Noto un revoloteo en las tripas.

—¿Theo? —La voz me sale alta y aguda, no sé controlarla—. ¿Cannabis?

Vicky me mira con expresión seria.

—Podría haber muerto. Estuvo a esto de palmarla. —Acerca el dedo índice y el pulgar entre sí —. Pero tuvo suerte.

Trato de asimilar lo que Vicky acaba de contarme. Estoy en shock, y también me siento un poco ofendida. ¿Por qué Malena no me ha contado nada? Y, de repente, todas esto de las drogas...

—Vaya —digo, ya que es lo primero que se me ocurre.

—Desde luego —contesta Vicky—. Yo fui una de los que lo atendieron y estaba fatal. Hablé varias veces con Malena sobre ello después, así que... No pensaba que estuviera quebrando algún secreto profesional.

—No pasa nada. —Agito la mano—. Tú tranquila. No le diré nada. Malena ya me lo contará cuando esté en condiciones de hacerlo.

—Seguramente —dice Vicky—. Por cierto, ¿sabes qué es lo que le pasa?

—¿A qué te refieres?

Tengo la repentina sensación de estar viviendo en un universo paralelo.

—Bueno... —Vicky apura la frase un poco antes de seguir—. Ha estado de baja desde Nochevieja.

La miro.

—Malena no me ha dicho nada, pero...

—¿Igual aquella fiesta de Nochevieja causó estragos? —Vicky sonríe, pero al mismo tiempo parece estresada—. Oye, tengo que marcharme. Si no, los compañeros me van a cortar la cabeza. —Me da un abrazo apresurado—. Me alegro de verte, Nina. Que te vaya bien y dale recuerdos a Lollo de mi parte.

Me quedo en la acera, mirando a la mujer de blanco que se aleja, bajando por la calle.

72
Lollo

—¡Chanel ya está en casa!

Desengancho la correa, empujo a la perra sucia a la entrada y regreso al frío de fuera. Doy una patada a la puerta y se cierra de golpe.

En el coche vuelvo a sacar el teléfono. Abro Contactos, introduzco la letra M en el buscador y después selecciono uno de los nombres de la lista. Espero.

«Hola, has llamado a Malena Lagergren. Ahora no pudo contestar, pero...».

Dejo el móvil sobre el asiento del copiloto y noto cómo las lágrimas me queman el interior de los párpados.

En realidad, debería esperar, quedarme en casa hasta que conteste. Pero me resulta totalmente imposible volver a casa ahora. La mera idea de estar bajo el mismo techo que Max me produce un cortocircuito en todo el cuerpo.

Las cosas de Jennifer provocan el mismo efecto en mí. Los zapatos de la entrada, el cepillo de dientes del baño, la ropa deportiva sobre el tendedero..., parece que cada objeto grita mi nombre. No basta con cerrar los ojos o mirar hacia otro lado, la casa está llena de señales de Jennifer. Esta mañana, un par de pendientes sobre la encimera han hecho que se me doblasen las piernas.

Tengo que largarme de aquí. Necesito bajar la tensión, echar todo fuera. Y necesito hacer algo. No puedo quedarme quieta, dejando que los pensamientos me dominen.

Una alternativa sería llamar a Lisen. O hacerle una visita a Ivanka. Pero parece que ya no quieren saber nada de nosotros. Además, no tenemos ese tipo de relación. Salimos de fiesta juntos, no lloramos juntos.

Cuando Nina ya no es una alternativa, Malena es la única que queda. Me ha visto llorar antes.

Mientras doy marcha atrás para salir con el coche, me digo a mí misma que estará en casa. ¿No dijo algo de que iba a librar el fin de semana de Epifanía? Seguramente ha puesto el teléfono en silencio. O si no, estará en la bañera.

Se tarda apenas diez minutos en coche a la casa de Malena, que está en las afueras de Tygelsjö. Conduzco por la carretera de Gessievägen, viendo el estrecho de Öresund extenderse más allá de los prados. En Klagshamn, el mar siempre está presente. Esa fue la razón por la que quisimos venir a vivir aquí. También, por supuesto, porque los habitantes de la zona era buena gente con buenos recursos económicos, al menos por aquel entonces.

Queríamos que Jennifer fuera a un colegio con gente parecida a ella, queríamos evitar todos los problemas que afectan a los institutos de la ciudad. Pero el pueblo ha crecido y en los últimos dos años de Secundaria fue llegando una mezcla cada vez más variada de personas. Seguramente fue alguien de esa chusma recién llegada quien animó a Jennifer a probar las drogas.

¡Joder! ¡Joder! ¡Joder!

Doy unos golpes con la mano derecha en el volante y el coche hace un quiebro. Viene una furgoneta de frente. Durante unos segundos de nervios pierdo el control del coche y visualizo el choque frontal. El conductor de la furgoneta me pega un bocinazo largo, pero para entonces ya he podido controlar el vehículo, incorporándome en mi carril. Tomo la salida de Tygelsjö con el corazón latiendo con fuerza y tratando de calmar mi respiración entrecortada.

En medio del alivio por haberme librado del accidente, poco a poco se apodera de mí una sensación de vaga incomodidad. Al principio no estoy segura de qué es lo que me molesta, pero al momento me doy cuenta de qué se trata.

Malena no ha dado señales de vida desde Nochevieja. No ha dicho ni mu desde que ella y Adde entraron en el taxi y se fueron a casa. Ningún SMS de «Gracias por la cena» al día siguiente. Y no me ha llamado ni una sola vez para expresar algún tipo de preocupación, o compasión, por la desaparición de Jennifer.

Puedo estar equivocada, claro. Es posible que me haya perdido el mensaje de Malena en medio de los cientos de comentarios que me han llegado. También puede haber enviado un mensaje que no me ha llegado debido a la falta de cobertura u otra causa técnica. En fin, puede haber miles de razones por las que no se ha puesto en contacto conmigo.

Aun así, me cuesta olvidar el tema.

Encuentro un hueco para aparcar enfrente de la entrada a la casa de Malena y me quedo sentada, contemplando el mundo a través del sucio parabrisas. La urbanización es relativamente reciente y consiste en adosados de dos plantas, con fachadas de madera pintada de marrón. El piso de Malena tiene buena pinta, cuenta con un pequeño jardín y está cerca del cole de Theo. Aunque supongo que en breve se llevarán sus bártulos a casa de Adde en Vellinge. Malena nunca ha pasado mucho tiempo en el mismo sitio. Nuevo novio, nueva dirección.

Una mujer que lleva una chaqueta de lana larga sale de una de las casas un poco más abajo en la calle. El viento tira de la chaqueta. Avanza rápidamente sobre el caminito empedrado, agarrando una bolsa de basura cerrada. Cuando la bolsa ha aterrizado en el contenedor, se envuelve mejor en la chaqueta y se apresura a volver al calor.

Justo cuando pongo la mano sobre la manija de la puerta veo algo en el espejo retrovisor que atrae mi atención. Parece un coche patrulla. Los coches de la policía siempre me producen un revoloteo en las tripas, sobre todo si estoy detrás del volante. Pero hoy no noto nada de eso; hoy siento puñetazos contundentes en el diafragma.

Me doy media vuelta y descubro ante mi horror que, en efecto, se trata de un coche de la policía, y además viene hacia mí. La mano suelta la puerta y se me desliza hacia abajo, y siento el corazón latir en la garganta.

Veo el Volvo pintado pasar, efectuar un giro de ciento ochenta grados y finalmente aparcar en el otro lado de la calle.

Dos policías uniformados salen a la acera, a pocos metros del buzón de Malena. Uno de los agentes, resulta que es una mujer, señala la casa de Malena, a la vez que me descubre a mí y dice algo a su colega. Cruza la calle y se acerca a mi coche, tocando la ventanilla del lado del conductor.

La bajo.

—Hola. —El policía sonríe, pero tengo una fuerte sensación de estar siendo escrutada—. ¿Está esperando a alguien?

—No... —He contenido la respiración demasiado tiempo y tengo que llenar los pulmones de oxígeno para poder continuar—. No, estoy perdida. He parado para comprobar la dirección otra vez.

—¿Adónde se dirige? —Su mirada se posa en el asiento del copiloto, donde mi móvil reposa boca abajo—. Quizá pueda ayudarla.

—Gracias, pero lo averiguaré. Tengo que hacer una llamada primero.

Me desea un buen día y vuelve a su colega, que ya ha llegado a la puerta de Malena.

Apenas me da tiempo a soltar el aire antes de que la puerta se abra.

Los dos policías uniformados bloquean la vista y es imposible ver quién está en la penumbra del otro lado.

Trato de entender la escena que transcurre delante de mí, pero es como si estuviera envuelta en una espesa niebla. Es como tratar de comprender una larga serie de televisión empezando por el último episodio. Veo a gente interpretando distintos papeles, pero no comprendo lo que están haciendo.

¿Qué hace la policía aquí? ¿Le ha pasado algo a Theo? ¿O han venido a por Adde?

Al momento, los agentes entran en la casa y veo la cara de Malena en la puerta. Me ve y se para un momento, pero luego cierra la puerta, impasible.

15 de abril de 2019
Lunes

73
Nina

Tengo frío. Los pantalones me cortan la cintura y ya no puedo abotonar la americana. A la claridad de la mañana me doy cuenta de que el azul del fular no hace juego con el color del traje. ¿Por qué no he elegido ropa más caliente y cómoda?

Hay gente esperando de pie junto a las paredes. La mayoría parece estar relajada, como si los juicios y las adolescentes muertas fueran algo normal para ellos.

Lollo aún no ha llegado. En el fondo espero que no se presente antes de que me haya acomodado dentro de la sala del juicio. Hemos intercambiado algunos mensajes formales en Messenger, pero no nos hemos visto las caras desde el entierro. Siendo sincera, no creo que a ninguna de las dos nos apetezca quedar ahora mismo. Que Lollo haya perdido a su hija es algo difícil ya de por sí, pero la manera en que sucedió hace que todo sea inmensamente más difícil.

Al principio del año cuestionaba el valor de nuestra amistad. Alguien con un sentido del humor muy negro tuvo que haberme oído. Ahora ni siquiera tengo que preguntarme cómo nos organizaremos en la próxima Nochevieja. Y no creo que nos vaya a llegar una invitación a la fiesta del solsticio de verano en Falsterbo.

Lollo y Max se han separado, pero dudo que termine en divorcio. ¿Lollo está dispuesta a sacrificar el dinero, el chalet y la casa de verano? Es cierto que el duelo puede hacer estragos en un matrimonio, no hace falta más que mirar a mis suegros para encontrar un ejemplo claro. Y a mí, personalmente, me habría costado perdonar a Max por el maltrato de Ali. Al mismo tiempo, son un equipo unido. Lollo y Max siempre se han apoyado mutuamente.

Necesitaría ir al baño, llevo toda la mañana con dolor de barriga y no he conseguido desayunar nada. El reloj de la pared muestra que solo faltan cinco minutos. ¿Me va a dar tiempo?

De repente, el murmullo se desvanece y todo el mundo mira hacia el mismo punto. Giro la cabeza y veo a Lollo y Max junto con una mujer que lleva un traje hecho a medida y tacones altos. Esta persona asiente con la cabeza, mirando hacia la izquierda y la derecha, como si conociera a la gente. Tanto Max como Lollo miran al suelo, y caminan con paso firme hacia la puerta.

Quiero huir, pero me doy cuenta de que tengo que quedarme donde estoy. Parecería muy extraño que me moviera ahora. Si Fredrik estuviera aquí, habría podido esconderme detrás de él.

La puerta de la sala de juicio se abre, y la gente comienza a moverse. Veo a Max y Lollo por el

rabillo del ojo, y me obligo a enderezar la espalda.

Lollo levanta la mirada. Por un breve momento nuestras miradas se cruzan y se me pone la piel de gallina. Es como mirar al interior de un pozo sin fondo.

Max finge no verme. Está acusado de maltrato, el caso fue tratado en la audiencia provincial hace unas semanas. Ni Fredrik ni yo fuimos a verlo, pero se rumorea que le caerá un mes de cárcel o un brazalete electrónico. No sé qué es lo que prefiero.

—Bien. —La presidenta del tribunal, una mujer de pelo canoso que lleva unas gafas con monturas de color rojo claro, se gira hacia Malena y comienzo a escuchar otra vez—. Entonces cederemos la palabra a Malena Lagergren para que nos cuente lo que ocurrió en la noche y madrugada cuando tuvo lugar el suceso. También este interrogatorio será grabado. —La mujer de pelo corto asiente con la cabeza para animarla—. Adelante, Malena.

Mi amiga ha debido de adelgazar diez kilos en la prisión. Los hombros parecen afilados, como si la blusa negra estuviera colgando sobre una percha sobredimensionada. Se frota las manos nerviosamente y mira a la mesa. En el silencio que sigue a las palabras de la jueza, estoy segura de que Malena se hundirá. Pero por fin comienza a hablar.

—Había ido a una fiesta en casa de los padres de Jennifer Wiksell, Lollo y Max Wiksell. Nos conocemos desde hace mucho tiempo, desde el Bachillerato. —Tiene la voz como un hilo, pero no le falla cuando continúa—. Cenamos y... Bueno, mi novio y yo discutimos. En realidad fue una tontería, pero los dos habíamos bebido bastante y se nos fue de las manos. Poco después de las campanadas fui al jardín, para tomar el aire, y acababa de salir por la puerta cuando vi a Fredrik Andersson.

Me quedo helada. Tengo la sensación de que ese nombre acaba de ser mancillado, que a partir de ahora es una cosa sucia y fea.

Fredrik Andersson. El hombre al que una vez quise por encima de todas las cosas del mundo. El hombre al que prometí amar en la salud y la enfermedad. Es difícil amar a alguien en la enfermedad. A veces parece imposible. Aun así, me inclino por la idea de que debemos tratar de volver a encontrarnos, aunque sea por los niños. Tengo que fiarme de la historia de Fredrik. Si no, me volveré loca.

La voz de Malena me alcanza de nuevo.

—Caminaba por la acera delante de la casa, parecía que tenía mucha prisa. Me llamó la atención, así que lo seguí por curiosidad.

Deja de hablar, levanta el vaso de agua que tiene en la mesa y bebe.

El micrófono amplifica los sonidos; por lo demás, reina el silencio. Es como si todo el mundo en la sala contuviera la respiración.

—Me mantuve a cierta distancia —continúa Malena—, escondida entre los árboles. Y estuve a punto de volver cuando vi a Jennifer salir del bosquecillo.

Malena relata la discusión que terminó con Fredrik regresando a la fiesta, mientras Jennifer se marchaba en sentido opuesto sin apenas mantenerse en pie.

—No oí de qué iba la discusión. Y cuando Fredrik me pasó, salí detrás de Jennifer...

Por primera vez en toda la mañana, Malena levanta la mirada de la mesa. Gira la cabeza hacia Lollo.

—Quería... —Se le quiebra la voz y vuelve a empezar—. ¡Quería ayudar a Jennifer! No me parecía bien que estuviera sola ahí fuera, sintiéndose así. Pero no había nada que hacer con ella. Gritó que odiaba todo y a todos.

Miro de reojo a Lollo. Está completamente quieta, con la espalda erguida y las manos en el regazo. ¿Cómo puede parecer tan impasible? A mí el corazón me late descontroladamente, tengo frío y sudo a la vez.

—Intenté convencer a Jennifer de que volviera a casa —dice Malena—. La seguí por el paseo, suplicando. Pero no quiso parar. Apenas era capaz de sostenerse en pie, pero siguió hacia delante, cruzando la carretera, entrando por el sendero que lleva a la plataforma de clavados. Y fue entonces, cuando llegamos a la cantera de caliza, cuando empezó a hablar de Theo. —Malena se dirige a la presidenta del tribunal—. Theo es mi hijo.

La abogada de la defensa se inclina hacia Malena y le susurra algo al oído. Malena la aparta y se gira hacia la mujer de pelo corto.

—Jennifer me miró a los ojos y me dijo que fue ella quien le había recomendado la combinación de porros y tramadol. Incluso reconoció que ella misma se lo había vendido, porque parecía estar deprimido. —La voz de Malena ya es más fuerte, pero las lágrimas le corren sin parar por las mejillas y los mocos le brillan bajo la nariz—. Me poseyó la ira. Le grité que pidiera perdón. ¿No se daba cuenta de lo que había hecho? ¡Theo podía haber muerto!

La presidenta del tribunal pide a Malena que explique su afirmación y la abogada de la defensa intenta una vez más decirle algo. Pero Malena no hace más que negar con la cabeza y sigue hablando.

—Theo protegió a Jennifer. Durante todo el otoño se negó a contar quién le había vendido esa mierda. ¡Y ella se rio de mí! Mi hijo se había debatido entre la vida y la muerte y Jennifer no hizo más que reírse de mí a la cara. Dijo que no era culpa suya que Theo fuera «tan nenaza».

El fular me aprieta como una soga al cuello. Aflojo el nudo, tiro de él y me da igual que se vea mucho el escote. Ojalá esto termine pronto.

—A Jennifer le costaba mantenerse en pie —solloza Malena—. Así que la sujeté del brazo. Pero intentó zafarse sin parar y al final no quise ayudarla más.

Malena está absorta en su propio relato y la abogada de la defensa echa una mirada resignada

a su cliente.

—Estaba terriblemente enfadada. —Una sombra cruza la cara de Malena—. Y Jennifer me contestaba mal. Con una falta de respeto y una insolencia que...

Se calla, cierra los ojos. Los segundos pasan y se nota cierta confusión en la sala, la gente se remueve en las sillas. La presidenta del tribunal está a punto de decir algo cuando Malena, de repente, abre los ojos y vuelve a mirar a Lollo.

—Empujé a Jennifer. —Se oye un murmullo entre la gente, pero el sonido se desvanece en el mismo momento en que Malena continúa—. Se cayó al agua. Pero... ¡Pero no fue un empujón fuerte! Y estaba completamente segura de que iba a poder llegar a la orilla. ¡No tenía la intención de matarla! —Un gemido se escapa de entre los labios de Malena, luego se recompone y susurra —. Lo siento tanto, Lollo. Perdón.

Esconde la cara en las manos, el llanto la sacude el cuerpo.

74
Fredrik

Nina mira por la ventana.

—¿Cuánto tiempo crees que le caerá?

Formula la pregunta sin mirarme. Es lo que hace últimamente, evita mirarme a los ojos.

—No tengo ni idea —digo—. No creo que la vayan a condenar por asesinato. Lo que pasó no fue algo planificado. Es posible que la condenen por homicidio... U homicidio involuntario.

—Pobre Theo. —Nina suspira—. Me pregunto qué será de él ahora.

Sé que Malena actuó como lo hizo por Theo, pero no le digo nada porque Nina no lo entendería.

No ha estado ahí. En una situación límite.

—¿Y Max? —Nina cierra las manos alrededor de la taza y sopla el café humeante—. ¿Has oído algo más?

Niego con la cabeza.

—La sentencia llegará en cualquier momento.

Podría parecer que nuestra conversación va de juicios que conocemos por la prensa, un documental o una serie de Netflix. Me gustaría que fuera así. Estar aquí, hablando de asesinatos y sentencias en el contexto de nuestros amigos resulta completamente absurdo. No entra en los parámetros normales, se sale de todas las tablas de cálculo.

—Simplemente me parece tan... —Nina inspira aire, y lo suelta de manera entrecortada—. Trágico. Todo. Malena ... Y Jennifer, que ya no existe. Es que... no consigo entenderlo. —Deja la taza sobre la mesa y desabotona el primer botón de su pantalón—. Es una cosa incomprensible. Irreal.

Nina se calla y mi mirada sigue la suya. Fuera, el sol brilla sobre la polvorienta acera. El árbol junto a la entrada a la casa de Lykke es una explosión de rosa y blanco, los setos de haya muestran distintos matices de verde. El incipiente verdor me molesta.

—Aun así, estoy contenta de haber ido —dice Nina después de un rato—. A la audiencia provincial, me refiero. Es como una especie de conclusión. O algo parecido.

Me ha contado lo que ha sucedido en la sala de juicio mientras yo estaba fuera, esperando a ser llamado como testigo. Estoy de acuerdo en que los dos teníamos que escuchar la versión de

Malena de los sucesos de Nochevieja, si queremos seguir adelante. La historia de Malena no disminuye para nada mi papel en todo ello, pero resuelve algunas dudas.

¿Fue la casualidad o el destino lo que hizo que me siguiera? Podría haber vuelto a la fiesta para hacer las paces con Adde y bailar la pobre música de Max hasta altas horas de la madrugada. Entonces nunca habría visto a Jennifer.

¿Cuándo entendió la policía que Malena estaba involucrada? Sospecho que encontraron mensajes que podían ser rastreados hasta Theo en el viejo móvil que los críos encontraron en el bosquecillo. Pero parece que también hubo un testigo, alguien que había visto a una mujer vestida para una fiesta que se comportaba de un modo extraño cerca de la cantera de caliza aquella noche.

Según Nina, a Malena, presa del pánico tras lo ocurrido, se le ocurrió caminar hasta su casa en Tygelsjö. Después se tranquilizó, dándose cuenta de que estaba demasiado lejos y que tampoco podía dejar a Adde y Theo en casa de los Wiksell. Quizá aquella vuelta extra de Malena por la zona fuera la razón por la que no me encontré con ella cuando volví en busca de Jennifer. Por lo demás, el as en la manga del fiscal parecían ser las pruebas técnicas, el ADN de Malena que fue encontrado bajo las uñas de Jennifer.

He pensado bastante en la razón por la que no pude dar con Jennifer cuando encontré el abrigo. Ahora me queda más claro.

El cuerpo estaba en un lugar bastante inaccesible, a un trecho de donde está la plataforma de clavados casera. Parece ser que Malena afirmó, durante el interrogatorio, que Jennifer y ella pasaron por delante de la plataforma y que finalmente acabaron en el lugar donde fue hallado el cuerpo.

Mi teoría es que Jennifer cayó en algún punto junto a la plataforma de clavados, aterrizó mal y falleció en el acto. Después creo que Malena movió el cuerpo del lugar abierto y que el abrigo se le cayó durante el traslado. Después tuvo que haber flotado hasta quedarse atrapado en el árbol donde yo lo encontré.

Si no, Jennifer perdió el abrigo en el sendero, unos críos pudieron haberlo encontrado en el agua unos días más tarde. En cualquier caso, pienso mantener mis teorías en privado.

—Por eso estaría tosiendo todo el rato —dice Nina de repente. Parece que ha olvidado la regla tácita de no mirarme a la cara, y veo lágrimas brillar en sus ojos marrones—. Cuando hablamos por teléfono... Creo que fue el día después del Año Nuevo. No hizo más que toser. Pillaría un catarro, andando por ahí con su vestido de lentejuelas y medias de nailon.

Puede que ese vestido de lentejuelas decidiera mi suerte. Sin él, Malena probablemente habría pasado desapercibida por el radar de la policía y habrían concentrado sus esfuerzos en mí. Supongo que su ADN no estaría en ningún registro y que fue la comunicación entre Jennifer y Theo, junto con las aportaciones del testigo, lo que condujo a la policía hacia esa conclusión.

—Oh, Dios. —Nina se retira las lágrimas con una mano y deja caer la cabeza hacia atrás—. En fin, no sé qué pensar de Malena. Quiero decir, no quiso que pasara eso, pero tendría que haberse quedado para comprobar que Jennifer no estaba herida. —Nina me mira—. ¿Cómo pudo marcharse sin más?

Estoy esperando a que mi mujer se dé cuenta de que su pregunta no está dirigida a la persona más adecuada. Pero parece pensar que mi papel en este drama ha quedado relegado.

—La verdad es que puedo entender a Malena —continúa—. Eso de que la poseyera la ira. Quiero decir, todo lo que dijo Jennifer sobre Theo. Al mismo tiempo... ¿No da un poco de miedo el que fuera capaz de fingir durante tanto tiempo? Hablamos por teléfono en dos ocasiones y las dos veces sonaba perfectamente normal. O, si no, tenía demasiado miedo como para captar otra cosa. Me resulta tan desagradable. Pensaba que conocía a Malena, que sabía quién era. —Nina deja su taza de café sobre la mesa—. Por cierto, ¿te diste cuenta de cómo estaba? Me refiero a Malena. Me costó mirarla. Tan pálida y delgada...

Es evidente que Nina está afectada por las horas que ha pasado en la sala de juicio y necesita soltar lastre. Yo también estoy aturdido, pero no fue el aspecto de Malena lo que más me impresionó. Fue el de Lollo.

Durante todo mi testimonio, Lollo estuvo completamente quieta, con la mirada clavada en la nada. Tenía una expresión muy firme en la boca, una expresión que nunca antes le había visto.

Louise Wiksell nunca va a perdonar, eso está claro.

Nina se levanta y se acerca a la cafetera para llenar la taza. Al volver a la mesa, se para junto a mi silla y me acaricia la mejilla lentamente.

—¿Vamos a superar esto? —pregunta.

Me he hecho exactamente la misma pregunta durante los últimos cuatro meses. Y al principio era todo lo que quería, superarlo juntos. Pero ya no estoy tan seguro.

¿Qué precio estoy dispuesto a pagar por mantener nuestro matrimonio intacto?

Nina no sabe nada de lo que pasó en un baño hace dieciocho años. Aun así, siempre va a tener una ventaja moral, algo que podrá usar para callarme en cualquier momento. Y no la puedo culpar. ¿Cómo puede confiar en mí?

Hemos dado a Smilla y Anton una versión censurada de lo que pasó en Nochevieja. Parece que Anton se ha tragado todo, pero Smilla ya no me mira de la misma manera.

—Puede ser —contesto—. Espero que sí.

Nina sonríe, se inclina y me besa la frente.

3 de mayo de 2019
Viernes

75
Lollo

—¿Cómo estás hoy?

Como siempre, la pregunta me hace perder la calma. Tengo que concentrarme para no empezar a hiperventilar.

—Lo siento, es que...

—Lollo —dice Anders con suavidad—, no pidas perdón. Tienes derecho a estar triste.

Anders Edwall es el pastor que bautizó, confirmó y ofició el funeral de Jennifer. Es de las pocas personas de las que me fío. Delante de Anders me atrevo a mostrar todas mis facetas, también las que no encajan con la imagen de una madre en duelo.

Durante nuestras primeras conversaciones estaba sobre todo enfadada. Con Malena, con Fredrik, con Max y con la vida en general. La calma de Anders no hacía más que provocarme. Quería que estuviera tan enfadado como yo.

Con un poco de perspectiva, veo el sentido de que uno de nosotros mantuviera la cordura. Sé que Anders está alterado por lo que ha pasado. Pero también es un consolador profesional. Evidentemente, era lo que yo necesitaba.

Después de unas cuantas conversaciones en la oficina de Anders, me di cuenta de que una parte de mi ira estaba dirigida a mí misma. Y ha sido difícil manejarla. Sigue siendo difícil.

Nuestra abogada me ha llamado esta mañana. No entiendo muy bien por qué, en realidad no tenía nada nuevo que aportar. Supongo que sobre todo quería bajar nuestras expectativas de cara a la sentencia de Malena. El castigo seguramente no corresponderá al crimen que ha cometido. Para nada. Parece ser que el hecho de que Malena lo haya reconocido no importa. ¡Y eso es de locos! Mi hija está muerta, todo el mundo sabe quién la mató, y aun así tienen que andar dándole vueltas.

En fin. Dudo que Malena Lagergren vaya a poder vivir una vida normal después de lo que ha pasado. Podríamos decir que eso compensará una sentencia indulgente.

La pregunta es si ha dicho toda la verdad. Puede que ese «empujoncito» fuera otra cosa muy distinta. Max dice que tengo que dejarlo y seguir adelante, pero odio la incertidumbre. Odio el hecho de que Malena sepa, y que yo tenga que fiarme de lo que dice.

Porque no me fío.

Volvemos a vivir juntos, Max y yo. La razón principal es que no aguantaba estar en casa de

papá y Agneta. Pero también he tenido tiempo para pensar. En Max. En nosotros.

Echando la mirada hacia atrás, me doy cuenta de que no fue justo acusarlo de todas esas cosas con relación a la muerte de Jennifer. Max siempre ha trabajado las veinticuatro horas y siempre ha sido difícil dar con él por teléfono. No fue un comportamiento que comenzó con la desaparición de Jennifer. Además, supongo que el trabajo funcionó como una válvula de escape aquellos días. Cuando Max estaba en la agencia se concentraba en el negocio y apagaba todo lo demás.

Ha pedido perdón a Ali y su familia. Fue una de mis exigencias para volver a casa. Y jura y perjura que fue él, nadie más, el que se comió dos hamburguesas en la casa de campo.

Es cuestión de dar y recibir. A fin de cuentas, me acosté con su amigo. Su examigo.

—¿Sabes qué es lo peor?

Mi mirada busca la de Anders, quien niega con la cabeza.

—Que me volví igual que mi madre. —De repente, se me hace difícil hablar, y tengo que tragar saliva—. Mamá nunca me dijo que me quería. Al menos no puedo recordar que lo hiciera. Y no sé si yo llegué a decirle a Jennifer que la quería. Quiero decir, cara a cara. Puede que solo lo escribiese... —miro a mi teléfono, que está en la pequeña mesa de centro entre nosotros— en ese puto móvil.

Las lágrimas ruedan ahora por las mejillas y las dejo correr libremente, me da igual que me estropeen el maquillaje. Anders me tiende un paquete de plástico con pañuelos de papel. Caen sobre la mesa y maldigo en silencio. Recojo el primero y me sueno los mocos.

—Cuando una persona se muere... —Anders hace un montón con los pañuelos no usados—. Cuando alguien se muere inesperadamente, es justo eso lo que les resulta más difícil a los allegados. No solo lamentan la ausencia de un miembro querido de la familia o amigo, a menudo lamentan todo lo que no tuvieron tiempo de decirles.

Asiento con la cabeza. Hemos hablado de estas cosas antes, pero tengo la necesidad de repetirlo. Anders parece entenderlo, por lo menos nunca se ha quejado de que me repita.

—Al mismo tiempo —continúa—, no podemos andar pensando que cada día puede ser el último. Es demasiado intenso. Nadie lo aguantaría. Tenemos que pensar, para salvaguardar nuestra tranquilidad mental, que tenemos todo el tiempo del mundo. —Se sube las gafas sobre la nariz y vuelven a deslizarse hacia abajo inmediatamente—. Recuerda que las palabras no lo son todo. También podemos mostrar que queremos a alguien a través de nuestras acciones. Supongo que tu madre hizo un montón de cosas bonitas por ti. Igual que tú has hecho cosas llenas de amor por Jennifer.

—Simplemente es que no sé... —Inspiro hondo y expulso el aire lentamente—. No sé cómo vivir con ello. Con todo lo que nunca le dije. Lo que nunca hice.

Anders se inclina hacia mí y pone su mano seca y caliente sobre la mía.

—Has pasado por muchas cosas y te llevará un tiempo curar las heridas.

—¿Se curarán?

Sueno como una niña desafiante, pero él se limita a esbozar su amable sonrisa de pastor. La que me irritaba al principio, pero que ahora me gusta.

—Puede que no del todo. Pero el tiempo suele posarse como una capa protectora sobre aquello que resulta difícil. ¿Sigues viendo a tu psicólogo?

Asiento con la cabeza y Anders vuelve a sonreír.

—Hablar de lo que ha pasado es una parte importante del proceso de curación.

El caso es que tiene toda la razón. Es importante hablar, ayuda a limpiar el sistema. Y, cuanto más lo pienso, más claro me resulta lo que tengo que hacer.

Cuando salgo de la oficina de Anders, recojo el móvil de la mesa y tecleo el número.

76
Fredrik

Nina se está dirigiendo a la puerta de casa, llevando bolsas y maletas. Vilgot, que iba a ayudarla a llevar las cosas, ha encontrado una pelota y sale al césped.

—Fredrik —Nina se gira hacia mí—, ¿puedes coger las cosas del asiento trasero?

Abro la puerta del coche, cojo la bolsa con comida tailandesa en una mano y recojo los papeles del banco con la otra.

Hemos ido al centro para ver a nuestro gestor del banco. No es un tipo muy personal, más bien encaja con el estereotipo negativo de un refinado vendedor. Pero después de unos cálculos meticulosos, y después de haber actualizado las condiciones de nuestro fondo de pensiones, nos ha dejado añadir otras doscientas mil coronas a la hipoteca de la casa.

Ha llegado el momento de la gran reforma, la que llevamos posponiendo todos estos años. Naturalmente, esto se ha debido sobre todo al dinero, o a la falta del mismo. Pero la falta de tiempo y ganas de hacerlo también ha sido un obstáculo.

No me alegré cuando Nina, hace una semana o así, propuso que pidiésemos otro crédito y comenzáramos a buscar albañiles. Pero su entusiasmo ha sido contagioso, por extraño que parezca. Después de todo lo que ha pasado, es bueno poder concentrarse en algo concreto, y además viene bien tener un proyecto común. Una reforma de la casa puede ser un modo de volver a empezar.

El olor a curri y hierba de limón se eleva de la bolsa y se me hace la boca agua. Smilla y Anton se alegrarán cuando se enteren de qué toca cenar. Suelen quejarse de que casi nunca pedimos comida de restaurantes, diciendo que «todo el mundo» lo hace «todo el tiempo».

Entro en casa a la vez que empieza a sonar el móvil de Nina. Lo encuentra rápidamente, pero duda un momento al ver quién es.

Ojalá no haya cambiado de idea el gestor del banco.

Nina me lanza una mirada cómplice y se lleva el móvil al oído. Debe de ser mi suegra, Inger siempre tiene la manía de llamar justo cuando estamos a punto de comer.

—Hola, Lollo.

La voz de mi esposa es exageradamente alegre. La voz de Lollo se oye solo como un murmullo sordo, pero aun así sé exactamente de qué va esta llamada.

—¿Qué has dicho?

Nina, que está a punto de colgar la mochila de Vilgot en un gancho, se queda petrificada en medio del movimiento. Después se gira lentamente y me mira.

El suelo desaparece bajo mis pies.

Agradecimientos de la autora

Sin los amigos, conocidos y conocidos de conocidos que me han informado de todo lo que he necesitado saber, desde procesos judiciales hasta modelos de lanchas motoras, la tarea de esta escritora habría sido mucho más complicada. En esta ocasión, algunos de vosotros incluso leísteis todo el manuscrito. Mil gracias.

Viveka Smidvall y Martin Eggert han contestado a mis preguntas sobre trabajo policial, Pernilla Qvarfordh me ha aportado sus conocimientos de cuidados intensivos y Daniel Krona me ha ayudado a resolver preguntas relacionadas con la medicina forense. Maria Lundberg me ha ofrecido una visión de sus experiencias en torno a las despedidas. Gracias por haber compartido tan generosamente vuestro tiempo y conocimientos.

Las agudas lecturas de Lena Sanfridsson dieron alas al manuscrito, cuando estaba casi listo para volar. Gracias, Lena. Eres una estrella.

Anette Eggert, Mattias Edvardsson y Mårten Melin han leído el texto en varias ocasiones, ofreciendo sus valiosas impresiones y actuando como un incansable equipo de animadores de principio a fin. Sois unos soles.

Un libro es un trabajo en equipo y detrás de *Feliz año nuevo* hay un equipo de primera: mi editora Helena Ljungström y la correctora Katarina Ehnmark Lundquist de la Albert Bonniers Förlag, mi agente Christine Edhäll y sus colegas de Ahlander Agency. Quiero expresar mis más sentidos agradecimientos a todas vosotras. Ha sido una bendición trabajar con vosotras.

Mamá y papá, gracias por apoyarme y animarme siempre. Sois mis modelos a seguir en tantos sentidos.

Micke, Lukas y Elvira, gracias por vuestra paciencia, vuestro amor y vuestro apoyo entusiasta. Os quiero.



Malin Stehn (1969) es una escritora sueca, autora de más de 40 libros para adolescentes y jóvenes, y conferenciante habitual en el ámbito educativo. Máster en literatura comparada y humanidades, ha trabajado durante muchos años como editora independiente.

Stehn es además cantante y compositora, y su banda de pop retro, Crayfish, lanzó a finales de los noventa un disco de éxito en Japón.

Feliz año nuevo es su primera novela para un público adulto.

[1] En español en el original.

Índice

Sobre este libro

Feliz año nuevo

Dedicatoria

Nochevieja de 2018. Lunes

1. Fredrik
2. Nina
3. Fredrik
4. Lollo
5. Fredrik
6. Nina
7. Fredrik
8. Nina
9. Fredrik
10. Lollo
11. Fredrik
12. Nina
13. Fredrik

1 de enero de 2019. Martes

14. Nina
15. Lollo
16. Fredrik
17. Nina
18. Lollo

19. Fredrik

20. Nina

Noche del solsticio de verano de 2007. Fredrik

21. Lollo

22. Fredrik

2 de enero de 2019. Miércoles

23. Nina

24. Lollo

25. Fredrik

Isla Mauricio, invierno de 2013. Lollo

26. Nina

27. Lollo

28. Fredrik

29. Nina

30. Lollo

31. Nina

32. Lollo

33. Fredrik

34. Lollo

Nochevieja de 2015. Fredrik

35. Lollo

36. Nina

37. Fredrik

3 de enero de 2019. Jueves

38. Lollo

39. Nina

40. Lollo

41. Fredrik
42. Nina
43. Lollo
44. Fredrik
45. Lollo
46. Nina
47. Fredrik
48. Nina
49. Lollo
50. Fredrik
51. Nina

4 de enero de 2019. Viernes

52. Lollo
53. Fredrik
54. Nina

Solsticio de verano de 2018. Fredrik

55. Lollo
56. Fredrik
57. Lollo
58. Fredrik
59. Lollo
60. Nina
61. Fredrik
62. Lollo
63. Fredrik
64. Nina
65. Lollo

66. Nina

67. Lollo

Día de Epifanía, 2019. Sábado

68. Fredrik

69. Nina

70. Lollo

71. Nina

72. Lollo

15 de abril de 2019. Lunes

73. Nina

74. Fredrik

3 de mayo de 2019. Viernes

75. Lollo

76. Fredrik

Agradecimientos de la autora

Sobre Malin Stehn

Nota

Índice

Créditos



Título original: *Ett gott nytt år*

Primera edición: noviembre de 2022

© 2022, Malin Stehn
Publicado por acuerdo con Ahlander Agency
© 2022, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2022, Martin Simonson, por la traducción

Diseño de portada: adaptación de la cubierta original de Blacksheep-uk.com / Penguin Random House Grupo Editorial
Ilustración de portada: Alamy

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-666-7291-7

Compuesto en www.acatia.es

Facebook: penguinebooks
Twitter: penguincrimen
Instagram: edicionesb_es
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros